CLASS 864 BOOK B59l

University of Oklahoma
Library

A10105 828681

R. BLANCO-FOMBONA

A LÁMPARA DE ALADINO

RENACIMIENTO

LA LÁMPARA DE ALADINO

LIBRERIA RENACIMIENTO
C. NUÑEZ
HERMOSILLO, SON. Ap. 99

R. BLANCO-FOMBONA

LA LÁMPARA DE ALADINO

NOTICULAS

RENACIMIENTO

MADRID
SAN MARCOS, 42

BUENOS AIRES
LIBERTAD, 172

1915

UNIVERSITY OF OKLAHOMA
LIBRARY

ES PROPIEDAD

Imprenta Renacimiento, San Marcos, 42.—Teléfono 4.967.

LA LAMPARA DE ALADINO

¿Habéis asistido á las mágicas evocaciones de Scherezada?

Recordad.

De su divina boca musulmana fluyen chorros de poesía. La encantadora abre el palacio de los encantamientos y el jardín de las maravillas. Las sedas espejean; los ungüentos adoban y perfuman; el oro, el mármol revisten las estancias; fulgen zafiros, topacios y esmeraldas sobre los senos de las mujeres. Granados y naranjos balancean sus pomas lascivas: las granadas parecen bocas, las naranjas parecen senos. Albean, en la penumbra, los jazmines, adiamantados por el surtidor, sonoro y joyero; la clara luna se aduerme en los estanques; la noche respira amor; susurran los besos... Las bestias hablan: la tortuga y el martín pescador, el pato y el pavo real, el ratoncillo y la comadreja, el cuervo y el zorro, el gavilán y el gato de Algalia.

Allí veréis kalifas y doncellas, mercaderes y

cortesanas, eunucos y princesas, genios benéficos y magos perversos. Aprenderéis con Sésamo la palabra que descorre el misterio; Ghanemos enseñará que debéis colocar el deber sobre los instintos; y el negro sudanés Bakhita, semejante á los pícaros de la novela española, relatará, para distraeros, sus picardías: la historia de sus fornicaciones y las peripecias de su castración.

Es la vida que pasa, la vida oriental, miliunanochesca, aljofarada de voluptuosidad y poesía.

¡La vida oriental! La vida, aunque á veces cambiante, es siempre igual, ya bajo los sultanes de Oriente, constelados de joyas, ya bajo la estameña de los monjes y la acerada loriga de los Cruzados férvidos é ilusos, ya bajo las presentes democracias. Mañana, dentro de cien siglos, será lo mismo. Podemos, desde ahora, presuponer las civilizaciones inimaginables del porvenir encerradas en esta fórmula: el hombre nace, crece, se agita, sufre y muere.

¡Cómo! Todas las sonrisas, todas las aromadas flores, todos los ricos brocados, todos los sexos ardidos, todas las bestias parlantes, toda la vida jocunda, toda la voluptuosidad todas las fantasías de Scherezada, ¿han venido á parar en obscuras palabras de dolor y de muerte?

Sí; ésa es la primera lección de Scherezada. Nos da otras. Nos enseña con sus mentiras que

la verdad es lo único serio. También nos enseña que lo principal de la vida es vivir.

Los poetas, en verdad os lo digo, son los grandes filósofos. Por eso encontraréis en las evocaciones de Scherezada, transparentándose bajo los velos rosados de Oriente, la más profunda filosofía, la más humana, útil y profunda. Scherezada, cien veces más divertida que los cejijuntos filósofos, es también cien veces más sabia. En ella debemos beber luz los amantes de Sofía; en ella, con preferencia á Platón, Aristóteles, Averroes, Bacón, Descartes, Kant.

Su exaltación oriental del goce nos significa que la juventud es efímera y cómo la muerte se adelanta con la guadaña simbólica para la cosecha de vidas.

* * *

—¿Y vuestra *Lámpara de Aladino*?—me preguntaréis.

Aladino, el travieso Aladino, frota su lámpara maravillosa. El Genio aparece. Aladino anhela vestir galas. El Genio accede, y Aladino, huérfano de sastre remendón, hijo de viuda pobre, esplende como un señor. Frota de nuevo su lámpara de encantamiento. El Genio comparece, sumiso. Aladino pide un palacio. Ya el más opulento alcázar es suyo. El ambi-

cioso frota aún. El Genio le pregunta: «¿qué deseas?» El ambicioso desea ver desmayarse de amor entre sus brazos á la hija del sultán, y la hija del sultán, por obra del Genio, se desmaya de amor entre los brazos de Aladino. Pero Aladino es insaciable. Aladino quiere más, aún más, siempre más.

—Tu deseo te matará, infeliz, amonesta el Genio; tu actual deseo apareja la muerte; si yo lo satisficiera, morirías.

Todos somos, alguna vez, ¿no es cierto?, el ambicioso hijo del sastre. Todos tenemos nuestra lámpara de Aladino.

Pero no siempre frota el famélico Deseo, la Insaciabilidad.

A veces, más á menudo, la lámpara de Aladino es la Imaginación, á la que no pedimos todo porque sus dones sólo placen á hombres quiméricos y desequilibrados, sin espíritu práctico, á quien decimos poetas. Al rozar el instrumento maravilloso, la maravilla se produce, y surgen de la niebla mujeres que amamos, paisajes que entrevieron nuestros ojos, pueblos que abrieron sus puertas á nuestra curiosidad. No es todo: surgen el poema de embriaguez que respiró nuestra adolescencia, el cuadro maestro que nos enfermó de belleza, y la hora de dicha efímera, y la palabra de áloe, y la gota de ajenjo.

¿Comprendéis ahora cómo puede bautizarse

un haz de vida pretérita—recuerdos, viajes, emociones, lecturas—con un título de cuento oriental?

Frotad un poco vuestra lámpara de Aladino, si por ventura poseéis el talismán.

La noche es tibia, perfumada, sin brisa. La terraza cae sobre los desiertos campos. El silencio abre las alas y se cierne en el espacio como un águila invisible. Los ojos se cierran y empiezan á ver.

¿Qué ven?

La casita blanca, á la vera del río; la chicuela de cabello á la espalda y faldellín á la pantorrilla que os arrancó el primer suspiro de adolescente; la cruda noche de nostalgia en el país remoto; la mordedura de la víbora en vuestra fama; el negro secretar de vuestro hígado en la primera destilación del odio; los versos leídos, los versos escritos; la cálida mano de nieve que estrechasteis frente al ciego mar del trópico ó en la discreta montaña pirenaica, mientras se desgranaban, en vuestro honor, sonrisas, besos y lágrimas.

¿Qué habéis hecho? Habéis abierto la jaula de los sueños, habéis frotado vuestra lámpara de Aladino, habéis oído en silencio vuestra Imaginación: esa maga no tiene sino imprimiros un ósculo en la frente y ya quedáis, soñadores, enriquecidos con el millón de ensueños de oro.

* * *

Pero ¿dónde anda Scherezada, bajo cuya advocación abrí la boca y empecé á discurrir?

Después de oir, una á una, sus regocijadas é impúdicas narraciones durante más de mil noches, confieso que toda la filosofía universal ha penetrado, por lo menos, momentáneamente, en mi espíritu. Me embebí de esa noble filosofía de poetas, á la manera que una esponja sumergida en el mar se embebe de agua

¿Cómo exponer ahora que amo la verdad sobre todas las cosas, que no sé mentir, ni quiero aprender, que esta *Lámpara de Aladino*, si no de oro, ni siquiera de alabastro, es lámpara auténtica, de barro, sencilla, pero auténtica?

La mentira es don de poetas, de sacerdotes, de reyes, de augures. Los que no somos augures, ni reyes, ni sacerdotes, ni poetas, debemos contentarnos con la verdad, con «la humilde verdad», como la llamó alguno de sus apóstoles.

En apoyo de la verdad, que vale aquí por probidad en el sentimiento y la expresión, viene como anillo al dedo un cuento de Scherezada, un cuento que podría ser un apólogo. Es la historia del rico mercader Ben Ayoub y de una adolescente amorosa. En su estancia balsámica, llena de suaves penumbras, propicias al amor, recibe Ben Ayoub á la linda adolescente, de hermosura en botón. El corazón del mercader se inflama. La adolescente habla y es

como un gorjear de pájaro; anda, y los deseos revuelan en su torno; tiéndose, y el viejo mercader ya no puede más.

Pero sucede que ella le hace una confidencia. Ese lindo animal de amor, esa gatita lúbrica es la favorita del kalifa Aroum-al-Rachid.

El sensato mercader se arrepiente y, con más respeto que temor, renuncia á calmar su sed en aquella copa de carne. Pero la núbil primorosa, encendida de amor, por el respeto y la repulsa:

—Ven, le dice; me abro á ti de toda mi carne: toma mi boca en flor y mi cuerpo, que se sazona para ti.

El mercader, lleno de cordura, le responde:

—Lo que es del amo no puede pertenecer al esclavo.

Ella empieza á cantar, acompañándose con un claro laúd:

Yo he ardido todos los corazones y extirpé el sueño de todas las pupilas... Soy la flor delicada y aromática; ¿por qué no quieres respirarme?

Todo en vano. El mercader, lleno de cordura, repite:

—Lo que es del amo no puede pertenecer al esclavo.

Al frotar mi lámpara de Aladino cuento lo que veo... Y veo lo que hay dentro de mí y en mi torno.

¿Que lo que miro dentro de mí y la manera cómo miro lo ambiente difieren de un día para otro? ¡No importa! ¿Que carecen de lógica mis ojos? ¡No importa! Yo sé que obedecen á una lógica superior. Sólo puede exigirse la sinceridad mental y sentimental del momento. Lo demás son las inevitables complicaciones. Lo demás es pasto á críticos, médicos y psicólogos. A cada aurora froto mi *Lámpara de Aladino* y cuento lo que veo.

—¿Y nada más?, preguntaréis.

—Nada más, repito. Lo que es del amo...

R. B.—F.

I

NOMBRES

I

MAURICE MAETERLINCK

Mauricio Maeterlinck, que es nórdico y, en parte, por lo menos, de raza germánica, como lo indica su nombre no nada latino, tiene en su claro talento cierta nebulosidad, muy poco francesa; pero semejante niebla baja de lo infinito.

Detrás de esa nébula de perla, rota á trechos por un chispazo de sol, se adivinan los abismos que no podemos alcanzar, pero que á ratos presentimos, y á cuyo borde, entrevisto, meditamos.

Maeterlinck, con frase poética, llama esos linderos del razonamiento, adonde él gusta llevarnos de cuando en cuando, como sus hermanos mayores desde Plotino á Swedemborg: *Los confines del pensamiento, más allá del círculo polar del espíritu.*

Tales excursiones no son familiares ni gratas al espíritu francés, tan preciso, tan geométrico, tan de líneas rectas... y cortas. Lo expongo sin acerbidad, por cuanto yo mismo, en tal sentido, pertenezco á la familia intelectual de los franceses.

De ahí, de su vago germanismo mental, el que Maeterlinck no ejerza toda la influencia que su talento debía granjearle. Y eso que él se amolda, en lo posible, á París.

Francia tampoco ama la exageración, ni siquiera en las pasiones; ni la ama ni la comprende. Por eso no existe un solo gran drama en tan rica literatura como la francesa. Me extraña que nadie haya hecho hasta hoy semejante observación. En Francia no podía nacer Shakespeare. Aunque la política y la alianza franco-rusa tiendan á fraternizar el espíritu francés, con los escritores moscovitas, aunque se pone empeño en traducirlos y divulgarlos, Francia no los acepta sino á regañadientes, y, en el fondo, los tilda de bárbaros.

¿Por qué? Porque lo son, por fortuna. Porque no pertenecen á una civilización relamida ni á una raza encantadora, pero frívola, que ha llegado á Watteau entre los pintores y entre los comediógrafos á Marivaux. Porque son fuertes y rudos como los osos de sus páramos, porque saben odiar, porque saben amar, porque saben sufrir hasta el paroxismo, sin comedimiento, sin freno, sin antifaces de conveniencia, sin pensar en el odioso término medio que no conviene traspasar. A tal punto son los rusos sinceros y fuertes artistas, que puede asegurarse de firme, sin titubeo, que poseerán algún día un Teatro, que

será la gloria de Rusia y la envidia y la desesperación de los demás pueblos.

Pero, volviendo á Francia, ¿cómo ha de gustar el país que produjo al palaciego empelucado de Luis XIV, á aquel empolvorado Racine, cuyos enamorados no conversan, sino discurren en tono campanudo y cortesanesco, cuyos sufrimientos escénicos no descomponen apenas las líneas del semblante, cuyas pasiones son tan retóricas; cómo ha de gustar, por ejemplo, de ese bravío, espeluznante y colosal Dostoyesky, el único hijo que después de seis centurias ha reconocido el Dante?

Y cito de preferencia á Dostoyesky por ser quien es y porque se está representando actualmente en el *Vaudeville*, sin éxito, mal acogida por crítica y público, *L'Eternel mari*, pieza arreglada en lo posible al gusto parisiense, y sacada de una novela del maestro.

Noches atrás fuí á ver en el *Théatre des Arts* otra obra de Dostoyesky: el espeluznante drama que se titula en francés *Les fréres Karamazov*. El público esa noche no salió bien impresionado. Y yo me lo explico. Aquella es otra humanidad. La pieza produce el escalofrío que produce la bajada á un sótano húmedo por donde troten ratas y vuelen cucarachas. Aquella atmósfera de resquemores, aquellos hombres de angustia, aquel constante desafío á la desesperación, aquella carrera tendida de todos los personajes hacia

el crimen, el remordimiento y la locura; toda aquella obra de místico y de atormentado es cosa de pesadilla. No. La clara y risueña Francia no amará nunca eso. Pero eso, como la nébula maeterlinckiana, es vaho de lo infinito.

II

PIERRE LOTI

AÑOS DESPUES DE "MADAME CHRYSANTHEME,,

Un día de 1885 arribó al puerto nipón de Nagasaki el buque de guerra francés *La Triomphante*. De ese buque descendió á tierra, en pluviosa mañana, un distinguido oficial de Marina, que se hizo conducir inmediatamente á un lenocinio. Alquiló una mujer, vivió con ella varias semanas, y, de regreso escribió la historia de sus venales amores: *Madame Chrysanthéme*, libro delicioso, lleno de horrores ó ironías contra las mujeres, contra los hombres, contra las costumbres, contra el Japón entero: ni los samurai escaparon indemnes. Obra de tan grata lectura corrió con fortuna merecida, y todo el mundo se ha estado riendo durante veinte años, junto con Pierre Loti, á expensas de aquel ridículo país.

En vano algunos preguntaban:

—¿Cómo pudo estudiar este distinguido marino, en semanas, sin conocer ni historia ni lengua nacionales, á un viejo y complicado país, con las exclusivas relaciones de una geisha y otros bajos seres mercenarios?

Pero nada. La gracia, la risa, la sal gala se imponía. Todos nos desternillábamos con las reverencias y con las habilidades de tercería—tan europeas, ¡ay!—de monsieur Kangourou, con las felinas ternuras de Crisantema—tipo desconocido en París—, con la figura de aquellos hombrecitos amarillos, de ojos mongólicos, que exhalaban, según las narices delicadas de Loti, *une fetidité de fauve*.

En un momento de sentimentalismo la música de Crisantema—*une petite musique triste, triste à faire frisonner, et gréle, gréle autant que le chant des cigales*—conmovió el alma del marino, que no en balde era un poco poeta. Pero ¡qué diablo! Antes que poeta era oficial de marina, antes que soñador era europeo. ¿Cómo dejarse impresionar por cosas y gentes de otro país que no sean los de Europa? Reacciona, pues. Y con muy francesa ironía y muy occidental desprecio prorrumpe:

«*Entrez, entrez, monsieur Kangourou. Oh comme vous arrivez á point, au moment oú j'allais presque me monter l'imagination pour des choses japonaises!*»

¡Cuánta gracia y cuán sincero desdén! Era el orgullo francés, el orgullo europeo que estallaba.

Pero corrió el tiempo, no mucho tiempo, y esos hombrecillos amarillos, hediondos á bestia; esos hombrecitos reverenciosos y grotescos; esos hombrecitos que tan invencible desdén inspira-

ban á un europeo, se irguieron un día, desafiaron á uno de los más poderosos imperios de Europa, aliado y amigo de Francia, é infligieron la más terrible humillación á la Europa consternada. Europa asumió entonces las actitudes de *Madame Chrysantéme* y se volvió toda mimos, toda zalemas y toda falsedad para conquistar el corazón de esos hombrecitos amarillos, hediondos á bestia, reverenciosos y grotescos.

Francia, que se rió de ellos con tanta gracia traviesa, implora al presente su alianza. Se cree perdida, por lo menos durante un lapso de tiempo, con la pérdida de su amiga y aliada. Vuelve las manos y los ojos suplicantes, en desesperación, al Extremo Oriente, y exclama:

—*Oú trouverions-nous alors le salut? Nous le trouverions exclusivemente dans l'alliance franco-japonaise.*

(«Revue des Revues». París, le 15 Mars 1906.)

La mimosa impúdica madame Chrysanthéme, la madame Chrysantéme de las naciones occidentales, envía besitos con la punta de los dedos á un marino extranjero, no europeo, á un tal Togo, sin fijarse mucho en que sea un hombrecito amarillo, hediondo á bestia, reverencioso y grotesco.

Y he aquí cómo Francia llega á sentirse preocupada, angustiada por cosas japonesas (1).

(1) En las citas francesas algunas vocales que debían llevar acento grave lo llevan agudo. La imprenta no tiene de los primeros.

III

OSCAR WILDE

DE PROFUNDIS

La primera edición del *De Profundis* se hizo en Febrero de 1905, y para el mes de Marzo ya habían salido á luz cuatro ediciones. La *Methuen's Colonial Library*, editora, previene en la carátula, como en todas sus obras, que el libro es sólo para circular en India y las colonias.

Acaso Robert Ross—prologuista y poseedor del manuscrito—no halló en toda Inglaterra otro editor para el gran poeta inglés sino una librería colonial. Inglaterra, pues, restringe la circulación de las obras de uno de los espíritus de arte que más la honran, confundiendo en la misma torpe y censurable excomunión al hombre, que pudo tener muchos defectos, con el artista, que no tuvo sino virtudes, y juzgando, además, tal vez con pleno conocimiento de causa, más amplio y hospitalario el espíritu de los canadenses, australianos, indostánicos, negros de Jamaica, y otros colonos y dependientes de Inglaterra, que el de Inglaterra misma.

Pero ¿no será que John Bull, con su habitual

comedimiento hipócrita, finge no querer oir hablar de Oscar Wilde, aunque devore en secreto las obras del pecaminoso artista? ¡Odiosa gazmoñería británica!

¡Cuánta sinceridad artística troncha en botón la pudibundez farisaica de los ingleses! Hasta los más osados y gloriosos pensadores se valen allí de subterfugios de casuísta en la lucha de las propias ideas con la mojigatería bíblica imperante. El propio Darwin no aventura confesar su ateísmo. ¿Qué más sino el sacrificio de las convicciones científicas exigía la Iglesia á Galileo y Giordano Bruno? Políticos ó filósofos sinceros, desenfadados, desde Maquiavelo hasta Stirner, de haber nacido en Inglaterra, ¿serían lo que son? No cabe duda que Aretino, Rabelais y el autor de *La Celestina* hubieran tenido que abandonar esa patria, como Byron; y no es presumible que en suelo de Inglaterra floreciera tanto impúdico y sublime poeta como en Grecia.

De Profundis es obra de sinceridad y de martirio: el alma del poeta al desnudo, el yo pecador de un artista contrito, no debe haber ofendido á Dios, sino á la Naturaleza y, ¡quién iba á creerlo!, á la sociedad. Coloquio de un alma de belleza consigo misma en las tinieblas y la soledad de la prisión. El poeta se acusa de su vida gozosa. El resolvió ignorar dolor y tristeza, y ver el sufrimiento como una imperfección. Ahora, que ha pesado por las lágrimas, sabe que el

pesar es emoción suprema y fuente de arte, y lo más serio de la vida.

En este bosquecillo se escucha el eco de los suspiros y corre una encantadora fuente de lágrimas. ¡Cuán lejos este ingenuo sollozo de las paradojas de antaño! El dolor nos ha revelado otra faz, no menos interesante, de esa alma artista.

¡Y cuán dulce y cuán poco británico el Cristo que sale de aquella cárcel; Cristo transcendente á nardo, al nardo magdaleno! Desde Renán, acaso ninguna abeja había revolado con más grato susurro en torno de las híbleas doctrinas del Nazareno. ¡Y cómo exhala aroma de ternura el cristianismo que el poeta desamortaja y resucita!

De cuando en cuando el paradojo, á pesar de las lágrimas, saca la oreja. «Cristo—dice el poeta—consideraba el pecado y el sufrimiento como cosas bellas y santas—modos de perfección.» Y luego: «El encanto del Cristo consiste en que su vida fué una obra de arte.»

¡Cuánto más tierno este cristianismo de Oscar Wilde, cristianismo depurado por el dolor é hijo de éste, que el cristianismo batallador de aquel épico Tasso, por ejemplo, poeta á quien he estado leyendo al mismo tiempo que á Wilde! Nada más fresco ni más constantemente juvenil que el final del *Canto IV* de la *Jerusalen:* el arribo y la pintura de Armida entre los

Cruzados; pero aquí la hermosura es física, no ética como en el *De Profundis*. Wilde es el hombre del dolor; Tasso, el del combate. El poeta de Sorrento es sañudo contra los poseedores de Palestina. Tal vez sin esta fuerza de pasión el poema no sería lo que es. Aunque no olvido la fecha del poema, ni las ideas de la época, ni el ambiente que lo inspiró, confieso, sin embargo, que choca la insistencia en sombrear, no ya las obras, sino hasta los pensamientos del Soldan jerosolimitano. El Tasso destroza á los adversarios de sus creencias, á sus enemigos, en versos fieros como fieros molosos; Wilde, más cristiano, perdona á sus persecutores. Extremar la comparación del cristianismo de Wilde con el de Tasso sería absurdo: el uno, en *De Profundis*, es un elegista, un arrepentido, un sufridor, con el *yo pecador* en los labios, mientras que el otro es un poeta heroico y empenachado que no expone sus ideas y sentimientos sino al través de personajes y cuadros de guerra.

Pero surten del propio manantial el agua cristalina, fresca, y el chorro ardiente y sulfuroso: la prosa de Oscar Wilde y los versos de Torcuato Tasso.

El dolor convirtió á Wilde, en sus postreros días, al cristianismo, sin que tal cristianismo tuviera nada que hacer con sectas, protestantes ó no. El autor del *De Profundis* ha sido el último cristiano.

IV

BERNELOT MOENS

EL HOMBRE FUTURO

El señor H. M. Bernelot Moens es un sabio holandés que tiene en la cabeza una magnífica idea y se propone realizarla, con apoyo del Gobierno neerlandés y las autoridades coloniales de Francia. El señor Bernelot va al Congo con el objeto de llamar á la vida, por la cohabitación entre un congolés y una mona púber, á nuestro abuelo el tipo intermedio entre el hombre y el mono.

Ya pasó el tiempo en que se indignaban la ignorancia y la presunción con el postulado de que el hombre no es ángel, ni imagen y semejanza de Dios, sino representante de una clase de mamíferos de los cuales el antropoide es el más vecino á nosotros.

Ya todo el mundo sabe, en efecto, que todas las porciones internas y externas del hombre tienen su equivalente en el antropoide. En uno y otro el mismo número de huesos—más ó menos, 200—, el mismo número de músculos—más ó menos, 300—, el mismo número de dientes y molares, dispuestos de idéntica manera: 32. En

ambos, además, elementos nerviosos semejantes, cerebro y medula espinal; semejante disposición en los órganos que sirven—en ambos sexos—para la reproducción, y semejante evolución—entre monos y hombres—durante la vida embrionaria.

Pero no es de aquí de donde parte para sus conclusiones el profesor Bernelot. Como se han encontrado tres cráneos fósiles: uno en 1856, en Néanderthal; otro en 1887, en las cavernas de Spy, cerca de Namur, y el último en 1891, en la isla de Java—, cráneos que dejan poca duda de que hayan existido antes sobre la tierra seres intermedios entre el mono antropoide y el hombre—, y como, por otra parte, se ha descubierto recientemente que la sangre del hombre y la del mono son de composición idéntica, el profesor Bernelot ha concebido la idea de procrear un híbrido que pueda traer consigo el secreto perdido de nuestro orígenes.

¿Y por qué no?

Los animales que no son próximos parientes tienen sangre de composición muy diferente. Cuando se comunica la sangre de un gato con la sangre de una liebre, por ejemplo, ambos animales mueren, antes de pocos minutos, en medio de ataques convulsivos. Puédese, por el contrario, mezclar la sangre del caballo con la del asno, la sangre del perro con la del lobo, la sangre de la liebre con la del conejo. En estas mez-

clas los glóbulos rojos de una y otra sangre conservan su vitalidad, y la experiencia prueba, á los ojos de todo el mundo, que estos animales parientes, que tienen la misma composición de sangre, pueden, cruzándose entre sí, procrear descendientes híbridos.

¿Por qué, pues, no habría de triunfar de sus experimentos el profesor Bernelot?

No es difícil que un día, muy pronto, veamos el híbrido que puede darnos la clave de nuestros ignotos orígenes. Ya estoy viendo á los futuros Heriberto Garrido, Gumersindo Rivas y Andrés Mata. Este, aunque cornudo, es el hombre más mono que conozco, ó el más cercano al mono. Cuando Andrés Mata, que es un mulato de belfo colgante, se casó con la blanca señorita que luego lo abandonó por el torero español Faíco, algunos cursis provincianos empezaron á llamarlos Desdémona y Otelo. Pero los avisados y maleantes caraqueños corrigieron la frase así: Desde-mona y Desde-mono.

Nuestra vanidad infantil y primitiva según la cual somos creados por un Dios, á su imagen y semejanza, quedará en derrota, pero nuestra conciencia ganará. Y en todo caso, aunque no descubramos el viejo ser intermedio, inencontrable hasta hoy, tendremos la satisfacción de haber creado, sin ser dioses, un nuevo tipo humano ó casi humano.

V

LAMARTINE

BENVENUTO CELLINI

Miro en un escaparate de librería *Benvenuto Cellini*, por A. de Lamartine. Goloso compré el volumen, corrí á casa y lo devoré de un tirón. No era un estudio del artista francés sobre el artista italiano, sino fragmentos de *Las Memorias*, de Cellini, fragmentos extractados y unidos por la pluma de Lamartine.

La prosa de Lamartine es como hilo de oro, que va engarzando las perlas de Benvenuto. Acaso ese hilo de perlas sacó algún día de apremios al gran poeta manirroto.

Yo conocía las *Memorias*, pero no pude sino leerlas de nuevo en este volumen, que seduce con el doble prestigio y el doble resplandor de esa pareja de nombres. Adoro á Benvenuto, al Benvenuto artista y al Benvenuto hombre. Su obra, su vida y su leyenda, trilogía fabulosa, hacen de ese mago colérico, de ese «bandido con manos de hada», un ser único, un monstruo raro y encantador.

La de Benvenuto, ¡qué vida! Combate con un héroe en el castillo de San Angel; apuñala á un

asesino en Roma, á un enemigo en Ferrara. Su arcabuz hace estragos en Florencia; su espada, en París. Quien le ofenda es, como él dice con jactancia, *hombre muerto*. A una grosería no responde su lengua, sino su espada. Y este altanero peligroso, cuyas manos destruyen vidas, es asimismo un creador épico y único. De esas manos surgen: la medalla para la señora florentina, el botón de cinceladura para la capa cardenalicia, la *Custodia* para el altar del Vaticano, la *Ninfa* para el parque de Fontainebleau, el *Perseo* para la corte de los Médicis. El Renacimiento adoró esas divinas manos de criminal; la Justicia no se atrevió á cortarlas. Los poetas italianos de entonces cantaban en sonetos la aparición de las obras benvenutescas, y los poetas de la posteridad y los historiadores y los críticos han tejido leyendas y coronas para la frente soberbia del más soberbio de los artistas.

Terminé esa lectura de las *Memorias*, extractadas y comentadas por Lamartine, hacia las dos de la mañana. Me fuí á dormir, pero no pude conciliar el sueño. Me pasaban por la cabeza cárceles, duelos, emboscadas, la vida entera de Benvenuto, con sus ruidosas y brillantes pasiones. Nervioso, desasosegado, de un desasosiego bélico, trágico, me tiré de la cama y encendí luz. Maquinalmente fuí al ropero, saqué de un bolsillo mi puñal—un precioso puñal damasqui-

nado que me compré en Toledo y que siempre llevo conmigo—, le contemplé, lo esgrimí, lo puse á mi cabecera, sobre el velador—y me acosté, ya tranquilo. Sin embargo, antes de acostarme ojeé bajo la cama y en la pieza contigua. Hubiera deseado un ladrón, el diablo, un enemigo cualquiera, seguro de tenderlo á mis pies de una puñalada. No bien me hube dormido empecé á soñar cosas de guerra y aventuras. Soñé, por último, que estaba condenado á muerte. Varios hombres de á caballo me perseguían. No pudiera escaparme sin correr y yo no quería correr. Me detuve más bien; esperé á mis persecutores; los miré cara á cara, y saltándome de un tiro los sesos, exclamé:

—Ved, asesinos, cómo se muere.

Antes de morir dije: «Padre mío», «madre mía». Quise pensar en Dios, pero no pude: ya había muerto.

Y apenas acababa de morir, disperté.

A mi cabecera, sobre el velador, junto al libro, aún abierto, de Benvenuto, yacía mi puñal en su rica vaina de oro.

VI

ISADORA DUNCAN

LAS MODERNAS DANZAS VIEJAS

París aplaude al presente á Miss Isadora Duncan, anglo-americana, que danza danzas antiguas y danzas idilios ó idílicas.

El baile, como los versos, como la música, externa el alma y el temperamento de un pueblo. En este sentido, la última Exposición Universal fué un curso de psicología. Como cada país tiene su poesía peculiar y su música, tiene también su baile. Los Estados Unidos, que aun carecen de poesía y de música nacionales, tampoco poseen un baile típico. (El cake-walk no es yanqui; es negro.)

La Duncan, admirable miss, empapada de literatura, visionaria y reformadora de arte, que baila cuadros de Boticelli y *Nocturnos* de Chopin—música, pintura y danza que no comprende la mayoría de los yanquis—, representa, sin embargo, el alma de su país. Su arte, bueno ó malo, es original. De esa obra que interesa, de ese esfuerzo que rompe con las tradiciones y lugares comunes del baile, se desprende esta cosa magnífica: la voluntad—la gran virtud del pue-

blo yanqui. Por donde la fina bailadora, toda gracia, viene á coincidir con la burda y fuerte Porcópolis. Así, esta bailarina *griega* es, en último análisis, yanqui genuina como un jamón de Chicago.

Otra cosa refirma en ella su nacionalidad: el amor de la *reclame*. Sólo que la añagaza de la Duncan consiste en hacer gala de no tener ninguna. La frialdad, el silencio, la indiferencia casi hostil de la prensa parisiense, depende en mucha parte de que miss Duncan no se ha dignado, como es aquí estilo, pagar elogios. Esta *reclame* al revés me parece una de las mayores originalidades de miss Duncan.

¿Pero son antiguas sus danzas? ¿Bailaban así los griegos? ¿No será tan difícil descubrir y descifrar la perdida clave de las danzas frigias, por ejemplo, como averiguar de qué manera pintaron Apeles y Timantes, cuyas obras no existen? El gesto, el ritmo, el carácter de una danza antigua, ¿podrán reconstituirse con la sola y vana ayuda de alguna vana página de historia ó de algún bajorrelieve? ¿No entrañan, por el contrario, estas danzas de miss Duncan un exasperado modernismo?

Miss Isadora baila en el propileo de un templo helénico, al son de un clavecino y de una viola, sin corsé, casi desnuda, pies, piernas y muslos al aire. Las otras partes del cuerpo se transparentan bajo la clara tela, sobre todo cuan-

do miss Duncan explica, interpreta ó traduce en danza cuadros de asunto griego, vestida con aquella enagua corta que escultores y pintores prestan á Diana, como puede mirarse, por ejemplo, en *La Caza de Diana,* por el Dominiquino, ó en un mármol cualquiera.

Un cuadro representa la fijación de una actitud; para obtener esa actitud el modelo tuvo antes otras actitudes más ó menos fugaces, y otras tendrá después de ésa que el artista fijó en la tela. Bailar un cuadro, pues, consiste en adivinar esas actitudes pretéritas y futuras—adivinarlas y danzarlas. Y yo pregunto: ¿por qué danzarlas? ¿No sería más noble, más conforme con el arte y la vida representar esas actitudes sucesivas en reposo y no en torbellino y en el convencionalismo del baile? ¿El baile no contribuye á que uno reste cuanto no se puede ó no se debe traducir en danzas? ¿No entra en el baile, además, mucho de fantasía, mucho de relleno, algo que equivale al ripio de los versos?

La osadía de bailar *Nocturnos* de Chopin me parece mayor qué la de bailar pinturas de Ticiano. No se trata de mover el cuerpo más ó menos elegantemente á un son de música, sino de concretar lo inconcreto, de exprimir lo inexprimible, de traducir en la plasticidad del movimiento corpóreo una cosa de ilusión, una cosa vaga, aérea, ideal: la música, el alma de Chopin.

Miss Isadora Duncan logra efectos de idealidad merced á sus brazos finos, blancos y curvos; á sus índices afilados, que ella tiende hacia el cielo; á su cuerpo, que se estira y se estira, adelgazándose, inmaterializándose—ó como si hubiese roto en un vuelo. Sino que al fin, en alguna voltereta, descubrimos la pulpa rósea de sus nalgas. Es como si al volver la página de un álbum, después de una lectura de Lamartine, nos tropezamos con un dibujo pecaminoso. Bailando francamente desnuda sería mejor, á los ojos de la moral, que en *deshabillé*, ya que por *deshabillé* traduce nuestro gusto moderno el traje griego.

Miss Duncan explica su revolución ó renovación de la danza en un folleto. El opúsculo, muestrario de ideas danzantes de miss Isadora Duncan, escaparate de caprichos y opiniones, se llama *The dance of the future*. El solo título es una profesión de fe, por cuanto miss Duncan muestra una confianza wagneriana en el porvenir de su arte.

A las pocas líneas, la Duncan se proclama discípula de Darwin y de Haekel; de suerte que, osada en todo, la pitagórica miss, de un solo rasgo de pluma, consagra maestros de baile á Haekel y á Darwin.

La feliz confianza en sí propio, sin la cual no es posible el reformador, surge de todo el folleto.

«Yo puedo no tener genio, ni talento, ni temperamento...», escribe la Duncan. A mí no me gusta contradecir á nadie, y menos á una dama; pero esta vez estoy en desacuerdo con miss Isadora, aunque si bien se examina no resulta desacuerdo alguno. Miss Duncan—que apenas duda, no ya de que tiene genio, sino de que es un genio—usa aquí de aquella graciosa retórica por donde se afirma lo que se niega. Esta helena de Nueva York ó de Philadelphia, en cuya alma existe un vago y noble anhelo de paganismo, piensa que su arte es una oración *(It is a prayer this dance)*, y que «el arte no religioso no es arte, sino objeto de mercancía». No obstante, ella cobra un luis por butaca. Y todos salimos encantados de tan caras y gentiles cabriolas.

Aparte el pedantismo de esta señorita, que habla de evolución y menciona á Schopenhaüer á propósito de piruetas y pasos de baile, su teoría de la danza es muy personal y muy interesante, máxime porque ella tiene el talento y el valor de poner por obra sus doctrinas, y no resulta inofensiva y estéril teorizante.

Su biblia se reduce á cortos evangelios.

1.° La Naturaleza es la fuente del baile, porque de ella proviene todo movimiento.

2.° Los *ballets* de hoy están en desacuerdo con la Naturaleza; son antinaturales.

3.° Como cada quien gesticula y se mueve

á su modo, cada quien debe ser original en el baile, sin sometimiento á un patrón, á un convencionalismo, á una pragmática de coreografía. *The dance of not two persons should be alike.*

Alrededor de estas ideas primordiales, y de alguna otra un poco revesada y metafísica, teje miss Duncan sus danzas y la teoría de sus danzas, no sin incurrir en alguna contradicción, como allí donde asienta: *we are not Greeks and cannot therefore dance Greeks dances*—después de haber afirmado que el arte de los griegos, la danza inclusive—, *is not a national or caracteristic art but has been and will be the art of all humanity fot all times.*

Como miss Duncan primero, yo pienso que no debemos danzar (¡Dios me libre!, ni escribir, ni esculpir) como los griegos, porque no somos griegos. Así, aunque fervoroso admirador del arte helénico—resultante maravilloso del más maravilloso pueblo que ha vivido sobre la tierra—, no comparto la opinión contradictoria, antihistórica y anticientífica, de miss Duncan, por donde el arte griego ha sido, es y será el de la humanidad entera. Yo no sé que la novela rusa, la poesía escandinava, la arquitectura germánica ó las danzas españolas tengan nada de griegas. Los mismos bellos bailes de miss Duncan son originales y modernos y no griegos, aunque miss Duncan, á poder de

estudio y de adivinación, haya podido presentir, comprender y aun imitar actitudes y pasos de bailadoras helenas.

Cuanto al hecho de bailar pinturas de Boticelli y *Nocturnos* de Chopin, es resolver un viejo problema de arte. Miss Duncan, gracias al talento y voluntad que es necesario reconocerle, ha respondido brillantemente á los que niegan el derecho de un arte de inspirarse en otro. Ella ha creado una hermosura nueva y ha reformado la coreografía inspirándose en la escultura, en la pintura y en la música.

VII

GOGOL

REVISOR

—¿Qué significa *Revisor*? — se preguntará la gente.

Y en el primer momento no comprenderá.

Revisor es, sin embargo, una cosa muy sencilla: es una comedia rusa, una crítica de las costumbres moscovitas, escrita por un hombre raro: por Gogol.

Gogol, sarcástico, cruel en su ironía, más que incisivo, brutal, es al mismo tiempo que hombre de talento fuerte y de observación profunda y minuciosa uno de esos espécimens de humanidad raros en todas partes, hasta en Rusia. Gogol, aparte literatura, fué un místico, un alucinado, un *detraqué*, como dirían los franceses; un *matoide*, como dirían los italianos; un destornillado, un alienado, como diríamos nosotros. Un día echó al fuego sus manuscritos, sus obras inéditas, y se murió de hambre, después de haber repartido sus bienes entre los pobres.

Llevar el desprecio de los bienes terrenales hasta darlos es cosa bella; llevar el desprecio de la vida hasta condenarse á la miseria y á la

muerte es cosa admirable. Pero ¿cómo calificar el ademán de un hombre, de un artista, de un creador de belleza que desprecia la gloria—más grande que la vida y que la muerte—hasta quemar sus manuscritos y condenarse voluntariamente al olvido?

Por fortuna, no toda la obra de Gogol se ha perdido. Quedan las obras que él había publicado antes de enfermarse de misticismo. Y entre esas obras, *Revisor*.

La pieza, en el fondo, es cosa muy sencilla. Se reduce á un engaño, casi vaudevillesco. En una pequeña provincia se espera á un comisionado del Gobierno de Petersburgo. Témese que tal comisionado llegue de incógnito á inspeccionar el estado de la administración. El gobernador de la provincia, el juez, el jefe del correo, el que vigila las escuelas, el que cuida los hospitales, todo el pequeño mundo burocrático se alborota y pierde la cabeza, por temor de perder el puesto.

La cosa llega al punto de que toman á un joven viajero por el inspector. El joven, que es listo, deja correr la bola, encantado; se hace hospedar en casa del gobernador; infunde pavura, á pesar de su amabilidal constante, entre los pobres diablos provinciales; enamora á la mujer del gobernador; promete matrimonio á la hija, y, por último, se deja sobornar por los buenos empleados públicos.

El desfile de los funcionarios lugareños por el gabinete del jovenzuelo, llevando cada uno el precio del silencio que quiere obtener, es de una comicidad de buena ley, sobre todo por la torpeza con que se desempeñan los corruptores. Hay uno que saluda al joven, le entrega un puño de rublos y sale corriendo. En San Petersburgo, de seguro, se procede con más habilidad, por la mayor frecuencia en el ejercicio de aquellas prácticas moscovitas.

La mujer del gobernador es un tipo maravilloso. Vieja verde, convencida de que cada mirada suya es un hombre muerto, rivaliza con su hija, que está en la flor de los años.

Cuando la primera visita del joven en casa del gobernador, la vieja se presenta emperifollada y asume actitudes de un remilgo sesentón.

—Ese hombre es encantador, dice; no ha hecho sino mirarme.

Pero la muchacha arguye:

—No, mamá, en quien más se ha fijado es en mí.

Entonces la vieja se torna épica.

—Calle usted, niña. Usted es una inocente. Usted no sabe de esto como yo.

Pero sí debe de saber, porque horas después el joven está á las plantas de tan coqueta personita.

La escena en que se presentan los paisanos á quejarse de los rigores del gobernador pone en

evidencia la orfandad, la miseria, la desesperación en que vive ese pobre pueblo ruso, donde todo el que manda es un tirano, en donde la escala del cesarismo comienza en el gendarme y concluye en el emperador.

Se dirá: todo eso es muy poco; eso no debe impresionar. Eso es nada. *El rey que rabió* es así. Y, sin embargo, es mucho. La Veus de Milo también es poco, es nada, es una mujer desnuda.

El genio, el secreto en arte consiste en hacer con las cosas pequeñas de todos los días las cosas grandes de todos los siglos.

VIII

RICARDO STRAUSS

SALOME

Anoche fuimos á ver *Salomé*, que por primera vez pone en escena, aquí en Amsterdam, una compañía italiana, y que viene á dirigir su mismo autor, Ricardo Strauss. Los asientos eran muy caros. El teatro no estaba lleno. Y, sin embargo, los holandeses dicen que les gusta la música.

Les gusta, sí, la música de los conciertos á 60 cens; les gustan semicorcheas con schiedam y semifusas con tabaco. En el teatro no había mas que judíos, ó para no exagerar, los judíos eran la mayoría. Y cuenta que el verdadero holandés no detesta el arte, como los yanquis, que impidieron la audición de *Salomé;* pero fuera de la pintura, no lo paga bien, aun sintiéndolo, al revés del yanqui, que sin sentir ni pintura, ni música, paga caros lo mismo cuadros que cantantes. Según todos saben, el yanqui *aprecia* por avalúo, es decir, juzga de las cosas por lo que cuestan. El holandés, no, como de más cultura y más refinamiento de raza.

La *Salomé* de Strauss fué calcada, como nadie ignora, en la obra de Wilde, y la obra

de Wilde, como nadie ignora, es de una perversidad refinada y encantadora. La artista que hizo el papel de Salomé, delgada, culebrina, de boca grande y lasciva, de axilas negras, de ojos negros, espécimen del Mediterráneo—trasunto del tipo oriental de la protagonista—, lo hizo irreprochablemente. Cuando se inclinaba, de rodillas, con su cuerpo magro y sinuoso, sobre la tajada cabeza del Bautista, viéndolo con mirada magnética, enamorada de aquella piltrafa sangrienta; cuando Salomé rompe en coloquios líricos con la sangrienta cara en el patio palatino, ante los guardas, á la vista de su impasible madre Herodías; cuando Salomé, acostada en el suelo, y meneando los flancos como un felino, junta por última vez la boca suya con la del rostro lívido, en beso interminable, y despierta los celos del aterrado é incestuoso Herodes, es imposible no sentir un misterioso calofrío. Las pasiones amorosas de Oriente, avivadas por la música y por la vista de aquella endiablada Salomé, se apoderan á un tiempo de nuestra sangre y de nuestra imaginación.

Cuanto á la música de *Salomé*, no existe mas que una palabra que exprese lo que se quiere significar: la palabra rara. Nueva no sería suficiente. Es música rebuscada, sabia, incomprensible, en el primer momento, rara. La voz humana no es tratada, según ya se observó en Wágner, como un instrumento, como un instrumento más de la

orquesta, sino por efectos solicitados con destreza, resulta en *Salomé* que cuando los artistas cantan muy bajo, la orquesta toca muy alto, y viceversa. Sería necesario acostumbrarse. Por lo demás, tiene pasajes magníficos. Y toda la obra revela el alma del autor: un alma despectiva, revesada, imperiosa, que tiene gran confianza en sus alas.

La música tiene sobre las otras artes una particularidad: las otras artes sólo nos dicen aquello que el autor de la escultura, del cuadro ó del libro quisieron expresar, y á veces menos, ya que la mayoría no es capaz de comprender cuanto el autor enseña por medio de la línea, el color ó la frase. La música, no. La música sugiere vaguedades, quimeras, ilusiones, cosas de poesía, y á menudo despierta en el auditorio, por asociación de impresiones, si el auditorio es artista, elementos de hermosura y de sueño de que el autor no imaginó dotar su obra. Por esta potencialidad de la música, ella, sobre todas las artes, es propicia á la soñación, y en ella descubre el hombre soñador el haschis de sueños desconocidos aun para el propio compositor.

Cuando los simbolistas franceses, Mallermé y compañía, preconizaban una estética literaria que «sugiriera» en vez de «expresar», querían dejar la ventana abierta á los sueños. Sólo que reducir á mera música sugerente las palabras es empequeñecer la poesía. La poe-

sía tiene sobre la música el que habla, no sólo á la imaginación, sino á la inteligencia. Ninguna partitura, por grandiosa que sea, puede producir una tempestad de pasiones, como podría producirla un discurso ó un drama. Wágner, queriendo expresar ideas, y aun ideas muy rudimentarias pero concretas, por medio de la música, fracasa.

Cuando quiere con notas sugerir idea de un casco, tal como Homero, con palabras pinta un escudo, no triunfa como triunfa, en los oídos é imaginación del auditorio, en la cabalgata de las Walkirias, por ejemplo, que sí puede ser, y es, por razones de sonoridad, elemento musicable. No se puede concretar lo inconcreto. Wágner, en el empeño de hacerlo, produce la impresión de un monómano que cortara las alas á los pájaros porque prefiriera verlos, en vez de volar, andando.

¿Induce esta *Salomé* de Strauss á imaginaciones de lujuria desenfrenada, á balbuceos de una sensualidad lujosa y recóndita, ó contribuyen á la ilusión la felina y flaca figuranta, de enardecidos bailes, de ojos, boca y serpenteos lascivos, el palacio de mármol, los trajes y aquella decoración oriental? Y si es obra de la música el hambre de carne viciosa y perversa que se apodera de uno, ¿de qué medios se vale Strauss para obtener su triunfo sobre la imaginación y sobre la carne? Para saberlo se necesitaría, á más de ser especialista y crítico de música, oir la ópera in-

números veces... y después preguntarle á Strauss.

Pero no; Strauss no hace sino despertar, inconsciente ó indiferente, nuestra alma y sus nativos gérmenes. Lo bueno ó lo malo no está en la música; está en nosotros, que, faltos de una educación técnica musical, nos libramos á la sensación animal que nos produce la música y los sueños que nos provoca, sueños de acuerdo con nuestro temperamento.

¡Cuántas veces la mujer que va á un Museo sueña esa noche que Apolo la viola!

IX

IBSEN

NORA LA NORUEGA

Hace algunos días visité la *Casa de Muñecas*, de Ibsen, según nos la enseña á los curiosos de cosas bellas, ignoradas y distantes, el conde Prozor.

Conocía de atrás la traducción española. De mantilla y castañetas Nora me dejó frío. Es verdad que estaba hecha aquella traducción del noruego directamente, sin ápice de duda, por *Zeda*, escribidor de *La Epoca*, tan versado en noruego y, sobre todo, en sueco, por el triste y grotesco *Zeda*, uno de los cretinos más cretinos que han pisado el asfalto madrileño. Ahora hallo á la noruega en los Grandes Bulevares vestida por La Ferriére, y con el prestigio de su leyenda, que ha dado la vuelta al mundo.

¿Será el nimbo de esa leyenda lo que me hace fijar los ojos? Lo cierto es que mis ojos han corrido tras Nora, sin que fueran parte á desviarlos, á llamar mi atención, otras hermosuras que pasaban junto á mí en ese momento, como la judía

Salomé, de Oscar Wilde; *Colomba*, la de Merimée, y *Thais*, la de Anatole France.

Imagino, sobre todo, que me ha obligado á considerar á Nora una reciente opinión inglesa. «No te cases con Nora la noruega», aconseja la discreción británica.

Las ideas de libertad para la mujer, buenas ó malas, han nacido y se aclimatan en los pueblos luteranos, en los países del Norte. No deja de ser curioso que el luteranismo, después de haber predicado la igualdad de sexos, la independencia femenina, cierre las puertas el matrimonio á las mujeres que ponen en práctica tales ideas. Desterrar á Nora del matrimonio es condenarla sin remedio á la beatería ó á la prostitución.

¿De quién la culpa si ella abandona el hogar y toma el camino que le enseñaron como solo camino del honor, de la independencia, de la dignidad de su sexo?

El acto de Nora es hermoso y terrible. Después de una vida sin tacha, de consagración, de afecto, Nora abandona á su marido, abandona á sus hijos, renuncia al hogar, siembra el dolor en torno suyo, y, sin embargo, es noble como una heroína é inmaculada como una santa.

Ella no quiere vivir más entre las manos de su marido como una muñeca. Ella tiene conciencia de su dignidad.

—Tú no me comprendes, tú no me has com-

prendido nunca—reprocha Nora á su marido Torvaldo Helmer, que la adora.

La misma frase de reproche—constante en labios femeniles—á su marido, á su novio ó á su amante significa, en boca de las mujeres latinas y sentimentales, ó deseo de agraviar al hombre, ó bien necesidad de solicitud, de adivinación, de mimo, de amor.

Muy otro en la heroina de Ibsen. No comprenderla vale para Nora no considerarla como simple porcionera del contrato matrimonial, como socio de vida.

—Tú y papá, dice Nora á Torvaldo, habéis sido bien culpables respecto á mí. A vosotros la culpa si yo no sirvo para nada.

Y más adelante, resuelta á abandonar su casa, la casa de su marido y de sus hijos, encarada con el esposo, agrega:

—Yo quiero pensar, ante todo, en educarme á mí propia. Tú no eres hombre á facilitarme tarea semejante.

Nora (¿la mujer futura?) no se arredra por nada.

Helmer.—*Tú hablas como una chicuela: no comprendes la sociedad de la cual formas parte.*

Nora.—*No, yo no la comprendo, pero quiero llegar á comprenderla; quiero asegurarme de quién de los dos tiene razón, entre la sociedad y yo.*

Choca en *Casa de Muñeca* el que Nora, mujercita generosa, risueña, atolondrada, con la nerviosidad y el encanto de un pajarito, se trueque de súbito en una razonadora, en una inflexible, en una cerebral, fría, egoísta, al punto de salirse del domicilio del cónyuge, abandonando esposo é hijos—por vanos razonamientos, no por bajo cálculo de interés—, como en desquite de no haber sido tomada en cuenta como ser pensante y responsable.

En realidad, la cosa no debiera chocar: Nora razona, no por bachillera, sino porque se siente animada de un espíritu nuevo; se aleja del cónyuge, no por casquivana, no porque el marido la haga infeliz, según los antiguos patrones de corrección marital, sino para buscar en la vida lo que la sociedad le niega.—El drama consiste en el conflicto entre la sociedad, organizada como hasta ahora, y el hogar de mañana. Siendo la esquina del hogar la mujer, en las ideas y sentimientos de la mujer debía buscarse, como ha hecho Ibsen, la clave del percance.

La libertad de la mujer sólo dejará de constituir un problema cuando el honor del hombre no esté á merced de la mujer; el día en que la sociedad se reforme de tal suerte que nadie asocie la idea de honor del hombre á la conducta de la mujer; el día en que la culpa de la mujer: madre, hija, hermana, esposa, no se refleje, en-

lodándolo, sobre el honor del hombre: hijo, padre, hermano, marido.

Mientras tanto, y para mi coleto, el problema feminista yo lo resuelvo así: libertad para la mujer, pero no para mi mujer.

X

COLOZZA.—GARÓFALO

"LA PSICHE NEI FENOMENI„ Y "LA CRIMINALOGIA„

Leo *La psiche nei fenomeni della vita*, de Sergi, y *L'immaginazione nella scienza*, de Colozza, y en castellano *La criminología*, de Garófalo.

Los sabios de Italia tienen de bueno, entre otras cosas, que, así traten de las materias más abstrusas, son límpidos, transparentes, latinos, y andan á cien leguas de las brumas y metafísicas nórdicas. Esta virtud la comparten con los franceses.

En España, ni en América hasta ahora, hay apenas sabios. La ciencia nunca ha hablado español. Toda la filosofía castellana es pura metafísica. Y sería curioso estudiar qué razones han obrado para hacer gárrulos é intrincados metafísicos pueblos tan disímiles como el español y el alemán, aunque con la pequeña diferencia de que infinitos nombres de la metafísica alemana—sin mencionar á un Kant, un Hegel, un Schopenhauer—, no tienen equivalente en español. En cuanto los científicos, los Claudio Bernard, los Virchow, los Lombroso, los Darwin, los Pasteur, ¡qué vacío! ¿Cuáles son

los equivalentes, en castellano, de tales nombres? Por fortuna, los Ramón y Cajal empiezan á alzar la cabeza. El español no ha sabido jamás ver la naturaleza. Y como no la ve no la interpreta, no le arranca secretos. La falta de atención es otra incapacidad del hombre español. La pasión ó el fuego de la raza, en cambio, ha producido en España á los místicos de que otros pueblos carecen.

Pero volvamos á las lecturas. Señalado ya el tipo criminal, quiere Garófalo que el estigmatizado desaparezca á todo trance, célula enferma del organismo social que, para vivir, necesita la extirpación de aquélla. Tiene razón: eso es lo científico.

Pero yo pregunto:

¿Vale tanto la sociedad como para merecer el sacrificio oficial de gran número de vidas? Sacrificio constantemente renovado en el altar de este nuevo Moloch, porque la peste criminal se reducirá mucho, es cierto, pero sin extinguirse jamás. ¿No es mal congénito, independiente de la voluntad?

Esas energías, descarriadas aunque latentes, que el draconiano Garófalo quiere suprimir, aunque no ciertamente por moralista, ¿no serían utilizables de algún modo? ¿No son fuerzas que se resta esa misma sociedad cuya conservación preocupa tanto al criminalista de Italia? Los moralistas, que no andan jugando cuando dispo-

nen del quemadero, del hacha, de la guillotina, de la horca, han aplicado la teoría cercenadora de Garófalo, desde la aurora del mundo. Poner la moral por encima de la vida, ¿no es un peligro? Y, según la teoría de Garófalo, si el criminal nato es incurable y nocivo á la comunidad, si debe suprimírsele, es necesario ser lógico y suprimir, por razones idénticas, á los elefanciacos, á los tísicos, á los coléricos, á los bubónicos, á los que sufren de cáncer y de tantas otras enfermedades contagiosas ó hereditarias, y hasta ahora sin curación. El esputo de un tuberculoso puede causar más víctimas que el puñal de un bandolero, aunque sea calabrés.

Además, el puñal ó el trabuco del bandido pueden ser utilizables, insisto, y suelen serlo; en tiempo de guerra, v. g. ¡Cuántos héroes no son sino simples criminales! Y cuántos criminales, ¡extirpados en botón, hubieran dejado en blanco páginas de la historia!

XI

DOSTOYESKI.—MARIA BASKIRTSEFF

Dostoyeski me hace la impresión de una pesadilla. Cuando uno escribe de profesión, adquiere entre otras costumbres, buenas y malas, la costumbre de analizar y de seguir, á medida que se lee, el procedimiento del autor. Así, quienes menos se emocionan leyendo son los escritores. Dudo, sin embargo, que á nadie como á mí haya producido emoción más sincera y más honda la escena del rocín muerto á palos en *Crimen y castigo*, de Dostoyeski. Esta novela produce malestar, un encanto constituído de desesperación. Leyéndola sufre uno, por placer. Es el goce del leproso que se rasca la úlcera. En mi espíritu se establece no sé qué vaga analogía, una correlación de misterio entre los rusos atormentados, caprichosos, analizadores, brutales, desesperados, de *Crimen y castigo*, y los tipos de quimera de algunos cuadros de Weber, esos hombres taciturnos, pequeñitos, barbudos, monstruosos.

Los autores moscovitas nos han puesto en contacto con el alma rusa, con seres que viven en plena desesperación, para los cuales el dolor

es pan cotidiano, como el Raskolnicoff, de Dostoyeski. Esos bárbaros de Rusia son los seres más sensibles. Ninguna raza, ni la pura raza española, se parece tanto, quizá, moralmente y bajo ciertos aspectos, á la hsipano-americana como la rusa. Valdría la pena de hacerse un paralelo, por un psicólogo que conociera ambos pueblos.

De entre los rusos, yo tengo especial amor á María Baskirtseff. Ella no se contentó con pintarnos otras almas, sino que nos descubrió la suya, placer de perlas sentimentales, mina de oros románticos y dolorosos. Aparte su talento, su hermosura, su juventud, su muerte, todo el romanticismo de su leyenda, el alma de María Baskirtseff es tan desolada y tan amarga como el de los personajes de libro que otros rusos —Dostoyeski, Gorki, etc.—pintan en sus novelas. Y aunque los personajes de libro sean formados con fragmentos de vida, acaso con páginas de vida propia, siempre nos interesa más —ó por lo menos á mí me interesa más—el alma de verdad y de amargura de María Baskirtseff.

XII

CESAR ZUMETA

¡Pobre Zumeta! Tener talento y verse condenado á una perpetua mediocridad de vida: pleitos de cocinera, amores alimenticios con viejas seculares, lucha diaria y reñida por el pan. ¡Pobre Zumeta! A su carácter le falta la sal de la vida: la voluntad.

¡Con qué tristeza no nos verá producir obras, cuando no hermosas, por lo menos vivientes y esforzadas, á sus hermanos meñores! El, entretanto, víctima de un estreñimiento literario para el que no se encuentra purgante eficaz, no produce lo que teníamos derecho á esperar de su talento de escritor, y malgasta su inteligencia en efímeros periodicuchos sin lectores. No es difícil que de ahí nazca su malquerencia hacia escritores de fuste y sus mordisquitos de ratón en los ajenos pedestales.

Zumeta es hombre raro, entusiasta y escéptico, idealista y ateo, liberal y antipopulachero, irónico y circunspecto; hombre capaz de los pensamientos más nobles y de las acciones más viles. Triste lo será siempre. Y siempre padecerá la nostalgia de la bondad, que no conoce. La rectitud, aquella nobleza del proceder que

dignifica la vida y colma el orgullo callado é íntimo, el buen orgullo, será siempre ignorada por él, que sabe tantas cosas.

Si á Zumeta lo nombrasen rey, aceptaría. Bien pronto abdicaría, tal vez por falta de valor para imponerse á los súbditos; ó por hastío, si el camino no es todo rosas; ó porque lo es; ó por simple é irrazonada inconstancia; ó por gusto de traicionar sus compromisos y engañar á los que fiaron en él; ó porque quiere leer y escribir y soñar á sus anchas, sin sujeción á pragmáticas, protocolos ó tradiciones; ó simplemente porque no resista á la tentación de hacer frases y lanzar púas—desde lejos, eso sí—contra sus palaciegos. La burla, á pesar de la circunspección, es en él naturaleza, lo mismo que la tendencia á la felonía.

Renunciará el trono con un ademán muy filosófico; pero con un ademán muy vil robará al mismo tiempo los diamantes de la corona. Todo, si no lo deponen, quitándole ocasión á la renuncia, por alguna canallada inédita, ínfima, insospechable.

¡Qué malo es no tener cuna ni carácter! Ser caballero, después de todo, es ser algo. No basta el talento. Es necesario la superioridad del corazón. Es necesario ser inepto para las pequeñeces. Es necesario andar por los tejados, no por las cloacas. Y es preferible cometer un crimen á una indignidad.

He aquí la carta que recibo de Zumeta y me sugiere las precedentes consideraciones:

«*1034 Park Row Building.*

Nueva York, 28 de Agosto de 1907.

Querido Rufino: ¿Recuerdas unos versos del *viejo* Lamartine á propósito de cómo llegan á veces hasta el viajero en las regiones polares, como una merced, cálidas brisas del trópico? Así tu carta á mi carámbano. Te seguí en la segura y brava ascensión á la cumbre en que de derecho estás. No llegaron á mí tus libros todos, sino apenas aquellos de que he hablado en los papeles que escribo por irreprensible manía. Supe que habías vuelto á Venezuela y lo deploré. Como ni el *Claudicante Ilustrado*, ni el *Gumercindal*, ni papel alguno de por allá, si no es el *Fonógrafo*, que de Venezuela no tiene sino el estar fechado en Maracaibo, llegan á mis manos, no supe de ti sino cuando á mi sempiterna pregunta: ¿Y Rufino? Me contestaban: «En Caracas». Luego: «En el Orinoco». ¿Irá á la conquista de ese imperio realengo?—me dije. A poco Zoilo Vidal me informó: «Su amigo está en la cárcel». Estaba escrito. El triángulo de tu vida está dentro de esos vértices: gloria y solaz en Europa; en Venezuela gobernar, aun cuando sólo sea una Barataria, ó dar contigo en la cárcel. Laurel, Bastón ó Grillete.

Vuelves al lauredal. Me regocijo. Cosecha. Maduran para ti los racimos, y el vino que acendras sale añejo del lagar, con la virtud que á otros de buena cepa sólo alcanza á dar el tiempo.

Recibí *El hombre de hierro*, y si el afán de la vida me lo hubiera permitido habría escrito, no el breve aviso de recibo que entonces di, sino lo mucho que ese libro dijo á mi espíritu, y no podría repetir al público sino después de meditarlo bien, á fin de precisar y documentar mi juicio. En cierto sentido creo que ese libro fija época en Venezuela y molde en castellano. La medula clásica y la rebeldía modernista han dado tono y color tan felices al estilo, unidas por arte tan seguro de sí mismo en lo conservador y en lo innovador, que será la desesperación de cuantos pretendan imitarlo y de los que aspiren á superarlo en la tierruca. No puedo yo darle estas conclusiones descarnadas al público sin exhibir su fundamento y comprobar en un estudio comparativo la verdad de esas aparentes exageraciones.

Te escribiré, y te ruego lo hagas tú.

Me dices que abrace á Jacinto López. Lo hice, y todavía no he llegado al calvario; pero voy haciendo el *Vía Crucis*. La historia es larga de contar. Quizá quepa en esta hoja el sumario. Del vapor en que llegó hace dos años fué á mi oficina. Partí con él la capa y el pan. En la

borrasca y el naufragio cuidé de salvarlo. Cuando el pan escaseó, al cabo de año y medio, temió él que mi antigua amistad con Fabio Fiallo fuera á perturbarlo en el tranquilo goce de un rincón que yo le había hecho dar y de un hueso que yo no había querido roer. Un día descubrí por incidencia su traición, y ya era tarde. Durante mi apartamiento él había cultivado las flaquezas de Fiallo, y encontré dos acérrimos enemigos en esos que me llamaban su hermano. Lanzó á Fiallo á la prensa á acusarme de haber sido venal toda mi vida y de que me oponía al protectorado dominicano porque no habían querido comprarme. Ahora, porque dije que Estrada Cabrera es asesino, lanzó á un agente de ese doctor Francia á insultarme y á intentar proceso criminal contra mí: triunfaré de ese *sindicato del Desastre*, pero el espíritu queda enfermo después de la traición. Si vieras á Domínici, quizá por él y Varga Vila, que también ha encelado él en mi contra, sabrás detalles que yo ignoro.

Te quiere

C. Zumeta.»

XIII

F. LORAINE PETRE

El Sr. F. Loraine Petre, redactor del *Times*, ex funcionario del gobierno británico en la India, que ha viajado por Asia, Europa y América, es un opulento personaje inglés, residente en Londres.

Historiador de Napoleón y hombre de pluma sobria y bien tajada, publicó en 1910 una Vida de Bolívar con este título: *Simon Bolivar, el Libertador*. Amando y admirando á Bolívar los ingleses pagan una deuda al hombre que tanto quiso y admiró á Inglaterra.

El señor Loraine Petre se ha esforzado en ser imparcial. Casi siempre lo consigue. Es autor de autoridad moral y de manifiesta buena fe. Su libro, á ese respecto, es precioso.

Las flaquezas de su obra no dependen de la honorabilidad del historiógrafo, que es—lo repetimos adrede—tan completa como su talento de narrador. El cínico falsificador de documentos y forjador de patrañas á la manera de Mitre no nace todos los días, y menos en la Gran Bretaña. No: Loraine Petre no es un Mitre, sino historiador de conciencia y veracidad. Las de-

ficiencias que, por desgracia, desvaloran su obra, son hijas de una insuficiente documentación, por una parte, y por la otra, de una irreemplazable falta de psicología. Mil aspectos del alma compleja de Bolívar escapan al señor Loraine Petre. Conocedor de todas las historias que se han escrito sobre el grande hombre de las Américas, Loraine Petre tuvo como deliberado propósito conservar el término medio entre los panegiristas y los detractores. El mismo lo confiesa.

Como se comprende, su plan de historiógrafo era ya un prejuicio: no iba á aplaudir ni á condenar fuera de ciertos límites. Para un hombre extraordinario como Bolívar, ese plan quizás no era el mejor. Más valía un juicio directo y desprevenido, ya fuera favorable, ya adverso.

Adviértese también en Loraine Petre el empeño constante, aunque disimulado, de que Bolívar no resplandezca á cien codos por encima de Wáshington. Los britanos siempre han tenido un magnífico sentimiento de raza. El mayor elogio que, en breves palabras, se ha hecho de ese mismo Wáshington no es obra de un anglo-americano, sino de un inglés, y qué inglés: de Gladstone.

Otro defecto del libro consiste en que el señor Loraine Petre ocurre con rareza á los documentos respecto á la América boliviana y al Libertador; documentos que, sin embargo,

abundan, y de los cuales se han hecho colecciones magníficas. Son de este número los treinta y un volúmenes de las *Memorias del general O'Leary* y los catorce gruesos tomos titulados: *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*. Esos mamotretos de papel son el granito indestructible, el pedestal de piedra secular sobre el cual se levanta la figura de Bolívar. Loraine Petre apenas los toma en cuenta. La edición aumentada de la segunda colección, la edición firmada por los compiladores Blanco y Azpurúa, ni siquiera la cita entre las obras que consultó. Cuando transcribe proclamas, discursos y cartas del Libertador, copia á menudo de segunda mano.

Tampoco ocurre con frecuencia á las *Memorias* de contemporáneos, amigos ó enemigos del Libertador: *Memorias* de oficiales ingleses, franceses ó hispano-americanos; y de los generales y subalternos españoles que luchaban contra Bolívar. Del choque de esas opiniones contradictorias sale la luz. Bolívar desafía esa luz. A esa luz, que es la de la verdad, es como mejor resplandence su colosal figura.

Habla el historiador de las relaciones de Bolívar con Chile y Argentina: cita á Mitre y se apoya en él; pero ignora á Bulnes, tan esencial en este punto, é ignora algo más importante que los juicios históricos: la documentación de Chile y Argentina con respecto al Libertador, la corres-

pondencia de los prohombres de la época, en ambos países, con Bolívar y cómo esos prohombres—desde O'Higgins hasta Alvear—vinculaban en el Libertador el triunfo radical de sus respectivas patrias.

¿Recuerda Loraine Petre la opinión de Ranke, que es de peso? Este sabio alemán, uno de los creadores de la historia á la moderna y uno de los más felices críticos de fuentes históricas y analizadores de documentos, ¿no opinaba que la historia no podía escribirse inspirándose en los relatos de los historiadores contemporáneos, sino que debía apoyarse en documentos de la época, en los testigos presenciales y en los mismos autores de los hechos?

Como los estudios sobre Bolívar y la revolución de América han tomado precisamente mucho incremento desde 1908 y 1910 á la fecha —con motivo del centenario de la Independencia americana—Loraine Petre desconoció asimismo—y de ello no podemos culparlo—la documentación que han presentado los españoles: tres volúmenes que acompañan la biografía titulada *El teniente general don Pablo Morillo*, por F. Rodríguez Villa; y no parece mejor enterado respecto á la recién impresa documentación de los Archivos de Londres y París, que fragmentaria y todo como ha visto la luz arroja tanta claridad como Bolívar.

El indispensable *Diario de Bucaramanga;* el

Bolívar de Mancini; el estudio de Jorge Ricardo Vejarano sobre *Las ideas políticas de Bolívar* son, de igual suerte, posteriores á la obra de Loraine Petre. Mal pudo conocerlos. De los Archivos de Londres, donde hay perlas, sólo estudió un documento no publicado; pero importantísimo.

La *Vida de Bolívar,* por Loraine Petre, ó como reza el título inglés: *Bolívar, el Libertador, A Life of the Chief,* no es, con todo, obrilla baladí, sino exposición y análisis pacientes, concienzudos, minuciosos, razonados; obra de mérito en suma, que habrán de tomar en cuenta los futuros historiadores.

El señor Loraine Petre no es uno de esos extranjeros famélicos á sueldo de gobiernos ó aspirantes á consulados y prebendas, que adulan á los vivos y á los muertos por triste pitanza.

Es un personaje de carácter y posición independientes, como De Schryver, el historiador belga de Bolívar, y como Mancini, el historiador francés. Como á ellos, nadie lo excitó á escribir. Como ellos, se tropezó un día con la figura del héroe, tuvo el talento de comprenderlo y dedicó años de su vida, abnegado, á divulgar entre los hombres tan alto ejemplo de hombría. Loraine Petre merece bien de la América.

XIV

ANATOLE FRANCE

Abro un libro de Anatole France, de este Anatole France á quien admiro tanto y á quien tan á menudo leo. La crítica roedora, la mordedura ratonil y la benedictina cotejación de los eruditos cuentan entre las cosas por las cuales no me entusiasmo. Sin embargo, acabo de comprender, leyendo á Anatole France, toda la voluptuosidad, todo el pedantismo satisfecho que pone un erudito al escoliar, ó en una apostilla.

A las primeras páginas de France, leo:

«Este paraíso (el paraíso de una estampa de Biblia) era un paisaje de Holanda, y había allí, sobre las colinas, fresnos torcidos por el viento del mar.»

Yo, que vivo en Holanda, sonrío. En Holanda no hay colinas; y aunque hubiese diez, veinte, más colinas; aunque hubiese toda una provincia escarpada, más que Limburgo, nadie podría hablar de Holanda como país montañoso ni recordar á la vista de una colina de estampa el paisaje holandés. Por lo demás, nadie es dueño de sus fantasías. No me extraña que alguien

á la vista de un huevo de paloma piense en Jesucristo, por ejemplo: el huevo de paloma ha podido sugerir el recuerdo del Espíritu Santo en forma colombina, y el ave sagrada el recuerdo de Jesucristo.

Pero los ejemplos, á veces, más embrollan que aclaran. Lo cierto es que una cosa puede sugerir las más contrapuestas, por un proceso interno, súbito. Nosotros, que apenas nos damos cuenta de ese proceso interno del autor á quien leemos, nos extrañamos luego de que unas cosas hagan pensar en otras tan desemejantes ó, con más propiedad: nos extrañamos de las fórmulas finales, por ignorar las intermedias. Esto es, acaso, lo que me ha pasado ahora con Anatole France.

Pero eso no es todo. Páginas adelante, en artículo sobre Rabelais, el delicioso crítico apunta: «Il (Paul Stapfer) s'écrie: *Mon gentil Rabelais* comme Dante soupirait: *Mon beau Saint Jean*».

Anatole France sabe más que ninguno, y conoce al Dante sobre todo, á quien cita con frecuencia. Así, pues, me escudo contra un probable yerro mío confesando que ignoro si Dante ha escrito refiriéndose al Profeta San Juan la frase que el crítico francés le atribuye. Sé, sí, que Dante citó en el *Canto XIX* del *Infierno* el Baptisterio de Florencia: *San Juan*, como se le llama: *mio bel San Giovanni*, como lo nombra con amor el vate gibelino.

Voy á transcribir el terceto.

Dante viene refiriéndose á ciertos agujeros del Averno, en cada uno de los cuales yacía un simoníaco, y dice:

Non mi parean meno ampi ne maggiori
Che quei che son nel mio bel San Giovanni
Fatti per loco dé batezzatori.

Es difícil formarse idea de los agujeros infernales tal como los concibió Dante, pues las pilas de bautismo con que los compara no existen. Rivarol, si no recuerdo mal, ha hecho ya esta observación.

En el terceto siguiente al que cito cuenta Dante que él rompió una de esas pilas para salvar á uno *che dentro si annegaba.*

Si algún día mi querido y venerado maestro Anatole France leyera estas nótulas, estoy seguro de que sonreiría y de que haría una frase deliciosa sobre la fragilidad de la memoria y los irrespetos de la juventud.

XV

SANTIAGO RUSIÑOL

EL PATIO AZUL

A pesar del calor, actúa en el teatro de la Comedia una compañía catalana que ha enseñado, á los que no lo sabíamos, cómo Cataluña posee, no dramaturgos aislados, sino todo un teatro moderno.

Acaso el más eminente; sin disputa, el más brillante del grupo, es este admirable Rusiñol, artista con la pluma, artista con el pincel, artista á todas horas, tan delicado, tan sutil, tan poeta.

En la Exposición actual de Madrid (1904) exhibe cuadros de factura muy moderna, exasperadamente personales: unos caminos entre rocas, unos jardines desolados, con fuentes sin agua, con alguna mútila estatua bajo árboles desesperadamente áridos y tristes. Cuanto al color, tonos desvaídos, sugerentes de hastío, y concordantes con la murria de los cuadros. El artista produce la impresión de tristura y aburrimiento que se propone con sus inertes árboles, su caminito pedregoso, sus flores de cementerio, su estatua rota y su fuente muda.

Quizá varias de sus obras de teatro no sean teatro—el teatro conocido, por lo menos. Carecen de acción y de efectismo escénico. La agonía del *Místico* es interminable; ese hombre no se muere nunca. Más bien parecen tales obras poemas, poemas de un lirismo temperado é ingenuo. Rusiñol, sin embargo, es el autor más sutil y más ajeno á la ingenuidad. Esa ingenuidad de su teatro, ¿no será un supremo triunfo de artista? Me parece que Maeterlinck es primo hermano intelectual suyo. Pero no sé por qué *El patio azul* me ha hecho soñar en obras lo menos maeterlinianas que sea dable, como *Herman y Dorotea*, de Goèthe; *Evangelina*, de Longfellow, y *María*, de Jorge Isaac. Estas obras no tienen que ver entre sí, y *El patio azul* con ninguna de las tres. ¿Por qué, pues, me ha hecho pensar esta comedia en esa novela y tales poemas?

El título de comedia tal vez cuadre mal á obras como *El patio azul*, aunque si bien se examina, y por varias razones acaso tampoco sienta á producciones de índole que solemos llamar así. ¿No se estará empleando con abuso este vocablo? Las del espíritu práctico, que se burla de los ideales; las del escéptico, que hace mofa del esfuerzo, del anhelo, de la heroicidad; las de cuantos señalan, con mofa, lo que exista de humano en lo divino, de miserable en lo noble, de escoria en el metal de Corinto: esas son obras

cómicas, comedias. Las de Aristófanes, que escarneció los ideales de su tiempo, son comedias porque hacen reir; pero ¿por qué ha de llamarse comedia una obra de Paul Hervieu, por ejemplo, que haga pensar dolorosamente, ó este poema de Rusiñol, piedra de honda que hace volar del nido á nuestros sueños?

XVI

REVEILLERE

EL LIBERTADOR JUZGADO
POR UN MARINO, EN 1848.

Hojeando libros de lance en el *Quai Voltaire*, encuentro un libro que me ha interesado. Se titula *Voyage autour du Monde*, y es obra de *Paul Branda*, pseudónimo del contraalmirante francés Reveillére.

Por el año de 1848, cuando Monagas era presidente de Venezuela y el general Páez conspiraba contra el Gobierno de la República—es decir, hace un siglo ó dos—, arribó á playas norteñas del continente sur-americano el contraalmirante Reveillére. En este libro consigna sus impresiones, por lo común no nada lisonjeras para nosotros. Esas impresiones de un hombre de alta posición, de conocimientos vastos, de espíritu liberal y clarísimo, son las que me interesan en este volumen, aunque algunas veces las observaciones sean despiadadas. Pero la crueldad de algunos juicios no les quita su importancia. En cambio, el autor habla de Bolívar con respeto y admiración profundos; esboza la

vida del héroe y la aprecia con un criterio alto y honrado.

Traduzco algunos fragmentos:

«Güiria, pomposamente decorada con el título de ciudad, se compone de un centenar de casucas mal alineadas. Sin embargo, los habitantes, por una gracia especial, ven calles en los espacios, entrecortados de hoyos de cinco á seis pies de profundidad.

»Por allí se ven errar algunos puercos y muchos capitanes... La República, generosa, señala á sus capitanes un sueldo magnífico; pero siguiendo una vieja costumbre española, se dispensa de pagárselos...»

Para que se aprecie en toda su latitud el criterio de *Paul Branda*, transcribo—venciendo la repugnancia de mi pluma—el episodio siguiente:

«En Güiria uno de nuestros nacionales se hace expulsar por haber querido representar un papel político, pues los españoles de todos los países y de todos los partidos, unánimes en esto, no permiten á extranjeros inmiscuencia en sus asuntos. Aquel imbécil se acordó de su nacionalidad y reclamó al cónsul de Francia. Nuestro cónsul no podía desperdiciar tan bella ocasión de apadrinar la necedad justamente castigada; así, pues, ordenóse á nuestro barco restituir, por autoridad de sus veinte cañones, nuestro compatriota á su domicilio. Una gran na-

ción pone su dignidad en probar su fuerza y no su justicia.»

Los rigores de pluma del contraalmirante Reveillére se resumen en este juicio:

«El genio de Felipe II, el genio de la Compañía de Jesús: tal es la causa de la postración de estos bellos países, infestados de monjes grasientos, y donde se encuentran, es necesario decirlo, fuertes sin cañones, caballeros sin caballos, capitanes sin soldados, soldados sin pantalones» (1).

Cuando se tropieza con la figura del Libertador, el marino francés, guerreador él también, cambia de tono.

Al sarcasmo sucede el análisis. Se percibe, al través de las páginas, la sorpresa del viajero y la admiración del filósofo que se encuentra, en donde menos lo pensaba, con uno de los mejores espécimens de humanidad que hayan aparecido sobre la tierra.

Dice el contraalmirante:

«A la proclamación de la Independencia Bolívar acude y pide servicio á Miranda. Nombrado comandante de Puerto Cabello, verdadero puerto de Venezuela, se estrena con un desas-

(1) Debe recordarse que esto fué escrito en 1848. Es decir, hace dos siglos, para países nuevos y en perenne ascensión. Por ese mismo tiempo la revolución ardía en casi toda Europa, Francia á la cabeza.

tre, dejándose arrebatar la fortaleza por prisioneros españoles rebelados.

«La jefatura de una plaza de guerra debía ser funesta para el genio militar, el más ágil que jamás existió.

. . . . . .

»Guiado por su genio político, igual á su genio militar, Bolívar considera, con razón, todas las posesiones españolas como solidarias entre sí. Esta concepción de la solidaridad de los países hispano-americanos será la brújula del Libertador. Considera toda seguridad como imposible para una provincia cualquiera mientras España conserve una pulgada de territorio en América. Así, el joven general combate lo mismo en Nueva Granada, en Venezuela, en el Perú ó en la futura Bolivia.»

El autor esboza á grandes rasgos la carrera y la figura del Libertador. Toma á Bolívar desde la Proclama de Trujillo, «proclama altanera, como si tuviese detrás de sí 100.000 combatientes», hasta que muere el Libertador, en Santa Marta, frente al Caribe, abandonando, triste, los ojos en el mar.

Hace también un sucinto paralelo entre Napoleón y Bolívar.

«A Bolívar le fué dado entrar en las capitales libertadas, como á Napoleón en las capitales subyugadas...

«Napoleón basaba sus concepciones gigantes-

cas sobre su despotismo personal; Bolívar fundaba las suyas sobre la libertad y sobre la unión de los pueblos... Napoleón hubiera desdeñado, como miserables patrullas, los ejércitos de Bolívar; y, sin embargo, á los ojos de la posteridad, Bolívar ocupará, en los negocios de nuestro planeta, mejor puesto que Bonaparte. El porvenir le confirmará el título de Libertador, discernido por Colombia; pocas aureolas resplandecerán con resplandor más glorioso en el panteón de la humanidad futura. No es brillante meteoro que brilla y desaparece. El Libertador ha hecho obra eterna.

. . . . . .

«No comandó nunca, inmediatamente, más de 6.000 soldados. Y es un Gran Capitán, sin embargo (1). Si él manejaba masas de tropa mini-

(1) En la campaña de 1821 tenía en solo Venezuela 12.000; en la del Perú, 9.500, contra 23.000 el enemigo. Sus ejércitos, en realidad, eran pequeños, como los de Carlos XII, porque en los desiertos de América él no podía alimentar masas de 100.000 hombres: su ejército debía convertirlo en pequeños ejércitos para que pudiesen vivir y ocupar tan vasto país. Cuando debían juntarse esas dispersas masas y concurrir á un fin estratégico, se juntaban. Para concurrir á la batalla de Carabobo hubo ejércitos patriotas que estuvieron marchando durante más de un mes. Una de las características de la epopeya de Bolívar es haber operado con masas pequeñas—varias en número y renovadas sin cesar—en el más vasto teatro de guerra que tuvo capitán alguno. Por lo demás, no hay que equivocarse, sino juzgar de aquellas campañas que abarcaron casi la sexta

mas, sus combinaciones abrazaban los más vastos espacios. Jugaba en un tablero infinitamente complejo. Sus operaciones se extendían sobre millares de leguas: las marchas de sus cortas tropas equivalen, á menudo, á la distancia que media desde el Tajo á las fronteras de Siberia. Propósito ó ideal altísimo, medios escasos, teatro colosal: tales son los principales caracteres de la obra guerrera del Libertador.

«Los acontecimientos se verifican en países desiertos, sin caminos, como no sean los senderos apenas practicados por mulas. ¿Cómo aprovisionaba el Libertador sus pequeños ejércitos?

parte del planeta por estas palabras del inglés O'Leary: "Para formar el ejército de 6.000 hombres que venció en Carabobo, la Nueva Granada sola dió 20.000 reclutas; pero más idea se tendrá del carácter destructor de esta guerra examinando los escalafones de los diferentes Cuerpos. El batallón *Rifles*, desde el día de su creación, á mediados de 1818, hasta junio de 1822, cuando llegó á Quito, había recibido 22.000 reclutas en sus filas, y en esta última fecha sólo contaba 600 hombres,,.

Cerca de un millón de soldados pasaron, sucesivamente, á las órdenes de Bolívar. Cerca de 600.000 colombianos desaparecieron en la revolución de independencia, para no mencionar sino á Colombia, por ser aquella república la que más luchó por la independencia y donde se produjeron los más terribles episodios de la revolución de América.

Compárense estas cifras con otras. Vale la pena. La guerra de Italia en 1859 costó 63.000 existencias. La guerra franco-alemana de 1870 solo costó la vida á 250.000 hombres. La turco-rusa del 77-78 á 300.000.

Unos después de otros, él debe atravesar los llanos sin fin de Venezuela; los inextrincables bosques vírgenes poblados de serpientes venenosas; los inmensos pantanos del Orinoco, donde hormiguean los caimanes; anchos ríos, sin puentes y sin barcos, y los precipicios sin fondo y los ventisqueros de la gran Cordillera de los Andes.

«¡Qué golpe de audacia ese pasaje de los Andes en la estación de las lluvias! A cada paso es menester atravesar torrentes, más mortales que una emboscada. Caballos, mulas, bagajes quedan en el camino. Se le seguirá la traza por las osamentas de los soldados.

«En medio de todos estos obstáculos, Bolívar da ejemplo de un imperturbable coraje, de una inquebrantable tenacidad. Viviendo la vida del soldado, compartía todos sus trabajos. Impasible aparecía ante las miserias, porque él las comparaba con la alteza de su designio. Esta marcha, más costosa en vidas humanas que sangrientos combates, tiene por fin irrevocable la liberación de un continente. Cuando hubo franqueado los Andes apenas le queda poco más de un millar de hombres. Era bastante. Su nombre y el prestigio de los valientes que lo acompañan, después de haber cumplido tales maravillas, valen por ejércitos. En torno de este núcleo de combatientes, de una solidaridad á toda prueba, se agrupan las poblaciones de la Nueva Granada, sublevándose á la voz del héroe. Bolívar rehace los insur-

gentes, enciende en todas partes el patriotismo. En fin, la alta personalidad del general americano suministra á la revolución el elemento más importante y más difícil de encontrar: una autoridad organizadora y respetada.

«Cuanto á la trascendencia de su obra, es inmensa... La emancipación de las colonias españolas, es decir, la formación sobre inmensos territorios de Estados republicanos, de razas nuevas, parece ser, junto con la colonización de Australia, la obra primordial del siglo XIX.»

El contralmirante Reveillere, aunque lleno de buena intención, y hasta de intuición, ignora, *malgré tout,* la genuina alteza de Bolívar. Y la ignora por carencia de datos que no hubo á mano en aquella época, cuando pronunciar el nombre de Bolívar, en aquella América á que dió el ser, era todavía un crimen. Corrieron años y aun no existían más noticias de Bolívar sino las que divulgaron sus enemigos triunfadores y sus antiguos adversarios extranjeros. Pero es imposible negar al contra-almirante Reveillere el mérito de haber conocido al león por la garra. Pinta á Bolívar como á un audacísimo capitán, animado de gran talento político. El segundo paso de los Andes por Bolívar, en 1819, que produjo la libertad del Nuevo Reino de Granada, lo considera Reveillére «uno de aquellos saltos gigantescos como ningún otro hombre de guerra soñó nunca».

En mi sentir, el talento militar, con ser tan grande, constituye una parte, y no la mejor, del genio de Bolívar. Aunque no hubiera sido nunca un caudillo de pueblos, ni un ganador de batallas, ni un director de cien campañas, sería, como sembrador de ideas, juez de su época y visionario y preparador del porvenir héroe, según la acepción de Carlyle, hombre representativo, como quiere Emerson. Sin Taguanes, sin Araure, sin San Mateo, sin Pantano de Vargas, sin Boyacá, sin Carabobo, sin Bomboná, sin Ibarra, sin Junín, sin el Callao, sin sus triunfos del Atlántico y del Pacífico, sin ninguna de sus victorias fértiles, el legislador del Congreso de Angostura, el que reunió la primera Asamblea de Naciones de que son eco, un siglo más tarde, las Conferencias de La Haya, el fundador del Arbitraje internacional, el creador de Repúblicas, el estadista que quiso juntar en un haz, y juntó un momento en su férrea mano, la mayor parte de los pueblos del Nuevo Mundo, para fundar «la mayor nación de la tierra», sería siempre un brillante genio.

El marino francés termina su estudio por una comparación sumaria entre la política española en Sud-América y la política inglesa en la América del Norte. Y de las diferencias de todo orden entre las colonias inglesas y las colonias de España deduce el escritor, entre líneas, que la importancia de la obra boliviana fué cien ve-

ces mayor, por las dificultades vencidas y por el ideal, que la liberación de Norte América.

¡Ya lo creo!

Bolívar, como dijo el yanqui R. Couder al descubrir la estatua del héroe sudamericano en Nueva York, «había cruzado los montes, como Aníbal; dado Códigos á su país, como Napoleón, y expelido de su suelo nativo á los agresores extranjeros, como Wáshington».

XVII

JUAN VICENTE GONZÁLEZ

Juan Vicente González nació en Caracas el año de 1808 y murió en la misma ciudad el año de 1866.

Perteneció al partido conservador. Independiente de carácter y amigo de expresar lo que sentía, su mismo partido lo condujo á la cárcel.

Cuando adversarios de sus ideas gobernaban, él los combatía gallardamente ó se retiraba de la arena. Durante el largo período de los Monagas fundó un colegio y se consagró á la enseñanza.

Su temperamento no era para medrar en política y así no ocupó altas posiciones en el Estado. Pero su fama de escritor polémico y partidario perdura. Los hombres públicos de Venezuela, bien sean liberales, bien conservadores, es al escritor á quien más recuerdan, porque nadie dijo más ni más crudas, ni más bellas verdades. «Se las decía al Gobierno, á los hombres y á los partidos», escribe el malogrado crítico Luis López-Méndez.

Sus palestras de pugnador fueron, primero, *Las Catilinarias*, hoja que redactó á los diez y

nueve años y que le dió á conocer como fogoso polemista; luego *El Diario de la tarde* y la *Prensa* (1846-1847), «periódicos que alcanzaron celebridad, escribe don Marco-Antonio Saluzzo, por la exaltación de sus ideas y en los cuales se confundieron no pocas veces el argumento y el insulto, el himno de Apolo y el silbo de Pitón».

Pero sus periódicos políticos más célebres fueron *El Heraldo* (1859) y *El Nacional*, redactado éste en 1864. Jamás el diarismo tuvo más brillante pluma en sus efímeros triunfos. Chateaubriand en la prensa, Chateaubriand movido por pasiones tórridas y violentas, eso es Juan Vicente González.

Donoso Cortés y Luis Veuillot son los pares de este púgil cuando esgrime la pluma de controversista católico; cuando esgrime la pluma de polemista político, ¿quién se le parece?

Rochefort y Drumont no tienen ni su fuerza, ni su talento ni su estilo. Montalvo era demasiado clásico. Sólo Laurent Tailhade en Francia; Vargas Vila y González Prada en América han escrito libelos que se parezcan á los de Juan Vicente González. Era, según lo delineó en frase lapidaria Cecilio Acosta: «el Tirteo de la política, el Hércules de la polémica.»

He aquí una perla, ó mejor un rubí sangriento, de los que este maravilloso prosador arrojaba diariamente al rostro de sus enemigos:

«Cuéntase que de los ángeles mismos que cayeron, vagan muchos por el aire vano; porque es preciso que haya siempre huella de lo que fué. Esos tales son los que divagan entre el cielo y la tierra, entre ambos partidos, entre lo presente y lo pasado: esos tales son la huella que dejó á su paso la funesta Dictadura. Huella ridícula, C... huella sangrienta B... (1) ¡Oh, vergüenza! Después de la derrota, la indecente farsa... Como si no bastara el triunfo de sus contrarios, era preciso que apareciese en pantomima, vestido de *garrasí* (2), con lanza, espada y trabuco; soberbio como la torre de Nemrod; vano como el maguey de sus sabanas, ese fanfarrón cobarde, sin rival en lo que ama, sin cómplice en lo que odia, digno de pasear las calles sobre flaco mocho, para escarmiento de rufianes.»

Estos párrafos pertenecen á *El Nacional* de 3 de septiembre de 1864. Juan Vicente González tenía cincuenta y seis años: el fuego de su pluma y de su alma eran los de la juventud.

Redactó al año siguiente, en 1865, *La Revista Literaria*, que es una California de bellezas. Allí publicó la *Biografía de José Félix Ribas*, primer teniente del Libertador en 1813 y 1814, bio-

(1) La supresión de nombres no es de Juan Vicente González, que los escribía en todas sus letras.

(2) Traje de los llaneros.

grafía que ahora se leerá en edición digna del gran soldado y del grande escritor (1); allí publicó su *Historia del poder civil*, que dejó, desgraciadamente, inconclusa; allí su traducción del *Infierno*, de Dante, que es tal vez la mejor que tenemos en prosa castellana; allí su estudio sobre la *Elocuencia política;* allí su *Eco de las Bóvedas*. Con sus originalísimas y solemnes *Mesenianas*, esparcidas aquí y allá, pudiera hacerse uno de los más bellos libros de literatura castellana.

En un país sin editores, todos esos tesoros corren riesgo de perderse. Hoy se paga á peso de oro la colección de la *Revista Literaria* ¡y no se encuentra!

Una de las obras más conocidas y amenas de Juan Vicente González es su *Historia Universal*, de que se han hecho ediciones en América y en Europa y que sirve de texto en varios países de habla española. Merece su reputación. Los cuadros de la *Edad Media* no tienen rivales. Es imposible considerar sin entusiasmo ciertos pasajes, como el capítulo consagrado á *España*, pueblo hacia el que tuvo siempre Juan Vicente González noble, filial afecto; como el que dedicó á *La Imitación de Jesucristo*, ó aquel en que estudia la *Constitución inglesa*. Estos capítulos cítanse á menudo como de los mejores, y

(1) Garnier, editor. París, 1913.

lo son, lo mismo que el titulado *Dante*, el de *Federico Barba Roja* y los de *Las Cruzadas*.

Juan Vicente González era un hombre corpulento y de voz delgada, que hacía contraste con su corpulencia. Se peinaba hacia atrás y, como usaba los cabellos largos, éstos caían, manchándolo, sobre el cuello de su traje. Tenía la nariz recta, la boca regular, el cuello embutido en los hombros; la frente alta y despejada; los ojos negros, no muy grandes, pero fulgurantes. Su aspecto no era de lo más distinguido y estaba lejos de vestir como un *dandy*.

Su gran pasión fué la lectura. Conocía varias lenguas, entre vivas y muertas; y estaba al tanto de las últimas novedades literarias de Europa, aunque no salió nunca de Caracas. Se le llamaba *traga-libros*, por su vastísima cultura.

Su memoria, que era proverbial, sirvió de auxiliar á su talento, sin desarrollarse, por fortuna, á costa de éste, como sucede á menudo.

De él se refieren mil anécdotas interesantes que, en el fondo, dan idea de su carácter y pintan su mordacidad.

Criticó una vez con acerbidad á una dama no muy joven de cierta compañía de ópera. Como no tuvo jamás mesura en los ataques, concluyó, ajeno á toda galantería, llamándola vieja. La señora lo encontró al día siguiente enfrente de la iglesia de San Francisco y le cayó á paragua-

zos. Juan Vicente González se defendió gritando:

—¡Líbrenme de los furores de esta anciana!

A un avaro con quien se disgustó le rasgó el vestido, diciéndole:

—Mira, hombre sórdido, esto te duele más que un artículo.

Un militar, cuyo nombre había arrastrado por el fango en las columnas de *El Nacional,* se acerca y le pregunta en tono de amenaza:

—¿Usted sabe quién soy yo?

Juan Vicente González le respondió sin cortarse:

—No lo sé; pero por su aspecto de bélitre supongo que será usted un general de la Federación.

Pedro José Rojas, prohombre entre los conservadores, mentor de Páez cuando la dictadura de éste, y de cuya pulcritud se dudaba, le saluda un día en la calle:

—Adiós, *traga-libros.*

Juan Vicente González le repuso:

—Adiós, *traga-libras.*

Páez, que lo tenía preso, fué un día á la cárcel. Apenas lo divisa Juan Vicente González le apostrofa:

—Miserable, has deshecho la fábula que te inventó mi cariño.

Pero su corazón no era malo; su memoria no merece sino respeto, como su talento no

merece sino admiración. Un rasgo definitivo va á pintar á aquel hombre. Pertenecía, como se ha dicho, al partido conservador. Este partido, cuyo jefe era Páez, nació en Venezuela como nació el partido liberal en Nueva Granada, cuyo jefe era Santander, de la traición de estos dos hombres á Bolívar y del desgarramiento de la Gran Colombia en fracciones, apenas cerró los ojos aquel ilimitado Libertador. En Venezuela y en Nueva Granada, donde imperaron Páez y Santander, los nacionalicidas de Colombia, no se volvió á hablar de Bolívar, como no fuera para escupir sobre su tumba (1). Nombrarlo sin denigrarlo era imprudencia. Durante doce años en

(1) Otro tanto ocurrió en Perú, en Argentina, en Chile, en Bolivia. Los enemigos de Bolívar y, sobre todo, de su anhelo de unificación continental, triunfaron en todas partes. El ideal de patrias chicas venció al ideal boliviano de una gigante patria común. Las más nobles palabras del Libertador: "una sola debe ser la patria de todos los americanos", por ejemplo, se achacaban á ambición personal, á pequeñez y no á grandeza. Poco á poco los espíritus superiores de América, un Alberdi en Argentina, un Juan Vicente González en Venezuela, un Miguel Antonio Caro en Colombia, fueron comprendiendo y dando á comprender á Bolívar. Pero aun existen en América retardatarios que desconocen al Libertador. Por un Gonzalo Bulnes, en Chile, que penetre la excelsitud del héroe de América, hay cien Mitres empeñados en desfigurarlo por incomprensión ó por interés. Pero lo que priva es la incomprensión. América no merecía un hombre tan grande. Con un Wáshington, con un Sucre, con un San Martín, con un Miranda, con un Koskiusco, con un Federico, con un Garibaldi le hubiese bastado.

Venezuela nadie se acordó de él: nadie honró con una palabra de afecto aquella memoria sagrada.

Nadie, no. Juan Vicente González, adelantándose á su época, comprende á Bolívar, y desafiando á superhombres de Liliput y pasiones serpentinas y rastreras, cuelga todos los años una corona de laureles, tejida con su pluma de oro, en el templo de esa posteridad que ya empezaba para el gran caraqueño.

Todos los años, el 28 de octubre, día de San Simón, Juan Vicente González dedicaba una página á la recordación de Bolívar. El instituyó la festividad del 28 de octubre. La instituyó sin proponérselo y contra el querer oficial. La fiesta perdura; pero, por una nueva injusticia, nadie recuerda que es obra de Juan Vicente González. «Durante doce años de indecoroso olvido —rememoró, sin embargo, Saluzzo—, González es el representante de la gratitud nacional; renueva anualmente las coronas que aplacan la inulta sombra del Héroe, adornando con ellas su abandonada tumba...»

Tal fué Juan Vicente González.

Los escritores asalariados, los periodistas de alquiler, los Andrés Mata, los Andrés Vigas, los César Zumeta, rindan homenaje á sus maestros y precursores, los Fausto Teodoro de Aldrey, los Gumersindo Rivas. Nosotros, los hombres de pluma altiva, los que jamás hemos prosti-

tuído nuestra conciencia, aplaudamos á los maestros del decoro, á los que prefirieron el destierro con honor á la opulencia infame, como Juan Montalvo, ó el cotidiano mendrugo casero á la abyección de seda y oro, como Juan Vicente González.

XVIII

MR. CUNNINGHAM GRAHAM

Conozco poco de la vida y de la obra del señor Cunningham Graham. Lo poco que conozco, sin embargo, me permite apreciar su elevación moral y su valer en cuanto escritor. Se ha dicho, con verdad, que al león se le conoce por la garra; las garras del Sr. Cunningham Graham revelan á un legítimo leopardo inglés.

Este hombre siente el más noble y más raro de los amores: el amor de la justicia, muy superior al egoístico amor de la libertad, y tiene un no menos raro mérito: la audacia increíble de decir siempre la verdad. Por amor de la justicia este escritor denodado y generoso ha dicho muchas y muy tremendas y muy resonantes verdades.

Esas me parecen las dos virtudes cardinales de su personalidad moral é intelectual, las dos bases que sirven de asiento á su yo, y son bases de diamante. Cualquiera que sea la estatua que se yerga sobre ese pedestal luminoso y resistente atraerá sobre sí un millón de miradas.

Sin medir su capacidad de acción ya para crear la hermosura, ya para estudiar la naturaleza, ya para obrar el bien, considerando sólo

al Sr. Cunninghan Graham como hombre de verdad y justicia, á quien el talento y el valor se han dado por añadidura, creo que ese hombre sirve de ejemplo á los demás hombres con sólo ejercer la modesta función de vivir.

Un hombre que con sólo ser como es, con sólo pensar como piensa, con sólo hablar como habla y sólo escribir como escribe, sirve de ejemplo á los demás hombres, acrecienta, sin pretenderlo, el tesoro moral de su país y la estima que su país, como productor de nobles especímenes de humanidad, inspire.

Pero suele ocurrir que tales personajes por su misma estatura é irradiación parecen estorbosos. Cuando un pueblo los produce corriente es que los arrincone ó relegue á segundo término mientras viven, aunque ya muertos se apresure á adornarse con los nombres que ellos dejan y los proponga á la juventud como paradigmas.

Una minoría, no obstante—los que culminan por la rectitud, por el talento y por la generosidad y frescura del corazón—, suele aclamarlos aun en vida, los alza como bandera de un ideal y lucha por exaltarlos hasta los honores públicos. Raro es que tales minorías se salgan con la suya. Semejantes banderas de ideal por lo común no flotan al espacio; es decir, los apóstoles mueren por lo común crucificados.

El Sr. Cunningham Graham puede desarro-

llar actividades benéficas en pro de su pueblo desde tal ó cual posición, con tales ó cuales medios que la suerte ponga en sus manos. Pero no necesita de peana para descollar. Ya he dicho que su pensamiento es de justicia y verdad. Desde una cima muy alta, sin embargo, ese pensamiento se propagaría muy lejos.

Tal piensa, acaso, una minoría de ingleses: la juventud universitaria de Glasgow. ¿No se agita hoy esa minoría, esa juventud académica en el propósito de colocar el nombre de Cunningham Graham al frente de la Universidad glasgowiana?

El día que lo consiga, si lo consigue, hombres de las cinco partes del mundo que admiran á Cunningham Graham saludarán sobre los muros de aquella vieja Universidad una bandera que de seguro no alcanzará á ver, aunque use gafas, la mayoría de los habitantes de Glasgow: matronas de cien kilos, damiselas almibaradas, comedidas niñeras, sudados comerciantes, obreros alcohólicos, pastores escrupulosos, periodistas de alquiler, políticos de profesión, personajes de más ó menos ciencia, *sportmen* de todo *sport* y los señores del tanto por ciento (1).

(1) Con motivo de la guerra europea y de la alianza franco-inglesa, la Universidad de Glasgow quiso rendir un homenaje á Francia, y en vez de Mr. Cunningham Graham fué electo Rector de aquella Universidad el Presidente de la República francesa, Monsieur Raymond Poincaré.

XIX

PAUL BOURGET

CRUEL ENIGMA

Acabo de leer *Cruel Enigma*, de Paul Bourget. Esta lectura me ha reconciliado con el autor. Recuerdo que hace varios años leí este libro y no me produjo la misma impresión que ahora. *Cruel Enigma* es obra para hombres de treinta años y mujeres de veinticinco; para hombres y mujeres que hayan puesto en circulación sentimientos y sensaciones, que hayan vivido un poco.

Leyendo este libro admira uno, sobre todo, á Sthendal. Bourget no ha nacido por generación espontánea. Sin el uno, ¿cómo existiera el otro?

De esta psicología elegante de Paul Bourget pudiera extraerse buen número de observaciones y consejos espirituales y formar un breviario galante para uso de vírgenes, semivírgenes y pecadoras de sociedad. Sin embargo, quizá este trabajo resultaría inútil. ¿No son las mujeres, desde que nacen, doctores en amor? ¿De dónde, sino de ellas, saca el psicólogo sus más sutiles picologías? ¿Qué habríamos, pues, de enseñarles á las maestras?

XX

CECILIO ACOSTA

Cecilio Acosta nació en una aldehuela de la provincia de Caracas, llamada San Pedro, el año de 1819. Fueron sus padres el señor don Ignacio Acosta y la señora doña Margarita de Acosta.

Estudió en el antiguo Seminario tridentino de Caracas y se graduó de licenciado en la Universidad central de Venezuela, de doctor en Teología y de Abogado de la República.

Su vida fué sencilla. Hizo el bien; tuvo ideales; amó á su madre; fué patriota y murió, sin haberse casado, en esa Caracas donde se crió, donde estudió y de la cual no salió nunca: su muerte acaeció el 8 de julio de 1881.

Todo el mundo nace y luego puede crecer, estudiar, amar á su madre, graduarse de abogado, tener ideales y morirse. ¿Por qué merece especial recordación Cecilio Acosta? Cecilio Acosta merece especial recordación porque fué uno de los mayores prosistas de la lengua castellana en todos los tiempos, porque fué pensador osado, gran jurisconsulto, espejo de rectitud y paradigma de virtudes ciudadanas.

De él se dijo con razón que «la autoridad lo respetó, vencida». De él escribió D. Miguel Antonio Caro, el maestro de Colombia, con lágrimas en la pluma, no bien supo la muerte de tan insigne varón; y José Martí, émulo de Cecilio Acosta en galanura de letras, lo lloró así:

«Ya está hueca y sin lumbre aquella cabeza altiva que fué cuna de tanta idea grandiosa; y mudos aquellos labios que hablaron lengua tan varonil y tan gallarda; y yerta, junto á la pared del ataúd, aquella mano que fué siempre sostén de pluma honrada, sierva de amor y al mal rebelde.»

Por último, la Academia Española, por pluma de su secretario perpetuo D. Manuel Tamayo y Baus, lamentó la muerte de aquel hombre justo y de entereza que era también un sabio; lamentó que desapareciera «don Cecilio Acosta, políglota, orador y escritor elocuente, jurisconsulto y literato de gran valía, á quien el continuo trabajar rindió más gloria que provecho; hombre integérrimo, que dobló la frente á la adversidad

antes que la rodilla al poderoso».

La Academia Española sabía que en tiempos de Cecilio Acosta imperaba en Venezuela Guzmán Blanco, personaje bombástico, hambriento de alabanzas, y que Cecilio Acosta jamás prostituyó su pluma á los pies de tan apa-

ratoso presidente, bastante culto en el fondo para comprender el valor de Cecilio Acosta y bastante poderoso para haberlo colmado de honores oficiales á trueque de unas cuantas líneas de aquella pluma de oro y de unas cuantas zalemas de aquella conciencia austera. No lo obtuvo, sin embargo. Cecilio Acosta prefirió doblar la frente á la adversidad

antes que la rodilla al poderoso.

¿Se abstuvo por eso de servir á la patria? No. El la sirvió con su talento. El redactó sus códigos: el Código penal de Venezuela, y entiendo que algún otro, son obra suya.

La sirvió también escribiendo para ella un *Tratado de Derecho internacional;* la sirvió en la prensa con sus consejos, y en la vida con su ejemplo. Le enseñó de igual suerte las bellas letras, siendo él mismo, como era, modelo de graciosos decires y de ática elegancia.

Cecilio Acosta es, junto con Juan Vicente González, el escritor más leído de las nuevas generaciones en su país. Su prosa es de sabor inconfundible y delicioso. Picón Fébres, en obra sobre *La literatura venezolana en el siglo XIX*, lo juzga así: «Es difícil encontrar síntesis más densas, más jugosas, más opulentas de sabiduría y de videncia que las suyas, expresadas en giros verdaderamente originales, en refinamientos artísticos, en audacias de imaginación

que deslumbran y en delicadezas de lenguaje que son todas sentimiento» (pág. 143).

Manuel Díaz Rodríguez, por su parte, lo llamó: «el más donairoso de nuestros viejos prosadores.»

Esto en cuanto á su estilo; en cuanto á su pensamiento y su cultura intelectual, veamos cómo lo considera un contemporáneo nuestro, autoridad en la materia: el doctor J. Gil Fortoul.

«De ellos *(los clásicos españoles)* se había nutrido en sus mocedades: Santa Teresa, los dos Luises, Cervantes, Hurtado de Mendoza y luego Jovellanos fueron hasta la muerte sus autores predilectos, y por otra parte, sus creencias católicas eran tan firmes, las tenía tan hondamente arraigadas, que su corazón no quiso nunca dejar de apacentarse en la lectura de obras limpias de impiedad ó herejía. Pero al propio tiempo, el tumulto de las ideas revolucionarias derramadas por el mundo entero, el estudio atento de cuanto se publicaba en los pueblos más adelantados, su afición á examinar problemas sociales y económicos, la atracción que ejercían sobre su entendimiento curioso y perspicaz autores de otras lenguas, especialmente ingleses; en fin, su congénita propensión á entusiasmarse por toda novedad que anunciase un progreso cualquiera, lo mismo en la ciencia que en el arte, y así en pedagogía como

en política, lo empujaban siempre adelante, hasta ponerle á la vanguardia de los pensadores de su tiempo.» (*Historia constitucional de Venezuela*, vol. II, págs. 525-526.)

Tal es el maestro.

XXI

MAT. ARNOLD

HEINE

Leyendo *Essays in criticism*, de Arnold, me encuentro, en un estudio sobre Heine, con esta frase: «*Goethe said that he (Heine) was deficient in love*».

De Heine puede hacerse este supremo elogio: supo odiar. Pero ¿tendría Goethe razón? Creo que el amor se manifiesta de dos maneras: ó por ternura hacia la cosa amada ó por odio hacia aquellos que le son desafectos. ¿No será este último el caso de Heine?

Recordad su lucha sin tregua contra los filistinos y responded: ¿Era Heine un indiferente, un desamorado? ¿No soñaba él, pensando en Bolívar, con una espada de libertador sobre su tumba? ¿No se decía él mismo soldado en la guerra de liberación de la Humanidad?

¿Dónde, pues, la indiferencia? El desamor, ¿en dónde? Sino que Heine enmascaraba su corazón. Fingiendo menospreciar todos los ideales, fué un sembrador de inquietudes. Y «ruiseñor alemán anidado en la peluca de Voltaire», picoteaba con desdén las frutas maduras ó podridas. Cantando una canción melodiosa y nueva echó á volar al porvenir.

XXII

MAX NORDAU

Scheveningue, 22 de Agosto, 1907.—Me llega hoy, de retorno de Venezuela, esta carta de Max Nordau:

«*París, le 5 Juillet 1907.*

»*Cher et trés éminent confrére.*

»*Voici la lettre que je viens de recevoir, re-*
»*commandée, s'il vous plait. Elle vous amusera,*
»*comme elle m'a amusé.*

»*J'espére que vous allez bien.*

»*Je vous serre la main et suis votre bien*
»*dévoué,*

»*Dr. M. Nordau.*» (1)

* * *

He aquí el precioso documento á que se refiere la esquela anterior:

---

(1) Ya se ha dicho antes, y se repite, que el error de los acentos en las citas y nombres franceses se debe á que la imprenta carece de acentos graves.

«La Habana, Mayo 1907.

Sr. Dr. Max Nordau.

París

Señor mío de mi mayor estimación: Hemos leído ya hace días, en *La Discusión*, de esta ciudad, la incalificable carta que dirigió usted á Blanco-Fombona, y que publicó primero *El Constitucional*, de Caracas, y no sabemos si está usted chocho ó ha perdido usted por completo el sentido moral. Porque no se explica que el crítico que tan intransigente se ha mostrado en su *Degeneración* con las más grandes personalidades literarias de Europa prodigue tantos ridículos elogios á este imbécil grafómano (como diría el grande é imparcial *Fray Candil)* de Blanco-Fombona.

¿Es creíble que este mamarracho, que no sabe gramática, que no tiene estilo, que es un ignorante adulterado por los viajes, escriba novelas á la manera de Balzac, según tiene usted el *toupet* de decirle en su epístola?

¡Oh, señor Nordau! ¡Si usted supiera cómo nos burlamos de usted por aquí, por América, cada vez que les atiza usted un bombo tan descarado á mequetrefes como Blanco-Fombona, Gómez Carrillo y Rubén Darío: el primero un desequilibrado, el segundo un degenerado, el tercero un dipsómano y los tres sin más talento que el de la imitación!

En cambio, nunca ha hablado usted de Emi-

lio Bobadilla *(Fray Candil)*, crítico severo y verdaderamente instruído, estilista sobrio y lapidario, profundo psicólogo, inimitable pintor de paisajes é independiente como no hay otro; por eso tiene tantos enemigos aquí y en España. Usted de fijo lo conocerá.

¡Qué diferencia entre este escritor y aquellos tres grafómanos!

A éste no se le compra con elogios ni con ataques, como á usted, que se derrite con los bombos insinceros de un vil adulador como Gómez Carrillo.

¡Oh, Sr. Nordau, por qué mal camino va usted!

Va á perder el prestigio que adquirió cuando parecía usted sincero y honrado.

¿Será posible que *Degeneración* sea el producto del despecho y de la envidia á los que están en la cumbre?

Da pena que un cerebro vigoroso como el suyo y de tan vasta cultura se malgaste incensando á tanto badulaque jactancioso, incapaces de admirar nada, de respetar nada y de producir nada.

VARIOS CUBANOS QUE LE LEEN Y ADMIRAN.»

Esta carta no necesita comentarios. *El grande é imparcial* FRAY CANDIL, *profundo psicólogo, crítico severo y verdaderamente instruído*, estaba entonces en La Habana.

Si alguno dudase de que la epístola antecedente fuese de *Fray Candil*, el mismo triste sujeto va á convencerlo de que sí es. El día en que se corrige esta página—12 de abril de 1915—aparece en *El Imparcial* un artículo suscrito *Fray Candil*. En ese artículo se lee:

«*Alberto Insúa, el joven novelista á quien andan comparando por ahí con Balzac nada menos. Le llaman Balzac; pero él no responde.*»

Hasta los ciegos podrán ver claro: es la misma psicología del envidioso, la misma mordedura aleve, el mismo resquemor por el triunfo ajeno, la misma preocupación, hasta parecidas palabras, hasta el propio nombre de Balzac sacado á cuenta. ¡Qué revelación! «Por sus obras los conoceréis», dijo hace veinte siglos un hombre tan grande que la posteridad lo ha confundido con Dios.

XXIII

MARCEL PREVOST

LA PRINCESA DE ERMINGE

Declaro que, á excepción de las *Cartas de mujeres*, de algunas cartas, todas las demás obras de Marcelo Prevost me dejan indiferente. Esta opinión mía quizá lo deje á él como á mí sus obras;

y en tanto el globo sin cesar navega
por el piélago inmenso del vacío.

Si hay decadéncia en Francia, cosa que no creo cuando cierro los ojos á la estadística internacional de natividades—donde Francia ocupa el 36.° lugar—, el símbolo de la decadencia no alienta en los poemas del ingenuo Verlaine, ni en los bocetos borrosos y angustiados de Carriere, ni en la adoración ó el culto á las cortesanas y á los histriones, sino en otras cosas: en el horror, por ejemplo, que se desprende, aunque sin intención del autor, de *La princesa de Erminge*, de Prevost. Ese horror significa, en dos platos, que la molicie ha pulido y adamado á tal punto el carácter nacional, que para encontrar un impulsivo, un sanguíneo, un hombre violento y brutal hay que ir á buscar un reitre, un descendiente de lansquenetes germánicos, un alemán. Tal es el príncipe de Erminge.

Las civilizaciones sin algo de barbarie parecen corromperse. La barbarie es la sal de las razas. Una dosis mínima de barbarie, como una dosis mínima de arsénico pueden dar salud y vigor, aunque el arsénico sea destructor para el organismo y la barbarie para las sociedades. Las repúblicas italianas eran bárbaras y refinadas: producían á Vinci y á Olivereto di Fermo. A veces un solo hombre representa aquella época: César Borgia, por ejemplo, que es una de las figuras más interesantes de Italia; ó, si se prefiere, Benvenuto Cellini, que todavía anda solo por la historia del arte, sin haber encontrado un par.

Hay en la novela de Prevost cierto pasaje significativo. Un jovencito, rival en amores del reitre y joven que desprecia, como buen tipo de las civilizaciones refinadas, antiguas y decadentes, la fuerza de los fuertes, «se consideraba echando por tierra al príncipe y hasta hacía un esfuerzo de caderas...»

¿Tanto han hecho uso de las caderas los franceses que no se puede allí vencer sino poniéndolas en movimiento? (1)

(1) Los franceses están probando en la actual guerra europea de 1914 que se compagina el poseer una civilización muy antigua, muy refinada, decadente en natividades y conservar la fuerza moral que, aliada á la energía física, puede resistir á los reitres. Lo constato con placer, ya que Francia lucha al presente por su independencia y está salvando del odioso caporalismo teutónico el derecho á vivir de esa raza francesa que, á pesar de todos sus defectos, tiene mil títulos al aprecio universal y es necesaria á la civilización latina.

XXIV

DON FELIPE LARRAZABAL

El doctor don Felipe Larrazábal publicó su *Vida de Bolívar* en Nueva York, el año de 1865.

Don Felipe Larrazábal fué uno de los hombres más altivos y eminentes de su época.

Hombre de prensa, redactó el diario oposicionista *El Patriota*.

Hombre de principios políticos generosos, fué uno de los fundadores del partido liberal en su país, en lucha contra el partido conservador, que gobernaba desde el nacimiento de la República.

Hombre de Estado, contribuyó, en primer término, á la emancipación de los negros esclavos, que realizó Venezuela mucho antes que los Estados Unidos y sin sostener, como los Estados Unidos, una cruenta guerra para que los negros continuasen en servidumbre; una guerra por la esclavitud.

Hombre de ciencia, fué profesor de Derecho político en la Universidad de Caracas y autor de los *Elementos de la Ciencia Constitucional*.

Hombre de humanidades, bebió directamente en las fuentes griega y latina.

Políglota, conoció de entre las lenguas muer-

tas el latín y el griego; y entre las lenguas vivas el francés, el inglés, el italiano, etc.

Hombre de pluma, dejó obras maestras en lengua castellana.

Jamás dobló la cerviz. Vivió y murió pobre. Tuvo aquella virtud que señalaba Carlyle: la de saber admirar á uno más grande que nosotros.

Pereció en el memorable naufragio de *La Ville du Havre* (1873) entre los Estados Unidos y Francia. Con él se fueron al fondo de los mares tres mil cartas inéditas de Bolívar, que con inteligente diligencia recopilara, y una *Vida de Sucre*, obra que iba á dar á la estampa en París.

Había nacido en Caracas en 1816. Tenía cincuenta y siete años cuando murió.

XXV

JUAN RAMON JIMENEZ

La misma tarde de mi arribo á Madrid, enfermo con una fiebre de 40 grados y una angina agudísima. Llevo seis días en reclusión: no puedo leer, no puedo conversar, no puedo comer. No valía la pena de hacer un viaje para caer en cama, solo y triste, en un cuarto de hotel, á tantas leguas de mi casa, de mis amigos, y de los seres y cosas que me son familiares. Pérez Triana viene á verme y me distrae. También han venido, por turno, Gregorio Martínez Sierra, Manuel Machado, Pedro de Répide Villaespesa, Valle-Inclán, y por último, Juan Ramón Jiménez, uno de los poetas jóvenes que más ruido están haciendo en España. Me parece que tiene la afectación de no ser afectado. Si no me engaño, de la vida no conoce más que los poemas. En el fondo es un romántico. Vive en un sanatorio—romanticismo de nuevo cuño. Los románticos de ahora quieren estar enfermos de neurosis y habitar en los sanatorios, como los románticos de antaño enfermos de tisis y morir en los hospitales.

Respecto de Jiménez, quizá me equivoque y

sea éste un juicio prematuro. De todas suertes, es un hombre que interesa, social é intelectualmente; de piel muy blanca, á pesar de ser andaluz, ojos lánguidos y obscuros y una barbilla negra de corte un poco á la Boulanger.

Sus versos me parecen llenos de silencio y como forrados en algodón: enamorado de Hécate, este poeta nocturno, canta la blanca luna y la melancolía de la media noche, en los jardines de los coventos y en los dormidos campos.

Es un poeta de gelatina. Le falta nervio. Su desosada poesía parece una bandera sin viento y sin asta: sin lo que hace ondear, sin lo que hace erguir;—en suma, un trapo de colores por tierra. Pero debajo de ese guiñapo pintoresco late un alma sentimental, de una delicadeza enfermiza, un alma que tiene la enfermedad de las ostras y cría perlas.

Cuanto á factura, nada nuevo: romance octosílabo, manejado con soltura, eso sí, y lleno de frescura juvenil.

No puedo escribir más tiempo: las sienes me duelen, me duelen los ojos, la garganta, el cuerpo todo: soy una pobre caja de dolores

XXVI

DON ANTONIO, PURISTA

Madrid, 7 de abril de 1915.

Señor don Antonio Balbín de Unquera, redactor de la *Unión Ibero-Americana*.

Presente.

Nunca envié á usted, señor Balbín de Unquera, ninguna de las obrillas que he publicado. En más de una ocasión les consagró usted elogiosas críticas. Jamás escribí á usted una línea para agradecer sus elogios.

¿Por qué? No me lo pregunte. Callo por cortesía.

Admiro y respeto el celo de usted por la pureza de la lengua y no me extraña el que viva preocupado de casticismo. Como usted hay muchos.

Yo no creo que sea con retóricas, gramáticas y consejos negativos, sino con obras de arte y de medula cerebral como se impone, divulga y magnifica una lengua. Pero no se trata de lo que yo crea, sino de un exceso de purismo de usted. Los excesos no son benéficos; al contrario, acarrean desazones.

La libertad del purista, señor de Unquera, debe tener por límite el derecho ajeno, aun de aquellos que no sean puristas, ni siquiera puristas. Escribiendo usted mi nombre *(Unión Ibero-Americana, 15 de febrero de 1915)* de diferente manera á como yo acostumbro, lesiona usted mi derecho. No me llamo, señor de Unquera, Blanco y Fombona. Me llamo de otro modo.

El guión que pongo entre mis dos apellidos será un galicismo: convengo en ello. El uso de la y, en cambio, entre ambos nombres será muy castizo, será todo lo español que usted quiera, estará dentro de la tradición: no lo discuto. Pero, francamente, yo no emplearía la tal copulativa, así me empalasen.

Para que no titubee usted ante el conflicto entre su casticismo y mi derecho, voy á proponerle un medio muy sencillo: no vuelva á citarme nunca. Vea: renuncio á la gloria española que usted me da en obsequio á su tranquilidad académica.

Pero si usted se empeñase en escribir de nuevo mi nombre, le ruego sacrifique sus ímpetus de purista por respeto al derecho que tiene todo el mundo de llamarse como le da la gana.

R. Blanco-Fombona.

XXVII

UNAMUNO, POETA

Unamuno es el mayor poeta vivo de España. Yo no sé, ni quiero saber, si sus poemas seducen ó deslumbran, si sus estrofas se graban en la memoria, si la armonía de sus cantos es la divina música apolínea, si sus versos son buenos ó malos. Es más: concedo que sean pésimos. No hablo del métrificador. Hablo del poeta que Unamuno lleva por dentro, del hombre cordial, del espíritu platónico, del pensador carlyliano, del osado meditador, del juglar paradójico, del Unamuno de carne y hueso, del señor Unamuno, con su espíritu de llama, su inquietud cerebral, su angustia metafísica, su corazón generoso, su hombría de bien, su boca llena de verdades y su bravura para amar y preconizar la verdad, así sea de áloe.

Considerado de tal suerte no vacilo en afirmar que Unamuno es el mayor poeta vivo de España. Entendiendo, naturalmente, por poeta, á aquel que alía cierta finura de espíritu con un claro timbre del corazón, como no se encuentra á menudo en la vil canalla que nombramos gente de pluma.

Y ahora paso á deciros cuál es el mejor poema de Unamuno.

Fué una tarde, en el Ateneo de Madrid. La sala de conferencias, rebosante. No cabía un alfiler.

Hacia el fondo, en el estradillo, un hombre canoso, encorvado, melancólico, ovillábase en la poltrona de los conferencistas. Otro hombre alto, fornido, enérgico, de frente despejada, nariz saliente como proa de barco, barbilla sombreante casi á ras de la piel y enormes anteojos circulares como los de Quevedo, leía, de pie, junto al buen viejo melancólico, encorvado y canoso. Leía versos: unos versos canosos, encorvados y melancólicos como el anciano del sillón.

De cuando en cuando la sala rompía en corteses aplausos. Era que se terminaba algún poema. Entonces aquel viejo, agobiado y descolorido, sonreía beatíficamente, hacía un ademán zurdo: su cara melancólica se iluminaba con un rayo de satisfacción. Podía uno advertir que era el autor del florilegio, por aquel repentino dulzor del rostro, y que era ciego, por aquel ademán tanteante y aquel incierto menear de la cabeza.

El leyente continuaba su lectura; el público rompía de nuevo á aplaudir, y otra vez la cara dolorosa del ciego se iluminaba de contento.

El hombre que daba á aquel triste ciego con

la lectura de tristes poemas, una triste alegría, era Unamuno.

No olvidaré el cuadro, porque fué revelación psicológica. De tan lamentables cosas un hombre extraía miel y luz. Poner una hora de dicha en la existencia de un desgraciado; aterciopelar las espinas; dorar la sombra; hacer ver á un ciego la gloria, ¡qué hermosura y qué fuerza en esa hermosura!

Comprendí. Unamuno era un gran poeta, el mayor poeta vivo de España.

II

PENSARES Y SENTIRES

I

LA VIDA QUE PASA

Oigo una voz que dice:

—Es criminal el modo como estás pasando la vida. No lees, no escribes, no piensas, no sueñas. Tu existencia no es de contemplación, ni de ocio fecundo, ni saboreo de la vida; es la hora que se fuga en la charla pueril ó en el amorío trivial. Tu juventud, tus energías, vuelan, sin que tú te apercibas, y vuelan para no volver; vuelan llevándose la savia y la flor de tus abriles, vuelan dejándote, ¡ay!, mustio, carcomido, estéril.

Y oigo otra voz que responde:

—No te quejes de malgastar la vida: la estás viviendo.

II

EL EUNUCO LITERARIO

Entre los seres más abominables cuéntase el envidioso impotente, que, incapaz de producir la hermosura, se place en denigrar las obras ajenas con el odio del eunuco al honesto padre de familia que cumple su misión social. Y entre estos seres abominables es el más lastimoso, por lo subalterno, ruin y grotesco de sus afanes de roedor, el cazador de gazapos, el crítico ratonil de locuciones, el que se coloca detrás de un escritor, con su gramática en la mano y armado de siniestra intención, para disparar sentencias contra diptongos ó cazar adjetivos incongruentes, ya sea con armadijo rudimentario ó con anacrónico chopo de piedra.

No es éste el más vil, sin embargo.

El más vil de los criticones es aquel que, incapaz de creación, como el eunuco literario; incapaz de dar lecciones, aunque sea de gramática, como el crítico ratonil, se recrea en negar la posibilidad ajena de producir y encuentra similitudes del autor á quien censura con un autor de otro país ó de otro tiempo, y pasa el suyo encontrando parentesco entre hijos de distintos padres, á objeto de denunciar casos de prostitución en los más honrados talentos.

III

VALORES DE RELACION

Un poeta, un pensador, lo mismo que un diamante, poseen cierto peso específico, un valer, que no depende de nadie. Tal brillante en el fondo de su estuche ó tal poeta en la sombra de su aislamiento no son menos poeta ni menos diamante: no valen más. Sin embargo, el diamante, al sol, resplandece y en la vitrina de una joyería adquiere valor comercial. El poeta, á la luz, también parece que vale más. Y no es lo mismo—aunque lo fuera—un Dante desconocido, un Dante cuya obra se ignorase, que el divino cantor de la *Divina Comedia*.

Existe, pues, un valor de relación que no depende de nosotros.

IV

LA CIENCIA DE IMAGINACIÓN

A veces, en el campo, en la calle, desde el balcón de nuestra casa, desde la cubierta de un buque divisamos algo, no se sabe qué, no importa qué—monte, rostro, escena, paisaje—, que abre una brecha de relámpago en nuestra imaginación.

Seguimos mirando las cosas sin verlas, ocupados del todo en aquella surgente de ensueño que el paisaje, la escena, el rostro ó el monte hizo brotar en nuestro espíritu. Seguimos viendo sin ver, oyendo sin oir, viviendo sin vivir, sin vivir sino para nuestro ensueño momentáneo. Ese ensueño, cristalizado, pudiera ser obra maestra; aun desvanecido siempre vale por ser cosa psiquis.

Lo propio ocurre con los libros. A veces un libro hace papel de Naturaleza. Una página ha herido nuestra imaginación: seguimos leyendo sin darnos cuenta, como autómatas, como idiotas. Estamos en otra cosa: en la obra interior, en nuestro mundo fantástico, en nuestro mundo interno, estamos creando, estamos produciendo, estamos viviendo con intensidad, estamos labrando el panal y todo en una especie de semiinconsciencia.

Esto ocurre á los imaginativos más que á los reflexivos. Como los hombres de ciencia, los verdaderos, los grandes, los que están más allá de dos y dos son cuatro y la recta es la línea más corta entre dos puntos, son imaginativos, casi tan imaginativos como reflexivos, tal vez los descubrimientos mayores—desde Colón hasta Copérnico y desde Newton hasta Pasteur—sean debidos á instantes de inspiración, de subconciencia.

Tal vez tenga razón Bergson, y acaso debamos dar á lo que él llama *intuición* tanta importancia como á la inteligencia discursiva ó experimental.

El más eficaz observador de la Naturaleza no descubrirá nada si no es algo poeta.

V

EL ALMA DE LOS HOMBRES Y EL SOL

Sólo en los países de sol se conocen los hombres entre sí.

La bruma del invierno en los climas del Norte tiende su velo opaco y envuelve seres y cosas. Imposible distinguir con precisión á un vecino de la acera de enfrente á quien miramos todos los días. Imposible sacarle á nadie más palabras que las que quiere decir.

En el Mediodía, en los países del Sol, no. La transparencia de la atmósfera hace resaltar cuanto se agita dentro de ese baño de luz. Un vecino, á cincuenta metros, no puede ocultarse. Su fisonomía, sus gestos, todo él surge, preciso, claro, radiante. Está vendido. Por eso, para disimularse un poco, los meridionales mienten.

Pero con el Sol no vale mentir. El hombre no puede callar ni estarse quedo: conversa y gesticula. El alma se le sale por los ojos, por la lengua, por las móviles manos, por el cuerpo intranquilo, por la fibra de cada nervio y á cada vibración del cerebro. Recibe y externa múltiples sensaciones. Está vendido.

Sólo en los pueblos del Sur puede penetrarse con facilidad la psicología de un hombre ó

de una raza. Los hombres del Norte no se conocen entre sí. A los hombres y á los pueblos del Norte nadie puede mirarlos sino á través de un velo borroso; nadie puede sin dificultad conocerlos.

VI

ATEISMO

Digo á un sacerdote que discute conmigo:

—¡Por qué extrañarse de mi ateísmo! Juzgarlo insincero es psicologizar con error y superficialmente. Soy tan fanático yo como usted: usted con signo más, yo con signo menos. Me apercibo y lo lamento, sin poderme corregir. Ni usted ni yo podemos prescindir de lo que somos. Somos descendientes de aquellos magníficos, testarudos y crueles peninsulares, hombres de convicción no de dudas, hombres de fe no de crítica, que asaron judíos y expulsaron moros.

Nuestros antepasados bebieron sangre y lágrimas de quien no pensó como pensaron ellos. Los siglos apenas han rozado el alma nuestra, como agua que se desliza en vano sobre una peña. Nosotros desconocemos, y desconoceremos acaso por siempre, esa virtud filosófica de otras razas que se nombra tolerancia. Nuestra alma es empecinada, radical en amores, en odios, en ideas, en creencias. Los espíritus crepusculares no son nuestros. El renanismo nos será por siempre un misterio psicológico incomprensible. Para esa puerta de piedra no conocemos voz de encantamiento, «sésamo» que

la abra. Usted es fanático, sincero, en sus creencias; yo, sincero, fanático, en mis ideas.

Mi materialismo es, en el fondo, religioso, como mi amor de la naturaleza, porque nosotros somos, aunque no lo queramos ser, raza de creyentes é idólatras. Nuestra irreligiosidad es fanática, lo propio que nuestra fe. Así entre usted y yo no hay sino diferencias de forma, no de fondo.

¿Por qué, pues, odiamos?

Sin embargo, sin esa mutua repulsión invencible no seríamos nosotros mismos. ¿No es cierto, aborrecible señor? ¿No lamenta usted en el fondo de su corazón el no poder abrasarme como á un hebreo ó expulsarme como á un musulmán? Yo por mi parte, tan impotente como usted para imponer mis ideas por medio del brazo secular, me contento con desearle una temprana muerte.

No retarde usted su bienaventuranza. Váyase, lo antes posible, á gozar de la presencia de Dios.

VII

LOS VICIOS

Lo malo no es tener muchos vicios, sino tener un vicio. El hombre que bebe, juega, fornica es más libre que el hombre que sólo ama las cartas, ó el licor, ó las mujeres. Una sola pasión es la esclavitud. Darse al cultivo de una sola pasión equivale á emprender la ruta de la idiotez y de la decrepitud.

VIII

LOS ÁRBOLES SOBRE EL MONTE

La supervivencia de los más aptos es ley natural, por cuanto abarca á la naturaleza entera. Pero en esta sociedad burguesa y ruin los más aptos para vivir en ella son los más viles. Cambiar el ambiente, revolucionándolo, por cuantos medios la ciencia pone en nuestras manos, es preparar un mundo mejor, de donde habrán de salir mejores hombres, sin que haya ni sea menester otra igualdad que la del derecho á comer y la del derecho á surgir.

El siervo quiso ser ciudadano y lo obtuvo. El ciudadano de hoy carece de lo necesario y se ríe de lo siniestro que es el ir á las urnas electorales con el estómago vacío. El hombre moderno tiene hambre. La gran revolución futura es la revolución del pan. Y cuando el hombre tenga pan y derechos pondrá su felicidad en otra cosa y luchará por obtenerla. Por eso perdura la humanidad, por el movimiento, cambio é intercambio de ideales. En las aguas estancadas no se produce sino el limo y el miasma.

Cuando el pueblo quiso conquistar derechos corrió tras los pendones de un Mirabeu y oyó las grandes voces de los filósofos. Hoy se atropa en torno de las doctrinas, llenas de porvenir,

de un Karl Marx; y siempre el pueblo buscará conductor y se atropará en torno de alguna bandera que lo guíe. Porque, á pesar de que las personalidades nada son sin el grupo, el concepto carlyliano de la historia tiene mucho de cierto.

Los pueblos son montes, pero los grandes árboles le crecen encima.

IX

LA MEJOR DEFINICION DEL HOMBRE

La mejor definición del hombre sería ésta: el único animal que sabe reir, llorar y emborracharse.

Tal vez otros la dieron antes.

Como yo he vivido en Inglaterra, Alemania, Holanda y Estados Unidos la encuentro de perlas.

X

MIGUEL ANGEL Y RAFAEL

Dos de los tres mayores artistas del Renacimiento, Miguel Angel y Rafael, aunque se inspiraban en la Naturaleza—sin lo cual no hubieran sido grandes—, en cierto sentido no le eran fieles del todo: Miguel Angel la exageraba para exprimir y echar fuera el tumulto de pasiones y sentimientos, más vigorosos en él que en la mayoría de los hombres; Rafael la dulcificaba, la embellecía. El concepto de belleza de este idealista, como el que tuvo el escultor de la Venus de Milo, estaba por encima de la hermosura á que estamos acostumbrados.

De los fragmentos de belleza esparcidos en distintas creaciones de Natura, de esos fragmentos que Natura no juntó en una sola obra, Miguel Angel y Rafael hicieron figuras admirables. Pero esos genios han enriquecido sólo el arte; á la Naturaleza, no. Creándolos, ella creaba también, en principio, las diferentes formas de hermosura que ellos externaron después.

XI

PUEBLO FELIZ

Los Estados Unidos representan, por su salud, su alegría, su potencia, el mayor esfuerzo que ha hecho sobre la tierra la mediocridad. Los Estados Unidos son la más alta pirámide del miedo, de la estupidez, del respeto á las leyes, del igualitarismo, de la hipocresía, del mal olor.

XII

CRISTO NO PUDO SER DIOS

Si Cristo fué un Dios—cosa que debieran negar los cristianos—, fué un dios perverso. ¿Por qué, siendo todopoderoso, no triunfó en su carácter divino, sobre sus adversarios, perdonándolos luego? Ya que, deidad caprichosa, quiso descender del Paraíso á mezclarse en nuestros asuntos terrenos, tratando y riñendo de quién á quién con míseros mortales, ése era el camino del decoro: vencerlos como más fuerte y perdonarlos como más santo.

Pero no. Cristo consintió en que lo crucificaran para legar á todo un pueblo el odio del mundo. Cuando España y Portugal queman ó expulsan á los judíos; cuando Roma los enjaula en el Geto; cuando Alemania y Francia los calumnian, los persiguen, los deportan á la isla del Diablo; cuando la policía de Rusia—por orden del Zar y del Santo Sínodo y en pleno siglo XX—, prende fuego á aldehuelas israelitas y arcabucea á los que se escapan de entre las llamas, al son de un alalí religioso, como en caza de alimañas carniceras; cuando semejantes barbaridades ocurren, todas las llamas ibéricas, to-

das las calumnias y deportaciones franco-tudescas, todas las jaulas italianas, todas las cacerías moscovitas claman contra Jesús, y sobre la cabeza de Jesús caen todas las lágrimas y toda la sangre que ha vertido el pueblo hebreo durante dos mil años.

¿Por qué manchar así la hermosa figura de Jesús? No: ese grande hombre no pudo ser un dios, por fortuna.

XIII

DOLOR DE MUJER Y DOLOR DE HOMBRE

Entre el dolor de la mujer y el dolor del hombre hay muchas diferencias; entre otras, que la mujer gusta—ó no se cuida—de que la vean llorar, mientras el hombre oculta sus lágrimas.

XIV

FEMINISMO

Se cree que las tendencias democráticas é igualitarias han favorecido y favorecen el triunfo del feminismo. Las mujeres ejercen hoy, en muchos países, industrias, profesiones, oficios muy diferentes de aquellos que las antiguas leyes señalaban con la candorosa frase de «oficios propios de su sexo». Pero nada deslumbra á las mujeres, cuya vanidad es bien conocida, como el ejercicio de la función política, aunque sea la modesta función del sufragio. ¿No acaban sufragistas inglesas de formar una serie de escándalos por quítame allá esos votos?

Es natural que la elección por sufragio universal guste á las mujeres. El sufragio, ilusión, mentira, engañifa, utópico en el terreno de las ideas, imposible con honradez en el terreno de la práctica, sirve, sin embargo, para hacer creer á las buenas gentes, y sobre todo á las exaltadas y simplifistas mujeres, que ellas eligen el Gobierno, que manda quien ellas quieren, que la mano que las estrangula la escogieron á capricho entre muchas manos tendidas.

Las mujeres yanquis pueden pararse sobre un

barril en el centro de la calle y arengar á una multitud no menos imbécil que ellas; pueden, exaltadas de misticismo, engrosar las filas del *Salvation Army* y votar el día de las elecciones por el presidente de alguna de esas sociedades antialcohólicas cuyos miembros, con luterana hipocresía, no se emborrachan sino en casa. Las inglesas pueden escribir insulsas novelas de á un real y ejercer de telegrafistas y hasta de alcaldesas. Las de París pueden estudiar Medicina y Derecho á fin de que impunemente maten gente las médicas y defiendan criminales las abogadas. Las moscovitas, renovando á cada día el heroísmo de Carlota Corday, pueden castigar á los tiranos con denuedo y morir en el cadalso con valor. ¿Pero cuáles de estas mujeres de ahora, rusas, parisienses, inglesas, yanquis, ya maten, ya curen, ya aboguen, ya discurran, ya elijan, pueden comparar su influencia política con la de una Montespan ó una Maintenon?

¿Podía decirse al presente de una electora, como se dijo de Cleopatra, que si hubiera tenido más corta la nariz, quizá habrían tomado otro rumbo los destinos del universo?

XV

POLICIA DE LETRAS

La policía, aunque institución antipática por cuanto coarta la libertad individual, presta servicios de monta. No es malo que Sherlock Holmes acose á Raffles. Cuanto á los simples pasantes, si sorprendemos á un caco infraganti, debemos gritar: *al ladrón;* de lo contrario, el pillo continuará revuelto con los transeuntes, y en el sujeto de buena facha que nos pide ó nos presta la candela podemos encontrar al *pickpocket* que nos sustrae el reloj. El egoísmo es defensivo. El sentimiento de solidaridad social es conservador y, por tanto, útil. La crítica suele ser la policía literaria. No es oficio envidiable. Pero suele ser de benefacción.

XVI

SALVEMOS LAS ÁGUILAS

El espectáculo de la ignominia popular en las garras burocráticas (que presencio de diario entre los muros de la prisión, y que no le va en zaga á la miseria laboriosa y épica de los talleres) hace pensar que mejor estaban por francamente siervos los pecheros del feudalismo.

De todas suertes, el edificio burgués de la sociedad se resquebraja gracias á estas infamias. Pero no es bueno volver atrás la vista por temor de convertirse uno en estatua de sal. Busquemos la clave de los problemas presentes en el porvenir. Los hombres no descuidan tanto la felicidad que hayan podido olvidar la clave de la dicha detrás de sí.

Hoy no se aspira sólo, como creen los retardatarios, á la igualdad, cosa más ó menos metafísica. Se aspira á algo más eficaz, humano, terreno. Desde el momento en que un hombre existe y pone sus músculos ó su cerebro en acción tiene derecho á la vida—que es diferente de existir—y á su parte de felicidad.

Lo que se quiere es que la totalidad de los seres humanos esté en condiciones tales de bien-

estar, de acomodo, de serenidad estomacal y vital que produzca mayor número de hombres superiores, y que las tenazas de la vida no puedan morder y destruir tan fácilmente á las águilas en el nido.

XVII

LECCION DE ESGRIMA

Tomar una lección de esgrima antes de ir á batirse equivale á tomar una lección de gramática antes de ponerse á escribir.

XVIII

EL CÓDIGO, ENEMIGO DEL BELLO VIVIR

Siempre odié, con odio innato, á jueces, polizontes y curas. Me refiero á todos los jueces, á todos los polizontes, á todos los curas, á cuantos pretenden juzgar, dirigir, vigilar y cohibir á los demás hombres.

Que la sociedad los autoriza. ¿Y quién autoriza á la sociedad? Que la sociedad necesita precaverse. ¿Precaverse de qué? Tan miembros de la comunidad y con tantos derechos son aquellos que la guardan como aquellos que la amenazan. Y si éstos son más poderosos significa sólo que la sociedad, por su propio gusto, quiere destruirse. ¿Por qué oponerse, pues, al suicidio, que es un derecho, cuando los pretendidos Códigos democráticos nos garantizan todos nuestros derechos?

¿Quién diablos devana esta madeja de convencionalismos que se excluyen?

Los más astutos, los más fuertes, los vencedores sólo merecen perdurar. El resto no es sino escoria: abono de la suprema minoría. Y esa escoria, ese vil abono de sangre y huesos, mayoría

de cretinos y de cobardes, es, por desgracia y mengua, quien hoy legisla, juzga, encarcela y extermina en nombre del universal pavor.

Tal como existe constituída al presente la sociedad no merece la existencia, por ser un apandillamiento de cerebros morosos, de vientres ahitos, una confabulación de miedos que necesitan vivir seguros contra la osadía, la indomitez y la virilidad. Entretanto, el derecho de pan y circo y justicia liberal se regatea á ese mismo pueblo á quien se explota.

Las leyes llevan enaguas: por algo son femeninas. Cuantos eunucos pululan sobre la tierra se acogen al Código, incapaces de un rasgo de varón. Las cadenas legislativas, las preocupaciones, la grotesca actual concepción de la vida, impiden la eclosión de los verdaderos hombres. Esas tijeras cortan las grandes alas é impiden los grandes vuelos.

Ahora podrán surgir glorias de gabinete y de laboratorio—Pasteur, Edisson, Marconi—, que es como decir que el hombre se desarrollará en sólo un sentido; pero no será el hombre múltiple, el bello animal concéntrico, de fuerza y de lucha como el león, de sangre como el tigre, de música como el pájaro, y además generoso é inteligente, productor y sentimental.

¿Qué Benvenuto va á salir de entre las páginas del Código penal? ¿Qué Pericles de esta Beocia? ¿Qué bello tirano de esta Democracia?

XIX

LA SERIEDAD DE LOS HOMBRES

La seriedad de los hombres es la cosa más risible del mundo. La circunspección está á dos pasos del ridículo. La mayoría de las personas, como los humoristas ingleses, hace reir precisamente por su aspecto de gravedad.

XX

PROGRESO DE LA MALDAD

A los que dicen que el hombre mejora día por día en sentido humanitario, perdonadlos, porque no saben lo que dicen.

El hombre continúa siendo el mismo animal feroz que ha llenado siempre de lágrimas y de sangre las páginas de la historia. Cada nuevo progreso humanitario no es triunfo moral del hombre sobre sí mismo, no es un menoscabo á la bestia, sino hábil mejoramiento de la ferocidad.

Reformar no significa extinguir. Y el hombre no ha extinguido, ni siquiera aminorado, su crueldad innata, sino que la corrige, refinándola. De la quijada del asno á Nobel, del hacha de silex á Krupp, el progreso consiste en que antiguamente el hombre mataba cara á cara, exponiéndose al peligro, mientras que ahora lanza una arroba de explosivos por segundo sobre puerto indefenso y desde el seguro de una fortaleza flotante.

Pero el sentimiento que dirigió el hacha de silex y el cañón Scheneider es el mismo, corregido y más peligroso por la experiencia.

Cada nuevo progreso es, pues, en definitiva, un retroceso.

Cuando el hombre de las selvas triunfaba sobre su enemigo, se lo comía. Nada más natural. Pero hubo un fatal progreso. El hombre advirtió que al vencido podía sacarle más provecho que el de unas pocas libras de carne, y, con una maldad increíble, le perdonó la vida y no se lo comió. Hizo más: convirtió al vencido en esclavo. Y el esclavo trabajó, bajo el látigo, para el más fuerte. Después el fuerte razonó así: «estoy haciendo una tontería en esclavizar por siempre al vencido: que me dé cuanto posea y quede libre: estudiará, se industriará: trabajará con el aliciente de trabajar para sí y producirá más: entonces lo venceré de nuevo y de nuevo le arrancaré el fruto de sus esfuerzos.»

En este período de refinada crueldad vivimos. Los progresos del sentimiento de ferocidad han suprimido el sencillo y justo expediente del *beefsteak* humano y el todavía tolerable de una franca esclavitud. Ahora tenemos que pagar una y mil veces á nuestros vencedores, á los felices de la vida, á los fuertes. Es una situación intolerable. Pero como el sentimiento de ferocidad no duerme en el corazón de los hombres, muchos creen que el actual estado de cosas puede reformarse.

Cada nuevo progreso de la ferocidad, en nombre del sentimiento humanitario, debe aterrarnos. ¿Adónde iremos?

XXI

LA CRITICA GRAMATICAL

La crítica de los gramáticos es comprensible y hasta oportuna en el estado incipiente de las lenguas, cuando un idioma está en formación. Luego, cuando el idioma llegó á pleno desarrollo, es inútil. El crítico gramatical produce entonces el efecto de aquel que indicara baches y asperezas del terreno al viajero que atraviesa un camino real y que no se ocupa sino de llegar cuanto antes al término del viaje.

XXII

LA PERDIDA DEL TIEMPO

¡Cuántas veces quéjase uno de malgastar el tiempo, de perder los mejores instantes de juventud en parloteos y vanos amoríos, de no producir!

El origen de esta lamentación no es sólo remordimiento por la pérdida material del tiempo, sino dolor de que en aquel instante de sociedad inútil, en tal momento de compañía ú ocupación ajenos al arte, pueden agitarse en nuestro sér la idea ó la emoción y clamar en vano por convertirse en obra.

Esa emoción ó esa idea se despiertan, á veces, de súbito, merced á una palabra, á un paisaje, á un aire de música, por unos ojos de mujer, por una torre de iglesia, por un canal adormido á la sombra de encinas ó castaños... Y como el momento no sea oportuno para vestir de frases la emoción ó la idea, para darlas á luz, esa preñez nos incomoda al punto de ponernos mohinos.

A menudo la idea ó la emoción se evaporan como un perfume, ó retirándose á lo más recóndito del sér, ceden el campo á otras sen-

saciones y á otros pensamientos. Es, sobre todo, la fuga, el desperdicio de tales pensamientos y sensaciones lo que nos hace luego prorrumpir en lamentos.

Y sin embargo, ¡oh, cruel ironía de las cosas! el contacto con otros seres, como el roce de las piedras, hace brotar la chispa...

XXIII

EL APORTE DE AMERICA A LA LITERATURA

¿Qué hemos aportado nosotros, americanos, á la literatura de lengua castellana? Con más precisión: ¿qué estamos aportando? Porque se comenzará por decir que la garrulería vacua y los pámpanos han privado en letras americanas durante casi todo el siglo XIX.

Hoy ya es otra cosa.

Para responder á las preguntas inciales lo mejor sería exponer las virtudes de la literatura española y sus deficiencias.

Pero no escribiéndose esta apreciación para chinos, sino para gente de letras en lengua de Castilla, la antedicha exposición resulta inútil.

Veamos, pues, cuál sea nuestro contingente al acervo ó tesoro común.

En primer término traemos un fermento revolucionario; luego, un vivo amor de la naturaleza, una mayor inteligencia del paisaje, un frescor de montaña, un aliento de pampas y selvas y mares. Maridándose con esto—ó independientemente—, traemos el culto de la forma, el amor de las cosas elegantes, una prosa di-

námica y unos versos sin la vieja elocuencia campanuda, unos versos descoyuntados, grácil es, ágiles. El color, el matiz es otro aporte nuestro. Y por último, debe cargarse en nuestro haber la sensibilidad; es decir, una intensa emoción estética, lo mismo que la ternura y el sensualismo en el arte.

A este último respecto, Manuel Gutiérrez Nájera, por ejemplo, es poeta sin antecesores en castellano.

La curiosidad, el abrir nuestro espíritu á todos los vientos del mundo, el oir las voces más remotas y confusas, el estudio de lenguas y literaturas exóticas, es otra virtud americana, exagerada á veces á punto de tocar en snobismo grotesco.

Por último, al través de cierta nébula de tristeza que envuelve nuestras obras, parece que en nuestras obras se descubre el desperezo de un alma nueva, el despetar de una nueva raza, la vibración de un espíritu recién nacido que se produce en una de las más viejas lenguas de Europa, arrancando á este viejo y maravilloso instrumento tonalidades inéditas.

Uno de los más medulosos é inquietantes pensadores contemporáneos, don Miguel de Unamuno, ha escrito con verdad: «Nuestra lengua nos dice desde allende el gran mar cosas que aquí no dijo nunca.»

XXIV

ARISTO-DEMOCRACIA

Aristocracia significa, según todo el mundo sabe, dominación de los mejores, ya que los griegos llamaban aristos á los principales ciudadanos. En este sentido la aristocracia es cosa justa, que es de justicia y hasta conveniente ver lo superior privando sobre la mediocridad en el gobierno de las sociedades.

Si bien se examina, la aristocracia ha reinado siempre, en todas partes, lo mismo entre las tribus errantes del Africa que en las Monarquías europeas, sin excluir el continente republicano de las tres Américas. Porque los hombres que se han elevado siempre á las dignidades públicas, ya sea por propio esfuerzo directo para conquistar el poder, ya sea engañando á sus conciudadanos, son los más hábiles, ó los más fuertes, ó los más inteligentes; en una palabra: los principales, los aristos.

No es posible suponer que en ningún país, en época alguna de la historia, la mediocridad se haya impuesto sobre lo descollante. Así cuando en un pueblo imperen los mediocres es porque el resto de la ciudadanía no los supera. En

ese desgraciado país la nulidad florece. Ese triste pueblo carece de aristos; ó bien, los aristos de esa miserable comunidad no traspasan en capacidad la medida ordinaria de otras colectividades.

En Europa, sin embargo, y en Asia, se ha falseado el principio de la superioridad personal, haciéndola hereditaria. ¿Cómo se ha ocurrido esta locura á los hombres? Podrán heredarse riquezas y hasta títulos. Podría hasta merecerse un relativo respeto del Estado—mientras se es personalmente digno de respeto—por la fortuna de nacer de tal ciudadano eminente, lo que redundaría en honra del progenitor. Pero creer á una persona capaz de regir un pueblo ó de influir siquiera en los destinos de la nación, porque esa persona desciende de un personaje que supo y pudo gobernar, es el mayor absurdo. La superioridad es atributo personalísimo. Ni se delega ni se hereda. Así mal puede ser la alcurnia título á la gerencia de una sociedad.

La gran virtud política de la Democracia, por la que perdurará mientras los hombres no inventen otra fórmula mejor de gobierno, consiste en que la Democracia no le pregunta á nadie quién es ni de quién desciende, sino cuánta es su competencia personal y qué aporta.

Lo que debe gobernar, y en última análisis gobierna en casi todos los pueblos modernos, es, pues, la aristo-democracia.

XXV

LOS LIBERTADORES

BOLIVAR Y SUS EMULOS

Inconformidad con lo presente, ambición de imponer su ley sobre la ley antigua, voluntad máxima, desconcertante; desdén de obstáculos morales y físicos que al sentido común aterran, anhelo activo de acomodar la reacia realidad al propio ensueño, fuerza para trastrocar lo existente, actividad, sinceridad, confianza en sí, inspiración, visión de lo futuro, don de imperio, alma trágica: he ahí algunos de los componentes de la heroicidad.

Inconforme y ambicioso lo fué Bolívar, como héroe genuino. Quiso ser, ser, ser, y fué. Tuvo alas para remontarse adonde remontó su pensamiento. Por eso su ambición no fué megalomanía, sino heroicidad. El vulgo, aun el más incomprendedor, aun el más prevenido, lo columbra. El señor Mitre, que tanto odió al Libertador, que le encontró defectos á porrillo, que falsificó documentos para desfigurarlo, al juzgar, en las últimas páginas de su historia, á Bolívar, lo celebra como á figura altísima en todos los tiempos. Se ha dicho, con razón—lo ha

dicho Paul Groussac—, que aquélla no es lógica conclusión de tales premisas. ¿Por qué Mitre, á pesar de su voluntaria venda de odio, lo alcanza á divisar enorme? Porque á Bolívar lo podrían hasta acusar de hecatombes; nunca de pequeñez. Su heroicidad se impone y descuella: es inconfundible, inocultable.

Algunos historiógrafos acusan al Libertador de cruel por la proclamación de guerra á muerte. Tienen razón. Por lagos de sangre pasó. Iba andando, iba á su objeto, iba á trasmutar las cosas sin miramiento á nada. «Veis mis manos llenas de sangre, pero no veis mi pensamiento», dice un personaje de Shakespeare. Empezamos á comprender el pensamiento de Bolívar. Su energía para realizarlo por encima de lo divino y de lo humano, al través de las lágrimas, al través de la sangre, contra la Naturaleza, contra los mismos pueblos á quien servía, sin medios, sin más que aliento, esfuerzo, voluntad; esa potencia de querer en grado superlativo es también prueba inequívoca de la heroicidad

Los que lo acusan de teatral tienen asimismo razón. Ellos lo juzgan como vulgo que son. No pueden ver la sinceridad, que es la medula de su espinazo y la sangre de su corazón. Sin la sinceridad hubiera sido un falso héroe. No pudo pasar la vida fingiendo: fingiendo patriotismo, valor, generosidad, superioridad, genio. Abrase por

cualquier parte su epistolario. El que sepa ver, verá: allí está siempre, no la ingenuidad, sino la sinceridad. Llamea su espíritu de sinceridad.

Lo teatral en Bolívar era el ennoblecimiento de la canallocracia, el alzar todo lo circundante á un plano superior, el poner decoro en los corpúsculos y dar lustre á la basura. ¿Para qué necesita la basura de lustre y el corpúsculo decoro? La basura, el corpúsculo, el homúnculo contemporáneo de Bolívar se declaraba enemigo del trasmutador: es claro. El homúnculo póstumo, el Mitre, lo llama teatral, fatuo: es natural. «Tenía la cabeza llena de viento y de ideales», dice la basura Mitre.

Este historiador, tan apegado al suelo, al estercolero, como genuiña basura de muladar, hubiera sido enemigo de Bolívar, de los ideales de Bolívar, si hubiera sido su contemporáneo. ¿No le parece que tiene la cabeza llena de viento y de ideales? Los ideales realizados—aquellos ideales que el héroe convirtió en realidad porque tuvo tiempo—le parecen buenos, comprensibles: como que ya son la realidad. Los celebra, los reconoce, los llama ideales. Pero aquellos otros ideales no menos auténticos, genuinos, bellos, grandes; aquellos ideales no menos ideales—aunque la muerte y la vida impidieron realizarlos—, ésos los desconoce el corpúsculo, y como no los comprende, los desdeña, los tilda de inexistentes, de impra-

ticables, de tontería, de fatuidad, de teatralidad, de humo, de viento. «Bolívar tenía la cabeza llena de viento y de ideales.» Es cierto. Algunos de sus ideales, y de los más bellos, quedaron sin concreción, hechos substancia de espíritu, cosa incoercible, viento.

Esta incomprensión, esta enemiga, este salivazo del homúnculo prueba también la heroicidad de Bolívar.

Otros censores, entre ellos, recientemente, el ridículo pedagogo yanqui Hiram Bingham, critican aspectos del carácter militar de Bolívar, por cuanto ciertas operaciones militares del Libertador no se atenían á los patrones clásicos. Es verdad, no se atenían. En eso, como en todo, fué revolucionario, innovador, héroe. Eso prueba también el genio, la heroicidad de Bolívar; en América no hizo guerra europea: hizo guerra americana. No existen modelos; él los crea: para tanto es héroe. Con razón dijo el sagaz y profundo Unamuno: «Bolívar fué un maestro de la guerra, no un catedrático de la Ciencia—si es que es tal—de la milicia... No era un doctor, era un hombre...»

Pocas figuras aparecen en la Historia con más caracteres de heroicidad que la de Simón Bolívar.

La inspiración es esencial, constante, en Bolívar, ya sea para escribir, para hablar ú obrar. Su campaña de 1819 es uno de los más osados ras-

gos de inspiración, sacando con ese vuelo sobre los Andes, como sacó, de la misma suerte adversa, la emancipación de un Virreinato.

La inspiración, súbita, surge impensadamente cuando hace falta; en el momento oportuno lo hace señor de las voluntades unas veces y otras creador de medios. Los enemigos—como lo constata Santander, su opositor—llegan á presencia del héroe: él les habla y quedan neutralizados. Ese es el don de imperio, la seducción, la inspiración.

Crea de la nada, por inspiración.

Un día, por ejemplo, en Trujillo (Perú), «para hacer cantinas—dice O'Leary en sus *Memorias*—, hizo recoger todos los artículos de hoja de lata y las jaulas de alambre en muchas leguas á la redonda». Pero faltaba el estaño para soldar. Sucede que al levantarse de una silla Bolívar se rasga el pantalón; inclínase, examina. La materia de aquel clavo puede servirle. «Demás está decir—agrega O'Leary—que al día siguiente no quedó en ninguna casa de Trujillo, ni en las iglesias, una sola silla con clavos de aquella especie.»

La inspiración es tan potente y eficaz en Bolívar que lo convierte en vidente, en profético, permitiédole desgarrar el velo de lo futuro. «Desde 1815—observa García Calderón—, cuando la América era un dominio español, anuncia Bolívar, atento al espectáculo de las fuerzas sociales en conflicto, no sólo las inmediatas luchas,

sino el desarrollo secular de diez naciones. Es un magno profeta. Hoy, después de un siglo, obedece el continente á sus predicciones como á un conjuro divino.»

Cuanto á actividad, no sabe uno cómo alcanzó tan corta existencia—una vida de cuarenta y siete años—para tan grandes obras.

La actividad reformadora era otro aspecto de su heroicidad.

Se ha observado por los historiadores que de 1816 á 1820 no tuvo nunca un mes de descanso. Es cierto, pero hay más: en los años de 1813 y 1814 no tuvo una semana de reposo.

Repásese su vida durante aquellos años y se verá cómo es exacto.

Algunas de las marchas de este soldado no tienen igual en ningún otro capitán. Ya avejentado, gastado, todavía realiza prodigios de actividad como aquel de montarse á caballo en Lima y venirse á apear en Caracas, meses después.

Uno de los últimos biógrafos del Libertador, el inglés Loraine Petre, ha escrito hace poco (1910): «Napoleón, en sus mejores días, jamás mostró mayor actividad que Bolívar...»

La actividad mental corre parejas con su actividad física. Apenas duerme diariamente cuatro ó cinco horas. Después de un día de marcha, dicta durante horas y horas. Todos los hilos de la política y de la guerra van engarzados al pico de su montura.

Hemos citado á Loraine Petre. Otra observación del historiador británico vendrá aquí como de perilla: se refiere á la energía y al don de imperio, virtudes culminantes en Bolívar y tan esenciales á la heroicidad.

«Tal vez—dice—las dos más esenciales características de Bolívar son la inmensa influencia personal que ejercía sobre cuantos hombres entraban en contacto con él, y aquella indomable energía y confianza en sí mismo que desplegó hasta casi el fin de sus días, aun en las circunstancias más desesperantes.»

Respecto al influjo de Bolívar sobre amigos y enemigos, recuérdese la impresión que produjo en Morillo, su contendor; en San Martín, su émulo; en O'Higgins, el caudillo de Chile; en los diplomáticos ingleses Ricketts y Campbell, los diplomáticos franceses Buisson y Buchet-Martigny; en el marino danés van Dockun, el aventurero italiano Bianchi, los oficiales ingleses y franceses que sirvieron á sus órdenes, como O'Leary, Fergusson, Wilson, Perú de Lacroix, etc.

Un marino norte-americano lo visita en 1819 y escribe su entrevista: «Bolívar es—dice—el más grande de los hombres vivos.»

En cuanto á sus tropas basta recordar que se decía que los soldados lo amaban más que los oficiales; y respecto á los oficiales existen, publicadas ya, millares de cartas íntimas donde se transparenta la más férvida afección. Recuerdo

en este momento aquella ingenua expresión del rudo y heroicísimo Córdova: «Este es el hombre de los hombres.» La mayor parte de sus generales quiso proclamarlo Rey.

Loraine Petre, biógrafo también de Napoleón, opina de Bolívar: «Napoleón mismo no alcanzó á extraer de sus soldados tanto esfuerzo ni más admiración.»

Escribe Sanin Cano, no nada bolivarizante, que Bolívar obligaba la realidad á convertirse en la ilusión hermosa que llevaba en la mente. Creo que ésta es una de la frases más profundas que se han pronunciado respecto al Libertador.

Esa opinión es de una psicolgía que penetra hasta los silos del sér boliviano. Ella es la clave de toda una existencia, da la medida de la heroicidad en Bolívar.

Con ninguno de los otros héroes modernos puede compararse al Libertador, ni confundírsele. Ni la estructura férrea de Carlos XII, ni el don guerrero de Federico, ni la hombría de bien de Wáshington, ni la simpatía comunicativa de Garibaldi tienen la luminosidad de Bolívar ni su perenne sello de grandeza. Sólo Napoleón posee, como Bolívar, esa fuerza íntima, ese flúido magnético que hace girar todo en torno suyo, hasta las adversidades, con la armonía de un coro y la fatalidad de una fuerza de la Naturaleza.

Miranda soñó con una América redenta: es cierto. Aquel largo sueño fué el más bello ho-

nor de su vida. Sólo que, cuando pensó concretarlo en realidad, sus hombros apostólicos no resistieron el peso de aquel mundo que sólo Atlante podía llevar sobre los suyos.

No le faltaron ni talento, ni constancia, ni consagración, ni visión del futuro; pero le faltó una cosa esencial al héroe: imperio para imponerse á la adversidad.

Bolívar dijo de uno de sus tenientes: «El general José Feliz Ribas, sobre quien la adversidad no puede nada.» A nadie como á él mismo pueden aplicarse aquellas palabras.

Sus émulos se tornan amenazantes, sus enemigos conspiran contra su autoridad: todos terminan por someterse. «La natural autoridad que emana de él es una fuerza irresistible», observa Rodó.

Cuando la misma Naturaleza se opone á los propsitos del héroe, el héroe se encrespa y ruge: «Aunque la Naturaleza se oponga, la venceremos.» Y la vence.

San Martín no concibió el ideal de la independencia, aunque más tarde lo sirviera con lucidez. Era un soldado, no un héroe. Mientras Miranda, desde 1806, acomete con las armas la empresa libertadora, San Martín, obscuro teniente coronel, sin ambiciones ni quimeras, sostiene la Monarquía absoluta contra los ideales democráticos que las circunstancias le permitirían, andando el tiempo, defender. Sucede otra tenta-

tiva de revolución mirandina en 1808, y San Martín permanece al servicio del pasado en la podrida monarquía de Carlos IV. Llega la Revolución francesa á España: San Martín la combate, no sabiendo que lucha por el triunfo de aquello contra lo cual va á declararse un día y á ganar, combatiéndolo, gloria imperecedera. Corre el tiempo: 1810, el año decisivo de América, arriba. San Martín continúa al servicio de España. Se jura la independencia en pueblos de América, se establece la República, peroran los Cogresos, chocan las armas: San Martín sigue siempre al servicio del absolutismo.

Llega, por último, el año de 1812: Europa entera comprende, y las mil voces de la opinión comentan, que en América hay no una revolución, sino un nacimiento de pueblos, que ideales nuevos circulan, que un grande acontecimiento se ha cumplido en el mundo con la emancipación de América. Entonces San Martín abre los ojos y corre á la tierra donde nació á poner al servicio del nuevo Gobierno establecido en su patria su espada y sus conocimientos militares. ¿Preséntase inflamado de sueños, dando batallas, pronunciando discursos, escribiendo constituciones, siendo el verbo de la revolución, arrastrando pueblos? No. Prudente y ordenado, empieza por instruir reclutas.

Luego solicita el puesto de intendente en una pequeña provincia al pie de los Andes, y en

cuatro años de octaviana paz forma un ejército de cuatro á cinco mil hombres con que vence en dos batallas célebres, que son sus únicos laureles durante la guerra de América y durante toda su larga vida de general.

Luego, en 1820, invade la costa del Perú al frente de una expedición que organiza y dispone el Gobierno de Chile, inspirado por el mismo San Martín en mucha parte y por la opinión pública, y no creyendo ese Gobierno á Chile seguro mientras que en el Perú gobiernen los extranjeros.

La empresa de San Martín en el Perú fué un fracaso político y militar. Su pacto de Punchauca con el Virrey La Serna para fundar un reino en el Perú, con algún príncipe español, era plan suicida. Aquel proyecto casi antirrevolucionario, aquel proyecto de monarquía española, contribuyó á desopinarlo.

Peleado con el Gobierno argentino, que lo acusa, por otras razones, de traición; con la escuadra chilena, que lo abandona; con la opinión pública del Perú, que le hace una volución y depone y expulsa, con anuencia del ejército argentino-chileno, á su ministro y mentor Monteagudo; no menos en desacuerdo con su propio ejército, cuyos más brillantes oficiales, como Las Heras, Necochea, Martínez, etcétera, no le obedecían, el ilustre San Martín, aislado, desprestigiado, desiluso, se sepa-

ró de la América, de la guerra y de la política el año de 1822, dejando en el antiguo virreinato peruano un ejército realista más poderoso del que encontrara.

La revolución, que había empezado sin él, en 1806, siguió sin él hasta 1826, en que se rindieron las últimas fortalezas españolas y las islas de Chiloé.

La heroicidad, en cuanto cosa del espíritu, le falta en absoluto á San Martín.

Un hombre que se acomoda al presente, que no siente en sí anhelos y fuerzas de renovación, que es empujado por las revoluciones y no su propulsor, que no seduce á los pueblos, que no se impone á su ejército, que carece de ambición y de imperio y de ideas que suplaten las antiguas ideas, podrá ser un gran soldado, un hombre eminente, una figura ilustre, un personaje venerable como San Martín; pero no es héroe.

¡Qué diferencia con el Libertador!

Este habla, desde los diez y seis años, de los derechos de América en la corte del Virrey mexicano; seis años después, á los veintidós, en el Aventino, á la vista de Roma y evocando los recuerdos clásicos del gran pueblo, jura contribuir á que la América esclava se amancipe.

Después, qué hablar, qué escribir, qué poner actividad, fortuna, naciente genio, al servicio de aquella idea no nata aún en el cerebro de los pueblos. Impulsando á los remisos á que se de-

clare la independencia, exclama: «¡Que los grandes proyectos deben meditarse en calma! Trescientos años de calma, ¿no bastan? ¿Se quieren otros trescientos años todavía?»

Urge á los demás, obedeciendo á aquel volcán que lo impulsa á la obra que un día realizará.

Empuña la espada, en la aurora de la revolución, y no la envaina sino cuando ha recorrido la América del Atlántico al Pacífico y de Norte á Sur y puede exclamar: «El mundo de Colón ha cesado de ser español.»

Por último, cuando no puede realizar su sueño de fundar, con todos los pueblos de América, «la madre de las Repúblicas, la más grande nación de la Tierra», cuando advierte que el ideal de patrias chicas se impone sobre su altísimo ideal de una común patria gigante, Bolívar, ya moribundo é impotente para hacer triunfar ese ideal, como hizo triunfar el de da emancipación, exclama: «He arado en el mar.» Predice que las republiquitas «ingobernables» fluctuarán por mucho tiempo entre la anarquía y la dictadura. «Europa ni se dignará conquistarlas.»

Ante ese espectáculo previsto que conturba sus últimos momentos, Bolívar, con el acíbar en el alma, prorrumpe en una de las frases más trágicas que han dicho labios humanos: «Mis dolores existen en los días futuros.»

Sí; el desmigajamiento de la América, que pudo ser «la más grande nación de la Tierra»,

no era nada en comparación de la América que entrevió el Libertador en sus días últimos: la América gobernada «por microscópicos caudillos de todos colores y clases, llenos de vicios y de ferocidad». Por eso exclamó: «Mis dolores existen en los días futuros.»

Como se advierte la heroicidad, por dos de sus aspectos: anticipo de porvenir, germen de futuro, realidad de mañana é intensidad máxima de emoción, asume proporciones colosales en Bolívar. El Libertador no sólo siente la necesidad de renovar la atmósfera, de cambiar el medio social, de imponer su sueño á la triste realidad; no sólo transmuta el presente con férrea voluntad, al través de los obstáculos inimaginables y casi sin medios de acción, sino que prevé y anuncia lo por venir, y no sólo anuncia y prevé lo por venir, sino que sufre por esas miserias que todavía no existen. Sus dolores, sus principales dolores, existen en los días futuros. El ideal de Bolívar no era la América latina del siglo XIX. Era otra cosa.

Nada semejante ni en Wáshington, ni en Sucre, también libertadores, como Miranda, San Martín y Bolívar.

Wáshington es el personaje de sentido común, el hombre bien equilibrado. Ha hecho una carnicería de colonos franceses, ha hecho campañas contra los indios, á la sombra del Gobierno colonial, á quien sirve. Es coronel de

esas guerras. Llega la revolución de su patria por razones independientes á la voluntad de Wáshington: el Congreso le nombra jefe del Ejército. «Obligados á tomar las armas—dice á sus tropas—, no soñamos ni gloria ni conquistas; pero queremos defender hasta la muerte nuestros bienes y nuestra libertad, heredados de nuestros padres.»

Los bienes heredados preocupan su espíritu tanto como la libertad. En Bolívar no ocurre nada semejante.

Después de su primer triunfo, la ocupación de Boston, excita á sus soldados con estas prácticas palabras: «Servir á un Estado que puede recompensar vuestro mérito...» El espíritu calculista de la raza habla por su boca. El mismo aceptará, más tarde, al revés de Bolívar, los dones de la República, y casado con viuda rica, soñará con retirarse, y se retirará, á vivir en calma de sus posesiones agrícolas. Su instrucción, su talento, sus ambiciones, no traspasan ciertos límites. Pero su virtud ciudadana es grande y verdaderamente heroica.

El magnánimo soldado triunfa de los dominadores de su patria con el apoyo de Esapaña y Francia, sin grandes hecatombes, con pacientes campañas metódicas. La opinión del país milita toda en pro de la independencia; lo sirve, no se levanta en su contra, como ocurrió en los pueblos que emancipó Bolívar, emancipados, puede

decirse, contra la voluntad de ellos mismos; ó con más propiedad, cuya enemiga á la independencia duró hasta que la comprendieron. En esta empresa de adoctrinar á sus opositores para ganarlos á su causa, de vencerlos primero y seducirlos después para emanciparlos, Bolívar conoció dificultades y ejercitó virtudes que no sospechó Wáshington.

Los talentos políticos de un Jefferson, de un Madison, de un Adams, de los prohombres del Congreso, son respetados por el virtuoso campeón de Virginia. «Nunca—asegura—faltaré al respeto que debo á las autoridades civiles.» Ejerce el gobierno con dignidad. Resuelto á no oirse denigrar por sus malquerientes y calumniadores, «en términos—dice—tan exagerados, tan indecentes, que convendrían apenas á un Nerón, á un malvado, á un ladronzuelo», exclama: «Primero la muerte que una tercera presidencia.»

Heroicidad es tragedia, heroicidad es tormento, heroicidad es no poderle decir que no al destino, ir siempre adelante, hasta el Gólgota. Wáshington suspira por la vida de familia y se consagra á ella. Es Cincinato, el Cincinato de Occidente, como le llamó Bryon; pero no el héroe auténtico.

Wáshington tiene las limitaciones y el egoísmo práctico de su raza. Bolívar piensa en el mundo, Wáshington en su tierra. El Libertador, desde 1814, piensa en fundar un pueblo que llevara la

batuta en los negocios de nuestro planeta. A Wáshington no le quita una hora de sueño lo que sucede más allá de sus patrias fronteras: predica á su país el aislamiento indiferente que él deseaba para sí mismo, satisfcho de haber realizado, sin sobrehumano esfuerzo, obra de nota, suspirando por el sillón de su cuarto, por su *Biblia*, su pipa y su mujer, que era como se indicó, una viuda rica.

La suerte quiso que el pensamiento de Bolívar lo realizara el pueblo de Wáshington y que el pensamiento subalterno de Wáshington—vivir en aislamiento, con humildad—tocara en lote á los pueblos de Bolívar.

Wáshington es el grande hombre mediocre: buen esposo, buen ciudadano, buen guerrero, buen presidente. Todo con mesura. Lo heroico es lo contrario: lo heroico es lo ilimitado.

La mayor parte de los componentes de la heroicidad no se encuentran en aquel que, sin embargo, fué el primero en la guerra, el primero en la paz y el primero en el corazón de sus conciudadanos. Pero desconfíemos de los títulos: á Cosme de Medicis, tirano cauteloso y cruel, lo llamaron también Padre de la patria. Había sido su expoliador.

La ambición heroica que falta á Wáshington también le falta á Sucre. La virtud contraria á la aspiración heroica es una de las características de ambos: la abnegación. Cierta especie de ab-

negación: la de ceder, la de no ser obstáculo, la de sacrificarse en la sombra, diferente de la abnegación heroica, que consiste en salir avante aun cuando se atraviese, como el héroe de Wagner, por entre selvas de llamas.

Sucre, discípulo militar de Miranda, bien pronto supera al maestro. Aunque sale de una Academia de Matemáticas, se forma por sí mismo en la revolución, por sí mismo cultiva su espíritu: posee un gran talento natural. Es el mejor general científico de América y el más virtuoso. Ni la más leve sombra hay en su historia. En el vértigo de la guerra á muerte, fué magnánimo. En el desbarajuste de las pasiones, fué ecuánime. En el despertar de mil aspiraciones soldadescas, fué desprendido. Hijo de la revolución, fué el hombre del orden. Vástago de una raza presuntuosa y soberbia, fué la representación viviente de la modestia, asentada sobre una dignidad muy vidriosa, pero muy austera y silente.

No quiere aceptar la Presidencia de Bolivia que el Libertador le ofrece; teme ir al Ecuador porque su ilustre nombre, su gloria resplandeciente, pueden oscurecer á emulillos ambiciosos; propone á Páez, en Venezuela, que ninguno de los generales en jefe pueda ser electo presidente de Colombia. No le cede en desprendimiento y magnanimidad á Wáshington.

Con todo, Sucre, gran general, hombre de veras

ínclito y la figura más pura de la revolución hispano-americana, no es héroe, no es el héroe.

¡Qué hombre sería Bolívar—exclamó una vez Martí, José Martí—, para que personaje del fuste de San Martín, jefe de ejército, jefe de Estado, dueño de verdes laureles, le ofreciera, apenas lo vió y lo oyó, ponerse á sus órdenes! ¡Qué hombre—puede asegurarse—para haber inspirado la veneración que inspiró á varón tan probo, tan austero, tan recto y de tan analizador y descontentadizo espíritu como el mariscal de Ayacucho!

III

CIUDADES Y PANORAMAS

I

AQUISGRAM

1.° de septiembre de 1912.—Aquisgram y sus alrededores, país sulfuroso, tierra de baños calientes y de mujeres frías tiene de interesante algunos monumentos medioevales, el recuerdo de que en ella se coronó Carlo Magno de Emperador hace la bicoca de once siglos, y un encantador bosque de pinos. De esta antigua metrópoli del catolicismo nórdico restan vestigios en la moderna Aachen, villa del floreciente imperio de Lutero: iglesias góticas y espíritu romano. Es más: el espíritu católico de la ciudad irradia hacia la campiña alemana, hacia la vecina Holanda, hacia la aledaña Bélgica.

La neerlandesa Maestricht, bañada por el Mosa, hermana menor de Aquisgram, no sólo recibe el soplo de catolicismo que pasa por aquellas regiones belgo-holando-alemanas, sino que á su turno es centro del sentimiento católico en la patria de Guillermo III, héroe y rey del protestantismo y salvador de la iglesia

anglicana. El propio día de nuestro arribo celebrábase en Maestricht una curiosísima procesión en honor de María, madre de Dios; desfile el más pintoresco, que simboliza la historia del cristianismo, y donde figuraban desde pastores idumeos, conduciendo ovejas, y gañanes de Palestina, garrochando bueyes, hasta el Papa que detiene á las puertas de Roma el caballo esterilizador, según los europeos vencidos, de Atila; desde el niño Jesús, que exhala su primer aliento en el pesebre de Belem, hasta Don Juan de Austria, que salva en Lepanto la civilización y la Europa cristianas contra los alfanjes de Mahoma.

Día doblemente grato el de nuestro arribo á Maestricht: por aquella teoría de edades cuyo desfile remueve el substrato religioso de nuestras almas, herederas del sentimiento católico y porque, venezolanos como somos, no podemos discurrir por la norteña ciudad ni ver cómo las corrientes del Mosa lamen los muros de Maestricht, sin que nos lisonjée el pensamiento de que un día, cien años atrás, aquella plaza fué sitiada por un compatriota nuestro, por el caraqueño Francisco Miranda, al frente de los ejércitos franceses.

Humberto y yo recorremos, á pie, buena parte de aquellas comarcas donde colindan tres naciones: de Alemania pasamos á Holanda, de Holanda seguimos á Bélgica y de Bélgica nos

encaminamos de nuevo hacia la rubicunda Germania. Entre Holanda y Bélgica existen, como separación, unas bandas de terreno neutral, y, detalle típico: al entrar en la tierra del curazao, del schiedam y de la rica cerveza, llegando de Bélgica, la primera casa que se encuentra no es el edificio de la Aduana, ni el primer símbolo que se advierte el escudo neerlandés: la primera vivienda, en medio de la ruta polvorienta, es una cantina; el primer símbolo una bandera de metal con esta expresiva salutación: *¡Bier!*

II

GUERANDE

Guérande es una de las ciudades más interesantes de la Bretaña. Es una ciudad de la Edad Media. Cintura de murallas fortificadas la circunda. Este cinturón de piedra de mil quinientos metros encierra la ciudad, como en la Edad Media, y como en la Edad Media sólo puede penetrarse en la villa por una de sus cuatro puertas de mampostería. La más importante y hermosa de estas puertas, la de San Miguel, es una bastilla compuesta de un bloque rectangular flanqueado por dos torres. Esas torres fueron castillo famoso. Hoy sirven de municipalidad ú *Hotel de Ville*, abrigan los archivos de la ciudad, la Caja de ahorros, otras oficinas públicas y la prisión.

En hermosísima y antigua sala del Consejo Municipal, hoy restaurada y que sirve para celebrar matrimonios, ocupa la testera un retrato de cuerpo entero y en traje de Corte del baile Juan Manuel de Rohan Pouldu, gran maestre de la Orden de Malta. Pero aun aquella figura de cortesano es demasiado moderna para semejante edificio; es un anacronismo dentro de su marco

dorado. Para aquella torre de piedra, un guerrero medioeval vestido de orgullo y de hierro, un señor de Guérande, sobre su sepulcro de granito, con su yelmo de granito en la cabeza y entre las manos una espada granítica.

Desde la eminencia de la torre, por los intersticios destinados á las armas arrojadizas, divísase toda la campiña guerandesa, hasta el mar: los prados resecos de este país de arenas, los recientes molinos de laboriosas alas y las salitreras artificiales ó pantanos salados, todo un paisaje gris, de un verde terroso y desvaído.

Mirando hacia otra parte, descúbrese acurrucada, á los pies de la torre, la pequeña Guérande.

Entre las callejas angostas cuyos muros alcanza un hombre con los brazos abiertos, más allá de la antigua judería ó geto de Guérande donde perduran algunos motivos arquitectónicos del siglo XV, yergue su esbelta figura, venerable y retocada, la Colegiata de Saint-Aubin. En las paredes y techos de este abigarrado edificio cada siglo ha puesto su mano, su piedra y su deformación.

El campanario data del siglo XIX, el coro del siglo XV, la *nave romana* del siglo XII y aún se conservan bajo el coro de la iglesia fragmentos de la pristina construcción, que data del siglo IX.

Pero lo más interesante de la ciudad es la ciudad misma, no sólo porque en ella se con-

servan íntegras mansiones del siglo XVI y mansiones del siglo XVII, no sólo por su cortina de murallas cubiertas de yedra y sus fosos centenarios, sino porque, con el más mínimo esfuerzo de imaginación, adivinamos en aquellas casas vacías, en aquellas calles desiertas, en aquellas iglesias reconstruídas, en aquellas murallas ruinosas, en aquellas torres de piedra, la existencia de una pequeña ciudad medioeval, cómo vivían los hombres, á qué ventanas se asomaban las mujeres, qué edificios vigilaban los guardas, qué torres defendían los soldados, qué horizontes miraban los vecinos, cómo se desarrollaba el eterno drama de amor y dolor humanos, en hombres de otra edad, en épocas desaparecidas, en civilizaciones pretéritas.

Y ¡oh, misterio de afectos subterráneos que unen un hombre á su raza! Cuando bajo de la orgullosa y formidable torre de San Miguel, famoso castillo de la famosa y fortificada Guérande, no es sin orgullo que me impongo de que los españoles, mis abuelos, entraron á saco aquella ciudad en 1342, quemaron cinco templos y destruyeron á medias aquella misma torre de San Miguel, que parece imposible escalar, someter y destruir.

Y recuerdo, con una sonrisa, las palabras del cicerone, cuando ascendíamos á la torre y á la vista de las murallas:

—Esta fortaleza es intomable. En esta ciudad

no ha entrado ningún conquistador. Nunca fué rendida á ningún guerrero.

El bueno del cicerone hablaba como un historiador.

Por lo menos como algún historiador de la República Argentina.

Creería uno estar escuchando á Mitre.

III

SCHEVENINGUE

26 de agosto de 1903.—El calor me echa de Amsterdam. Vengo á pasar en Scheveningue un día y á bañarme en esta mar del Norte, cara á Enrique Heine, y que ha inspirado las marinas de Mesdag.

Pero el tiempo ha corrido; me he dejado vivir y llevo en esta playa casi dos semanas. He tenido que aviarme de todo, pues no traje ni un pañuelo de repuesto. Estas horas de vida que le caen á uno como de sorpresa, ¿no son las mejores? ¡Cuántas veces he llegado á una estación de ferrocarril y pedido billete para el tren próximo á partir! Son las correrías más dulces esas escapadas al azar y las que mejor amo.

Al ver cajas de camisas y franelas recién compradas, en el desorden de este cuarto de hotel, comprendo que mi estancia aquí es bien provisional y pienso en toda mi vida vivida á la carrera. ¿Adónde, Dios mío, adónde he echado raíces? ¿Tengo yo, por ventura, lo que tienen todos: un hogar, una familia, una patria, un plan de existencia, un rumbo sobre la tierra? Mi casa en Amsterdam, ¿no es provisoria? Mi vida en París, ¿no es de tránsito? Mi estan-

cia en Caracas, ¿no es de paso? Mis viajes, ¿no son un vuelo? La vida toda es provisoria; y sin embargo, la vivimos como si fuese eterna.

Pensar que bien pronto voy á cumplir treinta años, edad que me espanta, no sé por qué. ¡Treinta años y no haber hecho nada! A los treinta años asiste uno al entierro de la primera, de la genuina juventud. Eso se va, se va; se va y no vuelve. La vida toma otro aspecto. Ya no es uno el mismo; es otro. Y á esa otra persona, que, sin embargo, es uno mismo—cosa de pesadilla—sucederá á los cuarenta, á los cuarenta y cinco, á los cincuenta años nueva persona, otro sér distinto, un extranjero··· Las ideas y los sentimientos de esé intruso, acaso difieran de los nuestros y vendrán á chocar con ellos. Y después lo terrible, lo ineludible: la muerte; la muerte, que siempre nos sorprende como si no la esperásemos... todavía. Por cima de nuestras cabezas pasa volando, como en el fresco del Campo Santo de Pisa, la mujer de la guadaña. ¡Cuánta prisa! Apenas si nos deja tiempo de nada. Y tanto sueño por soñar; y tanto ensueño por realizar.

No quisiera morirme sin haber hecho algo. Pero, Dios mío, ¿qué es lo que yo tengo que hacer?

27 de agosto.—El mar del Norte no es como aquel azul y risueño Mediterráneo que me re-

cuerda mis mares del trópico. Desvaído, sucio, de estaño ó de plomo, carece de aquellas rumorosas crines de espuma y de aquel horizonte infinito. El aire—velo de Mab de las cosas—, no es aquí transparente; y no presta su encantamiento al ópalo del cielo ni al zafiro del mar. Hoy, la mañana es opaca. Mirando al cielo he pasado un momento de angustia. Las nubes se arrastraban por los tejados. La bóveda celeste, incolora, pesada, abrumante, me parecía la tapa de una trampa, tapa que iba á caer sobre la ciudad. Sentí malestar físico; pensé que me asfixiaba, y empecé con la boca abierta á respirar todo el aire marino.

Un golpecito en la espalda me hizo olvidar ese comienzo de pesadilla. Era una de mis amigas de Scheveningue, ó mejor dicho, de Amsterdam.

Me encuentro aquí toda una camada de conocidas, muchas de las cuales no veo en Amsterdam sino de tarde en tarde. Aquí está la señorita van den Bergh, alta, blanca, fría, á la que llamo mademoiselle Iceberg; aquí, la van den Linden, rubia, enamorada y cantora, á quien llamo Elsa; aquí, por último, Letta... Con Letta hice ayer un grupo, fotografiados ambos en traje de pescadores de Scheveningue, un traje bien ridículo por cierto: la mujer peinada un poco á la Cleo de Mérode, un cachivache blanco en la cabeza, enormes zarcillos pénduloss y un complicado vestido negro de talle mons-

truoso; el hombre, también de negro: pantalones anchísimos, sin bragueta, camisa, blusa y gorra del mismo color de luto, zapatos de pana ídem, una red á la izquierda, por el suelo, un canasto á la derecha y una caña en la mano. Lo malo fué que el imbécil del fotógrafo nos puso de fondo, en vez de un horizonte marino, la arquitectura de un palacio en medio de un bosque.

Nos reímos como unos locos de encontrarnos, sin quererlo, pescando en medio de una floresta, frente á un palacio.

Así van pasando los días.

—¿Y las noches?, preguntará algún malicioso.

28 de agosto.—Scheveningue rebosa de judíos. En Holanda, en Amsterdam, por lo menos, los judíos son quien, en primer término, sostienen teatros, cafés, cortesanas, etc. Scheveningue es una playa de Israel.

El holandés ama el *confort* de su casa, donde permanece encerrado; no la ciudad, como los antiguos, ni siquiera el lujo de las capitales, como los modernos. El clima ha hecho del holandés lo que la religión ha hecho del cuáquero: un ente sombrío, sentado á su escritorio, silencioso, frente al fuego. Las diversiones públicas no lo divierten; *the attractions* no lo atraen. Opera, carreras de caballos, carreras de automóviles, partidas de placer, cuanto constitu-

ye el encanto de las grandes ciudades, existe apenas para él. Dadas las enormes fortunas que existen en Holanda, Amsterdam, con otra raza, podría ser una de las más lujosas y alegres capitales de Europa.

Los judíos—repito—sostienen en mucha parte el lujo externo de Amsterdam, un lujo con método, un lujo de gente que prefiere gastar tres á gastar cinco, aunque lo que compre por tres sea inferior en ciento á lo que vale cinco. No se extrañará que tratando de los señores del tanto por ciento, use y abuse de números Los *usureros* derrochan... aunque sin perder la chaveta. En cambio, el hijo de Holanda es económico hasta la tacañería, ó gasta en su casa, entre cuatro paredes, con los suyos.

Adriano van Ostade, Jan Steen, muchos de los grandes maestros del siglo XVII holandés, han pintado al pueblo en el seguro de su interior, taciturno, jugando á las cartas, frente á la tetera humeante ó á la botella de *schiedam;* fumando sus pipas, zurciendo medias, guisando las golosinas con que va á regalar su voracidad; ó bien en alguna de esas explosiones bárbaras de animalidad, en alguna orgía á puerta cerrada, en la sordidez de infame tugurio. Dorad un poco más esos interiores: que las porcelanas de Maestrich sean más finas, que el paisaje de Wynants sea auténtico, que el ambiente sea menos ruin, que el tipo de las personas sea

menos vulgar, y tendréis un interior de casa burguesa del día; interior que apenas difiere, según puede colegirse, de los interiores holandeses del tiempo y mundo de Rembrandt y van der Helst.

Se diría que el holandés pone por obra el verso del místico:

Vivir quiero conmigo.

Este pueblo tiene muchas cosas en su carácter, en su historia y en su vida dignas de admiración y de respeto; pero la gran virtud por donde el mundo entero se descubre ante los bátavos es la gran virtud, siempre allí patente é irrestañable, de la tolerancia en materia de religión. Gracias á esta virtud nacional viven allí felices desde siglos atrás los hebreos que nuestros abuelos expulsaron de España y de Portugal. A cada paso encuentra uno en Holanda los nombres de Rodríguez, de Pereira, de Mezquita, de Lobo, de Jordán.

No puedo negar que tengo simpatía por la raza hebrea, aunque los mismos hebreos parecen empeñados en hacérmela perder—caso idéntico al que me ocurre con los españoles.

¿Qué pueblo de Europa se ha conservado puro como el pueblo judío? Para él no ha habido ni conquistas, ni invasiones. Es hoy, dentro de lo posible, el mismo pueblo que en los tiempos bíblicos. ¿Cuántas gotas de sangre extraña

hay en sus venas? Las persecuciones no han podido destruirlo. Dos mil años de patadas y de salivazos no han podido desfigurar los rasgos de su rostro. Sólo el medio físico, el que no puede sustraerse, imprime en él huellas. Por lo demás, supo vengarse é imponerse agarrando á la humanidad por el bolsillo, punto más sensible que el corazón ó el cerebro. Los que necesitan dinero á él van á pedírselo. Los mismos Reyes de Castilla se valían del talento financiero de estos súbditos réprobos para salvar la fortuna del Estado, perdida en las inútiles y santas manos del catolicismo.

Si el hombre conociera el remordimiento colectivo, si no fuera el más cruel de los carniceros, se avergonzaría, se dolería de haber perseguido por espacio de veinte siglos á esta raza inteligente, activa y diplomática, que ha pasado por tantas vicisitudes sin perecer. La recrudescencia del antisemitismo, sobre todo en Francia y en Rusia, por los días que corren, es uno de los mayores y más injustificables crímenes de esta vieja Europa fanática y prostituta, vanidosa y agresiva, rapaz y cobarde.

Es hoy cuando los judíos debieran ser más honrados. Aparte las verdades científicas, que abren la inteligencia de las multitudes; aparte las aplicaciones prácticas de la ciencia, que suavizan las costumbres, haciendo más fáciles las relaciones entre los hombres; aparte el des

creimiento en las religiones, que es síntoma de un nuevo cambio de alma de la humanidad; aparte la sangre de bandidos ó imbéciles coronados—Carlos, Luis, Maximiliano—, felizmente vertida por las revoluciones, para convencernos de que la sangre de los Reyes es tan roja y tan vil como la del más triste ratero—; aparte todas estas razones que nos prueban que no hay religión, ni pueblo, ni raza, ni hombre escogido, es hoy cuando el mundo se ha convertido á la fe del centavo, á la religión del interés, al *judaísmo*, en el sentido malintencionado de la palabra, en el sentido que torcidamente le atribuyen los pueblos del Viejo Mundo. En tal sentido, naciones de judíos son todas las de Europa y pueblo de judíos el de los yanquis. ¿Por qué, pues, perseguir á los que han enseñado á Europa que las ínfulas de caballería sin generosidad son grotescas; que el capital es trabajo acumulado y que debe, por tanto, producir?

El alma hebrea no es un alma sincera. La fisonomía moral de ese pueblo aparece con antifaz. Pero este fenómeno, que es una deformación, se debe á que el fanatismo de Europa ha hecho con el alma hebrea lo que los chinos con el pie: la encerraron en un borceguí de hierro, impidiéndole su libre expansión, su desarrollo natural. De ahí que los judíos sean como son. Yo no disculpo sus defectos, sino trato de explicármelos.

IV

SENSACIONES DE ESPAÑA

I

París.

Espero con ansiedad el correo de las tres, que ha de traerme una carta de amor. Por fin llega; y me echo á la calle con la dulzura de las frases femeninas en el corazón. ¡Qué linda, qué llena de sol está la calle! Todo el mundo me parece feliz.

¡El sol, el sol! Adoro el sol. Desciendo la rue La Fayatte, cantando. ¿Cantando qué? Nada, locuras, cosas alegres que se me ocurren. Las gentes tornan la cara al verme y un par de muchachas, vestidas de claro, al tropezarse conmigo en la rue Drouot sonríen mostrando sus menudos y blancos dientes. ¡Qué feliz soy! ¡Cómo adoro la vida!

¿Adónde iré? Iré á ver la Exposición de pinturas de Claude Monnet, en la Galería Durand-Ruel; luego pasaré por el Círculo, tomaré un amigo y nos iremos al bosque de Bolonia.

Esta Exposición—impresiones del Támesis, paisajes de Londres—, os obliga á ver, á pene-

trar la cosa y á pasmaros de admiración, y, sobre todo, de extrañeza, ante la habilidad ó la magia de un artista que, con la bruma del Támesis, con el humo de Londres, ha hecho maravillas de luces cambiantes y juegos increíbles de color.

De uno, de dos, de tres colores, este hombre ha sacado mil tonos. El fondo violeta de algunos de estos paisajes va hasta el casi negro, á la menor sombra del humo; y á un pálido rayo de sol, de un sol ausente, que se adivina y no se ve, la obscuridad se aclara con matices muy vagos, rosa y verde, con matices tan sutiles que, á primera vista, no se descubren. Aquí no hay dibujo, sino pintura. Este hombre es de veras un pintor. Y este pintor es admirable porque ha sabido ver y hacer ver hermosuras inéditas en una ciudad tan conocida como Londres. Todos estábamos equivocados: Londres no es el hormiguero fangoso, neblinoso, umbrío: Londres es esa niebla dorada, esa obscuridad llena de luces, esa neblina opaca en que los matices parpadean, como los cocuyos bajo las hojas.

Yo, que amo el bendito sol y la franca luz meridiana; yo, que me angustio ante un cuadro de Carriére, ¿cómo puedo enamorarme de esta opacidad, de esta niebla, de este humo? Pero no; aquí no hay sino engaño, coquetería de artista. Como el rostro de las muchachas, detrás de las persianas, en los balcones con celosías de la vieja Toledo; como los ojos velados de las

mujeres de Constantinopla, toda esa veladura de niebla, todas esas persianas de sombra no sirven sino para acrecer el encanto de cabrilleos, ojos de luz, chispas de sol. La vida está detrás de esa muerte; la alegría detrás de esa tristeza; la luz detrás de esa obscuridad.

Este colorista ingenioso ha sembrado en mí una vaga nostalgia: tengo ganas de salir corriendo, de salir volando, de irme á Londres, de irme á Constantinopla, de irme á Toledo.

¿Y por qué no? Me dirijo á casa de Cook, y termino por comprar un billete para Madrid. En la mañana parto. Veré otra vez Toledo. ¿Y por qué Toledo?

II

Madrid.

25 de mayo.—La primera impresión de placer que me causa Madrid es la de poder dirigirme en castellano, en mi lengua nativa, á todo el mundo. En la noche voy adonde van los extranjeros en todas partes, á conocer mujeres. Como el prestigio voluptuoso de las españolas corre el mundo, yo quiero cerciorarme, una vez más, de cómo es dulce beber el agua que calma sedes juveniles en bello vaso de la fogosa tierra hispana.

—Esta, me dice una especie de bruja más vieja que Don Pedro el Cruél, es de Salaman-

ca, ésta de Bilbao, ésta de Madrid, ésta de Valencia...

Todas son, probablemente, madrileñitas de orilla.

Hago traer copas de Manzanilla y empiezo á charlar y á observar. Me creen portugués, italiano, francés, de todas partes menos de América. En París me hubieran conocido la nacionalidad al vuelo, en el tipo ó en el acento. Esto depende, quizá, de que los americanos viajan poco en España.

Manuel Machado, poeta y calavera, que me introduce en tan distinguidos círculos, está más alegre que unas castañetas, gracias á media docena de Manzanillas. Cuando salimos—las tres de la mañana—Machado me hace ir á cenar en Fornos.

—Ahora es cuando comienza la vida en Madrid, me dice.

III

Toledo.

He visitado una vez más á Toledo. ¡Qué hermosura de ciudad! Esta ciudad de los sueños, ni muerta como Brujas ni en esqueleto como Pompeya, es, sin embargo, una ciudad yacente, dormida á la vera del Tajo, á la sombra de piedras legendarias. La he visto á la luz de la luna, mientras rompían en arias los ruiseño-

res sobre los álamos suspirantes, á la brisa primaveral. La he visto, la última noche de mayo, desde la Catedral, desde Zocodover, desde el vetusto puente de Alcántara, cuyo solo nombre es una canción; la he visto en compañía del sensitivo y soñador Martínez Sierra y de María, esposa y musa de este lírico prosador, mujercita encantadora, alegre y vivaz como un pájaro.

A la prima noche parloteamos al amparo de un portal, de uno de esos portales que sólo existen hoy en las viejas ciudades de España; luego, á las doce, bajamos al Puente, mientras la blanca luna de Toledo enciende su fanal y deshoja sus jazmines sobre la ciudad dormida.

Acodados en el puente de Alcántara, admiramos las travesuras de la luna que prende sus estrellitas de plata en las barbas y en el dorso de este solemne Tajo. Luego echamos á correr como unos chiquillos. En la soledad y en el silencio de la noche no se escuchan sino nuestra carrera y nuestra risa, el croar de alguna rana ó la música de algún ruiseñor.

No me pesa haber abandonado á París ni haber emprendido á la carrera un viaje molesto y costoso por el solo placer de venir á contemplar esta vieja ciudad única, que no está decrépita, porque pone macetas de albahacas y claveles en sus balcones, como una muchacha; que no está muerta, porque su nombre va ha-

ciendo ruído por el mundo en las hojas de las espadas; y á quien nadie puso en olvido, porque los soñadores la buscan, los pintores la copian y los poetas la cantan.

He aquí este lírico homenaje que, ya de vuelta en París, pude rendir á ese Toledo de ensueño:

TOLEDO

(EN LA ÚLTIMA NOCHE DE MAYO)

A María.

Es la noche. Toledo se reclina
á dormir. en sus piedras historiadas,
la cabeza en un bosque de laureles,
en el Tajo la plantas.
Es la noche. Toledo se ha dormido
á la vera del agua
y al susurro del viento.

Mientras duerme Toledo, el río canta.

Canta las viejas horas; las nocturnas
crüeles ó amorosas emboscadas
del viejo rey Don Pedro; los torneos;
los toros y las cañas,
el mirador en donde el rey galante
se enamoró de la morena Cava,
porque le vió los senos—y la boca
llena de risa—y las caderas amplias.
Canta los trovadores; las callejas;
los balcones floridos de albahacas;
canta á Zocodover, que vió en su torno
las razas de ojos negros, las tres razas
que poblaron la historia de leyendas.

Mientras duerme Toledo, el río canta.

* *

Parece que los seres y las cosas
han escuchado la canción del agua:
la soñadora luna
su perlería entre las ondas lanza,
siembra de oros la inquietud del río
y de nadantes ínsulas de plata;
los álamos suspiran,
chirrían las cigarras,
laten los perros, croan
las bucólicas ranas,
y mientras plañe el agorero cuco,
afina y suena el ruiseñor su flauta.
La propia vieja catedral se anima.
Se diría que rompen las estatuas
silencio de centurias, y que el lírico
soplo de aurora de Longfellow pasa
infundiendo la vida entre los reyes
y obispos que decoran la portada.
Vibra en la torre esbelta
la voz de las campanas.
¿Es que va á hacer el César Carlos Quinto
una triunfal entrada?
¿Es que ha llegado un portador con nuevas
de la rota y prisión del rey de Francia?

No. Toledo no bulle. Fué un viajero
el que vió erguirse la ciudad; un alma
de esas que ven visiones en la bruma,
de esas que aprenden lo que el agua canta,
de esas que oyen voces del silencio...

No. Toledo no bulle. ¡Triste calma!

IV

Los toros.

En París escucho aplaudir los toros (á Laurent Tailhade, pongo por francés), escucho criticarlos, por personas que jamás han presenciado una corrida. Yo diría á unos y á otros:

—Venid á Madrid, venid por lo menos en imaginación. Contemplad en una vasta arena, á la clara sonrisa del azur, catorce mil espectadores. catorce mil diletantes, catorce mil doctores de estética taurina, que se entusiasman hasta el delirio, que gritan su alegría ante el movimiento ágil, la apostura elegante y el ademán feliz de un burlador de toros. Suponed la plaza en colmo, las mantillas de la aristocracia, los claveles de las manolas, mantones de Manila de ramazones deslumbrantes sobre la delantera de los palcos, manos tendidas á aplaudir un rasgo de audacia, voces que vociferan. Suponed los sedimentos de barbarie que despierta en este rudo pueblo de conquistadores la vista de la sangre, el amor de las posturas heroicas, desenfadadas y esculturales, que le viene de los abuelos latinos; la ebriedad de músicas marciales, de colores violentos, de zambras, que de los árabes hereda; suponed en la arena el valor, el arte y la emulación de los matadores, que se pelean á rasgos de bravura el homenaje público;

la salida teatral y pintoresca de la cuadrilla al son de la música, mientras el sol espolvorea su polvo de oro sobre alamares y lentejuelas de los toreros; suponed la ira de una fiera que destripa caballos, revuelca picadores y muere, al fin, una espada en la cruz, burlada por el arte y la serenidad de un gladiador, y tendréis una vaga idea de lo que es una corrida en la plaza de Madrid.

Yo no he visto jamás espectáculo más viril ni más bárbaramente hermoso. Ni las carreras de caballos, ni las riñas de gallos, ni el combate de púgiles, ni el colear hispano-americano, nada puede compararse á esta fiesta deslumbrante y ensordecedora. Ningún *sport* moderno sugiere tanto como el de los toros lo que debió de ser el Circo romano.

Tampoco he visto arte de tal entidad. Un movimiento de mala técnica, un ademán que no esté ceñido á la retórica torera más exigente, un mal paso, una distracción, cuestan la vida al artista de capa y espada.

El poeta puede cometer un error: sus ripios no hacen daño.

El arquitecto puede construir con deficiencia su palacio ó su templo: el edificio viene abajo; pero el artista se salva.

En el torero no ocurre otro tanto. Un instante de flaqueza, un cálculo deficiente, una falta de retórica, un ripio, le cuesta á menudo la vida.

Su arte es más trascendental más noble.

En la primera corrida que presencié, cuando vi cómo el toro despanzurraba el primer caballo, estuve á punto de desmayarme. Pero luego me hice á la sangre, como cualquier coronel de mi país... ó de otro país: la Kulta Germania, pongo por imperio.

Bien hace España en conservar sus toros y sus toreros, á pesar de la grita del snobismo filantrópico. Un pueblo que tiene esa fiesta nacional, un pueblo que hace de la muerte un *sport* y del peligro un espectáculo pintoresco, dándole al dolor mismo esplendor y alegría, podrá ser sádico, bárbaro, cruel, cuanto se quiera, pero es un pueblo vigoroso y de artistas.

V

Pancorvo.

En la mesa hablo de Pancorvo, que me ha producido, visto á vuelo de tren, una imborrable impresión. Por la llanura seca, árida, amarilla y polvorienta corre el hipógrifo mecánico que nos lleva en su seno de madera y hierro.

Unos cerros pelados, angulosos, de pizarra; unos cerros grises, huyentes, fantásticos; unos cerros de pesadilla; unos cerros hechos como con lamas de cuchillos, cortan de súbito el paso á la llanura. Los cerros de lamas grises se estrechan y forman gargantas lóbregas, sin una gota de agua, sin una mata de hierba, sin el canto

de un gallo, sin el mugido de una vaca, sin el balar de un carnero, sin la voz de un hombre, sin la risa de una mujer.

De repente se divisa un puño de casas, treinta, cuarenta paredes agrupadas en torno de una iglesuca informe, al pie de aquellas abruptas eminencias grises. Aquel pueblo tiene cien siglos. Las casucas, de paredes jorobadas y sin cáscara, desaparecen bajo capas amarillentas de polvo; las tejas, antes rojas, amarillean, cubiertas asimismo de polvo, y se encaraman, asimétricas, las unas sobre las otras, ó dejan huecos como los dientes ausentes de una boca añeja. No se ven animales, no se ve gente, no se oye rumor de pueblo, no se advierte signo de vida. No hay sino una palabra para expresar semejante desolación: aquéllo es dantesco.

Refiero mi impresión en la mesa de mis amigos y expongo que por dantesco entiendo aquella imaginación del Dante hecha de horror, sin salirse de lo posible, de la verdad, de cierta realidad suya, más poética que todas las fantasías descabelladas y todas las quimeras imposibles; aquella manera de concretar lo inconcreto, aquella mezcla de verdad y de sueño, ó de sueño realizable, comprensible, visible, tangible, horrible...

María me interrumpe:

—Tiene usted razón. Aquéllo es dantesco. Esa es la palabra. Gustavo Doré, para sus ilus-

traciones del *Infierno*, se inspiró en las gargantas de Pancorvo.

La noticia me gustó. Confirmaba mi sensación de aquel paisaje.

El invierno pasado (1912-1913) montóse en el Odeón, en París, el genuino *Fausto* de Goethe. En uno de los actos se representa el sábado de las brujas. Las decoraciones, según me acuerdo, parecían de un hombre como Doré.

—No me extraña, expuse á mis amigos, que las gargantas de Pancorvo hayan, directamente, ó al través de Gustavo Doré, aparecido en el Odeón, en los antros sabatiales ó sabáticos de Goethe.

VI

La cuna de los Bolívar, en Vizcaya.

De Burgos me encamino á San Sebastián, y de San Sebastián, donde todavía no hay nadie, á Bilbao. No voy por ver á Bilbao, sino para de allí dirigirme al pueblo de Bolívar, donde existió el antiguo solar de esta familia y en donde el profesor francés Jules Humbert acaba de encontrar vestigios de los abuelos del Libertador.

En el hotel de Bilbao donde pregunto por el lugar llamado Bolívar comienzan por extrañarse de que desee visitarlo.

—Es un lugarejo insignificante, me dicen. Dos ó tres casucas de campesinos.

Como insisto, me informan. Poco después, obediente á los informes, tomo el tren de Santander. El tren, un trencito de vía angosta y andar de tortuga, se va deteniendo á cada paso. Apunto el nombre de las estaciones: Basurto, Santa Agueda, Zaramillo, La Guadra, Sodupe.

En Sodupe desciendo y echo á caminar por la orilla de un río: el Cadagua. El caminito se trueca en sendero casi impracticable. Ha llovido: grandes pozos y barrizales cubren el suelo; luego un cerro de pizarra descascarado obstruye el paso con pilas de fragmentos. El agua y el fango me dan á la rodilla. Yo voy, sin embargo, contentísimo. ¿No me acerco, por ventura, al nido del águila? ¡Qué me importan la humedad, el barro y el cansancio! Sigo alegre mi camino.

El aire, demasiado fresco, de aquellas montañas vecinas se insinúa más pérfido que halagador; pero la atmósfera limpia permite descubrir las lomas pintorescas, que comparo á las montañas de Caracas y de Aragua, donde corrió la infancia de Bolívar, buscando imaginarias similitudes entre el horizonte que miraron sus abuelos en la juventud y el que su propia juventud columbró, y creyendo que contribuiría á radicar al primer Don Simón de Bolívar en Caracas y Aragua, el año de mil quinientos y tantos, lo semejante de sus montes y valles nativos con aquellos valles y montes de adopción.

Una cascada, cuyo resonante chapoteo me va sirviendo de invisible guía, detiene por fin mis ojos y mis pies. Es, según me informa un campensino á quien tropiezo, el río Rescalde, que se despeña en el Cadagua.

—¿Dista mucho de aquí el lugar de Bolívar?, le pregunto.

—No mucho, me contesta. Siga derecho. Encontrará una casa á la vera del ferrocarril: allí es.

—¿Del ferrocarril?

—Sí, señor; andando encontrará los rieles. No tiene sino seguirlos y detenerse á la primera casa. Le repito: allí es.

Allí era, en efecto.

En el cajón de estrecho valle, casas ruinosas: eso es Bolívar.

Me dirijo á la primera casa que topo. Allí no saben nada de nada. Son nuevos en el lugar. Me acompañan en solicitud de un campesino oriundo de aquel valle. El campesino, como de treinta años, servicial, charlador, despierto, conversa hasta por los codos. El nació en la propia casa donde habita; el río ha cambiado de lecho; aquellas laderas y hondonadas son fertilísimas. No oculta su sospecha de que yo solicite informaciones para árreglos, partijas ó pleitos de herencia.

En suma, nada saco en limpio. Ni sobre la vetustez del sitio ni sobre el origen del nombre, ni sobre sus primeros habitadores. Nada allí

recuerda, ni menos refleja, á los Bolívares de la Edad Media.

Me alejo tristón y cabizbajo por entre aquellas vegas pintorescas.

Las lomas, chatas, redondas, múltiples, alegran con sus crestas, donde chispea el sol de la tarde, aquellas herbosas laderas de mansos declives, por donde triscan cabras y pacen ovejas; aquellas vegas del Cadagua, en las que ondean trigales verdes y donde, aquí y allá, yerguen la cabeza hojosa avellanos, higueras, membrillos, melocotoneros y pavías.

Cuando llego á Sodupe recorro, mientras arriba el tren, aquel poblachón vizcaíno.

Un joven clérigo, el cura de Sodupe, á quien encuentro en la puerta del presbiterio, me informa lo que sabe, que es poco; me enseña el palacio de los Romarate, descendientes de los Bolívar, y, cediendo á la súplica, abre la iglesia y me acompaña á la sepultura de un Bolívar casi medioeval.

A los pies del altar mayor, en la nave del centro—aunque no recuerdo ahora si la iglesia tiene más de una sola nave—, al nivel del pavimento, yace un Bolívar de cobre. Es una figura en altorrelieve, maravillosamente conservada gracias al respeto religioso del vecindario, que no se aviene á pisar sobre las tumbas. Ese noble respeto conservó hasta el presente aquella obra de arte mejor que verjas de hierro y barreras de mármol.

¡Ojalá dure siempre, aunque no debiera fiarse tan sólo á tal sentimiento, por alto y puro que sea, la guarda de un tesoro histórico y artístico!

Y no son únicamente los pies de los lugareños de Sodupe los que amenazan aquella obra varias veces secular. Cuenta el joven levita que extranjeros se presentaron á él un día no remoto proponiéndole sustituir aquella figura por otra idéntica, sin que nadie se percatase, y ofreciéndole por cerrar los ojos—dígase complicidad en aquel fraude—buenos miles de pesetas. ¿Tendrá siempre Sodupe en lo porvenir un cura de ese calibre y de integridad semejante?

La figura representa un militar vestido de hierro. Sobre la cota de malla viste la acerada loriga. Enfundado y al pecho, el espadón, de cruz, desciende hasta los pies. Los pies reposan sobre un corcel de cobre. La cabeza descansa en un cojinillo. La cara es ancha, la nariz fina, la barba corta y corrida. Las guías del bigote caen buscando las comisuras.

A la altura de los hombros, hacia los ángulos de la plancha de cobre donde la figura yace, dos escudos: uno á la derecha y otro á la izquierda. Representa el escudo de la derecha un árbol del cual se desprenden cinco hojas; el de la izquierda representa trece estrellas.

Abajo, á la izquierda, á la altura más ó menos de las rótulas, un yelmo y un par de guantelettes cruzados; á la derecha, al propio nivel, idén-

tico par de guanteletes cruzados é idéntico yelmo.

Tal es la figura. En torno de ella, al borde de la plancha de cobre, corre la siguiente leyenda:

«*Aquí yaze el mui magnifico señor Pedro de Bolibar, capitan contino de la casa del Emperador don Carlos y del Rrey don Felipe, su hijo, reys d España é de Ingalatrra.*»

Apenas regresé á París me dí á releer el viaje de Humbert. El profesor de Burdeos había encontrado el mismo sepulcro de guerrero, con la inscripción transcrita, en la tranquila y añeja Sodupe.

¡Pero qué desilusión tuve leyéndolo!

El lugar de Bolívar que yo acababa de visitar con pío entusiasmo no era la República de Bolívar de donde salieron los abuelos del héroe americano.

En la tierra de Vizcaya se encuentra por todas partes, como en su historia, el nombre de los Bolívar. Pero aquel lugarejo de mi peregrinación no era el nido de las águilas vizcaínas á quienes el espíritu de aventura y el afán de mejora abrieron las alas, un día del siglo XVI, á quienes un vuelo osado, como de aquel gran siglo, condujo, por cima de mares y montes, á los remotos y pintorescos valles de Araguas.

VII

La España materna.

La confusión que se establece en nuestro espíritu, á menudo, al juzgar á los españoles, no depende de ellos, sino de nosotros: esperamos encontrar al español histórico en el español del presente. ¡Y son cosas tan distintas! Quedan tipos, como para probar la supervivencia de la especie; pero si

ayer maravilla fuí
hoy sombra de mí no soy.

Aunque la raza parece cansada de una larga obra de siglos, abriguemos fe en su resurgimiento, que ya se anuncia. Y no fe absurda, ni por orgullo de raza—pues á la española pertenecemos nosotros—, ni fe mentida, para lisonjearlos, sino fe razonada. España, aunque fatigadísima, no está exhauta; al contrario: el pueblo, los campos, las provincias parecen cargados de gérmenes. El drama consiste en que la ignorancia, la miseria, de un lado, y de otro lado, la incapacidad y corrupción de los dirigentes impiden á esos gérmenes brotar. Pero el pueblo —piedra angular de las sociedades—es aquí piedra berroqueña. El de España es uno de los pue-

blos más sanos moralmente, más primitivos, más vigorosos de toda Europa. El espectáculo actual —asesinato de un país por clases ineptas—, es el mismo espectáculo que se advierte desde Felipe II hasta Fernando VII á lo largo de toda la historia de España.

Lo grande siempre en España fué el pueblo. Lo fecundo, la entraña popular. De esa entraña salieron siempre, con alguna rara excepción, los defensores de su suelo, desde el obscuro montañés celto-romano Don Pelayo hasta los héroes anónimos y los caudillos populares de la guerra contra Napoleón. Del pueblo salieron sus conquistadores de América. Del pueblo, sus artistas mejores. Es decir, el pueblo español fué espontáneo, de fecunda y grande espontaneidad.

Entre España y el siglo en que vivimos existe un divorcio radical. Aquí se concibe la vida de muy distinto modo de como se concibe en el resto del mundo: aquí no se le da importancia á nada, y menos que á nada al tiempo. Si juzgamos por lo que ocurre en Madrid, podemos creer que este país de pasión se ha hecho escéptico: ha cambiado de alma, puede decirse, ó ha disminuído la antigua. En Madrid casi nadie contesta una carta, casi nadie acude á una cita, casi nadie cumple una promesa.

Las dos únicas cosas serias son la lotería y los toros: lo uno significa riqueza sin trabajo; lo otro,

crueldad sin exposición. Al dinero no se le aprecia en lo que vale. Por donde resulta que el español parece caballeresco. La razón de ese desprendimiento no es, en mi sentir, ó no es exclusivamente, tal espíritu de caballería, ya que en América vemos á los peninsulares cómo ganan, ahuchan dinero y se aferran á él; pero en España, las necesidades del nativo, si son máximas y múltiples, no tienen el imperio que ejercen, hasta las superfluidades, en pueblos ricos y entre gentes habituadas al máximun de *confort*, de bienestar cotidiano.

Pondré un ejemplo. Los madrileños están trocando el Madrid antañón, á prisa y con gusto, en una de las ciudades más bellas de Europa. Sin embargo, innúmeras casas, aquí en Madrid, carecen de calefacción: el brasero, contemporáneo del hombre de las cavernas, es el medio de no aterirse en invierno. Pero no aterirse no equivale á gozar de una temperatura templada, grata, de calor uniforme. Deseo pasar el invierno en Madrid, y como según me informan el frío es riguroso, pregunto si no existen mejores caloríferos. La gente se ríe de mí, se cree que solicito calor por ser del trópico y no estar acostumbrado á los climas de Europa: ni un momento imaginan que á lo que no estoy acostumbrado es á vivir sin ciertas comodidades.

La relativa inferioridad actual de España respecto de otros pueblos no puede ser sino pasa-

jera. El día, que ha de venir, en que la modalidad existente de civilización cambie, gracias al triunfo del socialismo, España, que lo combate con tenacidad—como ella combatió siempre—, volverá á ser un gran país.

No me siento extranjero en Madrid ni un minuto. Por lo que advierto y por lo que se me informa, á los americanos, en general, nos acogen con recelo al principio; al fin nos abren, aunque no sin trabajo, algunos brazos, algunas puertas y algunas piernas. En suma, ocurre lo que en todas partes con el extranjero. ¡Cuando pienso cómo los recibimos nosotros á ellos en la mayoría de nuestras Repúblicas y la diferencia que hacemos entre ellos y los demás europeos! No creo que deba pesarnos, aunque la reciprocidad no es mala cosa.

La influencia de escritores americanos sobre escritores jóvenes de la Península es visible. Abre uno los hebdomadarios, aquí florecientes. ¿Qué halla? Ecos de Darío, de Lugones, de José Asunción Silva y, últimamente, de Herrera Reissig. Dos cronistas antañones, Répide y Diego San José recuerdan á Ricardo Palma.

A veces ocurren cosas muy graciosas.

Un joven, cuyo nombre ignoro, publicó hace poco ciertos bonitos versos. Manuel Bueno los elogió con entusiasmo. ¿De dónde, preguntaba el claro y sólido escritor, de dónde saca este jo-

ven tan joven esa inquietud ó esa solemnidad de espíritu? De América le contestaron la pregunta. La había sacado de Abigail Lozano, un romántico de promedios del siglo XIX. La poesía que se le imitaba—imitar es un eufemismo—, *Dios*, es popularísima en América. Se la encuentra hasta en libritos escolares donde los niños de varias repúblicas americanas aprenden á leer.

Cierto clérigo de Valladolid publica unos sonoros alejandrinos. *El Imparcial* del lunes 29 de marzo (1915) exclama: «No se ha perdido en España la progenie y el lenguaje de los Zorrilla, Espronceda y Tassara.» Y por si parece poco esa comparación del cura vallisoletano con Tassara, Espronceda y Zorrilla, lo parangona con Don Quijote, Colón y Nuestro Señor Jesucristo. Así anda la crítica. Sin embargo, el cura —que según dicen se ha vuelto loco—no se parece á Jesucristo, ni á Colón, ni á Don Quijote. Sus rotundos versos, impregnados de humanismo y revolución, nada tienen que hacer con los del romántico Tassara, ni con los de Zorrilla, poeta conservador y tradicionalista; ni con los de Espronceda, que no hizo alejandrinos, por lo menos que yo recuerde.

A quien se parece casi tanto como una gota de agua á otra el inspirado y generoso clérigo en sus versos *La patria de los sueños* es al autor de *La libertad y la América*, al formidable poe-

ta argentino Olegario Andrade—el mayor poeta americano del ciclo romántico. Son los mismos sentimientos, las mismas utopías humanitarias, el mismo alejandrino caudaloso, exactamente acentuado, á ocasiones las mismas palabras: profusión de *esclavos, señores, himnos, paz, abrazos, amor*. No es que el clérigo copie á Andrade. No. Es que toda persona, así sea profana en cuestiones de literatura, que conozca á Olegario Andrade y lea luego *La patria de mis sueños*, aunque fuesen sólo las estrofas que publica *El Imparcial*, dirá con razón: por aquí no han pasado Jesucristo, ni Colón, ni Don Quijote, ni Tassara, ni Zorrilla, ni Espronceda; por aquí quien pasó fué Olegario Andrade.

El argentino dice de América, su patria, que allí los pueblos todos irán á darse cita,

á entrelazar sus brazos en fraternal unión

entonando himnos de paz; entonando

el himno sacrosanto de amor y libertad.

El cura canta, á su turno, la unión de todos los hombres en la patria, en *La patria de los sueños:*

La patria en que abrazados los grandes y pe-
[queños,
entonen trabajando los himnos de la paz.

En otra parte exclama:

Mi patria será nido de dichas y de amores;
en ella no habrá siervos, ni esclavos, ni rencores.

Y Andrade había dicho á la América:

Ni siervos, ni señores, ni estúpido egoismo
al universo anuncia tu gigantesca voz.

Inútil insistir.

El día 30 de abril (1915) compro para distraerme en el tren, viniendo de Sevilla, un hebdomadario ilustrado: el *Nuevo Mundo*. Hay versos. Leo: *Primavera*, por F. Martínez Corvalan.

Primavera gentil y aromada
alza el claro cantar de su coro
y es igual que una novia esperada
que nos muestra su anillo de oro.

Precioso. Precioso. Pero esa música trae algo á la memoria. A ver, ¿qué? Ah, sí:

Es el cisne de estirpe sagrada
cuyo beso, por campos de seda,
ascendió hasta la cima rosada
de las dulces colinas de Leda.

Boga, boga en el lago sonoro
donde el sueño á los tristes espera,
donde aguarda una góndola de oro
á la novia de Luis de Baviera.

Paso á otros versos. *La vieja visoja,* leo, por Gabriel García Maroto.

Sus años más fragantes los pasó en la galera;
en San Críspulo tiene puesta su devoción;
se comulga á diario revestida de unción
grotesca, y nunca falta á la misa primera.

No necesitó más: un cuadrito á la Julio Herrera Reissig: en la factura y en la idea un trasunto de Julio Herrera Reissig. Ambicionsillo el señor García Maroto, me digo y clavo los ojos en el paisaje, siempre tan ingenuo, tan sincero, tan original, tan él.

Preguntad á los autores mencionados si conocen escritores de América. Lo más probable es que el señor García Maroto responda que no ha leído *Los peregrinos de piedra;* que el señor Martínez Corvalan conteste que apenas ha escuchado, en tertulias de café el nombre de Rubén Darío; que el cura de Valladolid desconozca los poemas de Andrade y que el jovencito angustiado de Manuel Bueno no sepa ni quién es, ni de dónde, Abigail Lozano. Répide mismo, que tiene talento para enriquecer ambos continentes, quedando siempre millonario, ¿no me aseguró una vez que ignoraba á Ricardo Palma? Pocos días después estuvimos en su casa Villaespesa y yo. Lo primero que vimos fué un volumen de *Tradiciones peruanas* sobre la mesita de noche.

Para confundir á los presuntuosos americanos, no tienen los españoles sino preguntarles, con una sonrisa intencionada:

—¿De quién han vivido ustedes, intelectualmente, durante cuatrocientos años?

Y tendríamos que responder:

—De los que nos enseñaron á escribir y á pensar. De los que nos dieron lengua, de ustedes.

Pero el que España implantara en América una civilización, el que nosotros seamos sus cachorros, el que cuanto produzcamos, bueno ó malo, sea, en último análisis, obra de España que nos ha producido á nosotros, ¿autorizará á cuatro señoritines de musa tísica y desenfado robusto para leernos con provecho y luego mirarnos por encima del hombro?

—¿Esos señores?—No los conocemos ni de oidas.

Tiene gracia.

Si, á casi todos nos lee, cuando nuestros libros le caen entre las manos, es decir, sin orden, un poco á la buena de Dios, la generación española que hoy está entre los diez y ocho y los cuarenta años. Digo á la buena de Dios y digo la verdad. Nuestros libros no se expenden aquí; y generalmente los autores que envían de regalo sus obras, los escritores que se meten por los ojos de España no son, ni con mucho, los más apreciables. Con todo, aquí

llegan de vez en cuando libros de Rodó, Díaz Rodríguez, Rodríguez Larreta, Arguedas, Vaz Ferreira, Guillermo Valencia, Pedro Emilio Coll, José Ingenieros, García Calderón, Chocano y algunos otros. Un tiempo hubo en que Cristóbal de Castro daba cuenta de los libros americanos en *El Heraldo de Madrid*. Gómez de Baquero suele asimismo ocuparse de ellos en *El Imparcial*. Deleito y Piñuela, crítico de *La Lectura*, y Luis de Terán, de *Nuestro Tiempo*, hacen, de igual suerte, el comento de obras ultramarinas.

Sin embargo, el intercambio de libros con España es deficiente, y la expendición de obras americanas en la Península, nula.

Por eso nos estudian poco, mal, á la buena de Dios, sin método. Pero empiezan á conocer nuestros nombres, á estudiar nuestros literatos, á ver nuestras obras en sus bibliotecas. Citarnos, eso nunca, así los aspen. Callan sobre todo á aquellos á quienes leen con más provecho. Y aquí nos tropezamos con una de las esquinas del carácter nacional: la envidia, la verde Envidia. Se necesita que el español sea de mucho caibre y esté muy por encima de pequeñeces para que se allane á confesar lo que nos deben en punto á letras actuales y nos cite con elogio en sus obras ó en sus revistas y diarios.

En cuanto á franquearnos sus periódicos y á solicitar nuestra colaboración, apenas se da el

caso, á menos que se trate de una de esas mediocridades que no hacen sombra ó de algún diplomático, enfermo de literatura, que colabora gratis (1).

(1) De algún tiempo á esta parte las cosas han cambiado un poco.—No hablo, en todo caso, por mí, como la maledicencia pudiera suponer. El ser yo una de las contadas excepciones, y decir lo que digo, ¿no probará cierta alteza de miras? Desde que se fundó *Nuestro Tiempo*, ó poco después, su director, el eminente publicista D Salvador Canals me escribió solicitando colaboración Nunca abusé de esta demanda, siempre bien y puntualmente retribuida. Las puertas de *La Lectura* me han sido franqueadas generosamente por Francisco Acebal. Cuando apareció *Renacimiento*, revista de la juventud que ya empieza á madurar, su director, que era mi amigo, me invitó á redactar una de las secciones en que se dividía aquella revista. Sólo una vez, con todo, escribí allí. Hace poco se pensó fundar otra empresa literaria con el título *Cervantes*, que ya por sí era acierto, y un imán de simpatías. Villaespesa me apremió para que le enviase colaboración desde el primer número.

Con los diarios ocurre, si no lo mismo, algo semejante. El año de 1911, estando yo en Madrid, fuí á ver una noche á López Ballesteros, á quien conocía por correspondencia. Me invitó á escribir y algunos artículos publiqué en *El Imparcial*. A *El Liberal* mandé en más de una ocasión páginas que, hasta ahora, se publicaron al punto. Hace muy poco, muy poco, cosa de un mes, he recibido una carta del sesudo y ecuánime diarista D. Alfredo Vicenti, á quien remití un cuento sobre la guerra. Dice el director de *El Liberal:* «*Recibo y daré todo lo pronto posible el cuento. Lo mismo sucederá con lo que usted quiera mandarme.* El Liberal *tendrá en ello mucha honra y yo muchísimo gusto.*»

Empecé las aclaraciones de la presente nota con la idea de que no se interpretasen torcidamente las opiniones del texto, para que no se achacasen á un ruin sentimiento personal de despecho. Ahora temo que la nota se atribuya á estulticia ó vanidad, — casas parecidas.

En cambio, nosotros, al fundar nuestras revistas y nuestros diarios, la primera colaboración que solicitamos—y pagamos—es la de autores españoles. Esto prueba una cosa: que tenemos todavía un alma de colonos. Prueba también que carecemos de conciencia continental: el día que cerrásemos, en desquite y procedien-

---

Sin embargo, paciencia y adelante.

Tampoco respiro por herida que la indiferencia de los críticos me haya hecho. He tenido la fortuna y el honor de que la crítica española desde *Clarín* hasta Rafael Altamira y desde Gómez de Baquero hasta Andrés González Blanco se hayan ocupado, expontáneamente, en mis obras. También las han comentado otros escritores. Martínez Sierra, Cristóbal de Castro, Deleito y Piñuela, Luis de Terán, José Rogerio Sánchez, Augusto Vivero, Luis Palomo, el crítico de *España y América*, marqués de Sabuz, Fernando de Araujo, de la *España Moderna*, el mismo cómico *Zeda*, mastuerzo de *La Epoca*, no me dejarán mentir.

No se interpreten, pues, la palabras del texto sino como expresión de un brusco y hondo sentimiento de raza, como deseo de que cesen ininteligencias absurdas y comedias insinceras.

La mayor parte de la gente, en España, no sentirá en mis palabras calor de alma sino asperezas verbales; en América, la mayor parte no verá sino una zurra á las presunciones de nuestros antiguos dominadores.

Unos y otros se equivocarán.

Sin embargo, la gente que lea esta nota, sea española, sea americana, estará de acuerdo en algo: en opinar que cuanto estoy diciendo es pura majadería.

No quiero echarla de incomprendido. Bien claro expreso cuanto pienso: bendito sea nuestro viejo idioma tan preciso y tan másculo.

El que tenga oídos que oiga y el que tenga sesera que discurra. Lo demás, son las inevitables desazones, de que me río.

do á la recíproca, nuestros mercados á las publicaciones españolas, principalmente á los libros, tanto editores como autores de España se morirían de hambre ó poco menos. Para nadie es un secreto que los grandes editores en España viven, principalmente, de América. En la Península, según me informa el librero D. Fernando Fe, no se consume ni el diez por ciento de lo que se publica.

En punto á letras, salvo la gente moza, priva la garrulería. Enfermedad crónica de España puede considerarse la verborrea. Diputados, senadores, académicos y ateneístas no me dejarán mentir. En libro, la verborrea se convierte en pampanosidad. Las obras de algunos autores se parecen, en punto á ideas, á las sopas de gallina en el Hotel Neptuno, de La Guayra; hotel donde tales sopas no contienen gallina sino en átomos.

Ocurre en Química que ciertas substancias, al vaporizarse, ocupan doble volumen del que debieran, según su peso molecular. Y tal ocurre por disociación de las moléculas. Algo semejante sucede con ciertos libros españoles: una idea, una emoción, un motivo, resultan inflados, desdoblados, deshebrados, atomizados; ocupan trescientas páginas de un volumen, ó un volumen de trescientas páginas, cuando bien cabrían en media cuartilla de papel. El sistema de los comprimidos es despreciado ó incógnito. Todo el

mundo, aunque sin genio, quiere ser Castelar. Esto, claro, no reza con ese formidable Galdós, ni con un Benavente, ni con un Miguel de Unamuno, ni con Valle-Inclán, ni con Dicenta, ni con Mariano de Cávia, ni con Ortega y Gasset, ni con Pío Baroja, ó Martínez Ruiz ó Gómez de Baquero, ó Rusiñol, ó Pérez de Ayala, ó algunos otros. Reza con la inmensa mayoría.

Los españoles ignoran el pasado, el ayer, la historia de América, en la cual han tenido ellos, sin embargo, tanto puesto (1).

---

(1) Hace poco oía yo en la Academia de la Historia, interesantísima conferencia que daba sobre el valor geográfico y nacional de las fronteras, y con motivo de la guerra europea de 1914 un catedrático de la Escuela Superior de guerra, D. Carlos García Alonso. Considerando las montañas como obstáculos naturales, sacó á relucir el señor Alonso ejemplos oportunos de tropas, que por hábil esfuerzo, vencieron, con gloria, esos obstáculos. Ninguno de los ejemplos aducidos era español. Sin embargo, los héroes de la Conquista americana, y los héroes que lucharon á principios del siglo XIX contra los libertadores, hubieran podido suministrarle ejemplos brillantes. La marcha del general español Jerónimo Valdés por los Andes del Perú en 1824 no cede en lustre á cuanto presente de más audaz, en ese género, la historia. Dos ó tres años antes, Canterac bajó de los Andes, y burlándose del ejército patriota encerrado en Lima, se dirigió al Callao, en manos realistas. Después, salió del Callao y burlándose otra vez de los patriotas, volvió á tramontar los Andes. El tránsito de los conquistadores desde los arenales de Coro hasta la altiplanicie de Bogotá, y otros pasos análogos, representa el máximum de la energía humana. Valdivia se paseaba por los Andes de Chile y Pizarro por las sierras del Perú como Pedro por su casa.

Esta ignorancia proviene del instintivo, tradicional é incurable odio á la lectura que existe en España; y á la detestable política americana que ha tenido la Península durante un siglo. La soberbia española no quiso oir hablar más de nosotros después de la guerra de Independencia. España, en todo el siglo XIX, estuvo cometiendo esta bella locura: nos ignoró. Para ella no existimos. Nuestros amores se fueron, naturalmente, hacia otros países, y detrás de nuestros amores nuestro comercio, nuestro oro. Y en esos mismos vapores que nos llevaban las mercaderías extranjeras, iba también el espíritu de Francia, de Inglaterra, de Alemania y de Italia, espíritu que ha contribuído á formar nuestra alma nacional tan diferente hoy, en algunos aspectos, del alma española.

Ha sido después de la desastrosa guerra con los Estados Unidos—guerra absurda que casi tanto nos perjudica á nosotros como á España, por cuanto fortificó á los yanquis y les puso un pie y los ojos en el Sur—ha sido después de esa guerra infortunada en la que perdió el resto de sus colonias cuando España ha llegado á comprender que nosotros somos la quinta ó sexta parte del mundo y los mejores mercantes de productos europeos. Y es de entonces acá que España ve hacia América y nos llama sus hermanos y sus hijos. ¡Y tan fácil que le hubiera sido seguir el ejemplo de Inglaterra con los Estados

Unidos! Pero existe una cosa anacrónica, absurda, y, sin embargo, bella, que se lo impedía: el orgullo, el monstruoso orgullo español. España, puede decirse, nos desconoce (1).

Hoy mismo corre como valido en la mayoría un error grave: nos creen mucho más ricos y mucho más brutos de lo que somos. Sí, mucho más brutos y mucho más ricos, á pesar de que en cierta comedia de Martínez Sierra un personaje opina: «*los americanos son todos millonarios mientras no llega el momento de pagar.*»

Bueno es que sepan algunos españoles, acostumbrados á considerarnos tan doctoral y aún sarcásticamente, que nosotros juzgamos á los jueces.

Bueno es que sepan que afecto no quita conocimiento.

Ya con una recíproca y amplia comprensión podremos amarnos más. Hasta ahora, las simpatías de América hacia la España materna se

---

(1) A principios de 1910, se expidió una Real Oorden para fundar en Santiago de Compostela una Biblioteca de obras americanas ó americanistas, y con pensamiento verdaderamente delicado y superior se quiso escojer, para inaugurar dicha Biblioteca, la fecha centenaria en que "los americanos", como reza la Real Orden, iban á celebrar su primer siglo de vida independiente. ¿Qué fecha se señala como la del centenario de la emancipación americana? El 25 de Mayo de 1910.

Se le agradece á Don Alfonso XIII el Decreto y la intención generosa, pero se lamenta el error.

parecían á las relaciones de ciertos majaderos con la mujer de quien se enamoran. Ellos la escriben, inflamados de amor. Ella no contesta: con una sonrisa ambigua le basta al sonso. Amores á media correspondencia.

Por lo demás, insistamos en llamar al corazón de España. Si ella quiere adelantar hacia el porvenir, con nosotros de brazo irá. Si ella quiere salvar su raza, su lengua, su civilización en América, que no entrabe nuestro paso, que más bien nos sirva de lazarillo. Su alianza con América, en una ú otra forma, podrá constituir fuerza casi decisiva en los negocios políticos del mundo para época no remota.

Que al pan-ẽslavismo, al pan-germanismo, corresponda el pan-hispanismo. Porque las luchas del futuro serán luchas de raza.

¿Se labora en España por ese ideal? ¿Se le ha encarado siquiera? Las catalanas *Casas de Américas* son apetitos comerciales de corta vista. Las madrileñas *Uniones Ibero-Americanas* han caído, con razón, en el más absoluto descrédito: en descrédito que parte límites con el ridículo. Aquello es el paraíso de los ciegos y el pesebre de los microcéfalos; sólo sirvieron hasta el presente como obra de misericordia: para dar de comer al hambriento. Famélicos burócratas pelechan allí, rumian triste pitanza, duermen la siesta y encargan á cierto señor Balbín de Unquera, un reblandecido, ignorante, grotesco y

doctoral, que juzgue el pensamiento de América.

Entretanto, la política americana de España continúa siendo tan absurda como hasta aquí. Durante el siglo XIX siempre se puso España de parte de los europeos, contra nosotros, cuando no nos agredió ella misma. Ahora sobra quien le aconseje entenderse con los yanquis, contra la América Española.

Lo fundamental que existe en nosotros á España se lo debemos: la lengua, las cuatro gotas de sangre blanca, los gérmenes de nuestra civilización. Los yanquis aspiran, con razón, como raza fuerte y expansiva, á poner su sello y borrar lo hispánico en la mayor extensión de América posible. Los que aconsejan á España una inteligencia con los yanquis, en perjuicio de la América de habla castellana le aconsejan, pues, en delirio de bestial ceguera, que vaya contra ella misma, contra la obra de su esfuerzo y de su espíritu, le proponen que se suicide en sus retoños.

Estas voces consejales y de apremio no son tan extrañas como pudiera imaginarse en pueblo que debía poseer conciencia racial é histórica (1).

(1) Ultimamente, en lo que va de año hasta abril de 1915, fecha de esta nota, coinciden en dar á la antigua madre patria esas voces consejales y de apremio varios periódicos, entre ellos algunos

Los animales, á falta de inteligencia, poseen el instinto que los salva. El instinto en los pue-

tan antitéticos como *España*, hebdomadario liberal, de gente moza y de valer, y *España y América*, revista mensual ultramontana, dirigida y redactada por clérigos agustinos de una estrechez mental insospechable. —Esto prueba que no se trata solo de opiniones personales, gremiales ó partidarias, sino de la nación. —El articulista de la empresa clerical vomita bestialidades que es un contento: España le debe gratitud á los Estados Unidos; los Estados Unidos trabajarían, aliados con España, por devolver á la península, si no íntegro, en mucha parte, su antiguo poderío en Hispano-América; y nos arrancarían á nosotros la corrupción francesa que nos inficciona. «*Los Estados Unidos*, continúa el fraile, *son la nación que comparte con nosotros más legítimos derechos á influir en los pueblos americanos.*» (*España y América. 1.º de Mayo de 1915.*)

América debía responder á otras apreciaciones que me callo expulsando á los agustinos de aquellas repúblicas que aún tengan la desgracia y la vergüenza de sufrir congregaciones religiosas extranjeras.

El escritor de *España (19 de Marzo 1915)*, «inspirándose en los sucesos ocurridos recientemente en México», dice textualmente: «*Y para ser respetados... no hay al presente otro camino más práctico que el de una alianza con los Estados Unidos.*»

Qué le ofrece España á los Estados Unidos en el pacto? ¿Cuáles son las arras de esta señora en el propuesto connubio? Oígase al pensador madrileño. «*Nosotros mantendríamos abiertas las puertas de Europa* (á los yanquis) *y sería una vía para el comercio americano.*» En cambio los yanquis, en América, «*serían una avanzada, una guardia y una amenaza europea*», — léase española.

Con pensadores y políticos de este calibre se salva España, de seguro. Moraleja: no podemos infundir miedo á los latino-americanos. Busquemos un matón, que nos defienda. Le pagaremos á los Estados Unidos «manteniéndoles abiertas las puertas de Europa.»

blos, ¿no podría algunas veces representar papel de pensamiento? (1)

¡Colosal! Lo extraño es que los Estados Unidos no se hayan precipitado á aceptar, con la lisonjera promesa de que España mantendrá abiertas las puertas de Europa al comercio anglo-americano.

(1) Esta es una de las contadas notículas del presente volumen que me he permitido alterar algo, en gracia del asunto. Las demás permanecen como fueron escritas y publicadas.

V

DELF

9 de septiembre de 1907.—Día precioso. Isabel, Humberto y yo vamos á Delf. En una vieja iglesia nos tropezamos con la tumba del almirante Tromp. Y me causa extrañeza la inscripción de la tumba, que es más bien una portuguesada, rara en el carácter circunspecto de los holandeses.

«*Batave gentis decus, virtutis Bellicae fulmen, iacet, qui vivus nunquam lacuit et imperatorem stantem mori debere exemplo suo docuit, amor civium, hostium terror, Oceani stupor.*»

Y no es sin sentimiento de melancólica ironía que se lee esa fiera inscripción, que pinta cómo el orgullo militar es lo más sincero y arraigado en el corazón de los hombres, y el culto de los héroes el mayor de los cultos después del de los dioses, ahora cuando una Conferencia de Paz junta á los Pueblos en la capital de esta misma Holanda, que llama con satisfacción á un almirante suyo ornamento de la Patria, terror de los enemigos y estupor del Océano.

VI

MACUTO

El preciosísimo balneario de Macuto rebosa en gente: todo Caracas está aquí, sin contar mucho personaje político de las provincias que viene á acechar la agonía de Castro,—porque Castro agoniza en Macuto, en su quinta de la Guzmania. Pero á Macuto no le importa. Macuto se divierte. ¿Se divierte? No. En Venezuela nadie se divierte, sino finge divertirse. Faltan sinceridad, ingenuidad, tolerancia, y sobran hipocresía, orgullo y estupidez.

Lo que pasa en Macuto es curiosísimo. Unas familias no se juntan con otras porque se creen mejores ó de más claro linaje. Algunas señoras piensan que el buen tono es huir de las distracciones y aburrirse en la soledad. ¡Y no falta quien las imite! Una panadera, jamona antipática y presuntuosa, mujer de un pobre diablo de panadero, da el tono y se cree de sangre azul. La otra noche, en el Casino, después de una audición de fonógrafo ¡de fonógrafo! colmo de las distracciones locales, alguien sentóse al piano y tocó un vals. Los jóvenes quisieron bailar. Pero la hija de la panadera—una chica idiota, de catorce años, incapaz de coordinar dos palabras—

se levantó, acaso por miedo de que nadie la sacara á bailar, acaso porque no sabía. Eso bastó. Retirándose la hija de la panadera, ¡cómo se iban á quedar las otras muchachas! Todas fueron partiendo, una á una, á fastidiarse, por supuesto, en su casa.

¿Se propone, por ejemplo, un paseo á los alrededores de Macuto, que son pintorescos? No falta imbécil de señora que exclame cuando invitan á sus hijas, como si le propusieran llevarlas á un burdel:

—Mis hijas no han venido aquí para eso.

¡Qué gente más repugnante y más fastidiosa! El orgullo los devora á todos; un orgullo absurdo por infundado. Todo el mundo se cree mejor que el vecino. Para probarlo trata de denigrar ó ridiculizar al otro, cuando no lo calumnia; y desde luego, lo mira con aire de protección, sin querer rozarse con él.

La ignorancia es igual á la presunción. ¡Qué mujeres, qué hombres tan ignorantes! Y hablan de todo con tonillo tan doctoral, tan solemne, tan contundente. Lo que dicen ciertos viejos ó ciertas viejas no admite réplica. Meros lacayos, como el farsante y molieresco Mascarilla, hácense pasar ante los incautos ridículos, aunque no preciosos, por «grandes», como se decía en tiempos de Maricastaña, por empingorotados señorones; y, como el picaresco Mascarilla, piensan que la gente de calidad pue-

de saber de todo sin haber estudiado nada. Por eso opinan.

Las muchachas, enclaustradas todo el año en sus casas de Caracas, ociosas, fastidiadas, sin corsé, sudando, tienen por única distracción asomarse de tarde á las rejas de las ventanas. Lo natural sería que anhelaran solazarse aquí, dando al traste vanas presunciones. Pero tienen tan en la sangre la necedad ancestral, y tan envenenadas de estupidez fueron por el ejemplo y la educación, que se creen las más hermosas mujeres del orbe, nietas de María Santísima, superiores en alcurnia á una Rohan, á una Colonna, á una Medinaceli. Para ellas todos los hombres tienen defectos. ¡Pobrecitas! Cuando vienen á adquirir experiencia, cuando vienen á abrir los ojos á la verdad, ya la frescura de sus abriles se ha marchitado y, condenadas al celibato, se hacen místicas. Entonces adoran á Dios, pero odian á la humanidad. Estas beatas que suspiran por el cielo convierten el hogar—el hogar de sus padres—en infierno, acaso en venganza de sus progenitores que no supieran enderezarlas, cuando jóvenes, hacia el marido y la felicidad.

La gente de Macuto, es decir, de Caracas, piensa y dice que el colmo del honor es ser comerciante. A un infeliz vendedor de cintas, de pescado seco, de café; á un importador de mercancías europeas; á todo hombre atareado, sudado, oloroso al queso que expende ó al

tabaco que acapara en su almacén, lo imaginan un personaje : y la importancia de estos personajes se mide por la de sus negocios. «¡El comercio!», profieren algunos cretinos con respeto casi religioso. Hasta los policastros que nada respetan se inclinan ante el comercio.

Generalmente, los comerciantes son conservadores, cuyos padres, ó ellos mismos, dejaron escapar de sus ineptas manos el poder hace cuarenta años. Aunque refugiados en el comercio, se suponen todavía los únicos con derecho á gobernar y ser árbitros de la República, y se permiten despreciar—*in pectore*, por supuesto—á los mandarines, sin que el despreciarlos sea óbice para que los adulen y hasta exploten.

Esta gente vive una vida tirada á cordel, árida, monótona, hipócrita, carneril, aburrida. Salirse por la palabra ó por la acción del círculo de hastío que trazaron la estupidez y la pereza es salirse de su estimación ó incurrir en su reproche. No hay medio. Todo el mundo debe aburrirse á compás. Si no, es un bandido.

Los jóvenes mundanos ó de sociedad son todavía peores que las jóvenes. Ellas, víctimas de la educación ¡las pobres!, por su belleza—abundante hasta lo increíble en las mejores clases—y por su sexo y por su forzado infortunio, se hacen perdonar. ¡Pero ellos! Cínicos é hijócritas sin término medio, roídos por la sífilis, envenenados por el alcohol, mueren prematuramente ó vege-

tan toda la vida en ignominia y holgazanería, alimentados por el padre, por el tío rico ó por la hermana casada. Tienen tanto horror al trabajo que prefieren todo, hasta la muerte, antes que trabajar. Por eso engrosan á menudo las filas revolucionarias en las guerras civiles. Esperan ser coroneles y generales, asaltar el poder y robar bastante. Esperan tener dinero y ser felices, sin trabajar.

Las madres meten sus pimpollos casaderos por los ojos al jovencito que sabe ganar como dependiente de almacén 50 pesos mensuales. Entretanto, los narcisos de Caracas, florecidos de pústulas, cubren de chacotas é irónías á ese jovencito de vergüenza que lleva con dignidad su vida, se come y viste lo que gana y conquista el derecho—orgullo de varón de que ellos carecen—de mantener á una mujer.

VII

TOURS

Tours es más simpática ciudad que Angers, y por la animación de sus calles parece más poblada que su vecina, aunque no lo sea, aunque la verdad sea lo contrario. La gente se viste mejor, las mujeres son más graciosas, las calles más aseadas. Todo parece más risueño, hasta el Loire.

Llegamos de noche. Al amanecer contemplamos desde la ventana de nuestro cuarto un parque vastísimo, y en el parque, triscando, una cabrita blanca. Estábamos frente á la Prefectura.

Recorremos la ciudad, que tiene casas alegres entre arboledas alegres y magníficas, y vamos por los alrededores, á Plessis-les-Tours, el antiguo castillo donde vivió y murió Luis XI. Ruinas ruines quedan en medio de los árboles de lo que fué mansión de suntuosidad, palacio de rey.

Las habitaciones conservan un reflejo del alma de sus habitantes, ó lo que es más verdadero, la curiosidad espera encontrar en un templo, pongo por caso, el espíritu del dios y en la casa de un hombre ilustre el espíritu de ese hombre,

revelado en conjunto ó escapándose en detalles.

Nosotros recorremos, no sin aprensión, aquel castillo donde se albergó la crueldad astuta y recelosa, y creemos descubrir hasta en las piedras huellas de sangre, y hasta en los recovecos de la arquitectura revelaciones de la sinuosidad psíquica de aquel pérfido.

La sugestión sube de punto cuando el guía nos conduce á una cueva subterránea. Allí, bajo los cimientos del castillo, encerró Luis XI á sus víctimas de marca. Allí, empotrada en bóveda sombría, estuvo la jaula de hierro que albergó durante años y años, hasta la muerte de Luis, el espectro de un cardenal: La Balue. El rey, apoyado en el brazo de su barbero ó de su verdugo, sus dos hombres de confianza, venía á visitar el espectro. El espectro se quejaba, implorando misericordia. Luis XI chacoteaba. Era una de sus distracciones favoritas.

En la tarde recorremos de nuevo la ciudad y visitamos algunos edificios, entre otros la iglesia de San Martín.

¿Cómo asegurar que ya la fe no fabrica templos? Puede faltar el fervor, no parcial, sino colectivo; el fervor absoluto y unánime de un pueblo, de una raza que se pone á labrar piedras, á soñar en lo infinito, y realiza, gastando tesoros y vidas, esos suntuosos sueños de piedra, esos palacios de Dios que se llaman la catedral de Burgos, la catedral de Toledo, la catedral de

Colonia, la catedral de Milán, San Pedro de Roma ó Notre-Dame de París.

Pero ¿quién acaba de construir ese opulentísimo y pesado templo de San Martín, en Tours, sino la fe? No es el artista quien la tiene: el artista, por dinero, levanta los muros de la Opera Cómica en París ó excava la cripta de San Martín en Tours. No es el clero quien la tiene: el clero consagra sus haberes y sus vigilias á la obra, en interés de su negocio, pero el clero no produce hoy un pintor como Fray Angélico ni un poeta como Francisco de Asís, ni una virtud como San Vicente, ni un carácter como San Ignacio de Loyola. No.

Quien tiene fe, dígase lo que se quiera, quien conserva la llama encendida es el pueblo, ese gran depositario ó depósito inconsciente de energías espirituales; el pueblo, que inventa las leyendas, conserva el culto de los héroes y la fe en las religiones. Es el pueblo quien, centavo á centavo, ha erigido la iglesia de San Martín, en Tours.

Se ha escogido un modelo de arquitectura pretérita, porque los arquitectos y los clérigos, que no tienen fe, tampoco tienen imaginación. La imaginación no se les enciende, porque la llama de la fe no arde. ¡Qué imaginación va á encenderse con esos témpanos de hielo que no se funden sino al calor de la cocina y sólo rompen en lágrimas de emoción ante un paquete de lui-

ses! Pero aquella cripta del beato Martín, aquella tumba de mármol, aquellas finas columnas de pórfido, aquel templo colosal erigido para realce de un sepulcro de santo, toda aquella opulencia de piedra es obra de la piedad humilde: de la aguja vigilante, de la mano callosa, del pie cansado, del centavo de cobre.

VIII

PORNICHET

Hace quince días me reposo del *surmenage*, y cobro fuerzas para el invierno próximo, en esta playita de la baja Bretaña.

La vida corre ociosa y grata entre un bosque de pinos y el mar. Hago mucho ejercicio: ando á pie; pedaleo, corro en bicicleta kilómetros y kilómetros; nado todos los días cuanto puedo. Me acuesto á las nueve de la noche, me levanto á las seis de la mañana.

Se acabaron quebrantos.

Y todo en quince días de ver matas, de bañarme en el mar, de no escribir ni mi nombre, de no leer sino el diario, de no hablar sino con bretones—que vale decir brutones—, de no vivir sino vida campesina, tranquila, animal, respirando el buen aire de los pinos, la buena brisa del mar, asoleándome, cansándome, sudándome.

¡Qué cerca estoy de la Naturaleza! ¡Cómo se advierte que he nacido al pie de bellos montes, bajo el cielo del trópico!

Me hacen falta los árboles. Al verlos, al respirarlos, mi pecho se expande. El sol me pone alegre. Estoy colorado como un gallo. Por la mañana, al abrir una ventana que mira al Este, entra la aurora al través de las copas verdes de los

pinos; y siento una alegría infantil, como ante un espectáculo jamás visto. Cuando lavado, vestido, desayunado, me asomo á la puerta de la calle para ver qué rumbo tomo,—el sol tibio, la mañana fresca, la atmósfera luminosa, la brisa cargada de bosque, se diría que penetran en los poros de mi cuerpo, que pasan por mi piel como una caricia. Me parece que estoy sumido en un baño maravilloso desde la raíz del cabello hasta las uñas de los pies.

¿Cómo he podido acostumbrarme á París? ¿Cómo he podido encerrar y marchitar mi juventud en las ciudades? En las ciudades, donde sólo se mira ladrillo y piedra, se limita el horizonte á diez metros, codea uno la grasa sudorosa de los demás; escucha lamentos de seres atareados, interesados, egoístas, odiosos; respira sentinas; vive física y moralmente una vida artificial, como la de un molusco fuera de la concha, ó una planta sin las raíces entre los jugos nutricios, generosos y maternales de la tierra. Porque el hombre está hecho para no vivir en sociedad. La sociedad ó la sociabilidad es una degeneración.

Quizá por amar el campo y la soledad me estrujan el alma en ocasiones deseos violentos, imperiosos, irretardables de salir de París. A veces pienso irme á vivir á Italia, á España. Otras veces á México. Otras veces al infierno, qué sé yo dónde, *any where out the world*.

IX

PISA

Nuestro hotel mira al Arno, á pocos pasos de la casa en donde Byron escribió algunos Cantos del *Don Juan*, según indica, en letras de oro, una lápida de mármol.

La ciudad «vituperio de la gente» aparece triste, desolada, llena de polvo y de sol. De lo alto de la torre galileica vemos cruzar el horizonte una locomotora—anacronismo de aquel paisaje de ciudad vetusta.

Pisa yace á nuestros pies. Fortoul y yo charlamos de arte, de historia, y nuestro pensamiento sale volando, como anteayer, desde una torre de Iglesia en Génova hacia el lejano rinconcito de América donde nacimos.

Unos ingleses que suben al Campanile—«señoras del velo verde» y hombres con trajes de cuadritos—turban nuestra soledad y cortan el vuelo á nuestros sueños.

X

SORRENTO

Encontré ayer en Capri dos damas rusas á quienes conocí en Roma. Juntos presenciamos la tarantela, recorremos las cercanías de Sorrento y esta noche paseamos en bote. Iban, además, en el bote, una joven señora de Silesia, con quien flirteo, y el marido de esta linda señora.

Estuvimos hasta muy tarde sobre el mar, charlando, bebiendo champaña y oyendo las barcarolas de varios tocadores de mandolina que llevamos en otra lancha.

La tibia noche, florida de estrellas, embalsamábase con el hálito terrestre de los naranjos y el efluvio del mar.

Como la silesianita se inclinase hacia mí para jugar con el agua y mojarse las blancas manos chiquitinas, yo, con disimulo osado, le di un beso. Fugaz roce de labios sobre aquella nieve sonrosada. Nadie lo notó. Ella no dijo una jota. Su protesta se redujo á un suave y furtivo apretón de manos.

Bogando en la noche, una ráfaga de música, una copa de vino, un suspiro de amor. Dios mío, ¡qué poco necesito para sentirme feliz!

XI

ROMA

Compro y empiezo á leer *Les promenades dans Rome*, de Sthendal. A la tercera página me cae este chorro de agua fría:

«*C'est un usage inmémorial parmi le gens affectés d'être ému en arrivant á Rome...*»

Juro ser sincero, absolutamente sincero, al afirmar *(por primera vez)* que el solo anuncio del Tíber, en la campiña romana, la noche de mi arribo, me emocionó mucho, muchísimo, tanto más cuanto yo—que iba durmiendo—no pensaba en aquellos instantes que viajaba hacia Roma. Un viajero me despertó, diciendo á otros viajeros: «el Tíber». Como los demás, me acerqué á la ventanilla. No vi nada en la sombra nocturna, pero la impresión fué profunda.

Como Beyle habla con amor comunicativo del Coliseo, he vuelto á visitarlo en la mañana de hoy. Pero aunque le veo mejor, no me produce el mismo efecto que la primera vez cuando lo vi de noche, iluminado. También visité de nuevo el Foro y el Capitolio. Siento no haber ido más bien á la Galería Borghese á admirar de nuevo la *Danae* del Correggio. Los senos de la Venus Capitolina me parecen voluminosos como senos de nodriza y muy próximos el uno del otro; en suma, feos.

XII

CARCEL DE CIUDAD BOLIVAR

30 de septiembre de 1905.—Del patio de la Cárcel, en la noche, el espectáculo de las estrellas es mi ocupación favorita, mientras los presos tocan guitarra y cantan *corridos* y *galerones*.

El aire, raro y seco, permite lucir al cielo en todo su esplendor. Se columbran las constelaciones del Trópico, más conocidas, y éstrellas, más estrellas, millones de estrellas, visibles al ojo desnudo, cuyos nombres ignoro. Fijo la vista en un pedazo de cielo, de unánime azur, y de ese azur empiezan á brotar nuevos puntos de oro. Donde se pensaba el vacío parpadean luceros no sospechados, ó mejor, albea un polvillo diamantino.

El cielo parece un tapiz azul cubierto de libras esterlinas, y las opalescentes nebulosas, arenas de topacio.

Un hombre, un preso, un paria traído del fondo de los desiertos Llanos, alza también la vista. ¿Qué pasará por aquella cabeza? Lo interrogo y no sabe responderme sino con una sonrisa idiótica.

¿Qué idea tendrá ese hombre de la patria? Para ése la patria—que lo aprisiona porque tuvo

hambre y comió lo ajeno—es potestad temerosa y maléfica; cosa vaga y terrible en cuyo nombre lo reclutan y cuando hay leva, le roban, so pretexto de faginas, el esfuerzo de sus músculos varias veces al año y lo encarcelan porque un día, en la inmensidad de los Llanos, entre cientos de miles de reses, resolvió no morirse de hambre y mató un novillo.

De la religión, de la divinidad, ¿qué pensará ese hombre? El no oye hablar de esas fuerzas ignotas sino como de una cosa de misterio y terror, cuando las inundaciones anegan las sementeras, cuando la tierra tiembla y se resquebraja, cuando la muerte y el dolor visitan á los hombres.

Si yo dijera á ese hombre que las estrellas son divinidades, se reiría. Pero de formularle una teoría con visos de veracidad, él y ciento como él concluirían por creer en ella. No es difícil en ciertos medios ignaros crear una religión, porque los espíritus carecen de curiosidad y se contentan con razones epidérmicas para media docena de problemitas que constituyen el fondo de muchas vidas.

Las estrellas, pudiera enseñársele, rigen el mundo. Ved si no el influjo del sol y de la lluvia en vuestros conucos y el de la tempestad en vuestros ganados. La luna influye asimismo en el mar, y turba las pubertades, y acrece las enajenaciones. La atmósfera impide que vuestra

sangre brote por los poros. El rayo es el castigo de las estrellas. La muerte viene de lo alto. Es necesario amar y temer á los luceros. Aquel que vive en el amor y el temor de los astros, luego de perecer, va á gozar de la felicidad eterna en las mansiones de luz. El que infrinja la fe astral padecerá por siglos de siglos en la hoguera del sol. Poco más, y ahí tenéis una religión nueva: la religión de las estrellas.

¿De dónde, sino de la Naturaleza no comprendida, vino al hombre la idea de la religión? ¿Qué otra cosa es la fe, sino áncora del pavor, válvula de anhelos desesperantes, deseo de saber—sin la tortura del análisis, que procura, sin embargo, el placer de la comprensión—cosas desconocidas é incognoscibles?

Y la teoría del alma y del más allá, ¿qué es sino el horror á la nada, el afán de supervivir? Tiene razón Kant: el origen de la religión es la aspiración del espíritu á lo infinito. De cuanto el hombre no pudo explicarse en la adolescencia de la Razón hizo materia religiosa. Por eso, á medida que avanzan los conocimientos científicos del mundo, disminuyen en intensidad los credos, y aquellos credos inaptos para evolucionar, amoldándose á las nuevas exigencias del espíntu desaparecen. Si llega un día en que el hombre pueda despejar todas las incógnitas de la vida y de la muerte, ese día se enterrará el último dios.

El triunfo de la idea monoteísta sobre la de pluralidad de dioses ya es gran triunfo, si bien el vulgo—y todo el mundo es vulgo, enseñaba el gran maestro Maquiavelo—, si bien el vulgo de América y de Europa no está suficientemente preparado para la idea unitrista. De ahí la multitud de santos y santas con atribuciones especiales, que no representan, en última análisis, sino la persistencia del politeísmo.

De la idea pura y simple de un solo Dios Todopoderoso, Suprema Inteligencia, ya es fácil pasar á la idea filosófica de que sí existe una fuerza, causa única, no inteligente: la Naturaleza ó lo que fuere.

XIII

LA GUAYRA

Hermanas de la Caridad atienden á Augusto desde hace tres meses, careciendo él de familia en La Guayra y habiéndosele prescrito el clima de este puerto.

¡Cuánto cariño! ¡Cuánta solicitud! ¡Cuánta sincera emoción de parte de las Hermanas, sobre todo de dos, en esta gravedad de Augusto! Es imposible que la abnegación llegue á más. Y extraña la terneza y el cuidado de estas santas mujeres por cuanto debían estar ya connaturalizadas con el dolor, con la agonía, con la muerte. Ya debían ser duras de corazón, á fuerza de ver infortunios. Y sin embargo, ¡cuánta dulzura!

Pero hay algo tan admirable como la continua deposición de estas almas cándidas y generosas: la sutileza del espíritu religioso, que aprovecha en obsequio propio todos los instintos: desde el orgullo hasta la abnegación. La religión, que confina por un lado con los poderosos, con los ricos, con los bienaventurados de la tierra—hasta el punto de haber cumplido por siglos la formidable alianza entre Altar y Trono—confina de otro lado con los enfermos, con los tristes, con los desvalidos.

Cuanto á las Hermanas, son ¡las pobres! víctimas de una ilusión, de una ambición: la bienaventuranza eterna. Si no hubiera cielo y quedaran fallidas las esperanzas de estas almas ingenuas, ¡qué lección para la soberbia y las ambiciones! Porque, en el fondo, este renunciamiento á la felicidad terrestre es porque la otra, la del cielo, es más larga y completa. Esta humildad no es, acaso, sino máscara: ¿no recuerdan las Hermanas que los últimos serán los primeros?

XIV

ANGERS

Nos detenemos en Angers para visitar la antigua capital del Anjou. La ciudad tiene una antigua catedral, edificio subalterno en este género de monumentos; una maravillosa fortaleza de la Edad Media, que es la más admirable fortaleza medioeval que yo haya visto hasta ahora, y un Museo con las obras de David d'Angers, la mayor parte de esas vaciadas en yeso. En ningún otro sitio puede admirarse mejor el admirable talento de aquel artista que tanto amó las dos cosas más nobles de la vida: el arte y la libertad.

En este Museo se conservan *las maquettes*, las pruebas, como si dijéramos, de las principales obras de David. Guárdanse aquí detalles y reproducciones de la estatua colosal de Gutenberg erigida en Estrasburgo. En los altorrelieves del pedestal quiso significar David la transcendencia del descubrimiento de la imprenta. Valióse para ello de las grandes obras del Pensamiento y de la Acción, cumplidas por beneficio de la luz que riega la Ciencia. Como no podía, sino en abstracto, esculpir á la Filosofía, esculpió á los filósofos, y en lugar de una abstracta Libertad esculpió á los libertadores. Entre éstos, que son po-

cos, divísanse, más ó menos bien, Wáshington, Lafayette, Franklin y, en lugar preferente y de cuerpo entero, el Libertador por antonomasia: Bolívar.

Hay una colección de los célebres medallones de David, aquellos medallones en los que fué esculpiendo á los varones más ilustres de la época, desde Bonaparte hasta Byron; entre ellos admírase el de Bolívar, hecho en 1832, dos años después de muerto el Libertador. Es una colección igual á la que existe en el Louvre.

XV

PARÍS

EL ARTE DE BAILAR

En esta buena ciudad de París existe mucha gente que vive ocupada y preocupada de cosas á las cuales no se presta atención en otros pueblos, donde apenas que esas cosas existan se sabe.

El perfume, en disonancia con el color de la mujer que lo usa, desesperaría á un conocedor. El mal pliegue de una hoja de rosa en la cabeza de una cortesana quitaría el sueño á muchos amadores.

El baile comenzó por ser un pasatiempo, se trocó luego en arte y ahora se convierte en filosofía. La mujer que dedica su vida á bailar es sagrada. Salomé tiene altares en los corazones. Cuando habla, su voz es la del oráculo de Delfos. Cuando escribe, los periódicos acogen benevolentes y reverenciosos esas pitagóricas elucubraciones.

¿No es miss Duncan una de las personalidades más célebres de ambos continentes?

Antonina Meunier, estrella de la Opera, acaba de escribir su profesión de fe danzante.

«El baile es un arte que los resume á todos», asegura.

Y después filosofa un poco, por supuesto. «Atravesamos en este momento una época singular.» Lo singular de la época que atravesamos en este momento se reduce, para Antonina Meunier, á que las bailarinas de otras nacionalidades hacen concurrencia en el mismo París á las bailarinas francesas, á las alumnas de «nuestra escuela nacional de baile».

El arte de las bailarinas italianas lo analiza Antonina Meunier con estas doctas y benévolas palabras:

«En ellas todo se reduce á la ejecución de esfuerzos que hasta ahora parecían reservados á los circos y á los *music-halls*.»

Luego asegura que las «puntas» italianas —cuidado si el cajista suprime la n de «puntas»— que se creen tan brillantes, se deben á cierto calzado á que se acostumbra á las bailarinas desde jóvenes. El análisis, como se ve, no carece de gracia, por cuanto atribuye el triunfo artístico, no á la mujer, no á la rival, sino á los zapatos.

«Las cabriolas italianas no tienen valor sino por su rapidez», prosigue Antonina.

Y luego, resumiendo: «En una palabra: todo ese arte se comienza muy joven por la desarticulación de los miembros; pero la gracia del movimiento es relegada al segundo plano.»

Respecto al estilo de nuestra «escuela nacional

de baile», Antonina lo cree, naturalmente, muy superior.

«Otra cosa es nuestra escuela francesa—enseña Mlle. Meunier—. Los comienzos son ciertamente duros, y el flexibilizarla á una, doloroso. Pero aun cuando se busca dar á las jóvenes fuerza y agilidad, ante todo se les enseña que su arte debe ser sólo de encanto; que el menor movimiento debe enamorar por su gracia, más bien que exaltar por su rapidez. Es necesario, en una palabra, tener *esprit* en los pies.»

Por estas expresiones amables y oportunas puede advertirse cómo Antonina Meunier no se reduce á tener *esprit* en los pies, realizando el ideal de las bailarinas; ni *esprit* en las caderas y los senos—ó dígase el diablo en el cuerpo—, realizando el ideal de las cortesanas; sino que tiene *esprit* en la pluma, *esprit* en la lengua, *esprit* en el cerebro, remozando en nuestro París de hoy el ideal de Aspasia, la ateniense.

XVI

EN EL MAR

Hemos entrado en el Trópico.

De tres días á esta parte el aire se torna más seco y más sonoro, el cielo pierde su color de pizarra, encendiéndose en azul más brillante, y el mar, ahora turquí, ya no es turquesa pálida, sino vivo zafiro. ¡Qué bello el mar, nuestro querido mar del Trópico, nuestro mar azul, sin más rival que el Mediterráneo de las costas partenopeas! Los europeos, sobre todo los del Centro y del Norte, no comprenderán nunca toda la voluptuosidad que los intertropicales ponemos en esta simple frase: *el mar azul*, ni cuánto ella nos sugiere, por la visión de encanto que despierta en nosotros.

El único goce de á bordo es el paisaje. Por lo demás, nunca hice más monótona travesía. Viene muchedumbre á bordo, pero gentes de distintas nacionalidades que se acantonan por grupos, que no se han fundido en una sola simpatía ó aceptación recíproca, á pesar de la vida en común por más de una semana. Este pequeño mundo flotante, cuyos grupos se agrupan por nacionalidades: — ingleses, franceses, hispanoamericanos—, arraiga en mí la idea de que amo-

res y odios de raza mueven el mundo, á pesar de la tolerancia y cortesanía modernas, á pesar del cosmopolitismo, del comercio y de toda suerte de intereses comunes. Basta que individuos de raza distinta se unan, hasta en un solo propósito, para que estallen disensiones. A este desacuerdo entre gentes occidentales se debe, por fortuna, el que las potencias no se hayan repartido el territorio de China. Hasta por esa razón es para los hispano-americanos mayor peligro el de Norte-América, que es un solo pueblo, que el de toda la Europa. Sin embargo, ¡viva la doctrina de Monroe!

XVII

SANTA CRUZ DE TENERIFE

A bordo del vapor Citá di Milano, *8 de julio.*— Ayer tocamos en Santa Cruz de Tenerife. Desde el vapor, en la tarde, la ciudad, acurrucada al pie de eminentes cerros pelados, lavándose los pies en el mar, impresiona agradablemente, como todos los pueblucho y caseríos vistos de lejos, al pasar, y donde no habitaremos nunca.

Bajé á tierrá con la consternadora noticia, que el capitán recibe por telégrafo y nos comunica, de que el vapor no tocará en los puertos venezolanos, ni tampoco en Curazao ni en Trinidad, por temor á la peste bubónica. Debemos, pues, ir á Colombia ó á Centro-América. ¿Será esta contrariedad la que predispone mi espíritu desfavorablemente?

La ciudad, más bien el poblacho, me parece la habitación del hastío, un lugar de destierro, un caserío de murria. Banda lamentable machaca un aíre de zarzuela española en la plaza principal, iluminada con una especie de luz eléctrica que obliga á echar de menos las velas de estearina y de sebo. Hombres vestidos de claro fuman, silenciosos, en bancos y sillas, en torno á la pla-

zuela. Algunas mujeres, trajeadas con tal mal gusto que hacen parecer grotesca la moda europea, conforme á la cual visten, permanecen en sus asientos calladas, taciturnas. El calor sofoca. El jamelgo del carricoche en que paseo va al paso; el carricoche traquetea con ruido áspero y desapacible al resbalar por el desigual empedrado. Las calles, desiertas, en sombra. A lo lejos, en la obscuridad, se diseña confuso, enorme, el corpacho de los cerros pelados.

XVIII

SOBRE LAS OLAS, COMO JUVENTINO ROSAS

9 de julio.—A bordo vienen dos monjas napolitanas que se dirigen á Colombia. Ambas son muy simpáticas, aunque muy diferentes. La una, vieja, bigotuda, chacharera, entrometida, toca el piano, canta letanías y aires de ópera, cuenta cuentos que desternillan de risa, se pone junto á nosotros mientras jugamos *pocker* y sigue las partidas con estorboso interés.

La otra monjita es joven, reservada y tiene los más lindos ojos de Italia. De noche nos acodamos á conversar, á la borda del buque, mientras el barco avanza y la blanca luna llena de claridades románticas el cielo y el mar. Trato de convencerla, como puedo, de que Dios—que todo lo dispone—nos ha acercado uno á otro y ha puesto en mi corazón el amor que ya me inspira.

10 de julio.—La monjita se me acerca esta mañana con mucho misterio y, valiéndose de circunloquios y paráfrasis, me refiere que ayer tarde, cuando yo me separé de su lado, uno de los oficiales de á bordo se acercó y le dijo:

—Usted es muy simpática, él es muy simpático. Hacen una buena pareja.

La pobre monjita cuenta la historia con una suerte de pavor supersticioso. Después concluye:

—Me fuí corriendo á mi camarote y he llorado mucho.

13 de julio.—Anoche, aprovechando un momento de solitud favorable, cogí á mi linda monjita en los brazos y la di cien besos. Ella, sorprendida al principio, terminó por devolverme mis besos. Hoy, apenas subo, á la hora del almuerzo, la monjita me entrega una carta. ¡Pobrecita! ¡Cuánta, cuánta ternura acumulada había en ese corazón para el primero que tocase á sus puertas!...

14 de julio.—¿A qué quedará reducida la gloria de Cristóbal Colón el día en que el genio y la audacia de un hombre nos ponga en relación con selenitas y martianos?

15 de julio.—Desde que entramos en los mares del Trópico el calor es sofocante. Imposible dormir en la tórrida estrechez de los camarotes. Sombras blancas atraviesan el puente, á á media noche, en busca de aire. La luna riela, apacible y romántica, sobre el mar azul. De día el mar reverbera. Parece de esmalte. Al contemplarlo con fijeza ofusca, á la manera de un espejo herido del sol.

16 de julio.—Jugábamos *pocker* en el salón, anoche, cuando el médico de á bordo se puso á tocar piano. Dejamos las cartas y nos encabritamos, bailando hombre con hombre. La monja de vejestorio es la única mujer que penetra en el salón. Las otras miran de las puertas. Es una reunión de hombres solos, presidida por esta bigotuda y alegre religiosa, que termina por quitar al médico del piano y entonar á grito herido tarantelas napolitanas.

18 de julio.—Pasado mañana llegaremos, por fin, á Sabanilla, después de un viaje monótono y larguísimo.

Habiendo salido para Venezuela, he aquí que nos llevan á Colombia.

Y con la incertidumbre de que los vapores, de regreso á Europa, resuelvan tocar en La Guayra ó Puerto Cabello. Sucederá, como siempre, lo mejor. No comprendo cómo los venezolanos que vienen á bordo se preocupan de esta nadería, al punto de no hablar de otra cosa. Yo tengo resuelto mi problema de antemano. Si el día que lleguemos á Colombia no se encuentra vapor de paso para Venezuela, me voy á Centro-América, y suceda lo que suceda. ¡Quién sabe si allí encontraré la felicidad!

19 de julio.—¡Cuán poca noción de la vida y de las cosas tiene Clementina, es decir, sor Do-

rotea! ¡No quiere irse conmigo á todo trance! En vano le hago comprender lo absurdo de su deseo y la imposibilidad de realizarlo por las circunstancias de su estado y de arribar nosotros á país desconocido sin saber para dónde partir al día siguiente. Llora, dice que la engaño y forma un alboroto ridículo del que se aperciben hasta los criados.

22 de julio.—A bordo del vapor *Perou*. El vapor francés va á Puerto Cabello y á La Guayra. ¡Qué diferencia de barco. Aquí todo es lujo y *confort*.

Barranquilla, donde pasamos una tarde y una noche, á las cercanías del hermosísimo río Magdalena, es una ciudad de 40.000 almas, poco más ó menos, importante desde el punto de vista comercial, pero nada más.

Asistimos á una representación de zarzuela en el teatro local. Pieza, actores, teatro, decoraciones, todo rudimentario. Aquí y allá un par de lindos ojos negros, ojos como brasas á flor de piel, de una piel mate, sucia, amarillenta, tostada del sol.

En el hotel hay una mujer bonita, muy bonita. La converso. Es de Bogotá. Va para París. Mientras los amigos salen, después de la comida, antes del teatro, en busca del cónsul, yo me introduzco en el cuarto de la bogotana, con su anuencia, naturalmente. La dueña del hotel, cuyo moralismo se exalta, quizás con la forzosa castidad,

toca y penetra en la habitación. Apenas puedo esconderme detrás de una cama.

23 de julio.—Pleito en la mesa con un grosero yanqui que habla de cosas venezolanas como si nosotros no fuéramos de Venezuela. Lo ponemos en su puesto. Se acordará de nosotros. Recordará por mucho tiempo lo que yo pienso de él, de sus conciudadanos, de sus conciudadanas y de sus Estados Unidos.

IV

ITALIA

1903

ITALIA

¿Recuerda usted, querido Rubén Darío, aquella tardecita dorada en que tres hombres unidos por el amor del laurel charlaban una charla de adiós en este saloncito de la *Rue Pigale*, que nos es caro?

¿Recuerda usted á los tres hijos de Orfeo? De Orfeo y no de Apolo: Apolo cantaba ante las musas, como en el fresco de Rafael, mientras que el pobre y lírico Orfeo sonaba sus líricos instrumentos, como nosotros, delante de un público de animales. Uno de los poetas debía partir aquella tarde misma hacia la tierra latina, patria de la belleza, cumbre del Ararat, donde la paloma artística encontró la rama verde.

¿Recuerda usted á los que quedaban, tristes de no partir? Blondo el uno como luis de oro, la perilla romántica, el ojo claro, el aspecto mitad de mosquetero, mitad de trovador (1). Era el otro castaño, de un moreno de Jerez; la barba

(1) Georges Maurevert.

como Felipe II, la nariz más parecida á la de Sócrates que á la de Alcibíades, los ojos á la manera de Sada Yaco. Las manos de estos hombres, finas y blancas «manos de marqués», han desencadenado las más puras, melodiosas y verlenianas músicas. ¿Recuerda usted, mi querido Rubén?

Era un aire suave de pausados giros,
el hada Harmonía rimaba sus vuelos,
é iban frases vagas y tenues suspiros
entre los sollozos de los violoncelos.

—Adiós.

—¿Con quién va usted á Italia?—preguntaron los poetas al que partía.

—Con Gil Fortoul.

—Va usted solo.

El viajero se desprendió de los brazos de sus amigos, y cuando el tren, entre bufidos, se echó á devorar el espacio, fué el principio de las llanuras monótonas, de los rientes cielos azules, de las montañas á cuyos pies se queja, entre peñascos, el agua de un río. Y luego fueron los grupos de publecitos, detenidos como en asombro ante la quietud solemne del mar, y las nobles ciudades magníficas, y en las ciudades vetustas, nobles y magníficas, los hombres de la historia, la historia del Arte y el arte del amor.

I

CAMPOSANTOS DE PISA Y DE GÉNOVA

Desde Marsella á Génova corre el tren por la orilla del agua, entre el monte, muy verde, y el mar, muy azul; corre con la rapidez de una gaviota que volase sobre el Mediterráneo. Los pueblecillos del litoral, blancos y numerosos como rebaños de ovejas, parece que bajan de la montaña y se detienen frente al mar.

El camposanto de Génova es muy otro de como yo lo había imaginado.

La verdad es que lo único serio de la vida es la muerte. Esa pirueta en que uno salta, ignorando adónde va á caer, ha preocupado á los más despreocupados é impertérritos titiriteros. Desde el árbol en cuyo hueco el salvaje de la Melanesia metía su muerto, hasta la pirámide de Cheops, la tumba es más bien asilo sagrado, lugar de superstición, que vil escorial. La muerte, esa cosa tan vieja, es siempre una sorprendente novedad para los hombres. Es lo único á que no se acostumbran ni se resignan. Ya el hombre no piensa, como antaño, que la muerte sea maleficio de espíritus adversos ó treta de enemigos insidiosos, treta que es menester vengar ó maleficio que se conjura con sangre de inocentes.

Pero la inmortalidad del alma, ¿no es una hipótesis cándida y salvaje?

Los indígenas de América, de Australia y de la Polinesia creían ó creen en la supervivencia más ó menos relativa de los seres que desaparecen del mundo, é imaginan una vida futura á imagen y semejanza de la vida terrestre. Para los esquimales, por ejemplo, aunque no son de la Polinesia, de Australia, ni de América, el sumo bien futuro, el Paraíso, debe de consistir en alguna mar providente á cuya costa vengan á encallar, muertas, podridas, ballenas enormes, regalo perenne de los bienaventurados. De igual modo el infierno, «donde toda incomodidad tiene su asiento», se lo imaginarán los aschantis, de seguro, después de la conquista, como un país lleno de ingleses.

Le plus espirituel diseur de bons mots qu'ait produit la fin du XVIII siécle, Chamfort, observa que algunos salvajes persiguen durante el día el alma del muerto; pero como no la encuentran, abandonan la búsqueda. Y agrega: lo mismo sucede á los filósofos.

Como la teoría de la inmortalidad del alma y la fantástica leyenda resurreccional pierden adeptos día á día, los cementerios, cuya forma se acuerda con las ideas religiosas de cada pueblo, cambiarán de seguro.

¡Cuánto dista ya el cementerio de Greenwood, por ejemplo, campo abierto donde florecen tum-

bas entre blancos y casi alegres mármoles, de aquel severo y triste cementerio de Pisa, construído en plena Edad Media, murado como el espíritu de aquel tiempo, relleno con tierra del Calvario, y por cuyas paredes corren frescos de Buffalmaco y de Orcagna, que son paradigmas de renunciamiento y lecciones de dolor!

El fresco de Orcagna, *El triunfo de la muerte*, en el cementerio de Pisa, es una de las más interesantes invitaciones á la meditación. El sentimiento artístico y el pensar poderoso luchan allí con el balbuceo de los pinceles, con el tecnicismo de la época, todavía deficiente, con los medios de expresión en pañales todavía.

Del fresco, ya desteñido y caduco, surge un pesimismo penetrante, á pesar de los caballos pintados como cerdos, á pesar de aquella hercúlea Muerte de guadaña ponderosa que vuela como si fuese pluma y á la cual pudiera dirigirse la propia crítica justa que objetó Bolívar á la sombra del Inca en el *Canto á Junín*, de Olmedo.

Una cabalgata de grandes señores felices en medio del campo, en el placer de la cacería, aprende—á la vista de tres cadáveres, de los cuales uno en esquelto—cómo es vana la felicidad, cómo es segura la muerte, cómo la suntuosidad de hoy es la podredumbre de mañana.

La Muerte, implorada por los paralíticos, por los ciegos, por los famélicos, por una multitud

de carroñas ambulantes, corre con ceguera, que parece más bien mala intención, á blandir su hoz niveladora sobre las cabezas de los que ríen, de los que cantan, de los que chupan las mieles de la vida. En el fondo, á la izquierda del fresco, aparecen dos eremitas, cuyo despego del mundo, cuya renuncia de honores, cuya vida rezandera están preconizando la única felicidad eterna y el solo mérito á la vida futura.

Es la filosofía del renunciamiento, la filosofía del milenario, en toda su desolación.

Pero el hecho mismo de que Orcagna luchase por expresar en colores su pensamiento, á pesar de la carencia de técnica, de *savoir faire*, ¿no es en parte un mentís del artista á la filosofía del no hacer nada?

Este fresco no es sólo pintura de cuerpos, sino pintura de almas. Groseramente figuradas como bambinos desnudos, surgen éstas de la boca de los difuntos. Angeles acogen á los predilectos bambinos, ó almas de justos, mientras que otros bambinos, ó almas de pecadores, caen en garras de grotescos demonios.

No sería extraño que buenos y malos espíritus creyéranse con iguales derechos de posesión sobre la misma alma, sobre el alma de cualquier sepulcro blanqueado, de algún embaucador, y entonces, ¿cómo triunfarían los bellos y frágiles ángeles de mirada celeste sobre espantables y fuertes demonios?

Cuánto dista esta grosera concepción del alma en Italia, y en pleno siglo XIV, de la concepción poética de algunos indígenas de la Polinesia que imaginan que el alma se escapa con el último aliento. Lo malo es que para evitar la fuga del alma, deudos y amigos del moribundo le tapan nariz y boca con tal fe y eficacia que terminan por asfixiar al pobre expirante.

Entre los monumentos del Camposanto genovés, prefiero dos cosas muy recientes: una mujer de mármol blanco, inerte sobre un escaño de mármol negro, con adormideras en las manos, y un triunfo de la muerte, un bronce que representa á la Desnarigada, en cuyos brazos rueda una mujer casi desnuda en la flor de la edad.

II

¿Y ESTO ES ROMA?

Por fin en Roma. A medida que el tren se avecina á la Ciudad Eterna, empiezo á sentir inquietud, desasosiego, una ansiedad inexplicable, ni más ni menos, mi querido Sthendal, que una pobre alma ingenua ó una ridícula alma afectada.

Me asomo á la ventanilla del tren, los ojos fijos en la campiña velada en sombras, porque de pronto alguien anuncia junto á mí: «el Tíber». El corazón me da un vuelco. Me hubiera impre-

sionado menos la noticia de que la máquina estaba á punto de explotar. Más hubiera debido extrañarme, sin embargo, no encontrar el Tíber en Roma. Hago constar con placer tan ingenua sorpresa—á trueque de pasar á los ojos de algún sthendaliano por majadero y pedante—porque advierto que mi corazón no se pudre ni está seco, sino que rompe en cándidas flores de emoción á la vecindad de una cosa venerable como este padre Tíber.

Al desembarco del tren, en la gran plaza de las Termas, circuída de elegantes construcciones de ahora, sufro una desilusión estúpida. No sé por qué había imaginado que encontraríamos al entrar el esqueleto del Coliseo ó algo por el estilo. En vez de ruinas, los edificios de una suntuosa capital moderna. ¡Qué diablos! ¿Para eso dejo á París? Y no pude menos de exclamar, como un tonto, dirigiéndome á Gil Fortoul:

—¿Y esto es Roma?

III

CONGRESO DE PUEBLOS LATINOS

En la sesión inicial del primer Congreso de Pueblos Latinos se pone á discusión el proyecto de aceptar y propagar el latín como lengua internacional.

Oradores de Francia argumentan en contra del latín y á favor del francés, como lengua más propia á universalizarse. La discusión se encrespa, tomando un giro filológico y no francamente político. Me abstengo, por ello, de intervenir.

Imagino que éste de resucitar el latín como lengua práctica no pasa de ser voto romántico. Una lengua no se decreta. Cada pueblo crea la suya, un poco inconscientemente, de acuerdo con las necesidades del alma nacional, y la propaga luego según la influencia política, económica é intelectual que el país ejerza, según las obras maestras de literatura que produzca, según las facilidades de adaptación y divulgación que presente la patria lengua. Luego, cuando no sirven de vehículo al pensamiento de una raza, mueren los idiomas, ó superviven entre eruditos, como algunas lenguas antiguas. Suelen asimismo supervivir, ó para fines de ciertas colectividades, com el latín eclesiástico, ó como fuentes de sabiduría, como depósito de viejas hermosuras y origen de otras lenguas, según ocurre con la propia lengua del Lacio.

Pero no se dió jamás el caso de que una lengua muerta compita con una lengua viva, y menos que la venza, destrone y relegue al olvido. El vidrioso patriotismo francés no tiene, pues, nada, absolutamente nada, de qué resentirse con la propagación del latín.

La adaptación de una lengua universal no pasa de ser bella utopía. El latín ayer, el francés hoy han prestado un magnífico servicio de acercamiento entre los hombres. Pero es tan íntima la correlación de un pueblo con su lengua, que si el latín, aun decaída Roma, permaneció incólume durante tanto tiempo, débese á la formidable y prolongada influencia política, intelectual de Roma sobre el mundo: su lengua y la supervivencia de su lengua, fué su última influencia, ó la continuación del antiguo influjo. El francés, de bastante tiempo á esta parte, ha ejercido—ó casi casi—el imperio. Pero tal supremacía la está compartiendo—¡desde cuándo!—con el inglés, y la perdería del todo si el azar de una guerra victimase á Francia.

La comunidad de idioma une á los pueblos más que nada, es verdad; pero ningún país renuncia al suyo, si no quiere suicidarse. Cuanto á la propagación del latín como lengua internacional, sobre requerir tiempo, mucho tiempo, y aunque el cúmulo de imposibilidades se allanase, presenta una dificultad casi insuperable. El latín no se pronuncia en Francia como en Italia, ni en Italia como en España; así el latín de un español sería tan incomprensible, pongo por caso, para un hijo de Italia, como el castellano de ahora para un florentino, un veneto ó un piamontés. Caeríamos de nuevo en las lenguas romances.

Si, pues, sinceramente suspiramos, en virtud de un interés superior de civilización y de raza, por la unión y simpatía de los pueblos llamados latinos, parece que no existe sino un medio: que en cada uno de dichos pueblos se aprendan de obligación, simultáneamente, francés, italiano, español, para no hablar de portugués y rumano.

Así, á vuelta de algunos años, habremos realizado en mucha parte el ideal, á menos que nos decidamos por el esperanto del doctor Zamehenof.

Por lo demás, esta diferencia entre los partidarios del latín y los del francés data de atrás. Chamfort refiere este pasaje:

—On parlait de la dispute sur la préférence qu'on devait donner pour les inscriptions, a la langue latine ou á la langue francaise.

—Comment peut-il avoir une dispute sur cela? dit M. B.

—Vous avez bien raison, dit M. T...

—Sans doute—reprit M. B...—, c'est la langue latine; n'est-il pas vrai?

—Point du tout—dit M. T...—, c'est la langue francaise.

IV

LA BASÍLICA DE SAN PEDRO

La Basílica de San Pedro me hace reconciliar en cierto modo con esta soberbia, hermosa y contradictoria religión católica.

Esta religión de pescadores y de esclavos que sale de las Catacumbas; esta religión de humildad, de deposición, de austeridad, de caridad, de tristeza, instituída por un judío plebeyo y semidemagogo; esta religión espiritualista y desafecta á intereses terrenales, se transforma poco á poco, evoluciona hacia el porvenir—y sabiendo que seres, pueblos é instituciones débiles perecen—, cobra fuerza, impónese y domina por medio del Papado, la más abominable y magnífica institución de los hombres.

De acuerdo con su origen, la Iglesia conserva procedimientos democráticos en la elección de sus monarcas. La Democracia, que es simplemente absurda cuando proclama la igualdad entre los hombres, posee un criterio admirable, sin embargo, que es la esencia de su sér y su razón de existir. Según ese criterio democrático, el origen, por humilde y rastrero que sea, no es óbice al triunfo del hombre superior. El hombre capaz puede imponerse, salga de donde sal-

ga. El hombre de garra, el de abundante materia gris, el santo, el descubridor, el propulsor, el que es surgente de luz, deja de pertenecer á la manada dirigida, y entra, aun sin proponérselo, en la gavilla directora. Aceptarlo, acogerlo sin regateos es buena política transcendental para las oligarquías dirigentes. Por esa política ellas perduran, y perduran con lustre.

La nobleza de Inglaterra conserva su vigor por los chorros de sangre democrática y popular que de continuo trasfunde en sus venas. En cuanto un poeta es regular, lo convierten en Lord Tennyson; en cuanto un escritor se distingue, lo hacen Lord Macaulay; en cuanto un guerrero brilla, aunque sea en Africa, lo nombran Lord Kitchener; en cuanto un aventurero, un industrial, un sabio, sobrepasa el nivel común, Inglaterra lo ennoblece y lo enriquece—sabiendo, como pueblo práctico—que la fortuna equivale á la independencia, al decoro de la vida, y que no se puede ser prócer sin ser rico, ni llevar título ganando un salario, ó inspirando piedad ó prostituyéndose.

Cerrar el paso á las fuerzas populares es absurdo, y, en fin de cuentas, imposible. La teoría que proclama que al hombre no debe preguntársele ¿quién eres?, sino ¿qué aportas?, es bella teoría. En tal sentido la democracia está de acuerdo con la vida y con la historia.

Este procedimiento liberal y clarovidente ha

sido el de la Iglesia: el más fuerte, el más astuto, el más inteligente se ha podido imponer y ha reinado, aunque viniera de las piaras de Sixto V. Por eso la Iglesia ha visto á su frente, salvo raras excepciones, una serie de hombres de genio, como acaso ninguna monarquía ha tenido sobre la tierra. Cuando no llegaban al poder hombres superiores era porque no existían.

Este procedimiento es el de la República, y si en los pueblos que gozan de instituciones republicanas, los hombres superiores no deslumbran ni se notan apenas en el Poder, consiste en que por superior que sea un hombre necesita el medio y la acción para brillar. Los presidentes de República no son por lo general sino meros jefes de Estado que nada pueden resolver ni emprender, sino de acuerdo con los demás miembros del Gobierno y sujetos á cortapisas. ¿Tiene el hombre que llega al Poder un yo? ¡Lo que se llama un yo! Es decir, un alma llena de fuego, de fuerza, un alma que anda con botas de siete leguas; un alma—eso tan raro—, un alma? Pues ponerle cortapisas á un alma que debe remontarse y hacernos ver hasta dónde suben las alas, es absurdo.

En cuanto un jefe de Estado es bastante audaz para declararse dictador ó para ejercer de tal, al punto se destaca su figura, por pequeño y mísero que sea el pueblo que dirija, siempre que ese hombre tenga un yo condórico, digno

de volar sin trabas. Si no es condor, que lo degüellen como á cerdo, por simulador de alas, por farsante, por enmascararse, por creer que la vida es Carnaval y no una cosa tan grave y tan melancólica.

La supervivencia del más apto es ley ineludible en el orden político, lo propio que en el orden físico. Desde Augusto hasta Napoleón, los hombres que han escamoteado el Poder público no han sino obedecido á esa ley. Y la gran virtud de la Democracia consiste, repito, en permitir ó no estorbar el arribo del más apto al Poder; ó de otro modo: la virtud de la Democracia consiste en que, en principio, todos tienen derecho, nadie puede no llegar al comandamiento.

Si es por elecciones populares, directas y honradas—no hablo de la farsa que se estila en todas las democracias, comenzando por los Estados Unidos,—si es por elecciones espontáneas de veras que un hombre va á destacarse, de seguro ese hombre no es el mejor, no es el superhombre, porque el pueblo gusta de levantar sobre el pavés á aquel en quien mira sus propias deficiencias, á aquel que se le parece á sí propio, á uno de sus pares, que vale como decir: á hombres mediocres. Sólo que la mente y el brazo superiores suelen burlar el espíritu de aprehensión contra los hombres leones; y unas veces deslumbrantes de fortuna y audacia ó, lo que es más común, disfrazados con pieles de

cordero, los leones se meten en el redil y se imponen al rebaño. En última análisis quien triunfa es el más fuerte, el más astuto, el más inteligente, el mejor, un aristo.

El hombre que se eleva sobre los demás, así venga de lo más recóndito del pueblo, deja de ser de la manada, como ya se dijo, para formar en el corto número dirigente. Por donde se mira que ciertos aspectos de la Democracia son imposibles. La Democracia no existe sino para formar, refirmar y refinar oligarquías.

En la Basílica de San Pedro se advierte cómo los Papas supieron hacer del arte un instrumento de dominación. La religión de la verdad debía poseer el mayor y más solemne de los templos, y erigió San Pedro; el más fuerte y audaz de los escultores, y tuvo á Miguel Angel; el más delicado y gracioso de los pintores, y cuenta á Rafael.

San Pedro me produce la impresión de una selva virgen de América. Allí todo es formidable, hasta la gracia. (Detrás de un blanco rosal puede deslizarse un reptil. El vuelo de la paloma se levanta bajo el ojo del gavilán.) Aparte el templo mismo, existen innúmeros detalles que uno contemplaría horas enteras, sintiendo, sin fatiga, la más noble emoción estética. En cualquier rincón penumbroso hay pasto á los ojos y goce al espíritu. Recuerdo, por ejemplo, con agrado en este momento el sepulcro de los Es-

tuardo, por Canova, sobre todo aquellos ángeles, divinos de hermosura, que gimen á la puerta del sepulcro, las antorchas simbólicas en tierra, extintas.

Desde el arribo á Roma me pregunto:

«¿Por qué prefiero, amo y comprendo más obras de artistas modernos que las de artistas clásicos, aunque algunos de esos artistas nuevos, como Canova, redivivan en sus obras clásicos ideales de hermosura? Aparte deficiencias de educación artística, ¿será que mi alma tiene más semejanza con la de artistas modernos por haber sentido las mismas corrientes de ideas, las mismas influencias—más ó menos—que ellos sintieron?»

V

LA CAPILLA SIXTINA

La Capilla Sixtina debe uno visitarla muchas veces para comprenderla y gustarla bien. De la primera visita saco la impresión de haber estado en presencia de una cosa formidable, ciclópea. El asunto mismo de la obra miguelangélica es digno del gigante que se atreve con él: la Creación, el Juicio Final.

¡Qué diferencia con los hombres de nuestro tiempo! ¿Quién se atreve á tomar por asunto de obra artística semejantes asuntos? Nadie, así sea tan potente como Beethoven. Los mayores

novelistas, Dickens, Flaubert, Zola, Tolstoi, Galdós, estudian apenas aspectos de la sociedad en que viven. Hugo, á pesar de su *Leyenda de los Siglos*, no produce la impresión de grandeza y de fuerza que Dante ó Miguel Angel. No es inferioridad de nuestra época, la razón debe de ser otra. ¿Cuál es?

Toda está en la Sixtina la historia del mundo, según la mitología católica: desde el Génesis hasta el Juicio Final; por las paredes se tienden, augures y visionarios del porvenir, los Profetas: desde Jeremías hasta Jonás, y entre Profeta y Profeta, una Sibila: desde la Sibila Pérsica, llena de años, á la Eritrea, llena de juventud.

Miguel Angel parece brutal. Ese genio abruma. Se diría uno en presencia de un habitante de Neptuno. Cuando uno habla de Miguel Angel se empenacha el estilo con lírica pluma; imaginamos que de este genio mal puede tratarse en diario lenguaje doméstico; nos montamos en el hipógrifo y echamos á buscar por las cumbres la cantera de mármol ó la página de cielo donde escribir su nombre. El no veía las cosas como los demás hombres. Los cuerpos de sus condenados y de sus elegidos, en escorzos de milagro, más bien que humanos cuerpos son montañas de músculos. La pupila de Miguel Angel era vidrio de aumento. El *Juicio Final* es la exageración del genio.

Aquel Jonás ante Nínive, aquel Jeremías sumido en reflexiones, son algo más que simples humanos. Uno comprende que son de veras Profetas inmortales y no hombres perecederos los que tiene á la vista.

Aléjase uno de la Capilla fatigado, como si hubiese leído toda la Biblia de un tirón; como si hubiese escuchado sin interregno diez óperas de Wagner.

Al salir, ya en la pública vía, acaricio con los ojos una mata de azaleas para volver á darme cuenta de la levedad, de la suavidad, del aspecto delicado de las cosas.

VI

ALMA DE LUTERANOS

En los Museos hormiguean ingleses y alemanes. Y yo pregunto:

¿No es colmo de snobismo la admiración de desnudeces y de imágenes de dioses por parte de esos pueblos luteranos y de pudibundez farisaica?

Su religión no les permite figurar en imagen á los seres divinos. Y ellos vienen á Roma á fingir veneración por divinidades ajenas. Su concepto alarmista é hipócrita de la moral les induce á considerar como desacato al decoro el que un hombre ó una dama permitan ver el

tobillo. Y sin embargo, manifiestan placer á la vista de una Venus de desnudez vencedora y en presencia de los Apolos vestidos de su propia hermosura.

Esto no prueba que una persona sin ropas sea inmoral y una estatua no lo sea, porque el arte, de esencia amoral, lo transforme y divinice todo. Esto prueba simplemente lo elástico de la moral: lo que es *shocking* en Londres es *wonderful* en Roma. También prueba qué puntos calza la sinceridad de anglosajones y germánicos.

La escultura no es arte de los pueblos del Norte. Su clima y su Biblia los distancian por igual de la contemplación placentera del cuerpo humano, á pesar de los *sports*. El deporte inglés, más que la actitud graciosa del discóbolo y del corredor de carros, á quien Píndaro cantaba, pone en evidencia la fuerza, la victoria del músculo. Y recuérdeles usted, mi querido Rubén Darío, que «el ejercicio es humano; la fuerza sorda es bárbara, y la gracia en la fuerza es latina».

Si la Biblia y el clima los alejan de la contemplación del desnudo, á pesar de los *sports*, ¿cómo, pues, dónde, cuándo aprendieron esos pueblos (no hablo de personas aisladas) á comprender y gustar ese arte de paganos?

El catolicismo vive entre los pueblos latinos, en mucha parte por lo que tiene de paganismo.

Cuando Lutero, aquel fraile de alma violenta y metafísica llegó á Roma desde el fondo de su provincia bárbara, la corrupción de la corte pontificia lo subiev. El amor del lujo, la simonía, la despreocupación, la liviandad, el culto del arte, imperaban. En la Corte pontificia redivivían el culto de lo bello, el amor de la forma, como en los generosos días de Atenas.

Un cuento de Boccacio permite suponer las costumbres. Cierto judío fué á Roma y, al regresar á su país, se convirtió al catolicismo. Sus razones eran muy poderosas. El conservarse la fe católica después de lo que él había visto en Roma probaba que aquella religión era de veras divina y la única verdadera.

Lutero no fué un filósofo como el judío de Bocaccio. Era un teólogo provinciano, limitado y sincero. Le pareció que aquello no andaba bien; tuvo el valor de proclamarlo y la elocuencia que dan la convicción y las pasiones. Su virtud fué el ímpetu heroico, la rebeldía, el desafío á los Poderes más terribles de la tierra. No, las cosas no andaban bien, ni en las ideas ni en las costumbres, así lo sostuviesen todos los Papas y todos los clérigos simoníacos y no simoníacos, bigardos ó austeros.

El teólogo alemán, con las limitaciones de su educación, de su carácter, de su provincia, de su raza, irguió los puños, furibundo, contra el esplendor de Roma, ante los mármoles y bronces,

ante el oro corruptor, ante los cuadros sensuales, ante los Papas ricos, poderosos y deslumbrantes.

La superstición hacía estragos. Pero realizar una exégesis de la Biblia para seguir creyendo en este libro, ¿valdría más que creer en él sin leerlo, como tantos católicos intonsos,—ó bien leerlo mucho para creerlo poco, como innúmeros personajes de solideo negro, bonete morado ó capelo de púrpura?

La simonía abundaba, es cierto; pero ¿cómo no habrían menester dinero esos paganos del Renacimiento—un León X, un Clemente VII, un Julio II—para comprar las joyas de Benvenuto y adornar la pared de sus palacios con los cuadros de Rafael?

Era el ápice de la Iglesia: ya no tiempo de lucha, sino de plenitud y de tranquilo reino. La Iglesia, pues, se adornaba con todas las joyas del arte, muy lejos ya de los primeros cuatro siglos del cristianismo en que esa misma Iglesia era iconoclasta por odio á las divinidades paganas, y que sin arte, sin literatura, era lástima de aquellos pulidos romanos de la decadencia, retóricos, gramáticos, poetas.

Lutero, por su parte, es la reacción contra el Renacimiento. Pensadores ilusos é interesados propagan que el libre examen nos viene de Lutero. ¡Cómo! ¿Libres y esclavos de la Biblia? Es la ilusión de un hombre que pensara ser dueño

de sus pasos dentro de un vagón de ferrocarril.

Los protestantes pudieron con su protesta hacer daño al catolicismo; nunca bien, ó, por lo menos, nunca bien deliberado y directo, al librepensamiento.

Que el protestante es individualista, se cree, librepensador. ¡Qué dislate! Esos librepensadores son más fanáticos y más hipócritas que todos los catolicones. Esos individualistas—como ocurre en Alemania—¿no han convertido al Estado en Divinidad, no abdican, ante el Estado monstruo, pensamiento, derecho, personalidad? ¿Dónde, cuándo se vió mayor servilismo colectivo? El Estado piensa y siente por los alemanes, el Estado decreta lo que es malo y lo que es bueno; lo que debe alegrar y entristecer, lo que debe practicar cada uno desde la cuna hasta el sepulcro para ser buen alemán.—¡No me habléis de los luteranos!

El luteranismo no es sino una modalidad de la reacción bárbara contra el alma greco-latina, contra esa alma amorosa de la Vana Apariencia, de la Noble Forma y de la Graciosa Desnudez. Ya en tiempo de Herodoto los bárbaros abominaban de los gimnasios, de los baños, de cuanto representara el triunfo de la bella bestia humana. El mismo Schopenhauer encuentra ridículo el cuerpo de la mujer, mientras que nosotros persistimos en preconizar, por boca de amables teorizantes, que «ser bello para un ani-

mal, para un objeto, es tener algo de humano en la forma.» Para luteranas pudibundeces, tanto como para pudibundeces católicas, se diría que Renan ha escrito estas palabras de *Emma Kosilis:* «¡Cómo! La obra por excelencia, la continuación de la vida, ¿habría sido vinculada á un acto ridículo ó grosero?»

Diecinueve siglos de ese budismo occidentalizado que se llama cristianismo no han podido borrar de nuestras almas el viejo fondo pagano. Y á ese viejo fondo pagano debe el arte católico sus mejores triunfos. ¿Qué son las Madonas de Rafael y las Vírgenes de Murillo, sino hermosuras llenas de sensualismo? El sentimiento de la forma, el amor de la vida, el antropomorfismo de las divinidades, cuanto denota supervivencia pagana permanece anclado en el espíritu de los pueblos latinos. Los autores recuerdan á menudo el desentierro de aquella joven romana, en tiempo de Inocencio VIII. Produjo tal sensación la hermosura de su cuerpo, que el Papa la hizo enterrar de nuevo subrepticiamente. Hoy mismo, en esta época de cientifismo, de irreligiosidad, ¿no se conservan, por ejemplo, las fiestas de Semana Santa en España? ¿Qué son las procesiones de Sevilla, sino fiestas paganas? ¿Qué son las corridas de toros sino un eco del Circo? La arena ó palestra de los lidiadores, ¿no se llama Circo también?

Cuanto al protestantismo, es uno de los mayores esfuerzos que ha hecho el hombre por retroceder á la barbarie.

VII

MÁRMOLES DEL VATICANO

Muchas estatuas de dioses tienen algo de femeninas, sea en la expresión de la cara, como el Apolo Citareda, en la Sala de las Musas; sea en el cuerpo y en el rostro, como el Baco joven, en la Sala della Biga. (Ambas salas pertenecientes al Museo Vaticano.)

Este Baco hermafrodita es encantador. Su afeminamiento no consiste en el androginismo de la mujer que por los ángulos de su carne magra confina con el hombre, sino en las morbideces y en las curvas graciosas del efebo, línea indecisa entre ambos sexos. La cara es dulce y bella. El cuerpo afeminado y sensual. El cuerpo mismo de las diosas, carentes de la estrecha cintura moderna, favorece la ilusión. ¿Sentiría una mujer por este Baco la misma simpatía y atracción que yo? Me pronuncio por la negativa. Lo que halaga á los hombres en este joven dios ¿no será lo que tiene de hermosura femenina?

Para la generalidad de las gentes, el ideal de belleza reside en el sexo opuesto. Las mujeres preferirán siempre á Apolo; los hombres, á Ve-

nus. Y este gracioso Baco, más que dios, parece la metamorfosis, todavía inconclusa, de alguna jovial ninfa, de tal ó cual bella figura femenina; una de aquellas metamorfosis cantadas por Ovidio: como la de Siringa cambiada en caña, Calixto en astro, Aretusa en fuente, las hermanas de Faeton en árboles, las Musas en pájaros, las Náyades en islas.

Lo mismo que de este Baco pudiera decirse del musajeta, que llena con su hermosura la Sala de los Centauros, en el Capitolio, y de un Hermafrodita, en el Museo de las Termas.

VIII

PRIMERA IMPRESIÓN DE NÁPOLES

Imagínate Macuto grande. Hazles á Maiquetia y La Guaira el honor de sepultarlas bajo el fuego de un volcán. Acerca un poco y embellece á Curazao y llámala Capri; á Margarita y Trinidad acércalas también y bautízalas Ischia y Prochida. Que circulen por allí algunos cientos de turistas. Como decoración de un *ballet* monstruo que tenga por escenario una ciudad—callejas y encrucijadas llenas de caserones añejos, descascarados, leprosos—pon un pueblo de mendigos rampantes, harapientos, cantando mientras pulsa la mandolina de las serenatas ó en el furor de una tarantela abigarrada y pintoresca; y como

el azul del Caribe es bastante azul, tendrás idea de Nápoles y del paisaje partenópeo. *(Fragmento de carta á un venezolano.)*

* * *

Tendida á los pies del golfo, en una ensenada, con un monte á la espalda, como Atlas, Nápoles es el centro de una media luna de pueblos. La bahía, en semicírculo, como arco de flecha, se creyera una joya maravillosa y de capricho. Sería el golfo el zafiro de la joya; Nápoles, que es multicolor, sería el ópalo, y la dorada y dulcísima Sorrento, entre sus naranjales, el topacio.

Nápoles es un paraíso: el paraíso de los mendigos y de los ladrones. Todo el mundo mendiga en Nápoles y todo el mundo roba. En vuestra calidad de extranjeros se imaginan con derecho á explotaros cínicamente. Aquí no se ignora ninguna de las formas de la extorsión. A la gente le gusta poco el trabajo, ó no le gusta. Pululan abridores de portezuelas, vendedores de violetas, cicerones: cáfila practicante de esos pequeños oficios que no son apenas sino disimulada fórmula de mendicidad.

Cuando uno ve á estos diablos tendidos boca arriba, al sol, en actitud beatífica, mirando al cielo ó el mar, se explica esta frase, inexplicable en otro país: «*Dolce far niente.*» El ideal del

napolitano popular es no hacer nada, y cuando se digna trabajar, trabaja á la puerta de la calle, ó en la acera, incapaz del recogimiento fecundo de una estancia murada. En la calle cocinan; en la calle mercan; en la calle viven; en la acera pulen los corales de Capri; en la acera labran el carey de Pozzuoli, y si por azar lavan ó se lavan, es en la acera.

Critico lo que merece crítica. El mío no es el caso de Paul Bourget cuando viajó por los Estados Unidos: no he venido aquí pagado para entusiasmarme.

Y sin embargo, á los descontentadizos yanquis no les gustó cuanto les dijo Bourget. Recuerdo que don Pablo, psicólogo de agua bendita, aseguró que en Yanquilandia la democrática existía ó nacía en mucha gente la preocupación del origen, que mucha gente se preocupaba de buscarse abolengo. Un escritor respondió que si los yanquis buscaban á sus abuelos, los franceses buscaban á sus padres.

IX

EL VESUBIO

He ascendido al Vesubio. Como estoy solo, hago la ascensión por medio de la Agencia Cook, en una de esas caravanas cosmopolitas que parten al amanecer, todos los días, á la

conquista del cráter y de alguna insolación. Es necesario engañar al enemigo, el Hastío. Es necesario divertirse, hacer creer á los demás que uno se divierte, ó creerlo de veras buenamente.

Me tocan de compañeros en el coche un matrimonio alemán ya maduro, muy antipático, y una vieja inglesa triangular, que tiene aspecto de misionera. El vino del Vesubio, que bebo de camino, me pone de buen humor y charlatán. Miss Albión se alarma cuando le hablo de las culebras de volcán y, sobre todo, cuando le refiero que á una señorita inglesa, cincuentona, de virtud rocallosa, una ráfaga de viento la arrojó en el cráter días atrás. A duras penas la salvaron; pero su impresión fué tanta, que dió á luz allí mismo un negro.

—¿Un niño carbonizado? pregunta la ingenua imbecilidad de la alemana.

—No, señora. Sino que la señorita regresaba de una misión religiosa en Africa.

Estoy borracho, ó casi casi. Y apenas me habré tomado una botella de vino. Pero este vinillo le mete á uno el diablo en el cuerpo. El sol hace lo demás.

El alemán se pone furioso; echa pie á tierra y continúa á pie la ascensión del monte, porque refiero que en las últimas excavaciones de Pompeya se había encontrado el esqueleto de un alemán.

***

Y como no me preguntasen, cómo se supo que el esqueleto era de un alemán, yo se lo dije:

—Porque tenía los dientes muy sucios.

El triángulo británico se muere de risa.

El tudesco asegura que él abomina de estas excursiones en que un honesto viajero está obligado á codearse con toda clase de gente. Se quejará á Cook. Y como las señoras se ponen á charlar entre sí, á los pocos minutos me duermo, sin preocuparme de Germania ni de Albión, olvidándome de ambas potencias.

El cráter del Vesubio es una olla inmensa, empotrada en la cima del monte. ¿Qué almuerzo de gigantes se prepara en aquella marmita monstruosa? Alguien lanza una piedra al fondo, y del fondo surgen de súbito una llama, una columna de humo, un aliento pestífero de azufre y un vuelo de cenizas.

El panorama es maravilloso. A los pies, la copa azul del golfo, donde tres esmeraldas flotan: Ischia, Procida y Capri; al frente, Nápoles, la alegre y abigarrada Nápoles, patria de la tarantela; á la siniestra mano, las ruinas grises de la yacente, de la muerta Pompeya, y á la derecha, Portici y Resina, y bajo Resina, Herculano.

X

SORRENTO

A la hora del alba dejo Nápoles, en una carrozuela que guío yo mismo. Atravieso Portici y Resina, que ya conozco; visito Herculano y Pompeya, y cruzando pueblucho̲s de esta costa encantada—Torre del Greco, Torre Anunciata, Castellamare de Stabia, Vico y Meta—, voy á dormir en Sorrento.

Viajo en coche para gozar mejor del paisaje; pero el cielo corre un velo gris, el velo de la lluvia, sobre este panorama del paraíso. Llego á Sorrento caladó hasta los huesos, con neuralgia, y en la desilusión de haber contemplado triste, entenebrecida por la lluvia, esta alegre tierra del sol.

Entre el oro de los naranjos y el azahar de floridos limoneros, al pie de sus bosquetes de olivos, sobre una ladera apenina cortada á tajo, Sorrento, suspendida sobre el mar, Sorrento la virgiliana se despereza. Por su atmósfera transparente, por el aroma que surge de sus jardines, por el mar que lame la roca desde donde ella se inclina á verse en el espejo azul del golfo, Sorrento, esa tierra de fantasía, patria del Tasso, debiera ser la cuna de todos los poetas italianos. La primera inspiración de un poeta debía ser ésta: nacer en Sorrento.

XI

CAPRI

Cuando se arriba á Capri la imaginación y las miradas salen volando hacia la Gruta Azul, ese mágico alcázar de Nereidas, y hacia el palacio de Tiberio y los jardines felices donde el viejo Fauno imperial, como una culebra entre flores, se placía por las cálidas noches de verano en medio de una desnuda tropa de vivientes amores y una viviente tropa de ninfas desnudas.

La gruta es un agujero, en el monte batido por el mar. El agua entra en el hueco. Ese ojo de agua azul constituye la maravilla. Como la boca de la oquedad es muy estrecha entra uno acostado en la barca, movida á remo, y al erguirse lo deslumbra el prodigio.

El agua, afuera azul, de un azul intenso, más intenso que en los mares del trópico, se ha cambiado en azul claro, de una claridad única, en cosa que ya no es agua, sino luz, lapislázuli líquido, fósforo azul. El agua pierde su densidad; parece que se inmaterializa. A uno le entran deseos de volverse tritón. Se introducen las manos en aquellas aguas de encantamiento y las manos se convierten en caprichosas vegetaciones marinas.

Yo ignoraba lo que era el placer de los ojos

hasta que vi la Gruta Azul. A nada se puede comparar, porque á nada es comparable. Es de las cosas únicas existentes sobre la Tierra.

El agua viva, juguetona, parece que tiñe lo que toca de aquella claridad celeste y dulce. Al mojarse en la linfa los remos se truecan en zafiros muy claros y se franjan de sutiles escamas de espuma que espejean un instante. La impresión que produce la gruta es de suavidad inefable. La claridad de aquel azul, ¿proviene acaso de que el agua está iluminada por una luna submarina, por alguna constelación de estrellas errantes que cayeron en el mar? Por lo menos, el palacio de las nereidas, en el fondo de la Gruta, bajo el agua, esplende iluminado por lámparas de una electricidad maravillosa. Y esa iluminación aclara el zafiro del agua como una luz transparenta una lámina de alabastro.

Al salir de la Gruta echan las vendedoras de corales sobre aquella visión azul una violenta nota de púrpura.

Cuanto á las saturnales de Tiberio, el palacio, en la cumbre de un monte, yace en ruinas; muertos los laureles rosas, invadidos de cactus y de hierbas los prados de violetas, suplantadas corregüelas y magnolias por una lujuriosa vegetación de selva, embosquecido el jardín, ya no triscan sino cabras por donde ayer corrieron efebos y muchachas desnudos, al amparo de rocas de estudiada y artística salvajez. Desapa-

recieron las grutas consagradas al amor y á las ninfas; desaparecieron los estanques nevados con la nieve olorosa de los jazmineros en flor; desaparecieron los senderos de serpol que perfumaban la carrera de las capriotas en las noches livianas del Sátiro imperante.

Sólo una osada reina de Francia, en nuestros días, se ha atrevido á parodiar, ¡y cuán pálidamente! al César de Roma. Este morboso regreso á nuestra madre naturaleza le costó la corona y la vida.

Tristes días corren. Ya no se puede ni reinar. El oficio de rey no es al presente de los más lucrativos ni de los menos expuestos. Si por llevar á pacer blancos corderitos atados con cintas de seda; si por preferir las declaraciones y los besos á la sombra de un haya, frente á un estanque; si por haber leído á Juan Jacobo y admirado á Watteau le cortan á una reina la cabeza, ¿para qué vale reinar? Es preferible ser un grueso industrial de Alemania, llamarse Krupp é infectar con su oro y con sus vicios generaciones de efebos y de vírgenes, resucitando en esa misma Capri las bacanales multiformes de Tiberio. Así, al menos, cuando uno muera, se hablará de nuestras virtudes, y el emperador de Alemania, al son de las trompetas de Wagner, nos decretará honorables *per secula seculorum*.

¡Qué dulce es ser alemán por los tiempos que corren!

Si Berlín no es una gran ciudad esplendorosa como París, ni un hormiguero de hombres como Londres, ni un venerable museo como Roma, es, en cambio, una capital muy animada. La ciudad bulle en torno de sus 100.000 cervecerías, donde la cebada y el lúpulo despejan la inteligencia de los alemanes, al punto de haberles dado esa reputación universal de agradables y sutiles hombres de *esprit*. Las crónicas alegres vuelan de mesa en mesa. Si la Prensa no las relata no es porque esté amordazada, sino porque el circunspecto y previsor Guillermo II, atento siempre á la opinión pública de su pueblo, sabe que el carácter comunicativo é inquisidor de los alemanes, que algunos mal intencionados tildan de chismográfico y comadrero, sirve como desagüe y vía de comunicación de la corte y sus vecindades.

Por eso en Berlín nunca las noticias escasean. Ya es la reina Luisa de Sajonia, que se fuga con un maestro de escuela, ya son dos princesas, primas del emperador, que se enamoran ambas del mismo cochero y se denuncian por celos, ora es el látigo prusiano que chasquea sobre las espaldas de los niños polacos por el crimen de aprender estos niños el catecismo en su lengua nacional, ó un soldado que se suicida para librarse de los puntapiés y de las torturas que, algún florido oficial, lleno de ardor bélico, le inflige. Pero es la graciosa majestad de Guillermo II quien su-

ministra la comidilla diaria y da pábulo á la conocida espiritualidad de los berlineses. Un día se declara teólogo militante; otro, con tacto exquisito, en algún discurso multilingüe, para que lo entiendan todos, pone fuera de la ley á los socialistas, ó bien á la cabeza de sus escuadrones, en simulacro de pelea, se deja poner en fuga por sus oficiales.

Qué buen nieto de Arminio no habrá de enorgullecerse, por ejemplo, de los almirantes alemanes, que no se marean comiendo ostras; de esa flota cuyos cañones acaban de hundir en aguas de Venezuela tres barcos de pescadores (1).

El alma de esos barquitos se aparecerá en la hora de la muerte al Comodoro germano que los fulminó, y le dirán:

«Señor, te perdonamos. Nuestra desgracia ha causado la tuya, puesto que el honor cuenta por algo todavía sobre la tierra. No teníamos la culpa de que existiese una isla llamada Margarita, rica en perlas; no tenemos la culpa de que el emperador de Alemania quiera hacer olvidar que las princesas alemanas se prostituyen á los

(1) En 1902. Hoy, en 1915, después de ocho meses de guerra, la Escuadra alemana todavía no ha osado salir de su escondite, en el canal de Kiel, para medirse con la escuadra británica que la está esperando á la puerta del escondite, y que la provoca de mil maneras.

cocheros y á los maestros de escuela; que los generales y príncipes del Imperio — Moltke y Eulembourg, *verbi-gratia*—se encenagaban como meretrices; que otros príncipes y generales tudescos fueron, ayer no más, cortesanos y lacayos del Corso vencedor.»

Toda esta mar y costa de Parténope son tildadas, desde tiempos remotos, como cuna y albergue de las más desenfrenadas libídines. Tiberio eligió Capri; los senadores, los patricios romanos más disolutos poblaron á Baía, la deliciosa y dulce Baía recordada en una *Epístola* de Horacio y en una *Elegía* de Propercio, y cuyo nombre después ha resonado en los labios cantores de Lamartine. El magnífico Lúculo alfombra de jardines el Pausilippo, y aun se descubren en la blanda Pompeya inmarcesibles rastros de liviandad.

Por Palaiapolis y Neapolis entraron en Italia las costumbres de los griegos—las buenas y las malas—, y allí se aclimataron. Pero la culpa no es de los hombres, sino de aquel aire transparente, de aquel aire dulce como una caricia, de aquella mar azul de donde emergen, como senos de virgen, Ischia y Procida; de aquel Vesubio fertilizante, de aquel Vesubio generador, de aquel padre Vesubio que fecundiza la planta que produce fuertes vinos, y esa otra planta, la humana, que produce fuertes ó endiabladas pasiones.

La Iglesia tiene mucha culpa, sin embargo, de los vicios contra natura en toda Italia, máxime en Roma. Espantajo para la Iglesia fué siempre el instinto del sexo. Su mayor cuidado, el extirparlo en lo posible. El pecado es invención del catolicismo. Mientras gobernaron Papas, las relaciones entre hombres y mujeres revestían hipócritas fórmulas, aunque en la Silla de San Pedro se hayan sentado cínicos lujuriosos, como el tiarado asesino Alejandro VI. Si los crímenes contra natura fueron un tiempo en Italia el pan de cada día, se debe, pues, en mucho, al cesarismo de los Papas, que perdonaban todos los crímenes, todos, antes que perdonar ó siquiera tolerar el amor.

XII

FLORENCIA

No sé cuándo, no sé dónde, mis adolescentes primaveras, ávidas de admiración y ya floridas de lirismo, sorprendieron cosa atrayente: una de las Puertas del Baptisterio, de Florencia. Era un mísero fotograbado. No hubiera hecho atención tal vez á no ser la leyenda al pie de la página, que anunciaba cómo á esa puerta del Baptisterio la llamó Miguel Angel: la Puerta del Paraíso. Y no era el nombre de Miguel Angel

lo que me impresionaba, sino su frase, que despertó la confusa poesía de catecismo é historia sagada. ¡La Puerta del Paraíso! Por aquella puerta entraron y salieron fantasías de escolar. Otros grabados de monumentos florentinos, mármoles y bronces, contribuyeron á crear una poética confusión en mi espíritu. Yo de Florencia no sabía, á derechas, sino que era el nombre de una mujer que entonces me parecía encantadora. Y el nombre de la ciudad y el nombre de la mujer se asociaron en mi espíritu en vaga y confusa visión de belleza.

Como muchacho, es decir, inexperto; y como algo poeta, es decir, imaginativo, figuré la ciudad de Benvenuto, una ciudad de mármol y de bronce. Soñé que sus paredes serían de blanco paros, de brocatel jaspeado—gualda y rosa—, de serpentino, con una que otra veta carmínea y verdegay. Soñé que las puertas, en la ciudad preciosa y fantástica, serían todas «la puerta del Paraíso». Después, corrió el tiempo. La vida, más que los estudios, me hicieron aprender que las bellas soñaciones no tienen, á menudo, nada de común con la realidad de carne y hueso.

Sthendal se burla con su helada ironía de los que arriban á Roma con el alma encogida y conmovida. Pues bien, cascabelee sus risas Sthendal; muequen los ironistas de similor; yo juro que mi embarazo de arribo á Roma, que el sincero y extraño desasosiego que me so-

brecogió en el umbral de la ciudad eterna, se repitió, apenas con menor intensidad, al punto de entrar en Florencia.

Con ávidos ojos busqué la ciudad de mi infancia, la rara ciudad de mármol y bronce, al tiempo que me decía:

—Estás, pobre y obscuro gusanillo, en la patria de los genios; en la tierra de los hombres que anduvieron con las botas de siete leguas: bajo el cielo donde las águilas vuelan como vuelan las palomas bajo otros cielos: en bandadas. Estás en el país de ese Benvenuto leyendario que tú adoras, hombre de presa y de hermosura; de ese Miguel Angel, que es una adición de genios; de ese Vinci, en el pedestal de cuya estatua ha podido grabar estas palabras el orgullo de un pueblo: *renovador de las artes y de las ciencias*, frase que no tiene rival sino en el epitafio de aquel otro famoso florentino que yace en la iglesia de Santa Croce, junto á Alfieri, cerca del Dante: «*Maquivelo.—No hay elogio posible á tanto nombre.*»

Alighieri, los Médicis, Savonarola, los Guelfos, los Gibelinos, el Palacio Viejo, el Arno, Fiésole, el Palacio Pitti, Boccacio, Galileo, Donatelo, tanto recuerdo florentino que desde la más temprana mocedad nos canta en la memoria, todo, sin precisión, en tropel, como una tromba de emociones, llenó mi alma cuando pisé la tierra de esa única rival de Atenas.

Lo primero corrí al Baptisterio: quería ver *mio bel San Giovanni;* quería ver la puerta del Paraíso, el maravilloso bronce que me hizo soñar tanto en los primeros y más verdes abriles.

De Ghiberti puede repetirse lo que un pagano Papa decía del pagano Benvenuto, á objeto de excusar, ya que no podía exculpar, la sinrazón del desalmado artista: «Se le puede perdonar todo, porque es hombre único en su oficio.» Ghiberti es también único en su oficio. Este noble escultor, que idealizó el bronce—como los artistas griegos contemporáneos de Fidias y de la Venus de Milo idealizaron el mármol—, sobre escultor es también pintor y poeta del bronce.

Los paisajes de su puerta del Paraíso tienen las perspectivas de un cuadro de Ruysdael, y las escenas, llenas de gracia y poesía, parecen cantos de algunos de esos escultores de estrofas, como Leconte de Lisle ó Heredia. Pagano hasta la médula de los huesos, su Eva, su reina de Saba, todas sus mujeres del Evangelio tienen algo de griego, más bien que de cristiano, como ocurre con innúmeros artistas de su patria y época. No en balde se inspiraron, Ghiberti el primero, en la Hélade materna; no en balde bebieron en Castalia. Pero cómo pudo este hombre infundir tanta gracia, tanta belleza, tanta vida á esa serie de pequeños cuadros de bronce, que constituyen la puerta famosa?

Hacer vivir, con inmortal vida de arte, en

diminuto cuadro de materia inerte, á Caín y Abel, á Isaac y Jacob, á Moisés, á David y á Salomón; haber hecho verdaderas muchedumbres en torno de algunas figuras centrales, ¡qué maravilla! Nada tiene el Renacimiento que signifique mayor esfuerzo en la gracia, ni mayor éxito. En las mismas ornamentaciones de su puerta: flores, frutas, espigas, follajes, pájaros, cabezas humanas, qué sentimiento de la Naturaleza, qué arte para externar ese sentimiento en minúsculas creaciones, cuánta minuciosidad feliz, qué hermosura constante! Ghiberti ha coincidido con Miguel Angel en varias escenas bíblicas que ambos traducen en su arte, según moda de aquel tiempo, escenas que el uno esculpe en la puerta del Baptisterio y el otro pinta en el techo de la Sixtina.

Ambos se inspiran en los Evangelios. Ghiberti empieza por la creación. Miguel Angel también. Buonarroti, caótico y estelar, pone á flotar sobre el vacío á Dios, un viejo de bruscos movimientos terribles, que arranca, lo primero, la luz de las tinieblas, y luego siembra en los términos del cielo, con la derecha mano, el Sol, y con la siniestra la Luna. Ghiberti no: es más lírico que épico.—Miguel Angel es la fuerza; Ghiberti es la gracia.

Ambos echan del Paraíso la pareja culpada: en Miguel Angel los precitos huyen aterrorizados ante la ira vengadora del ángel, mientras

que la Eva de Ghiberti, dulce y triste, conserva en su misma fuga un halo de ingenuidad y de sorpresa. Más parece la huída de esta pareja de Ghiberti la fuga de un idilio que la fuga de un drama.

Rafael, Ghiberti y Benvenuto forman grupo aparte, entre los artistas de su patria: cada uno de ellos es la perfección en su género. En Miguel Angel puede admirarse siempre lo que Coleridge admiró en Shakespeare: «su potencia creadora omnipresente». Cuanto á Rafael, Ghiberti y Benvenuto, basta recordar una frase de Hugo respecto del Dante: «ese león anda solo.» Sí, esos tres leones andan solos.

XIII

ARTE Y RELIGIÓN

En Toscana me entró una recrudescencia de amor por nuestra encantadora mitología católica. Bien hayan los hombres del Renacimiento que eternizaron en el arte figuras y pasajes de nuestra religión. Así, los artistas hacen amar, aun de los paganos, las fábulas del cristianismo, todas rebosantes de poesía.

Gracias á los pintores del Renacimiento, en lo futuro, cuando del catolicismo ya expirante no queden sino la historia y las obras de arte, los

hombres confundirán en un solo amor á la Virgen, al Cristo, al pueblo entero de Santos, con las pinturas y los mármoles que han inspirado.

¡Qué diferencia con el seco, rígido y odioso protestantismo! Nuestro catolicismo es, sobre más hermoso, más humano. Su diplomacia acomodaticia y evolucionista honra al espíritu católico. Si continúa acomodándose á los tiempos, corremos el riesgo de que nuestra santa religión sea inmortal. La literatura católica, la de los casuístas, es parque donde hay armas en pro y en contra de todos los principios. Los jesuítas, los pobres jesuítas, calumniados á porrillo, no han hecho durante toda su vida sino buscar paliativos á las flaquezas de nuestros prójimos. Han disculpado el robo, la fornicación, la mentira, y contra la intolerancia del espíritu judaico, inspiradora de tanto Padre de la Iglesia, abrieron válvulas á todas las pasiones humanas, al través del rigorismo teológico. Por eso han sido acusados de que «toman siempre el partido del pecador».

XIV

EN LA GALERÍA UFFICI

Si de algún recinto profano se puede afirmar, sin hipérbole, que es un tabernáculo, ese recinto es la Galería Uffizi, en Florencia. Por todas par-

tes se encuentra allí el cuerpo de Cristo. Además, la belleza, ¿no tiene algo sagrado? Ella supedita las religiones, y á las religiones sobrevive. Los hombres peregrinan todavía á admirar reverentes el mármol de esa diosa de Milo, en quien ya ninguno cree. Del paganismo no restan sino los mármoles, y del paso del Islam por Europa, sino los templos árabes de España. Sólo un Dios, uno sólo, no perece: Pan, aunque los marineros de Sicilia, un día de estupor, fueron clamando por el mundo que el dios Pan había muerto.

En la Galería Uffizi, la única actitud que corresponde á un ser inteligente es la de muda admiración. Sin embargo, á uno le cosquillea la lengua, la garrulería, y en vez de callarse, en silente arrobo, chilla uno su admiración, su sensación. Italia, Italia toda tiene la culpa. Imposible pisar esta patria de la hermosura, recorrer este país de cuento oriental, donde uno encuentra á menudo el árbol que habla y el agua que canta, sin que la mano tome la pluma casi maquinalmente, sin que el estilo abra las alas líricas ó doctorales y rompa á volar. Yo he vivido, ¡ay!, en Italia, é Italia, como el Rey Midas, cambia en oro lo que toca. Recuerdo al Rey Midas porque trato de mí; si aludiese á algún colega recordaría más bien el caso de Circe, diciendo cómo Italia, al revés de Circe, convierte los animales en hombres.

Pero al lado de las cosas que nos infunden admiración existen, como en la Naturaleza, cosas que nos sorprenden ó chocan. Una de esas cosas que chocan, tal vez por la carencia de fe religiosa, es la actitud beata que los pintores del Renacimiento y aun los posteriores á esa época, ponen en todas las personas que rodean al Niño Jesús. ¿Qué actitud deberían ponerles?—puede preguntarse; y uno no sabría qué responder. Con todo, choca ver algunos jayanes en éxtasis.

Los españoles, en este punto, obraban como los belgas y los belgas como los ítalos.

El Museo de Sevilla, por ejemplo, posee, entre otros, uno de los más bellos cuadros de Murillo: un Santo presenta al Niño, que está sentado en las rodillas de la Virgen, el corazón, un corazón llameante. El corazón del Santo llamea porque el divino Niño lo ha traspasado con una saeta, que tiene en la mano. Saeta de amor, corazón abrasado, Niño, Virgen, Santo encogullado todo hermosísimo. El beato mira á Jesús con esos ojos de cordero degollado, tan comunes en estos casos.

Van-der-Goes, en su maravilloso *Pesebre*, circunda al Niño Jesús, acostado sobre unas briznas de paja que aureolan su cuerpecito, de toda la familia que encarga el cuadro, y á más de ridículas personas flamencas, el tipo insexual, con talares vestiduras blancas, una corona en la frente y grandes alas de ángel á la espalda. To-

dos estos angelotes juntan las manos, de rodillas, en actitud de oración. Por el aire vuelan también ponderosos ángeles, en la propia guisa, salvo lo de hinojados. Uno ciérnese por sobre la vaca de ojos inteligentes y por cima del filosófico asno, que rumia su pitanza de hierba como si tal cosa, convencido quizás de que la paz del espíritu está en el estómago. Girlandaio, en su cuadro *La Vergine in trono col bambino*, coloca, fuera de los ángeles circunstantes, dos santos barbudos y tiarados á una y otra mano del trono.

Ya se explicó esta anacronismo de canonizados posteros de Cristo que asisten al nacimiento del Señor por capricho y vanidad de los devotos, imbéciles compradores, que obligaban al artista á congregar un concilio ecuménico de santos, presididos muchas veces por el mismo comprador ante el Bambino celeste. La literatura de la Edad Media está, como la pintura de entonces y de mucho después, llena de anacronismos. Recuerda la crítica que en un viejo poema, *La Alexandreide*, el trovador medioeval Helinaut recita versos en la mesa de Alejandro, y que Isabel, esposa de Felipe Augusto, borda la tienda del Rey persa Darío.

Repito: qué unciosidad, qué actitud de oración y de beaterio católico, qué misticismo de ojos, qué miradas femeniles en cuantos rodean al Niño, así sean esos mofletudos y lacertosos jayanes que, á veces, figuran los santos!

—¿Por qué, preguntará alguien, se confina este hombre en detalles; por qué tanta pequeñez? ¿Por qué admirar á Ghiberti y no á Florencia; por qué le choca una nimiedad, ajena al arte, y no comprende el arte de una época ni alcanza el carácter de Florencia, póngase por caso, en la pintura italiana toda?

Ay, los árboles impiden ver el bosque.

Como un profano, un civil puede asistir á una batalla sin comprenderla en su totalidad, sin apreciar sino tal cual episodio, así un profano de arte no puede ver ni comprender ni apreciar en globo y de golpe á esta maravillosa Florencia, donde hasta humildes piedras representan su papel y dicen algo de historia, de hermosura y de arte.

Cuando Sthendal no alcanzó sino detalles en Waterloo, ¿por qué hemos de aspirar á percibir, cuantos venimos á Florencia, otra cosa que detalles?

—La batalla es efímera; la ciudad no, se dirá.

Y se dirá lo justo. Lo efímero, lo pasajero, no es la ciudad; es el turista. Vaya lo uno por lo otro. Concretémonos, modestamente, á naderías. O mejor dicho, veamos lo que podamos ver.

He aquí, por ejemplo, otra minucia que no es de admiración, sino de curiosidad.

¿Por qué Angelo Bronzino en una hermosa y amuchedumbrada tela, pinta á la matadora de Holofernes entre los pálidos y equívocos morado-

res del Limbo? Que Judit al nacer no se bañó la cabeza con agua bendita, es verdad; pero ¿no se bañó después las manos en sangre? Bastantes títulos tiene para habitar el cielo. Ignoro á derechas el papel del Limbo en la tramoya teológica; pero si constituye una como pradera de inocencia, donde pálidos seres, destituídos de conciencia, ni gozan ni sufren, comen lirios, beben rocío y miran beatíficamente el viaje de las nubes y el paso del Sol, Judit, la bella, la fuerte, ¿qué hace allí? Que la saquen, por Dios.

Mejor que la del Limbo me explico la razón de ser del Purgatorio, crisol de los elegidos. El fuego es el antiséptico del catolicismo. Y se me ocurre preguntar:

—Si después de algunos ciclos de llamas en el purgatorio, las ánimas salen puras, dignas del Empíreo, los precitos, aun los más empedernidos relapsos, ¿no quedarán también, á la postre de los tiempos, purificados por las llamas de Satanás?

¿Se esperará que nazca otro Dios, más misericordioso, que venga á sacarlos de allí?

¿Por qué para culpas de un día—un día es la vida humana—castigos eternos? No hay equidad en los dioses.

XV

HACIA BOLONIA

Por las montañas apeninas vuela el tren, de cumbre en cumbre, de Florencia á Bolonia; húndese á cada paso en el corazón de las rocas, perforadas de túneles, y sin escuchar la música de los torrentes que de las cimas se desprenden cantando, corre paralelo á un río de aguas románticas.

Primero el ímpetu del río, en las pendientes, se deshace contra las peñas en canciones y espumas; luego, en el valle, se lo beben los arenales, y se tiende silente y manso en la planicie, mojando apenas hasta la cintura de las piedras, por donde las piedras, con la cabeza fuera del agua, parecen incrustaciones en una lámina de argento.

Las colinas, labradas de surcos, llenas de ondulaciones paralelas, como el tocado elegante de una señorona, de una cortesana ó de una artista, se creyeran haber sido modelo de las montañas bíblicas de Ghiberti, de aquellas graciosas colinas de bronce esculpidas en la puerta del Baptisterio florentino.

El tren arriba al crepúsculo, casi al anochecer. El Sol poniente corona de resplandores la cima de las montañas, y el haz de resplandores, vibrados sobre la frente de los montes, ilumina toda-

vía el valle, donde el río se lamenta y donde copos de sombra empiezan á caer.

A la melancolía del paisaje se junta, en mi ánimo, la melancolía de un dolor. Una señora con dos hijas viaja en el mismo compartimiento que yo viajo. La una, la más joven, linda y fresca, en pleno mes de abril, es graciosa y riente. La otra... Nunca vi criatura más interesante. También linda y muy joven, la neurastenia parece que hinca sus garras en aquella pobre niña de ojos en pena; deshoja las rosas de sus mejillas, y de ese polvo de rosas hace jazmines mortales; tuerce aquella boca en divino gesto de amargura; enciende la desesperación en aquellos ojos; afila y transparenta aquellas manos de hostia. Pobrecita. La llevan á Milán, á ver de mejorarla. Entre las cosas que nunca olvidaré está el dolor de esa cara. No es la vecindad de ultratumba, no es la angustia de esas primaveras, no es la sola hermosura lo que hace interesante á esa mujer, sino el gesto, aquel divino gesto de amargura, la expresión de aquella boca, la llama de aquellos ojos, la actitud de aquel martirio.

Recordé otra visión de pena, otro dolor trashumante: una pálida viajera, solitaria, encontrada asimismo en un tren, beldad de ojos verdosos y ojerudos, tosedora, macilenta, como las tísicas del romanticismo, joven caja de angustias que me impresionó, años atrás, en Norte-América. Al recuerdo de esta última dama, de

juventud decrépita, compuse las siguientes estrofitas, hace muchos años:

Ay, mi pobre vecina,
cuál te clava su espina
el dolor, cuál te mina.

Toses, blanca viajera,
y tu cara de cera
es mortal calavera.

¿Dónde vas á curarte?
¿quién tu pena comparte?
Interesas al arte

por el duelo que arrojas
de tus ojos de hojas
donde anidan congojas;

por tus besos no dados,
tus amores soñados
y tus días contados;

por tus raras facciones,
adorables creaciones
de un pintor de visiones.

A la postre se arriba.

Desembarco del tren, y al trote del carruaje, entre dos luces, al amparo de sus arcadas, triste, desierta, me parece Bolonia un claustro colosal, una ciudad abandonada, una pobre ciudad muerta.

XVI

EN BOLONIA

Sin añadir ni sustraer una tilde, transcribo de mi Diario de Italia la nótula correspondiente al 19 de mayo de 1903. Desprovistos de todo afeite y de toda literatura estos apuntes de cosas vistas y de cosas vividas tienen la ventaja de conservar la sensación caliente y palpitante como cayó en el papel.

19 de mayo.—Salgo á conocer la ciudad con mi antiguo y querido amigo Manuel Multedo, secretario de la Embajada de España en Roma, con quien pasé horas encantadoras en la capital italiana, y con quien debía encontrarme en Bolonia para recorrer juntos algunos bellos rincones de este bello país.

Más que la Pinacoteca—donde en medio de la escuela de Bolonia: los Carrachi, Reni, Francia y el bravo Dominiquino — triunfa la Santa Cecilia, de Rafael; más que la Universidad, faro prendido durante la tiniebla medioeval; más que el Neptuno, de Juan de Bolonia, tridente en mano, de pie en la fontana pública sobre un grupo de Nereidas, por el pezón de cuyos senos desnudos y providentes brota el agua; más que las dos torres de Pisa, de

Bolonia; más que las iglesias, lo que mejor me impresiona y seduce es la ciudad misma, su tipo, su carácter, su originalidad.

Aquí no se cree uno en la calle nunca. Como se camina por dondequiera bajo arcadas, la ilusión de los ojos es un inmenso palacio de arquitectura extraña y monótona. En plena vía pública uno se piensa en los corredores de su casa.

Cada una de las ciudades de Italia posee *cachet* peculiar. Esta observación ha debido hacerla mucha gente y debe de ser un lugar común aquí. Pero como yo visito á Italia por vez primera, ignoro si mi observación es lugar común, aunque la comprenda superflua y trivial. No la borro, sin embargo. Más bien prefiero explicarme la razón de esa desemejanza entre las ciudades itálicas.

Esta desemejanza de las ciudades entre sí, depende quizás no sólo de que tales ciudades no formaron hasta ahora un todo político, una unidad nacional, una patria homogénea con instituciones y costumbres comunes, sino de que los orígenes de cada ciudad ítala son diferentes; y ya se sabe cuánto influye una gota de tal ó cual sangre en la concepción de la vida y del arte, para no mencionar su manifestación en las instituciones políticas. Roma es latina; Nápoles, griega; Florencia, etrusca; Bolonia misma es de origen etrusco-galo. El tiempo es mortero que machaca y funde las razas que se mezclan. Pero

unas gotas de sangre, como se insinúa líneas antes, sirve para dar color á la imaginación, para imponer sello al alma, para diferenciar toda una civilización de otra civilización casi gemela.

Almorzamos con los estudiantes en el Colegio de España. El Colegio, fundado á promedios del siglo XIV por el cardenal Albornoz, es un caserón secular, triste y famoso. Cuando recorremos el edificio para que yo lo conozca, al llegar á ciertas habitaciones, un estudiante me dice:

—Estas son las mías. En ellas vivió San Pedro Arbués.

La noticia me desconcierta y me llena de curiosidad y de inquietud. Y busco en aquellos muros severos si por ventura flota allí algún indicio, alguna partícula, del alma de ese terrible santo.

Un italiano distinguido, R..., que habitó mucho tiempo en Venezuela, y que vive ahora en Bolonia, nos invita á comer en su casa. En la comida los vinos abren las válvulas de la elocuencia á Multedo, que cuando más las tiene entrejuntas, nunca cerradas. Su charla irrestañable corre como un río desde las siete hasta la media noche. La sociedad en casa de R... es de lo más simpática. Cinco mujeres jóvenes é inteligentes, de las cuales dos bastante hermosas, se apresuran á adivinar vuestro pensamiento, mal expresado en la lengua extranjera, y á suplir con sonrisas de inteligencia ó de buena intención vuestras deficiencias de italiano.

Después de la comida llega el poeta Severino Ferrari, á quien Carducci deja su cátedra en la Universidad cuando se ausenta de Bolonia, como nos lo hacen saber. Ferrari es hombre pequeño, de edad media, lleno de talento y de modestia. sobre todo de modestia. Una de las muchachas lee varios sonetos de Ferrari. Se conoce que en la casa lo aman y consideran mucho.

La conversación toma giro literario, siendo las señoritas quienes más baza meten, como enamoradas de cosas de arte y acostumbradas á tener opinión.

Se trata de Carducci, que es el ídolo de Bolonia; de Stechetti, de Pascoli, de D'Annunzio. A D'Annunzio todos le tiran piedras. D'Annunzio es para los italianos el innovador, el escandalizador, el enemigo. Para las mujeres, el amante de la Duse, el artista del pecado, el diablo que huele á París. Todo, por de contado, de dientes afuera, que en el fondo ellas lo aman por esos mismos defectos de que lo acusan. Una de las chicas empieza por decirme que sólo conoce de D'Annunzio los versos, y termina por confesarme, *sotto-voce*, puesta entre la espada y la pared, que se ha delectado con las novelas del grande artista.

Pascoli, muy á la moda en Italia, es tierno y sentimental poeta, por quien, á pesar de todo, no he podido entusiarmarme. Desde que llegué á Italia me pregunta todo el mundo:

—¿No ha leído usted á Pascoli?

O bien, me aconsejan:

—Lea usted á Pascoli.

Bueno: he leído á Pascoli; me parece de un misticismo y de un sentimentalismo feliz á menudo, á veces tonto, siempre dulzón. Italia cuenta otros poetas vivos, iguales á él, cuando no superiores. Basta comprar una Antología y hacer la comparación.

(De Giovanni Pascoli he traducido meses después este poemita, que me gustó desde que lo leí por vez primera:)

LA ENCINA CAÍDA

La encina yace en tierra, sobre el campo
que ayer no más cubrió de sombra extensa.
Cesó el luchar con fieros vendavales...
La gente dice:
—¡Ay, Dios, cómo era inmensa!

Entre las ramas se columpian nidos
que la alta encina cobijó piadosa;
pobres nidos de abril! Y el populacho
prorrumpe:
—¡Ay, Dios, cómo era generosa!

Y todos hacen de la encina leña...
y al partir, ya en la noche, hacia el hogar,
oyen el desespero de una tórtola
que busca el nido sin poderlo hallar.

XVII

CONCLUSIÓN

Terminan, mi querido Ruben Darío, estas notículas de Italia. Tengo, sin embargo, otras, lo bastante para un volumen. Aquí no menciono á Milán, donde encontré viejos camaradas artistas y corrieron para mí días felices, ni recuerdo aquellos divinos lagos de Lombardía, á cuya vecindad hasta el más ínfimo *commis voyageur* debe de sentirse un poco poeta.

Peco también al omitir nombre y recuerdos de Venecia, la ciudad de las lagunas y las leyendas, cuyas piedras románticas, talladas por Sansovino, se reflejan en el agua de los canales, surcadas de góndolas cantoras; donde San Marcos estilita vela sobre la ciudad, desde su columna de granito color de rosa, y los caballos de Lysippo, al frente de la Basílica, echan á correr en ilusión, arrastrando como un carro de triunfo, dorado y pintoresco, la esplendorosa, la bárbara, iglesia bizantina.

Otros recuerdos íntimos que traigo de esa tierra se los he conversado á usted, querido poeta, en un crepúsculo de estío, mientras nuestro coche se cruzaba en la Avenida de las Acacias, en el Bosque, con los trenes de las artistas, de las cortesanas, de las burguesas ricas, de las ex-

tranjeras derrochadoras, de todo este mundo risueño y elegante de París que, como nosotros mismos, olvida—quizá porque lo recuerda demasiado—el consuelo desconsolante de Elifaz el Temanita:

—«Y vendrás en la vejez á la sepultura como el montón de trigo que se coje á su tiempo.»

V

VIAJE AL ALTO ORINOCO
1905

VIAJE AL ALTO ORINOCO

I

CIUDAD BOLÍVAR

Luego de cinco días de navegación amanecimos una mañana frente á Ciudad Bolívar. La capital de nuestra Guayana, vista desde á bordo, en la bruma del amanecer, con sus torres blancas, sus casas blancas, sus contornos áridos y en el fondo una pirámide berroqueña, aparecía en el horizonte, acurrucada sobre una roca, orillas del famoso río. El buque se va acercando lentamente. La ciudad, coronada de azoteas, se divisa mejor. Parece una ciudad árabe, y hasta me recuerda vagamente, sin que sepa cómo, el panorama de Jerusalém, visto no sé cuándo, no sé dónde.

Aquella ciudad que veía por primera vez evocaba en mi espíritu recuerdos patrióticos. Allí se combatió con rudeza por la nacionalidad. Allí se fusiló á Piar en 1817. Allí se fundó la

Gran Colombia en 1819. A la belleza del paisaje se reunía la belleza de la historia. Pisé tierra bajo los más gratos auspicios.

La estancia allí fué prolongada, sin pensarlo ni quererlo, en los preparativos de una internación en las soledades del Alto Orinoco. Recién nombrado gobernador del Territorio Amazonas, me encaminaba á tomar posesión del destino. Tuvimos que lamentar una desgracia con que se iniciaba la expedición, siendo la primera salpicadura roja de esta odisea que iba á acabar en sangre. Arvelo Larriva, que debía juntarse con nosotros en Ciudad Bolívar para acompañarnos al Territorio Amazonas, de que ya era conocedor, tuvo un lance personal con el propietario del hotel donde vivíamos y le tendió muerto de un balazo. La multitud, furiosa, penetró en el hotel dando gritos y amenazándonos á todos. A duras penas pudimos salvarlo y salvarnos nosotros mismos de las garras enfurecidas del populacho.

Por fin, con el dolor de dejar á Arvelo Larriva en la cárcel, partimos hacia el Territorio Amazonas á bordo del vapor *Apure*, que nos condujo hasta Caicara, pueblecito pecuario, rudimentario y pintoresco, situado á la margen derecha del Orinoco, frente á la desembocadura del caudaloso Apure.

Aquí es donde comienza lo épico de la odisea. Hasta aquí hubo música y champa-

ña y compañía de innúmeros caraqueños que se enderezaban á los llanos de Apure; pero nosotros tuvimos que abandonar el vapor en Caicara y proseguir la navegación en piragua, tripulada por indios, á vela y remo.

Una mañana, á cosa de las nueve, partimos. Era el día radiante, soplaba viento propicio, la piragua desplegó su única vela, y orgullosa y feliz comenzó á remontar la corriente. No tendría el barquichuelo más de ocho ó diez metros de largo, por dos y medio metros de ancho, en lo más ancho, y calaría á lo sumo dos pies. Iba allí, Dios sabe cómo, bajo provisional y arqueado techo de palmas, toda la expedición: mis hermanos Augusto y Haroldo, Francisco Alvarado, que iba á ser mi secretario, Rafael Benavides Ponce, y un criado; con más, el patrón del barco y cuatro marineros. En otra embarcación iba acompañándonos un joven cauchero de Río Negro, quien, por su baquía de aquellos parajes fué muy útil durante la travesía.

A cosa de la una, atracó la piragua en sitio favorable. Los indígenas prepararon nuestro almuerzo, que devoramos á la sombra de copudos árboles. No bien se almorzó, partimos. La tarde fué magnífica. El viento soplaba de firme. La piragua volaba. Navegábamos cerca de una orilla é íbamos, como es de suponerse, viendo tierra de un lado. Por la opuesta ribera se extendía el Orinoco, inmenso, rever-

berando al sol, como un río de plata y de oro, hasta perderse de vista en el horizonte.

De la vecina selva partían de vez en cuando, con un pesado vuelo, bandas de garzas róseas, de un rosa pálido, y albicantes garzas de nieve. Otras veces mirábamos de pie, sola, meditabunda, sobre una piedra en medio del agua, alguna garza impoluta, cristalización de espumas clarísimas. En ocasiones verdes vuelos estridentes partían de la selva: vuelos de pericos, de loros; y cuando menos lo pensábamos, una bandera caprichosa, azul, rosada, verde, roja y amarilla abigarraba el cielo con sus múltiples colores. Era que nuestro barco asustaba las guacamayas.

Como á las siete, claro todavía, arribamos á un islote de arena, en el centro del río. Allí debía pernoctarse. Mientras los indios preparaban de comer y los demás nos tendíamos envueltos en nuestras cobijas ó capotes, sobre la tibia arena que iba á servirnos de lecho aquella noche, bajo el claro cielo que empezaba á estrellarse, Benavides Ponce se dió á recorrer la ínsula. Encontró cosas blancas que parecían huevos inmensos. Partió una de aquellas cosas blancas de un machetazo y de la cosa blanca salió una cosa oscura, viva, chillona, amenazando, mordiendo: un caimancito que brotaba del cascarón con todos los instintos de su especie y de algunos ejemplares de la nuestra. Benavides

nos llamó á gritos: acudimos, empezamos á romper cascarones y á ver salir pequeños monstruos.

Aquí estábamos de la diversión cuando á un demonio de indio se le ocurrió decir que la caimana madre no andaría lejos y que no sería de extrañarse, durante la noche, su visita. El gozo se fué al pozo. No faltó quien manifestara que cumplía recibir cortésmente, en nuestro provisional domicilio, á la señora Caimana, madre de tan bien dentados garzones; pero en puridad de verdad, la noche no iba á ser muy regalada para quienes no tienen la costumbre de los tibios colchones de arena, bajo el cielo estrellado, al arrullo del Orinoco, ni de recibir la agradable sorpresa de una caimana madre á quien se ha destruído en la cuna sus más tiernos infantes.

Con el alba partimos.

El paisaje, ya conocido nuestro, nos distrajo menos que la víspera. La carne, ya no fresca, hubo que comerla salada. Y empezó el hastío, si no á sentirse, á presentirse. Para distraerlo nos divertimos en ensayar nuestros winchesteres, contra los ruidosos y burlescos araguatos que á la vera del río cabriolaban en los árboles. A la vista ó al rumorcillo de nuestra embarcación rompían á chillar los araguatos, alborotando la selva, y se escapaban á toda prisa saltando de mata en mata. Su piel,

color de azafrán, rojeaba entre los verdes follajes, en la carrera á saltos que emprendían por las copas de los árboles.

Estos monos cobrizos me hicieron pensar ¡quien lo creería! en Víctor Hugo.

El poeta, sin haber, de juro, contemplado una aérea fuga de araguatos, á orillas del Orinoco, supo, si no pintarla, sugerirla, cuando evocó los Duendes en alguna de las más preciosas *Orientales*. Y hasta que no vi monos, yendo y viniendo de rama en rama, por grupos ó en bandadas, no alcancé toda la hermosura del poemita hugiano. En el poemita, el metro, corto y suave al principio, se va estirando y encrespando á medida que la banda bullanguera de los duendes se aproxima, hasta atronarlo todo, y luego torna el metro á encogerse y suavizarse, á medida que la algarabía de los duendes se va alejando, como la batahola de los monos, poco á poco, por las copas de los árboles.

Disparábamos también sobre los caimanes cuando se dignaban sacar á flor de agua sus hipopotámicas costras, ó bien cuando se tendían en la playa, al sol, abiertas las enormes fauces.

Una de estas primeras noches del Orinoco ocurrió una escena indescriptible con gran iluminación de luz eléctrica: una tempestad.

La tarde se había ido encapotando. A las seis, apenas se veía. Atracamos, en consecuencia, más temprano que de costumbre en una ensenada del

terreno, al pie de altura plantada, como una huerta, de guayabos. Se colgaron entre guayabos chinchorros y hamacas; por encima de cada lecho colgante se pasó un cabestro, que iba de cabuyera á cabuyera, y por sobre el cabestro de cada hamaca tendió cada uno, á caballo, como sábana á secar, la propia cobija, por donde quedamos bajo un techo escurridizo de balleta, y no ya en lecho, sino en yaciga flotante. Por esta industria de los indios pudimos esperar, ya menos temerosos, el diluvio que se nos venía encima.

El Orinoco, por allí, divide tierras de naturaleza absolutamente distintas. A la margen derecha, donde éstábamos, empieza una zona montañosa de bosques y selvas interminables; la margen izquierda es la zona llana de los pastos, planicies herbáceas de cientos y cientos de leguas.

En frente de nosotros, pues, más allá del río, se extendían las pampas del Guárico, los dilatados llanos del Suroeste de Venezuela. Y los llanos, y el río, y el cielo, y la selva, todo comenzó á iluminarse de súbito á la luz de los relámpagos, no de fugaces relámpagos, sino de relampagazos lentos, vastos, magníficos. Era un espectáculo nunca visto por nuestros ojos y que nos sobrecogía de pavura y nos llenaba, al propio tiempo, de encanto. El cielo se abría, al Este, cada medio minuto, y de aquella apertura salía

no un zig-zag de oro, no una raya de fuego, no un chorro de luz, sino una pálida y luenga llamarada que se espaciaba, iluminaba toda la pampa y reverberaba en el solemne río, cuyas aguas, de turbias, corrían trocándose en aguas de topacio. El espectáculo duró como una hora.

Luego rompió á llover. Las gotas de lluvia, gruesas, pesadas, repicaban sobre las tendidas cobijas. El Orinoco rugía como el mar. La Naturaleza nos hacía la revelación de toda su fuerza y magnificencia. Era imposible no pensar en la infinita pequeñez del hombre ante aquella potencia de los elementos. Y sin embargo, el átomo, el infusorio humano, había descubierto secretos de la Naturaleza, se había defendido contra ella y en parte veíase triunfador. Pero qué, ¿no es el hombre también, no es la inteligencia, otra manifestación, otra fuerza de Natura? Cállate, gusano, doblega la frente y calla, ya que tienes la dicha de ser capaz de admiración.

II

UNA CURIARA EN LA NOCHE

Llueve toda la noche, amanece lloviendo y durante el día entero no cesa de llover. Avanzamos bastante. A las once ó doce de la mañana advertimos otra embarcación que vie-

ne río abajo; es decir, en sentido inverso á nosotros. Gente del Río Negro.

Interrogados los viajeros suministran pésimos informes sobre el estado político del Territorio Amazonas. El gobernador agonizaba cuando ellos pasaron por San Fernando de Atabapo. Y aprovechando el desorden consiguiente debía estar ya, á aquellas horas, invadido el Territorio por alguna de esas bandas de forajidos que, so pretextos políticos, se derraman en aquellas soledades cuando menos se piensa con el intento de robar ó de satisfacer odios y venganzas personales.

El Territorio Amazonas entre los límites de Brasil, Colombia y Venezuela es un fragmento de América tan crudo, en pleno siglo XX, como la América de los Conquistadores.

El jefe de la invasión, á mano armada, según informes de los rionegreros, debía ser Francisco Mirabal. Recordé que de este Mirabal se me habló en Caicara, por sus veleidades guerrilleras, como de probable amenaza para el Territorio, pues sobre hombre travieso y á la sazón mal avenido con cuantos iban por allí á ejercer de pretores, era popular y lo aureolaba el éxito de 1898, cuando se erigió en árbitro de aquellas comarcas, luego de agredir y poner en fuga al gobernador.

Mis hermanos me preguntaron:

—¿Y con esos informes tú pretendes continuar el viaje?

—Sí, pretendo.

—¿Sin tropas?

—Sin tropas.

—Sigamos, pues, convinieron ambos.

Comprendí, sin embargo, aunque tarde, que fué torpeza hija de mi inexperticia el salir á tomar posesión de un país salvaje y desierto con cuatro compañeros y un criado. Pero á lo hecho, pecho. ¿Volverme? Le tengo más miedo al ridículo que á la muerte.

Esa noche sobrevino un incidente, al que coadyuvó, de seguro, la conciencia de nuestra inseguridad, el estado de ánimo en que nos dejó la conversación con los viajeros de mediodía. Lo referiré. Dormíamos á pocos metros de la playa. A la alta noche me despertó Alvarado.

—Río abajo, me anunció, desciende una embarcación. Se dirigía hacia la nuestra; creyéndose observada, probablemente, apagó luces; pero anda cerca.

Llamé á mi hermano Haroldo. Le dije que verificara la nueva y luego viniese á noticiarme de lo que ocurriera. Al cabo de un cuarto de hora, poco más ó menos, regresó Haroldo.

—Una embarcación, en efecto, pasó junto á la nuestra y anda buscando dónde atracar.

Salí entonces personalmente á ver lo que

fuera. Playa abajo eché á andar con mis cuatro compañeros y el patrón del barco, todos armados de winchesteres, menos el patrón. Este no me inspiraba mucha confianza. Lo llevé más bien como prenda de seguridad, no fuera á ocurrírsele abandonarnos, sin barco y sin provisiones, en aquella playa desierta, caso de que oyera lucha, ya por miedo, ya por complicidad con algún posible malhechor.

Apenas anduvimos un cuarto de milla menos quizá, se divisó la embarcación acercándose á la playa. Corrimos á su encuentro, y no bien acababa de atracar, la tomamos por asalto. Los tripulantes se alarmaron mucho. Eran pobres marineros en busca de lugar propicio donde pernoctar. Se conversó. Nos obsequiaron con huevos de tortuga, detestables por viejos y recocidos. Le regalé unos cuantos bolívares á la joven mujer que venía á bordo, y nos fuimos los de nuestra expedición á nuestro campamento.

El día siguiente fué bueno.

Ni sol ni lluvia. El día, brumoso, entoldado, nos permitió encarnizarnos á tiros de winchester contra los caimanes. Sobre una peña, en el centro del río, divisamos una cosa enorme rebullándose; parecía un rollo de soga atigrado, grueso, de un metro de altura: era una culebra de agua.

Esa tarde leímos páginas de Castelar, cuyo verbo caudaloso no hizo mal papel junto al

Orinoco; y recitamos poesías. Hasta me puse á improvisar versos. El recuerdo del Libertador que de vuelta del Nuevo Reino de Granada, recién conquistado por él, escribió sobre aquellas mismas ondas, en barquichuelo no más grande que el nuestro, quizás, el Mensaje sublime de 1819; el recuerdo de los audaces conquistadores que tantas veces surcaron aquellas aguas en busca de imperios desconocidos que someter, hombres de mi raza, hombres de presa que persiguieron por estas mismas playas la visión del Dorado; todas las memorias heroicas, desde la del conquistador Diego de Ordaz hasta la del libertador Manuel Cedeño, que por allí anduvieron en guerras y aventuras, todas las memorias de audacia y crueldad de los que por allí buscaron, cuando la conquista, el Dorado, y cuando la guerra emancipadora, la Libertad, se apiñaron á mi mente.

La tarde iba pasando; las impresiones y remembranzas, no.

Prorrumpí:

Yo tengo el alma antigua de los conquistadores;
Orinoco, los Andes... etc.

La convicción de que algún día, no lejano, serán emporio tan vastas y ricas soledades, á las que no faltó sino gente para ser el granero del mundo; el anhelo de poder contribuir á civilizar aquellas feraces y bellas porciones de

la patria, cuantas ideas de ambición y de grandeza se despiertan en presencia de aquellas selvas guayanesas y del famoso Río, cuanto de lirismo revuelve en alma cantora el amor nuevo é incógnito que se despierta por aquella ruda y maravillosa naturaleza, me hicieron romper en tan malos y presuntuosos alejandrinos.

¿Será cierto que los poetas estamos condenados á la soñación, mientras los fuertes obran y crean? No, no. El ensueño es noble, entre otras cosas, por cuanto puede traducirse en acción. El mayor poeta es aquel que se expresa en actos nobles, transcendentales. Acaso por eso, y no sólo por el verbo de oro y la fantasía con alas, escribió José Martí, del Libertador: «El primer poeta de América es Bolívar.»

III

TEMPESTAD Y AGUARDIENTE

Poco después arribamos al pueblo de Urbana. Si Caicará se yergue enfrente de la desembocadura del Apure, Urbana se pavonea á la sombra de sus montañas, no lejos de la desembocadura del Arauca, navegable y afluente del Orinoco, como el Apure, y como el Apure vía de comunicación con el centro de la República. Era el último pueblo que debíamos en-

contrar en jurisdicción del Estado, cuya capital es la antigua Angostura.

Allí despedí al criado por camorrista y holgazán. Allí encontramos á un antiguo conocido nuestro, Desiderio Zamora, que nos obsequia con carne fresca, leche fresca, queso, pan de maíz, ponches de huevo y varias botellas de un aguardiente delicioso. Allí cambiamos la piragua por un barco grande, con cocina, con relativo confort, á que dan el nombre de gabarra.

A la segunda noche de nuestra salida de Urbana empezó á llover y el día subsiguiente no cesó la lluvia. Al contrario, hacia las nueve de la noche se desencadenó la tempestad. ¡Qué oscuridad! La sombra pudiera partirse con cuchillo: tan densa era. No se escuchaban sino los rezongos y silbidos del viento.

Como la lluvia y el viento nos incomodan, sobre que nosotros á nuestro turno estorbamos las maniobras de la marinería, nos encerramos en la bodega.

De súbito, un batacazo. Creemos los encerrados que la gabarra encallaba. Hasta supusimos que pudiera irse á pique. Queremos salir. Alvarado empuja las tapas ó planchas que cubren la entrada á la bodega. Las planchas no ceden. Empujamos con todas nuestras fuerzas reunidas: nada. Damos voces: nuestras voces, ahogadas por los aullidos del huracán, no son oídas. Presos en aquella trampa, hacemos de tripas

corazón. Corren dos horas. Nos perdemos en suposiciones: el peligro es fértil en hipótesis.

Por fin, se le ocurre al patrón venir á ofrecernos una taza de café.

El viento fué calmándose poco á poco; el tiempo, serenándose, y como á media noche lograron los marineros atracar, sin peligro, al amparo de un montezuelo que penetra en el río, abriéndose en media luna. No siendo propicia la oscura noche á la orientación, y menos al desembarco, esperamos á bordo el amanecer, y al amanecer se buscó y encontró el sitio de Santa María.

Santa María éra nada menos que la casa y hato de Francisco Mirbal. Sabiéndolo, dispuse la víspera que arribásemos allí y no á otra parte. Mirabal estaba en su casa, y todo le cruzó por la cabeza menos la idea de invadir el Territorio. Es un hombre de pura raza blanca, no mal apersonado, como de cuarenta y cinco años los ojos garzos, el cuerpo atlético, de buenas proporciones, y el castaño bigote comenzando á tramarse con hilos de plata. En resumen, hombre el más simpático que pueda imaginarse. Me juró que las hablillas eran tretas de sus enemigos para que el gobierno lo persiguiera. En prueba de su buena fe me entrega unas viejas armas que posee, y escribe, bajo mi dictado, una protesta de adhesión al gobierno nacional. Parecióme persona de ideas ul-

traconservadoras, enemigo de los hombres y de las tendencias liberales, pero bonísimo sujeto.

Despido á los marineros. El propio Mirabal nos proporciona bestias de silla, y un amanecer partimos á caballo al través de las pampas.

No partimos con Mirabal, que nos sirve de baqueano, sino Augusto, Pancho Alvarado y yo. Haroldo sigue por agua en compañía del joven comerciante de Río Negro. Cuanto á Benavides, desalentado ante la inclemencia de aquella prolongada travesía, manifiesta deseos de regresar á Caracas, y yo se lo permito de muy buena gana.

Cabalgamos todo el día.

La pampa, verde y unida, hace horizonte por todas partes, como el mar. No se divisa sino el azul del cielo, arriba, y el verde de los llanos cubiertos de gramíneas, abajo. A la sombra de algunos árboles, que de trecho en trecho erigen sus copas al aire, ó á la vera de algún pozo, vacas y toros sestean ó pacen; y sus pieles, manchadas de blanco y de negro, de blanco y de rubio, ó bien barcinas, enceradas, barrosas, sirven como descanso para el ojo, fatigado á la postre de tanto verde y de tanto azul.

El calor sube de punto á mediodía. Hácese necesario poner entre los rayos del sol y nuestros cuerpos un obstáculo, y, á usanza llanera,

nos calamos las cobijas. Dormimos en un rancho, no lejos del Orinoco.

Al amanecer pasamos el río, personas y caballerías, en balsas inverosímiles y peligrosas. En este lugarejo, nombrado si mal no recuerdo *El Tigre*, donde existe un vecindario de ranchos que apenas llegarán á media docena, se pierden veinticuatro horas, mientras se envió á buscar y venía el baqueano con quien debíamos seguir por tierra hasta la entrada del Territorio.

Mirabal se empeña en disuadirme de la idea de practicar el viaje por tierra hasta el raudal de Atures.

—Es casi imposible, me asegura. No encontrarán ustedes ser humano en extensiones vastísimas. Aparte del peligro de serpientes y de alimañas—porque el de los indios salvajes es quimérico—, el peligro mayor consiste en el paso de ríos, caños y morichales profundos y torrentuosos, y la travesía por sabanas repletas de aguas en esta estación de lluvias. Lo más probable es que algún obstáculo les obligue á devolverse. En verano sería otra cosa. Pero en invierno...

No hice caso, y me dispuse á la pintoresca cabalgata por los desiertos orinocenses. Más que las lluvias, más que los morichales rebosantes y sabanas inundadas, más que serpientes y alimañas, me preocupaba el hambre que pudié-

ramos pasar, aunque no tanto como para renunciar á conocer aquellos desiertos maravillosos de nuestra Guayana.

Partimos. La comitiva de tierra se componía de Augusto, Alvarado, el baqueano, José y yo. Haroldo y el joven comerciante de Río Negro, conduciendo el equipaje, siguieron por agua, Orinoco arriba.

Debíamos juntarnos todos, días después, en el pueblecito de Atures, cerca del cual se libra la formidable batalla del agua con el granito, del río con la montaña, formando uno de aquellos célebres raudales del Orinoco, el raudal de Atures.

Sin más en el estómago, después de veinticuatro horas, que una corta ración de carne frita, casi podrida, más para producir náuseas que para nutrir á nadie, nos enderezamos, conducidos por el baqueano, á un rancho donde celebraríamos las bodas de Camacho.—Al arribar vimos—¡qué alegría!—gallinas, pavos, patos, cerdos, ovejas, vacas. Y todo en abundancia.

Encontramos al dueño del rancho, un viejo borrachín, tendido en su hamaca, junto á un garrafón de licor. Una suerte de bruja, flaca, macilenta y paralítica, atizaba carbones, á cuyo fuego cocía una marmita.

El viejo recibió la visita cortésmente; con la tradicional hospitalidad generosa del campesi-

no venezolano, capaz en ciertas provincias centrales de quitarse el bocado de la boca y la camisa del cuerpo para obsequiar al huésped. Lo primero que el llanero brindó fué un vaso de vino.

—Es un vinito blanco dulce, que me traen de Ciudad Bolívar, informó nuestro personaje.

Apuré de un golpe el vaso, contento de gustar el excelente vinillo blanco de Ciudad Bolívar. ¡No lo hubiera tomado, máxime en la extenuación del prolongado ayuno! Lo que llamaba aquel buen hombre vinillo blanco de Ciudad Bolívar—lo supimos después—era aguardiente doble endulzado con melaza de papelón.

El vinillo en dos minutos se me subió á la cabeza. Allí fué Troya. Me emborraché, y la borrachera me puso furioso. Quise reñir con el viejo, á quien eché por tierra, y luego la emprendí contra todo el mundo. Por fortuna, mi hermano Augusto, que jamás prueba gota de licores, estaba en su juicio, pues los demás, tan borrachos como yo, no eran una garantía. El viejo, por su parte, empuñó una lanza enastada en un asta de tres metros, amenazando pasarme de parte á parte. Y lo hubiera practicado como lo decía á no ser por Augusto. En el furor de la brega por no dejarme desarmar de un machete que blandía desaforado, cercené un dedo á mi pobre hermano. Desarmáronme á la postre, me propinaron café, limón agrio; y echado en un

chinchorro quedé profundamente dormido durante diez horas. Al día siguiente, con el estómago como una brasa, y vacío por añadidura, no pude tomar sino café. Con dolor insufrible de cabeza y estómago emprendí viaje, á caballo, en cuanto amaneció.

IV

A CABALLO POR LAS SELVAS DE GUAYANA

Bastimento no llevábamos, ni se podía. Debíamos ir escoteros. Llevábamos, sí, una taparita con polvo de café y otra con sal. Los venados, según afirmó José el baqueano, abundan por los desiertos orinocenses que nos disponíamos á recorrer. Nos alimentaríamos, pues, de la caza.

El viaje, que ahora comprendo una locura, ó, por lo menos, una tontería, en aquellas circunstancias, me encantaba en aquel momento. Pasar ocho días viviendo como salvajes, de la caza, atravesando por donde tan pocos hombres civilizados lo han hecho, conociendo *de visu* un rincón de la patria puesto en olvido, me sedujo, y ahora mismo, mientras escribo, rodeado del *confort* de una capital europea, comprendo que debía seducirme, y no me arrepiento. Siquiera puedo referir mis recuerdos.

Viajamos durante la mañana toda por una pradera. Como á las dos de la tarde arribamos á un sitio nombrado Agua Aurena. Allí, al borde de un caño, se erguía un rancho de palma moriche y junto al rancho, entre bardas, explayábase anchísimo corralón de ganado. En torno del bohío cacareaban gallinas. El corral, lleno de vacas. El rancho, vacío.

Gritóse, anunciándonos: nadie acudió. Nos apeamos de las cabalgaduras y nos dispusimos á echar mano á alguna gallina y ordeñar alguna vaca, pues todos sentíamos apetito, máxime yo, que no probé ni el más ligero piscolabis la víspera ni aquella mañana, con motivo de la embriaguez.

José, además, nos afirmó que no tropezaríamos, á partir de allí, hasta Atures, ni rancho ni ser humano. La espectativa de ponernos á cazar con el bandullo vacío no era muy lisonjera, sobre todo á la vista de lucias vacas que producen tan buena leche y de gordas gallinas que producen tan delicioso caldo.

A la postre se presentó, cuando menos lo esperábamos, como por escotillón, un viejo que todo él parecía ente de encantamiento. A pesar de los retortijones del hambre, aquel viejo me hizo profunda impresión. Era un anciano alto, atezado, de luenga barba de nieve y cabellos cumarañados, flotantes, blancos también. Llevaba una vara silvestre, descomunal, en la dies-

tra; un bastón, más que bastón, cayado. Cubrían su cabeza hilachas de un sombrero que fué de terciopelo color de azafrán. Iba descalzo, sin camisa, los calzones reducidos casi á guayuco. Lo esencial de su indumentaria era el llevar, terciada, una piel de tigre.

Ninguna de las personas que lean la descripción de este viejo creerá que lo esbozo como lo vi, sino que atribuirán el boceto á fantaseo, á ganas de alucinar con lo pintoresco ó lo raro. No. Digo en eso, como en todo, verdad. Ni la desnudez, ni el cayado, ni la piel de tigre, ni el sombrero en hilachas, ni los calzones de guayuco, son invenciones mías. Son la humilde verdad. E incurro en tales digresiones porque imagino que hasta entrevisto al través de ajena pluma, este hombre de las cavernas, esta suerte de profeta bíblico, bueno para un pintor, causará la impresión de extrañeza que nos produjo á Alvarado, á Augusto y á mí. A José, no. José lo conocía.

Pedimos qué comer al anciano de barba fluvial, viviendo por un instante la vida de una Egloga; pero el viejo quiso romper la tradición generosa del campesino patrio y participó que nada tenía, absolutamente nada, que ofrecernos. Le prometimos pagar lo que exigiera. En vano. El viejo no se allanó á servirnos Sin hacer caso de aquella testarudez le puse en la mano, por insinuación de José, dos monedas de cinco

bolívares. Entonces el troglodita, exorable, convino en que echásemos el guante á dos de sus volátiles.

En minutos dejamos tendidas á tiros de revólver tres gallinas, y el demonio del viejo, con agilidad de gamo, increíble en tan barbudo profeta, suministró cuanto le pedimos para aliñarlas y cocerlas; hasta desencamó, para nuestro servicio, quién sabe de dónde, un par de mujeres no más decentemente vestidas que él.

Ya al partir me regaló un queso como de cinco libras y me pidió—¡quién lo dijera!—unos zapatos, lo que prueba que si iba descalzo el buen señor era por no tener zapatería en el vecindario, no por su gusto. Me reí mucho del antojo, porque aquellos zapatos, de seguro, no eran de su medida. No se los dí; pero como el añoso personaje, por su figura grotesca y venerable me había caído muy en gracia, me quité la americana y se la regalé. No soñó jamás aquel paltó, hecho cerca de la Opera, en París, que iba á terminar su carrera cubriendo la desnudez de un troglodita en las selvas de Guayana.

El caño de Agua Amena que debíamos salvar en aquel momento era un glauco raudal, color de ajenjo, poco más ancho que la mitad del Sena ó del Guadalquivir. Lo pasamos desnudos de la cinta á abajo, á lomo de caballo y no sin temorcillo de los caimanes. Un mismo caballo, práctico, fuerte, nadador, nos sirvió á todos.

El que pasó primero soltó el caballo, que por sí mismo, con inteligencia y mansedumbre superiores á las de muchos hombres, ganó la orilla nuestra, para echarse de nuevo al agua con otro caballero. Así pasamos.

Del lado de allá de Agua Amena el paisaje cambia una vez más. Ahora es un campo, también plano, pero no cubierto de gramíneas, sino de arbolitos como chaparros, en filas paralelas, con simetría tal que se dirían plantados por mano del hombre.

A causa de los chaparros, ó lo que fuera, el horizonte no luce despejado como el de la mañana. Quiso además nuestra mala ventura que, apenas rompiéramos marcha, empezara á lloviznar. Augusto y José iban adelante. Las cabalgaduras de Alvarado y mía se quedaron un poco rezagadas. No bien anduvimos alrededor de dos millas, observó Alvarado que la taparita con sal, colgada en el anca de su caballo, se había caído. Detuvimos nuestros jamelgos para ver de encontrarla, si por acaso cayera cerca. No encontrándola, y lamentándonos de perder tan indispensable condimento, nos apresuramos á continuar.

El viento y la lluvia arreciaron. Picamos las bestias, á objeto de alcanzar á los compañeros, y no alcanzándolos pronto, dimos voces. Nos contestó el silencio. ¡Cuál sería nuestra desazón al comprendernos perdidos! Cambiamos de rumbo, echando cálculos. Pero no encontrábamos á na-

die. Lo que encontramos fué un animalejo largo, y flacucho, de pelaje amarillento, no más alto que un lebrel. La bestezuela venía trotando hacia nosotros. Era un zorro ú otro alimaña por el estilo. Al oirnos y vernos pareció muy sorprendido; torció rumbo y echó á correr.

Entretanto, los compañeros no parecían. De repente nos encontramos con un obstáculo: un riachuelo, invadeable, no por su hondura ni por su corriente, sino por los peñascales que le sirven de cauce. A objeto de anunciarnos, en la esperanza de ser oídos, disparamos allí nuestros winchesteres repetidas veces. Pero nadie repuso. Entonces resolvimos regresar, antes de que cerrara la noche, al punto de donde partiéramos. Nos servía de norte una montaña que se divisaba en el horizonte, á cuyo pie corre el caño de Agua-Amena y se alzaba el rancho del almuerzo.

Por fin llegamos, ya de noche. No atreviéndonos á pasar el caño, en solicitud del bohío, nos acostamos á la intemperie. Poco después se presentaron Augusto y José, que, habiéndonos buscado en vano por todas partes, recalaban allí, sospechando nuestra resolución de volvernos al rancho del profeta.

José puso á pastar las bestias, preparó café, cortó palmas de moriche, estacas, é improvisó una casuca contra el suelo, y así, á pesar de la lluvia, que duró toda la noche, dormimos como en colchón de plumas, gracias al estropeo.

Al amanecer partimos, luego de tomar por único alimento una pichagua de café, y yo, aunque no me atrevía á confesárselo á ninguno, en angustia porque la continua humedad podía acarrear tétano á mi hermano, recién herido. A José le oí decir, por casualidad, ya en el camino, que cierta planta silvestre, común por donde transitábamos, curaba el tétano. Me quedé á la zaga de los otros, me apeé de la caballería, arranqué con disimulo algunas de aquellas plantas medicinales y las escondí en las pistoleras.

Atravesamos los campos más risueños, feraces y despoblados que nadie pueda imaginarse. Estábamos en la estación de lluvias, lo que llamamos en Venezuela invierno. Las lloviznas eran frecuentes; pero endulzaban el aire y apaciguaban el fuego del sol, y si acaecían torrentes y morichales y cubrían de agua los bajuelos, á punto de cabalgar á menudo por aquellos andurriales con el agua á la cincha, nos procuraban el maravilloso espectáculo de los morichales rebosantes.

Morichales llaman en el interior de Guayana un oasis de palmas de moriche. Con una particularidad: bajo las palmas corre un río, á veces profundo y ancho. Los moriches, á un lado y otro de la corriente, parece que la escoltan durante su travesía por aquellas sabanas: así, la corriente se desliza bajo un toldo de verdura hasta que desemboca en el Orinoco, en otro río ó en algún morichal más grande. Y en medio

de la pampa uniforme y ardida de sol, aquel refugio de sombra y frescura es delicioso encanto, desde la mapanare al tordo, á cuantos son animales de la dehesa y aves del cielo guayanés.

Esa mañana cruzamos varios morichales: algunos, los estrechos, por vado, á lomo de caballo; los demás, á nado, valiéndonos de una cuerda larguísima *ad-hoc* que José — un pez en el agua—afianzaba en la opuesta orilla. Nos amarrábamos por la cintura y nadábamos corriente abajo diagonalmente. José nos ayudaba un poco, manejándonos por medio del cabestro, como si fuéramos cometas ó pandorgas, hasta salir airosos á la riba frontera.

Augusto y yo nadábamos bastante, mayormente Augusto; pero el pobre Alvarado, que nadaba menos, bebió mucha agua y pasó no pocos sustos, á pesar de su impertérrita serenidad ante los peligros. Sin embargo, Augusto no debió de abrigar menos temores, forzado á nadar con una sola mano y llevar la mano herida, que era la derecha, en el aire, más que por miedo al tétano, por miedo á los caribes, pececitos diminutos que han granjeado su nombre por su conocida voracidad.

No anda solo el caribe, sino en cardumen, y son tan feroces estos peces, y gustan tanto de la sangre, que, apenas la perciben, cae el cardumen encima de la víctima, así sea alimaña, res ó persona, y en segundos la devora. Se refieren,

á este respecto, casos espeluznantes. Augusto, que ha guerreado al través de los campos patrios, que ha hecho vida agricultora, conoce los caribes, y con razón los teme. Su temor, por contagio, me gana á mí, autor de la herida.

V

CACERÍA

Transcurre el día á puro café, sin que mastiquemos sino pedazos de papelón. Dormimos como es fácil imaginar. Los gitanos, en comparación nuestra, son reyes de vida suntuosa y confortante, ya que á menudo poseen un carromato, un agujero en peña guarecida, abrigos y alimentos. Nosotros no poseemos para dormir sino el palacio de la Naturaleza: un campo verde y húmedo por lecho, y como iluminación y techumbre el cielo del trópico, sembrado, á pesar de los nublos, de profusos y parpadeantes luceros.

A la mañana, precisa cazar, porque el hambre clava sus agujas sutilísimas en estómagos y cabezas. No olvidaré la escena de caza. El amanecer. Estamos ojo avizor.

—Allá, dice de súbito José, mirando hacia el horizonte, allá hay un venado. Y aconseja detenernos.

Ninguno ve nada. Pero José insiste:

—Allá hay un venado.

Avanzamos un poco más, con precauciones.

—Por fortuna, el viento, discurre José, sopla de allá para acá.

No comprendo palabra. Entonces me explica que el venado, como casi todos los animales salvajes, tiene el olfato muy fino.

—¿No comprende, señor?, prosigue. Si el viento soplase de aquí para allá nos *ventearía*.

Después de avanzar un buen trecho cautelosamente nos burlamos de nuestras inútiles precauciones y de José. Nadie divisa venado alguno. Pero José insiste, apuntando con el índice hacia el horizonte.

—Allá hay un venado.

—Pero, ¿dónde, diablos?

—Allá, señor; allá.

El baquiano, insistente, apunta con el índice el vacío horizonte. Y asegura:

—Está echado y no se alcanza á ver sino la cabeza.

—Apéese, le digo, y desmontándome también adelantamos en la dirección que él se obstina en indicar.

A la postre diviso, gracias á una anteojo de larga vista, un pequeño bulto amarillento que se rebulle en la paz de tan verde campiña; pero se habría parado el animalejo porque estaba sobre sus cuatro patas.

Avanzamos un poco más, y ya viéndolo claro, apunto, disparo, y, por supuesto, no doy en blanco. El venadito, desconcertado, ignorante de donde parte la agresión, corre sobre nosotros. Lo apunto de nuevo, y de nuevo lo marro. El baquiano sonreía de mi poca destreza, y yo, un poco amoscado, le pregunté cómo siendo él tan cazador y hombre de monte no había disparado y tendido la res. A lo que me repuso, en un tono que hubiera empleado, ante profanos, Koch para hablar de los bacilos ó Cajal para una disertación sobre las neuronas. Y terminó asegurándome, con su énfasis doctoral y socarrón:

—Yo cazo de cerca.

Su escopeta, me explicó después, no alcanzaba tan lejos como el winchester.

Y añadió, ya sin petulancia:

—Aunque alcanzara. Yo cazo de cerca. Yo sé una oración y tengo mañas para que los venados me busquen.

Y emplazándome para cuando tropezáramos otro ciervo, me dijo:

—Usted verá.

En efecto; no tardé mucho en ver.

A poco de allí, José, que iba alerta, y sobre hambriento ganoso de mostrar su talento cinegético, anuncia un venado que—de más decirlo—nadie sino él percibe.

—No se apee de la bestia, me indica por-

que usted va á espantar el animalito. Adelántese á caballo hasta que yo le haga señas de que se pare. Y verá cómo el bicho se me acerca.

Se enrolla la cobija ó manta en el brazo izquierdo, dejando lucir la balleta por el lado rojo; toma su escopeta en la diestra y echa á caminar cauteloso. A un momento dado me hace señas de detenerme, y me detengo. Saco el anteojo y lo apunto sobre el lugar de la escena.

El venado, á lo lejos, desayunábase la hierbecita. José avanza poco á poco. De pronto, el animalejo alza la cabeza y otea por todas partes, hasta fijarse en el baquiano. José, que se ha detenido, tapa su cara y oculta el arma con la cobija colorada, cuya nota de púrpura fulge en la claridad matutina. El ciervo, con la cabeza erguida y las orejas paradas, lo mira de hito en hito.

José avanzaba, escurriéndose de costado, á paso tan corto que parece que no se mueve, y presentando al venadito la balleta de grana.

Creí que el demonio de hombre, por presunción, lo echaría todo á perder y que la res iba á escaparse. Péro de golpe el venado rompe á andar, primero á paso resuelto, luego lentamente, majestuosamente, aproximándose al cazador, sin quitarle un punto los ojos. A cada momento se detiene; luego continúa su camino. Se endereza el incauto hacia el enemigo, hacia la muerte. ¿Qué imán lo atrae? A distancia de algunos

veinte metros, quizás menos, se detiene, inclina la cabeza, ensaya comer y torna á mirar vigilante. El cazador no se mueve A un momento dado, el venadito da media vuelta, volviendo grupa, ó mejor, presentando el flanco á José, y José, con su mano derecha solamente, resguardándose con la cobija y súbito como un relámpago, dispara su escopeta. El venadito, doblando las patas delanteras, cae. José se ha salido con las suyas.

Más tarde, á la sombra de unos moriches, en la frescura de un cristalino morichal, devoramos gran porción de la res, asada á fuego vivo, en pinchos de palo. Aunque asada sin sal, porque no la tenemos, y engullida á tarascones, sin más cubierto que cuchillos de monte, nos sabe aquella carne, ó por lo menos me sabe á mí, cien veces mejor que los manjares más exquisitos guisados por famoso *cordon-bleu,* digno de la aprobación del más exigente gastrónomo, de un príncipe de la cocina como Brillat-Savarin. No comí jamás con más apetito y deleite en los más suntuosos restaurants de París ó en los mejores *grill-rooms* de Londres.

Seguimos marcha en magnífica disposición de espíritu—que la paz del espíritu está en el estómago—, conduciendo en cuartos, ya asados, la comida del día siguiente. Con alma bucólica íbamos ponderando la hermosura de aquella Naturaleza, como si contemplásemos tales campiñas

por la primera vez. Porque nada como un estómago repleto de carne asada sin sal, y rociada con agua de un cristalino morichal, para que se despierte el amor por las verdes praderas, los vuelos de papagayos, los blancos garceros y las esbeltas palmas de moriche y temiche en las soledades del Orinoco.

José nos instruye:

—Por aquí hay mucho tigre, porque hay mucho venado: donde abunda el venado, abunda el tigre.

Pero no nos alarmamos. Con claro sol, buenas armas, asesorados de aquel Nemrod indígena, y calentito el estómago por tan suculentos bocados, ¡qué miedo íbamos á tener de los tigres! Hasta deseábamos verle la cara bigotuda á un felino, de día, eso sí, y contando, sobre todo, con nuestro Nemrod familiar. Más que el tigre nos asustan y molestan los abundantes tábanos, que nos pican y pican á las cabalgaduras.

Ya el paso de caños y morichales, como trágico cotidiano, es cosa más de hastío que de inquietud. Nos habituamos á considerar los caimanes, vistos de diario, como seres inofensivos y á creer que sus rapiñas y voracidades, no son, en suma, sino consejas de las comarcas que bordean el Orinoco, el Apure, el Arauca, el Meta y el Vichada, tradiciones no auténticas, buenas para alarmar noches de niños.

Las nubes de mosquitos, que nos amoratan

y entumecen á picadas rostro y manos; las trombas de jejenes que nos incendian la sangre de noche, impidiéndonos conciliar el sueño; la lluvia torrencial, el sol del trópico, ¡qué no merecía ya nuestra indiferencia!

VI

NUESTRO SEÑOR EL TIGRE

Hacia el crepúsculo empieza á llover. Entre dos luces arribamos al borde de una corriente, al pie de grandes montañas rocosas desnudas de vegetación. Disponemos acampar allí. Pero no bien se echa pie á tierra, notamos la presencia de otros huéspedes, incómodos más que ningu no: los jejenes. La lluvia y los jejenes se vengaban de nuestro desdén.

Tantas oleadas de jejenes ó vampiritos diminutos se abaten sobre nosotros que imagino un momento, se han convertido en insectos con alas el señor Martínez, de Caracas, y otros usureros con quienes tuve relación alguna vez; y como deseo evitar en lo posible tales frecuentaciones, resolví que siguiéramos el viaje, no sin jurar en alta, clara é inteligible voz, para que oyeran don Sylock Martínez y sus alados colegas, que no llevábamos reloj de oro ni sortijas

de brillantes, sino que íbamos por allí buscando el medio de poseerlos, que nos esperasen al regreso, en Caracas.

Emprendemos de nuevo marcha, malhumorados por la expulsión de los jejenes, por lo escabroso de los berrocales que empezamos á recorrer, en la obscuridad de noche cerrada y bajo un aguacero torrencial.

Las bestias resbalan sobre la peña viva, húmeda y limosa, amenazando, cuando menos, perniquebrarnos. Pero imposible pernoctar en parajes donde no crece una brizna de hierba que pudieran cenar las cabalgaduras. Entre nueve y diez arribamos, siempre bajo la implacable lluvia, á un sitio donde termina la roca por donde cabalgamos y comienza un pajonal. Por desgracia nuestra, el llano, empapado por las lluvias y por el agua escurrida de la roca, está anegado, al punto de ser más laguna que herbazal.

Resolvemos pernoctar en aquel paraje, memorable para nosotros por cuanto allí transcurrió, á paso de tortuga, la peor noche de la travesía, nuestra noche triste. La obscuridad es tanta que nadie ve á media vara, máxime yo que soy miope. Y no hay prender fósforos: el aguacero, muy recio, nos caló hasta los huesos, y los fósforos, húmedos, no prenden. No pudiendo asilarnos en lo llano, que es un charco, nos acogernos á la roca, en plano inclinado, por

donde corre el agua á su sabor. Teniendo el agua por debajo y por arriba, como colchón y como sábana, imposible dormir ni un segundo. El sueño y el cansancio nos rinden, pero el frío y la humedad nos despiertan.

Las ranas, por su parte, celebran un concierto y rivalizan en maravillas de ejecución: unas se quejan como mujeres, otras rompen en gritos furiosos, otras plañen como recién nacidos. Para que no falte nada, ni los bajos, en tan agradable concierto, escuchamos un rugido profundo, sordo, quejumbroso, apenas velado por la distancia y por la lluvia. José vuela hacia los caballos, que empiezan á alborotarse, y con nuestras cobijas les envuelve bien que mal las cabezas.

Todos hemos comprendido. Es nuestro señor el tigre. Transidos de pavor, arreglándonos para partir á toda carrera, creyendo que á cada instante, sin verla, nos va á saltar encima la fiera, escuchamos otro rugido, en dirección opuesta al primero y poco menos hondo y distinto. Huímos pavoridos, al través de aquel pajonal, con el agua casi á la rodilla, en la obscuridad, bajo la lluvia, los aperos sobre nuestros hombros, las cabezas de las bestias envueltas en nuestras mantas, y conduciendo del diestro las caballerías, más inquietas que nosotros mismos. La mayor angustia en aquellos momentos, consiste en comprender que las cabalgaduras pueden es-

capársenos, dejándonos á pie en aquellas soledades y con semejantes vecinos.

¡Qué noche! Andamos como una hora; pero como se ignora el rumbo y estamos transidos de cansancio nos detenemos. En plena sabana, desnudos, porque el agua es menos fría y molesta que los vestidos ensopados, de pie ó sentándonos á ratos sobre las sillas de montar, esperamos el amanecer, que nunca tardó tanto. ¡Qué noche!

Antes de rayar la aurora, apenas hay, no luz, sino presentimiento de claridad, cuando José creé saber enderezarnos, más adivinando que percibiendo el rumbo, partimos.

Los caballos, despeados, casi no marchan, y nosotros, rendidos de sueño, de cansancio y de hambre, nos dormimos sobre la silla. A medio día cesa la lluvia. Acampamos. Tendidos al sol, al buen sol, comemos y descansamos, y dejamos descansar y comer á los animales

El paisaje ha cambiado. A las llanuras abiertas, fértiles cubiertas de pasto y surcadas de morichales, suceden ahora unos llanos estériles, cubiertos á trechos de grama raquítica; en general, de algo semejante á escorias de volcán molidas y moco de hierro.

Estos llanos son curiosos.

Bordeados por cintura de pétreas prominencias redondas, en cuyas calvas cimas y laderas peladas apenas crecen líquenes, y á cuyo pie

apenas vegetan arbustos, cada uno de estos llanos tiene la forma de un circo.

Las prominencias de piedra que sirven como de barrera á estos llanos circulares, se van estrechando hasta casi juntarse y dan acceso por estrechísima garganta á otro llano, también circular, cuya cintura de montañas de piedra, también calvas, redondas, simétricas y en curva reentrante, se van asimismo juntando, hasta formar nuevo círculo ú óvalo de cosa de una legua, quizás menos, idéntico en tamaño, piso y nula vegetación al anterior.

Al día siguiente, ya cerca de Atures, nos encontramos con un caño invadeable; más que caño parece laguna de agua turbia en medio de un bosque de árboles intrincados que impiden nadar á las bestias y á los hombres. Imposible pasar. Es preciso desandar el camino recorrido, casi en su totalidad, en busca del Orinoco, para continuar viaje Orinoco arriba.

Pienso, mientras cruzamos aquellos bravíos parajes, en los maravillosos conquistadores españoles del siglo XVI, profesores de energía, con quienes la Historia ha sido mezquina en justicia; en aquellos gigantes de voluntad acerada, que vencieron á los hombres después de vencer á la Naturaleza; en aquellos para quienes no fueron valla Andes bastante empinados, Orinocos bastante profundos, calor bastante tórrido, fiebres mortales, alimañas feroces y una

humanidad desconocida y en muchas partes guerrera.

De ellos sí pudo decirse que luego de tramontar los Andes, ó descubrir, según la expresión de Bolívar, «las encantadas fuentes amazónicas», ó fundar una villa, tenían, como se canta en el Romancero:

por descanso el pelear. ''

VII

LA LUCHA DE LOS TITANES: EL MONTE Y EL RÍO

En el lugar denominado Babilla Flaca, orillas del Orinoco, dejamos las caballerías y nos embarcamos en una curiara. Curiara no es otra cosa sino el tronco de un árbol ahuecado por el más rudimentario procedimiento.

Afrontar el Orinoco en una curiara lo practica de diario todo el mundo por aquellas regiones; pero la primera impresión de sentirse á merced de tal río en un tronco débil y bamboleante, movido á canalete, no es grata ni tranquilizadora. Por fortuna, todo sobre la tierra, y hasta sobre las aguas, es cuestión de costumbre; y cuando días después arribamos á Atures ya jineteábamos todos con desenfado y brío aquel raro y vacilante caballo del Orinoco.

En Atures encontramos á Haroldo y al joven cauchero de Río Negro.

Era Atures, donde acababa de poner el pie, el primer pueblo geográficamente, ó con más propiedad, el primer caserío del Territorio que iba á gobernar. La antigua aldea de Atures, cerca del Cataniapo, río éste de aguas verdes y frescas, á la margen derecha del Orinoco, no dista sino un cuarto de legua del famoso «Raudal» de Atures, cuyo trueno se percibe constante y distintamente en el caserío.

Diferentes viajeros, el más notable Humboldt, han hablado de los pueblos indígenas de por allí, lo mismo que de ambos «Raudales». Lleva uno de los «Raudales» el nombre de los indios Maipures; el de los indios Atures el otro.

Orinoco, que corre de Sur á Norte hasta Maipures, se encuentra allí con una montaña de granito que le interrumpe el paso. Hay una lucha formidable, de verdaderos titanes, entre el río y el monte. El granito se interpone; pero el agua irrumpe y corre por cima de los promontorios de piedra. El río pasa, pero el monte no cede. Orinoco se ve obligado á cambiar de rumbo, torciendo á la derecha, y continúa su viaje al mar, no ya de Sur á Norte, sino de Poniente á Naciente.

El campo de aquella lucha abarca de cincuenta á sesenta kilómetros. El monte avanza contra la corriente sus proas de granito que el ímpetu

del Orinoco ha ido lentamente desmigajando. Esas migajas de roca, esos fragmentos de piedra, no son vil rocalla, menudo ripio, sino gigantes peñas, redondas como cúpulas de sumergidos templos, ó erguidas como estelas, monolitos y muros destechados, ó esbeltas como árboles en selva de berroqueña y tupida vegetación.

La corriente del Orinoco precipítase por encima de los ríspidos peñascales, rómpese al chocar contra los farallones de granito y se derrama por doquiera en maravillosas cataratas. El trueno de sus aguas en cólera repercute en los desiertos, á millas de allí, acompasado, sordo, constante, como si aquel trueno fuera el latido del corazón de lá selva.

Tales son los «Raudales» de Atures y Maipures: una montaña de granito desmigajada sobre el lecho del río, una puerta de piedra, puerta sellada que puso la Naturaleza á la civilización y que no cederá sino cuando la dinamita pronuncie su «sesamo, ábrete».

Los «Raudales» los desecha el viajero y gana por tierra aquella parte del río—fuera del campo de combate de los titanes—, en donde puede continuarse la navegación. Los productos naturales del Alto Orinoco y Río Negro, que se envían á Ciudad Bolívar, lo mismo que las mercancías de Ciudad Bolívar que se mandan al Territorio, al llegar á aquel punto son acarreados por tierra en carros de bueyes.

Ya estaba dentro de los límites de mi ínsula Barataria. Días después haría mi entrada en la capital.

El viaje continuó con la acostumbrada monotonía. Tuvimos tempestad una noche en la boca de Vichada, menos hermosa y de menos peligro que las que habíamos presenciado, pero no menos fuerte é imponente. Los truenos se prolongaban con tal estrépito que ensordecían á uno. El rancho en donde pernoctábamos esa noche se mecía, al soplo del huracán, como si fuese una hamaca. Otra noche se introdujo un rebaño de dantas en nuestro campamento en medio de la selva, y los inesperados visitantes, sorprendidos por su parte de aquel encuentro, echaron á correr en tumulto y algarabía, despertándonos en sobresalto.

Cierta mañana presenciamos un espectáculo curioso: un venadito en pleno Orinoco. El venadito nadaba, huyéndole probablemente á algún tigre. Se debatía, maltrecho, contra la corriente; remamos hacia él y ya íbamos á echarle un lazo para cogerle vivo cuando creímos que se escapaba. Haroldo le alojó *in continenti* una bala en la cabeza, y el animal se fué á pique á ser pasto de caimanes.

Otra mañana, mientras los indios de nuestra tripulación cortaban cañas en forma de garabato, con que en ciertos lugares de la travesía se agarran de los troncos de la orilla y hacen adelantar

¡cuán poco á poco! la embarcación, maté de un tiro de winchester un precioso paujil, precioso por el plumaje, y más precioso todavía por su carne, que nos sirvió de desayuno, almuerzo y comida. Pero la comida habitual la constituían patos silvestres, cazados en las orillas sabulosas del río, donde se abaten al amanecer y en la tarde de bandadas blancas ó amarillas ó grises.

VIII

EL ATABAPO

Una mañana, después de corta lluvia que puso transparente el aire, suave la atmósfera, de un verde nuevecito las matas y azul, muy azul, el cielo, se partió en dos la selva. Por el abra filtrábase una gran claridad.

Aquella avenida de luz era también cauce de otro río que desembocaba en el Orinoco: el Guaviare. Debíamos remontarlo. El Guaviare, en su desembocadura, parece otro Orinoco, algo más pequeño y de diferente color. Las aguas del gran río son turbias; las del Guaviare no son muy claras tampoco, amarillentas.

A medida que remontábamos el Guaviare se iba aclarando la corriente, y en un trayecto corto se percibían á maravilla diferentes matices. A un momento dado el cauce del río, muy amplio, se ensancha más, se ahorquilla, se bifurca,

y sucede una cosa magnífica: como dos brazos abiertos se juntan en el torso de un hombre, se confundían dos corrientes en el río que remontábamos; el agua de la corriente derecha amarilleando, desvaída, de un amarillo terroso; el agua de la corriente izquierda roja, de un rojo obscuro.

Empezamos á remontar el río de las aguas bermejas. Era el Atabapo. A lo lejos, asomadas á verse en las aguas de púrpura, espejeaban al sol, como grupo de garzas, las casas de San Fernando de Atabapo, la blanca capital del Territorio.

Como íbamos costeando podíamos contemplar á nuestro amor una margen del Atabapo. El agua, transparente, permitía ver el fondo de la orilla, que es de granito rosado, lo mismo que la playa. El Atabapo parece un río de cuento de hadas, y todos los encantamientos de la Gruta Azul, en Capri, son breve hermosura á su presencia.

El agua, acarminada en la margen, va embermejeándose á medida que el fondo es mayor, hasta ser de un rojo obscuro en el centro de la corriente. Los remos, al golpear en la linfa, no levantan, sin embargo, rubíes, sino topacios, franjas y chispas de un amarillo de ámbar. El agua que recogemos en el hueco de las manos parece en las manos un sorbo de champaña; ríe aquella agua luminosa como suave licor de oro. Una copa de agua del Atabapo rivaliza en

delicado matiz con una copa de Rudhesheimer, de Hocheimer ó de cualquier *liebe-frau-milch* del Rhin. Bebida es deliciosa.

Mientras permanecí en San Fernando no tomé otra, y me bañaba de diario en aquel río de encantamiento, donde no pueden vivir caimanes, ni caribes, ni probablemente pez alguno. Los rústicos de la comarca opinan que los peces tienen temor del agua obscura. Bañarse allí, sin el cuidado de peces y anfibios peligrosos, es pura delicia. El álveo, plano, pulido, de puro granito, produce á las plantas la ilusión de rica bañera, y el agua de rubíes donde os sumergís os dora y acarmina con sus ondas coccíneas, y cuando alegre como un tritón golpeáis las linfas con palmadas y sornavirones, chispea en el aire un rocío de topacio y de oro.

A medida que nuestra embarcación se aproximaba á San Fernando de Atabapo la blanca, empezamos á divisar la multitud—la relativa multitud—, los vecinos que se aproximaban á la playa. Y no bien atracamos, advertimos, antes de salir de la embarcación que todos los vecinos armados de winchester, disparaban su arma.

La primera impresión que me produjeron semejantes salvas fué malísima. Creí que me recibían con una poblada á usanza territorial. Pero pronto comprendí que sólo se quería recibir, si no digna, por lo menos ruidosamente, al nuevo gobernador.

IX

GOBERNADOR

Apenas hecho cargo de la gobernación, constituí el Consejo Municipal, que sólo había funcionado allí dos veces en luengos años, según consta de publicación que ha hecho el historiador ó cronista político del Territorio, Señor Marcelino Bueno. Constituí el Consejo Municipal porque así lo ordena la Ley orgánica del Territorio, y creyendo hacer á los habitantes un beneficio, por cuanto así podían ellos participar del gobierno y coadyuvar á la buena administración de sus intereses.

Otro de mis primeros actos fué crear por un decreto escuelas en cada pueblo. La de San Fernando empezó á funcionar cuarenta y ocho horas después de mi arribo, bajo la dirección del ciudadano M. Becerra.

Inmediatamente de mi llegada, después de imponerme de las necesidades más urgentes de aquel maravilloso pedazo de tierra venezolana, todavía semisalvaje, despaché á mi hermano Haroldo á Caracas á recabar auxilios del Gobierno nacional para emprender obras de bienhechuría, como la de practicar unas millas de camino carretero en Pimichín, para que no se fuera

gran cantidad de caucho por el Brasil, perjudicando al Fisco y al comercio nacionales.

Distribuí, para su explotación y en las condiciones más liberales, todo el mayor terreno posible plantado de caucho.

Llamé á un conocedor del río Ventuario para pedirle informes de las riquezas casi ignoradas de este afluente del Orinoco, y al objeto de que me acompañara á un viaje de exploración que personalmente quería yo practicar.

Empecé á estudiar las diferentes tribus de indios y á recoger voces, á objeto de publicar vocabularios de lenguas indígenas. Solicité utensilios de las tribus menos civilizadas para coleccionarlos y regalar la colección al Museo de Caracas. Proyecté una expedición á las cabeceras del Orinoco, prometiendo auxiliarla con dinero, armas, gente, por cuantos medios estuviesen á mi alcance.

Protegí á los indios, cien veces más inteligentes, buenos y trabajadores que los bandidos que, llamándose á sí mismos *racionales*, los explotan y vejan, los protegí al punto de declarar que las deudas no esclavizaban el indio deudor al blanco acreedor, según es allí infame costumbre.

Llevé á San Fernando de Atabapo,—la primera vez después del explorador venezolano Michelena y Rojas,—á promedios del siglo XIX, ganado vacuno, que no había, y dispuse fundar un hato en Esmeralda.

En fin, procedí como un hombre civilizado, y ser civilizado entre aquellos bandidos es ser tonto. Me pagaron queriéndome asesinar. Pero caro les costó el intento á dos capataces. La primera sospecha que tuve fué el secuestro de una correspondencia que venía para mí, so pretexto de haberse trabucado ó ido á pique la curiara en que venía. Pero hago mal en pluralizar. El único pillo fué don Víctor Aldana, un viejo criminal; á sus secuaces no los culpo. Aun este mismo Aldana no obró tal vez con absoluta independencia de sugestiones extraterritoriales.

Por ese tiempo envenenaron á Bianchini. Este era un pobre italiano, casado en Caicara, muy culto, muy queredor de Venezuela. Valiéndose, á lo que presumo, de otros italianos sin escrúpulos, escoria de escoria, lo envenenaron en Maipures, yendo él de paso para Ciudad Bolívar. Sentí la muerte de este pobre europeo, tan superior á todos aquellos bárbaros, y empecé á conocer de cerca los procedimientos de la región.

X

EL TERRITORIO Y SUS HABITANTES

Esa tierra es uno de los rincones más hermosos, fértiles, ricos y desconocidos del planeta. La bañan algunos de los mayores ríos conocidos,

como Río Negro y Orinoco. Por Río Negro y Casiquiare se ponen en comunicación Orinoco y Amazonas. Las selvas, vírgenes, intactas, ocupan cientos de leguas y producen caucho, zarzaparrilla, vainilla, zarrapia, peramán, chiquichique é innúmeras maderas preciosas, resinosas y medicinales del trópico.

La principal explotación es la del caucho, enormemente productiva. El quintal de caucho se le compra al indio á 160 bolívares y se vende luego en Europa á 800 bolívares. Y todavía hay mayores ganancias. Los 160 bolívares se le pagan al indio, no en dinero, sino en mercancías de primera necesidad, las cuales se venden con ganancia de por lo menos el 200 por 100.

Así, pues, robando de tal modo á los pobres indios, se hacen rápidamente sólidas fortunas. La zarrapia ha llegado á venderse á 800 francos ó bolívares quintal. Hoy se vende á 150 bolívares, no costando casi nada la recolección. Pero el caucho le hace competencia; todo el mundo se dedica á esta última explotación.

Aquél es un país de fábula: tiene inmensos ríos de todos colores. Un río de aguas obscuras: Río Negro; otro de aguas rojas, el Atabapo; otro de aguas verdes, Cataniapo; otro de aguas amarillas, Guaviare. Muchas razas de indios lo pueblan. Todas son inofensivas. Casi todas laboriosas y algunas muy inteligentes. En aquel magnífico imperio, casi realengo, no se conoce la escasez,

no corre sino el oro, y aunque á ocho grados del Ecuador, el clima, dulcificado por la frescura de los ríos y el abaniqueo incesante de árboles milenarios, es delicioso.

Allí no existe de malo sino una cosa: el hombre blanco, la abigarrada multitud que ha ido á pelechar en aquel país. Cuanto facineroso busca un refugio contra la sociedad que lo persigue, allí va. Cuanto comerciante fallido quiere rehacer fortuna sin escrúpulos en cortos años, allí va. Cuanto aventurero de ambos hemisferios siente el impulso que dispersó por los rincones del mundo, en el siglo XVI, á españoles, portugueses, bátavos y británicos, allí va.

¿Qué mucho, pues, que en territorio tan inmenso, despoblado, donde se viaja días y días sin encontrar un alma, sin comunicación con grandes centros, opulento, carente de una justicia severa y vigilante, y tan lleno de pillos, se cometan á diario crímenes y el desorden se halle situado allí como en su más cómodo aposento?

Ese Territorio Amazonas es, pleno siglo XX, algo semejante á lo que sería toda la América en tiempo de los primeros conquistadores. La propia naturaleza del terreno, las vastedades solitarias, la impunidad, el vivir todo el mundo con armas de guerra, facilita los atentados. Un bárbaro sin escrúpulos, con sesenta peones más bárbaros que él y armados de winchesteres; un

demonio que vive en las selvas, á la orilla de los grandes ríos, mal puede, apoyado en las armas, en la barbarie, en la impunidad, en la falta de comunicaciones, en la carencia de toda autoridad con elementos eficaces de imposición, mal puede reconocer ni aceptar otro gobierno que el de su capricho ó poco menos.

Someter á tal sujeto es librar una batalla, y si dos ó tres de estos jefes de *barraca* se juntan, ¿qué autoridad puede someterlos, cuando la autoridad es allí puramente moral y carece de medios coercitivos? Por eso es raro el gobernador que sale con vida. Un impuesto, una providencia, cualquier cosa basta para que se declaren en rebelión cuando no lo hacen, con sobra de justicia para castigar los robos, los escándalos, las fechorías de los mismos gobernadores. Lo cierto es que no andan jugando. Así mataron al gobernador Venancio Pulgar; así hirieron al gobernador Meléndez Carrasco; así pusieron en fuga al gobernador Tavera Acosta; así envenenaron al gobernador Díaz, á quien yo sustituí; así mataron á balazos al gobernador Maldonado, que me sustituyó á mí. (1)

Yo salí con vida. Pero fué por casualidad. Una intentona contra mi gobierno y mi vida inten-

(1) En el momento en que corrijo estas pruebas me llega la noticia de nuevo y reciente atentado: el asesinato del gobernador, general Roberto Pulido, y de veinticinco ó treinta compañeros suyos.

tona que fracasó me llevó no á la tumba, sino á la cárcel. Pero en este conato no tuvieron culpa exclusivamente elementos del Territorio.

¿Qué motivó el atentado? Voy á referirlo... Pero voy á referirlo en otra ocasión.

TRIBUS DEL ALTO ORINOCO

I

Basta echar una ojeada al mapa de Venezuela para venir en conocimiento de que, según la actual división política de esta República, la porción conocida con el nombre de Territorio Federal Amazonas, si bien casi despoblada y del todo rudimentaria, abarca la quinta ó sexta parte del país. Este inmenso Territorio, uno de los más ricos y salvajes pedazos del mundo, comprende desde la frontera de la Guayana inglesa al Este, hasta la frontera colombiana, al Oeste. Su extremo Sur linda con el Brasil, mientras al Norte parte límites con el Estado Bolívar, entidad de la Unión federal de Venezuela.

En lo político se rige por un gobernador, á quien nombra el Ejecutivo nacional. El gobernador pauta su autoridad según el Código Orgánico del Territorio, ley dictada por el Congreso Nacional, y es sólo acusable ante la Corte federal y de Casación, como dispone la ley de Responsa-

bilidad de Funcionarios públicos. *(Sección IV: De la responsabilidad de los Ministros del despacho y de los Gobernadores del Distrito federal y de los Territorios federales.)*

El Territorio Amazonas está regado por innúmeros ríos, varios de los mayores del mundo, como Orinoco, Río Negro; otros, como Vichada, Ventuario, Inírida, etc., y muchos, muchísimos, de segundo y tercer orden. Puede afirmarse que ninguna otra región del planeta está regada en tales proporciones, pues hasta en su vecindad corren ríos portentosos. El Amazonas hacia el Sur, y por el lado Norte, el Meta. En todo el Territorio, al presente, no se usa más comunicación que la fluvial, lo mismo dentro que en la comunicación externa con Brasil, Perú Colombia y el resto de Venezuela.

La vegetación, como puede suponerse, es lujuriante, monstruosa. La riqueza territorial consiste en vastas selvas de árboles de caucho, vainilla, zarrapia, copaiba, etc.; plantas textiles, como temiche, moriche, coraguo, cumare, etcétera, etc. Explótase también, en grandes proporciones, el chiquichique. Y del mañoco, que es el pan de los indios y que se extrae de la yuca, se hace buen comercio.

II

Las poblaciones de blancos y las indígenas son de escasa importancia. Los seis meses del año los habitantes del territorio demoran en bohíos, en la selva, entregados á la explotación de los frutos, el caucho principalmente. El resto del año, ó sea durante los seis meses de estación de las lluvias, los explotadores se encaminan con sus productos á Ciudad Bolívar, á Trinidad, ó bien á Manaos y Pará, en el Brasil, ó bien á Europa y Estados Unidos.

Los blancos, con ser pocos relativamente, han extorsionado y maltratan vil, y sobre todo estúpidamente, á los indios, los principales y más baratos trabajadores. Los blancos, los no indígenas, que se llaman á sí mismos racionales, acaso por ironía, para diferenciarse de los aborígenes, por lo común dulces é inteligentes mucho más que los *racionales;* los blancos, digo, son de la peor ralea que pueda imaginarse: son aventureros de las cinco partes del mundo, atraídos por las riquezas fabulosas de aquel fabuloso país; aventureros que pasan por encima de todo á trueque de hacer, como hacen, inmensas fortunas en dos, tres ó cuatro años de trabajo, ó bien son *caballeros* que tienen sobra de razones para huir de los centros sociales.

Hay representantes de todos los países:

de Francia, de Inglaterra, de Alemania; colombianos, brasileros, peruanos, españoles, italianos, turcos, árabes, coolíes de la Indochina y negros de las Antillas. A pesar de las vastas riquezas esparcidas sobre la tierra y en el subsuelo (es indudable que existen minas de oro hacia el Este) aquellos hombres se roban á menudo y se matan entre sí, y todos juntos roban y persiguen á los indios.

Tan rico es el país, que ni en manos de los más infelices se ven sino monedas de oro, nacionales y extranjeras.

Varias tribus aborígenes pueblan el Territorio, diferentes entre sí tanto en lo físico como en condiciones morales, y hablan lenguas tan diferentes que no se entienden unas á otras. ¿Son diferentes grupos de la familia ó raza caribe venida del Brasil? ¿Pertenecen á pueblos que vinieron de Norte á Sur, como pretende, si no recuerdo mal, el antropólogo Don Gaspar Marcano?

Guajibos.

Los *Uahibos*, *Guahibos* ó *Guajibos*, hacia la entrada del Territorio, yendo por ciudad Bolívar, viven á la margen izquierda del Orinoco, en el raudal de San Borja. A veces cierran contra las embarcaciones pequeñas—curiaras y piraguas—para robarlas. No creen en la muerte natural. Chupan y soplan á los enfermos. Las uñas y

otros residuos del difunto, que ellos llaman *los sucios*, los llevan al adivino, quien, luego de una serie de fórmulas grotescas, descubre é indica la persona causa de la defución. Los *piaches* ó médicos de esta tribu son tenidos en gran predicamento por otras tribus. Fabrican los uahibos, chinchorros y curiaras. Su lengua es ruda. Al oirlos hablar se creería que estuviesen disputando.

El antropólogo venezolano Gaspar Marcano opina que los guahibos pasaron á la edad de hierro sin tocar en la edad de piedra, á juzgar por la carencia de petroglifos y utensilios petros entre los guahibos precolombianos. El doctor Lisandro Alvarado arguye con la carencia de piedra entre los indios llaneros y entre los guahibos. Y á las extremas consecuencias de Marcano opone discreta interrogación: «¿Cómo determina—pregunta—la evolución social de un pueblo cuando no se pueden dar por agotadas las investigaciones acerca de sus pasadas manufacturas?»

Maquiritares.

Los *maquiritares*, á cuyo último cacique cantó é idealizó el poeta Gorrochotegui en su poema *Aramare*, son claros de piel, tan claros que parecen de raza aria, de muy buena estatura, altos para indígenas, laboriosos, y andariegos al punto de que van á mercar sus chinchorros, el veneno

curare y oro de aluvión desde el Ventuario á Demerara, al través de bosques, desiertos, de ríos y caños peligrosos, en viaje de meses. Son agricultores é industriales. Las hembras visten delantal de cuentas, se cortan el pelo y usan ajorcas. Los hombres llevan brazaletes, y hombres y mujeres, collares y zarcillos. Son endógamos, y muchos hay de esta tribu reducidos á la vida civilizada. Enseñando una tarde á varios de ellos un mapa, y citándoles nombres geográficos de su país, se extrañaron de la precisión de la carta, y uno exclamó:

—Mapa sabe mucho..., sabe todo.

Piaroas.

El *piaroa* es obscuro, feo, y entre ellos cunde la enfermedad cutánea del *carare*. Cuando alguno muere, abandonan muerto y casa. Al difunto le colocan debajo de lajas, y luego que se pudre recogen los huesos en tinajas, que introducen dentro de hoyos ó en huecos entre las peñas. Chupan y soplan á los enfermos. Los *sucios* se los llevan al adivino, á objeto de que adivine quién hizo perecer al enfermo. Practican la endogamia. Se gobiernan por cacicazgo, como casi todas las tribus. Tienen horror á la sal; pero sazonan sus alimentos con ají. Cuando pare la mujer, el marido se introduce en el chinchorro y guarda dieta y recibe las visitas, mientras la

india corre á bañarse, á bañar al recién nacido y á vacar á sus diarias ocupaciones. Son muy afectos á comer mañoco y casabe, lo mismo que cierta fruta ácida que se llama túpiro. Ellos, como todos los demás indios, se pirran por el aguardiente. Cazan y pescan. Siembran conucos, fabrican tinajas de barro, poseen y conservan el secreto de componer el veneno curare.

Puinabes.

El *puinabe* es manso, tímido, rudimentario en todo, hasta en sus más perentorias necesidades, pues no viste sino guayuco y apenas come sino mañoco. Es enemigo del trabajo, por cuanto casi nada necesita para vivir. Ultimamente, sin embargo, se les hace picar el caucho.

Guaharibos.

Los *guaharibos*, en el raudal del mismo nombre, es tribu indomeñable y peligrosa. Ellos son el primer obstáculo de cuantía, lo propio que el raudal, para ascender hacia las ignoradas cabeceras del Orinoco. Hasta la fecha, ningún hombre civilizado, ó á medio civilizar, ha remontado el Orinoco más allá del raudal de Guaharibos. Hasta allí fué Humboldt, ó poco menos; sólo hasta allí llegó el explorador venezolano Michelena y Rojas, y el viajero francés Chanfaullon

no pasó de allí. Esa fué, de igual suerte, la barrera que detuvo á los heroicos descubridores y colonizadores que envió España.

Banivas y Barés.

Las tribus más simpáticas, las más inteligentes, las más laboriosas, las que están más cerca del blanco puro, por la idea del deber y por otras ideas morales, son la tribu de los *Banivas* y la de los *Barés*. Parecen blancos tostados del sol, y de facciones algo toscas. Entre las mujeres, las hay muy agraciadas; algunas, en su especie, tipos de hermosura; ojos admirables, muy negros; cabelleras increíblemente caudalosas, finas, como de seda; brazos redondos, gruesos; gargantas bonitas, senos prominentes, labios carnosos. La nariz, por lo regular, es la de la raza: corta; la estatura, mediana. Se las enamora con palabritas de miel y con presentes, como á todas las mujeres. Desde el instante en que la baniva ó la baré acepta la dádiva, está pronto á aceptar asimismo la primera caricia. Ya es vuestra. El padre, la madre, los hermanos, nada celosos, no se mezclan en los amores de la muchacha, y ya aceptado el galán por la bella, lo consideran por su marido, sin más fórmulas, y con los derechos y los deberes de tal. Respecto á los blancos, sin embargo, existe una ligera oposición, que cien veces justifican las fechorías de éstos. Los indios prefieren para sus mujeres á los indios.

Piapi nuyueji pi numa querumare es expresión amorosa, entre banivas, que significa: «Dame para mí tu boca dulce», frase de ternura que recuerda la poesía hebraica del *Cantar de los Cantares*.

Muchas mujeres banivas y barés toman remedios de raíces para no procrear, y tienen asimismo medicamentos para concebir. Creen en hierbas especiales para disipar el odio de los enemigos. *Pusana* es poción para hacerse amar, y hay otras bebidas para hacerse aborrecer.

A un indígena baniva muy inteligente interrogué sobre la *pusana*.

—La *pusana*, señor, me dijo, consiste en que la mujer cuida de su hombre, trabaja en la casa, le hace cómodo y alegre el vivir, y el hombre ya no puede separarse por cualquier pretexto. Esa es la *pusana*.

Estas tribus se sirven de los mismos utensilios que los blancos; fabrican buques grandes, entierran á sus muertos como nosotros, y, cristianizados á palos, practican un catolicismo bárbaro, *sui géneris*, en que los objetos palpables del culto representan un gran papel.

III

Los indígenas tienen costumbres muy interesantes. En algunas tribus, cuando las muchachas se hacen núbiles, celebran los indígenas una fies-

ta curiosa. Consiste la fiesta en que la doncella ayune por varios días, hasta uno en que, desnudándola de la cintura arriba, los varones de la familia, turnándose, le cruzan el cuerpo á formidables zurriagazos, dándole á cada golpe un consejo.

La declaran apta para desposarse. La instan á procurar el bien para los de su raza. Le inculcan fidelidad y sumisión al marido, si éste es indígena; si casa con blanco, debe explotarlo y puede engañarlo con los varones de la tribu. Por donde se mira cómo la gente indígena, á pesar de su dulzura natural, y por los medios rudimentarios que le sugiere la desgracia, se defienden contra sus verdugos, los blancos... y los no blancos. ¡Cuando pienso que horribles negros se creen con derecho á maltratar y menospreciar á los indios!...

Los indígenas, entre sí, practican mejor que pueblo alguno sobre la tierra los preceptos socialistas y evangélicos. El indio no derrama jamás la sangre del indio. Cuando el odio es extremo se envenenan por medio de un malhechor, casi oficial, llamado dañero, y que, según informes, no debe pertenecer nunca á la tribu de la persona á quien se daña. El dañero tiene la candidez ó la honradez de anunciarse por silbatos. El silbato del dañero infunde tal pavor entre hombres y mujeres que, al escucharlo, todo el mundo huye ó se esconde.

En cambio, á diario pueden presenciarse en poblaciones indígenas espectáculos de fraternidad que no dan como ejemplo pueblos de altas civilizaciones. A las horas de almuerzo y comida una voz se escucha á la puerta de algún rancho, en la plaza pública del lugarejo. Otras voces responden, de otros ranchos. Todos los indios van saliendo de sus viviendas y congregándose en la plaza. Quién pone una lapa, quién una tortuga; éste. aliño; aquél, casabe. Todos contribuyen con algo, y allí mismo celébrase, en fraternidad, el ágape de la tribu. Este comunismo recuerda, en cierto modo, al de los antiguos peruanos, en el famoso imperio incaico de los Césares Rupac-Inca-Yupanqué, el conquistador; Uiracocha y Huaina-Capac.

Cuanto á sus creencias religiosas, los indios son más lógicos que otros pueblos. Le hacen fiestas al diablo. Expresan, con razón, que siendo el Todopoderoso la Suprema Bondad, no puede querer mal para sus criaturas, y no es menester hacerle zalemas ni fiestas. Reservan éstas para el espíritu del Mal, á quien es necesario tener propicio para que, á fuer de malo, no se ensañe contra los hombres.

Su política es simple. Al cacique, electivo en casi todas las tribus, le obedece la tribu entera. El Gobierno territorial reconoce los caciques que se dan á sí las tribus y los confirma con el nombramiento y título de «Capitanes pobladores».

De incalculable utilidad, por cuanto es eje y centro de la tribu, el cacique capitán poblador presta innumerables servicios al Gobierno del Territorio.

VI

COMENTARIOS

I

GORKI EN LOS ESTADOS UNIDOS

El cable transmite una repugnante noticia de los repugnantes yanquis, por donde se confirma cuánto es de hipócrita, gazmoño y puritano el país del cerdo, y cómo odia y se place en humillar á los artistas. No sabe producirlos, sentirlos ni comprenderlos, ¿qué mucho que se niegue á tolerarlos?

Los hoteles de Nueva York arrojan á la calle á Máximo Gorki, el novelador, el revolucionario, el perseguido Máximo Gorki, porque el ruso viaja con su querida. Los periódicos se complacen en humillarle, para vengarse en aquel hombre de todos los hombres superiores, adorno del mundo. Las mujeres de Chicago—esas que se extirpan los ovarios para fornicar á su talante, sin vientre delator ni retoño exigente de sacrificios—lo llaman corrompido—¡corrompido porque sabe amar!—y lo declaran indigno de una recepción.

Este país de calibanes monopoliza el triste privilegio de odiar á los hombres superiores. Ayer encarceló á Mascagni, hoy vilipendia á Gorki. Es el horror al genio. Se venga de no producirlo.

II

LA JUSTICIA INMANENTE

Corre en los diarios de París una carta de Pierre Loti á no sé qué periodista italiano. Esa carta me reconcilia con el autor de *Madame Chrysanthéme*, espíritu frívolo que ha pasado la vida pintando frescos deliciosos y vanos en muros de papel.

La carta de Loti—cuatro palabras—es lo más noble que he leído en la prensa europea, en punto á política exterior, de muchos años á esta parte. El italiano pregunta á Loti qué opina de «la gloriosa» empresa de Italia en Trípoli.

«Yo no veo en todo eso nada de *glorioso*—responde Loti—, sino la bravura de los árabes y los turcos, que con armas rudimentarias y con un valor heroico saben morir defendiendo contra los invasores el suelo hereditario.»

A estas nobles respuestas no nos tienen acostumbrados los europeos.

Los europeos hablan constantemente de justicia, de derecho, de libertad, de igualdad, de fraternidad, de cultura; pero cada vez que se ponen en contacto con pueblos no europeos, comete Europa, si puede, los crímenes más abominables, en nombre de aquellos mismos idea-

les de civilización, aunque poniendo á éstos cínicamente de lado.

Lo que es «patriotismo» en Europa, es «rebeldía» en los pueblos no europeos á quienes Europa agrede. Son «héroes» los que defienden en Europa el suelo patrio; los que defienden fuera de Europa el suelo patrio, son «bandidos».

En general, las ideas cambian para el europeo más allá de los términos de Europa. ¡Y hablan de justicia estos políticos, no ya florentinos, sino calabreses!

Loti pronuncia palabras de sinceridad y de amor, palabras que dan al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios. Por eso, desde el fondo de mi corazón, me congratulo en estas obscuras páginas con él.

Odio la Fuerza cuando hace mal uso de sí; odio la Injusticia y la Hipocresía.

Entre los italianos y los turcos de Trípoli, estoy con los turcos. Estoy con los marroquíes contra los franceses; con los hereros contra los alemanes; con los boers contra los ingleses; con los filipinos contra los yanquis; con los negros contra los blancos; con los débiles contra los fuertes.

A este sentimiento, de que no me avergüenzo y que siempre practiqué, es decir, traduje en actos, á despecho de mis propias prédicas ocasionales, debo en parte el haber sufrido cárceles y destierros; á esto lo debo, y al amor de la sinceridad y de la justicia.

III

DOCTRINA CASTRO

En reciente interviú con un enviado especial de la Prensa asociada neoyorquina, el Presidente, general Castro, asienta una nueva teoría, una doctrina Castro. Para explicar por qué echó de Caracas, uno tras otros, á ministros diplomáticos de casi toda Europa y luego al de los Estados Unidos, asegura el Presidente que Venezuela no necesita ministros diplomáticos extranjeros. Que con los cónsules basta.

Esto, en buen castellano, equivale á despojar á Venezuela de su entidad en cuanto nación; á negar á Venezuela su derecho al trato, de potencia á potencia, con los demás países, y confesar que merecemos el que se nos trate como á los pueblos protegidos, por medio de simples cónsules.

Gil Fortouf tenía razón, cuando tan servil y falsamente habló, á propósito de la conferencia de La Haya, de una doctrina Castro. La doctrina hela ahí. Ningún estadista disputará á nuestro Presidente esa paternidad.

La buena voluntad mal dirigida no vale un pito. La audacia, sin técnica y estudio, es con-

traproducente. No basta tener razón, es necesario saber tenerla. El derecho no vale nada sin apoyarlo en la fuerza cuando se le quiere y en el talento cuando se le quiere exponer.

Castro, después de haberse burlado de media Europa y el pedantesco y mediocre Roosevelt se pone él mismo en ridículo. Su contestación á la prensa yanqui quiso ser un salivazo de desprecio. Es la coz del asno.

IV

LOS ANARQUISTAS

Mi parlero y amable fígaro viene todos los días, á cosa de las nueve, á despertarme y á afeitarme. Es de una puntualidad cronométrica. Y de sus labios sé yo, al abrir los ojos, cuanto de escandaloso, de interesante ó de tonto simplemente corrió por Amsterdam la noche pasada. El barbero es mi diario de la mañana.

Así es como supe ayer mañana el conato de muerte contra Mac Kinley.

No pude menos que soltar rienda á mi alegría. Odio á Mac Kinley porque es un conquistador sin correr peligros, un asesino de levita; porque ha abierto la ambición del imperialismo yanqui, porque sus manos de verdugo señalan á la codicia del Norte nuestra gran patria de Hispano-América. Lo abomino porque humilló á nuestra raza, humillando á España. Lo odio porque es odioso. Nunca bala fué mejor dirigida. Que sus carnes laceradas sepan del plomo; que sepa de tragedia el hombre que la ha desencadenado—desde el seguro de su escritorio—en Filipinas, en Cuba, sobre el mar.

No contento con la sangre que ha vertido,

tiende la vista al Sur, y allá van sus cañones adonde van sus ojos de presa. ¿Qué tiene ese hombre que hacer con las disputas dé hermanos entre Venezuela y Colombia? ¿Por qué el bandido trata de espolvorear mostaza sobre nuestras heridas? ¿A qué nos tiende el hipócrita su mano ensangrentada? Esa mano tendida, ¿no nos quiere estrangular? ¡Que es patriota, que desea el predominio de su país! Nosotros también lo somos, y queremos la independencia del nuestro.

Hoy he leído la Prensa. El castigo se llevó á término en la Exposición Pan-americana de Búfalo, y esa admirable acción es obra de un anarquista de origen polaco. Se apellida Czogolcz.

Para los anarquistas, hombres sublimes que representan algo nuevo en la Humanidad, es necesario asimismo inventar una palabra nueva. No son mártires, no son héroes. Son algo más noble y mayor que héroes y mártires.

Los héroes exponen la vida por amor de la gloria. Grandes ambiciones suelen tener. Almas turbulentas, que al servicio de malas causas pudieran aparecer como meros bandidos, y que, consagrados á una idea—y con la aspiración del poder ó del renombre—, llegan á todo, hasta al sacrificio: tales son los héroes. En resumen, sólo obedecen á su temperamento de acometividad. Nadie, sino el propio impulso, les obliga al heroísmo.

El anarquista, en cambio, á menudo pasivo, casero, dulce, constriñe su naturaleza y corre á sacrificar—y á sacrificarse—, movido por más generoso altruísmo, en beneficio de los que sufren.

Los héroes, generalmente, obran en compañía. En el momento de cumplir sus actos dan y reciben influencias, cosa que no acontece al anarquista, que por lo regular afronta el peligro solo. Los hombres crecen en energías cuando se juntan para el crimen, como lo constata Escipión Sighele. Si el instinto criminal se despierta y acrece con la junta de malhechores, también se despiertan y acrecen en la colectividad el contagio, el miedo, la tristeza, el valor. Por donde se mira que un héroe—que generalmente obra en compañía—es menos grande que un anarquista, casi siempre único en la aventura.

Por otra parte, mientras mayor sea la bravura de los héroes, más probabilidades tienen de triunfo. El anarquista, por el contrario, consuma con su hazaña su ruina. Para él fueron escritas las palabras del clásico: «No matará al tirano el que primero no decretare su muerte que la del tirano.»

Cuanto á los mártires de las religiones, son las más interesadas de las víctimas. No los mueve sino egoísmo acendrado. Considerando el mundo como un destierro, la vida como un castigo y la muerte como una liberación, afron-

tan el sufrimiento de un instante por gozar la gloria eterna.

De entre los mártires de la Ciencia, algunos sí pueden equipararse, en cierto modo, con los hombres admirables del anarquismo: Giordano Bruno, verbigracia, que murió en plenitud juvenil y de talento, después de andar errante por el mundo, víctima de atroces persecuciones de la Iglesia. Hundido por luengos años—los ocho últimos de aquel grande hombre—en los *Plomos* de Venecia y en las prisiones romanas, prefirió el martirio y el quemadero á la retractación. La Iglesia lo convidaba con la vida, caso de abjurar su fe científica, y no aceptó la vida.

El anarquismo hará carrera. Sus gérmenes fructifican en el corazón del género humano. Dando y quitando vidas se esboza la grande obra del porvenir. La dignidad, desterrada hoy del mundo, se ha refugiado en esos corazones anarquistas.

Yo estoy orgulloso de ser contemporáneo de tales hombres, ya que he tenido la desgracia de nacer cuando Mercurio es dios sin ateos, cuando Cartago vence á Roma, cuando los ingleses andan sueltos por el mundo pillando y asesinando, cuando los yanquis, á caballo en un cerdo, parten á la conquista.

V

EL DUELO

L'Education Physique, quincenario de París, abre una encuesta sobre el duelo. La circular que recibo tiene fecha del 10 y, en resumen, pregunta lo siguiente:

«*1.° Que pensez-vous du duel au point de vue de la Morale? Doit-on se battre?*

»*2.° Quels conseils donneriez-vous á un ami la veille d'une rencontre?*

»*3.° Quelles sont les impressions que vous avez éprouvées sur le terrain?*»

Respondo:

1.° Je ne me suis jamais préoccupé des rapports entre le duel et la morale, et, au surplus, je ne sais pas ce qu'est, au juste, la morale.

»*Le duel est un souvenir viril et chevaleresque du temps ou il y avait moins de lois et plus d'hommes.*

»*Quiconque est offensé doit se battre. Recourir á la justice est le dernier mot de la lacheté. Notre honneur ne peut etre gardé, sauvegardé et vengé que par nous-meme, car il est de ces choses, de ces affaines qui ne se déléguent point. Vraiment, il faut etre citoyen des*

Etats-Unis, ou sujet britannique pour, en ces questions, s'en aller piteusement devant la Justice, comme y vont tels cocus!

»2.° Le conseil que je donnerais á un ami allant se battre, se bornerait surement á ceci: «Mon cher, saches que ton adversaire a, pour le »moins, aussi peur que toi. Domine donc tes nerfs le plus possible et... fais-lui son affaire!»

»3.° La premiére fois que je suis allé sur le terrain, j'eus une frousse épouvantable. Je faillis faire mon testament! Mais une seule considération m'empecha d'accomplir cet acte: je n'avais rien á léguer. La nuit qui précéda la rencontre, je ne pus dormir. Mais au deuxiéme duel... le concierge dut venir me réveiller; et cette fois je ne me préoccupais pas plus de mon adversaire que du Grand Turc. Au fond, tout n'est qu'habitude, meme de croire qu'on a de l'honneur. Igitur, le duel, pour la plupart, n'est qu'une douce illusion. On se bat pour faire croire á son honorabilité—et parfois on y croit sincérement—autant que pour le prouver.

»Sous tous les rapports, comme á tous les points de vue, le duel est, donc, une belle chose—qui, en outre, fournit copieusement d'anecdotes: conservons le duel—précieusement (1).

R. BLANCO-FOMBONA.

---

(1) Recuerdo, una vez más, que ciertas deficiencias ortográficas se deben á la imprenta.

VI

LA MISA DE LA CARCEL

Me levanto de exprofeso con el fin de gozar de un espectáculo: la misa dominical de la cárcel.

Los detenidos por causa común, en dos líneas en ángulo recto, de pie, en doble hilera, asisten al Santo Sacrificio que celebra un viejo cura pálido. El improvisado altar se erige en el patio. A la diestra del altar, sentados en bancos, se distinguen las personitas de los muchachos que componen la banda oficial é infantil de la cárcel.

De repente el cura interrumpe su misa, y vuelto hacia su público, empieza una plática.

Trata, como San Juan, en los quince primeros versículos del capítulo VI del Evangelio que lleva su nombre, de la multiplicación de los panes; pero, francamente, sin la elocuencia del apóstol.

No puedo menos que pensar en la admirable organización del catolicismo, que no desperdicia ninguna fuerza. Ese pobre cura, que no es un Cicerón, que á ojos vistas no sirve para nada, sirve, sin embargo, para predicar su credo á un medio que le comprende por similitud de cerebridad.

El cura, según parece, es algo innovador.

San Juan cuenta que á la pregunta de Jesús «¿Dónde compraremos pan para que coman éstos?», Andrés, hermano de Simón Pedro, repuso: «Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces.»

Según el exégeta platicante, que debe de estar bien informado, el muchacho lo que tenía era pan y queso, y con pan y queso hizo Jesús el milagro.

La innovación produjo su efecto, sin embargo; lo que prueba que el platicante no era tan lerdo como parecía. Cuando oyeron lo del queso, por el estómago ayuno de los detenidos pasó algo que se tradujo inmediatamente en una sonrisa general.

Pero no fué este rasgo de ingenio católico lo que más solicitó mi atención, sino la lógica del levita. «Si Jesús—dijo en rapto de entusiasmo—no hubiera sido Dios, se le hubiera conocido.»

Y como si quisiera cerciorarse del efecto de su irresistible argumento, preguntó:

—¿No es cierto, hermanos míos?

Sólo que el silencio fué la única respuesta.

VII

IDOLOS ROTOS

La virtud, según teólogos y moralistas, consiste en sofrenar los instintos humanos. El instinto es la voz de la Naturaleza; es el impulso espontáneo de los seres hacia la conservación y hacia la reproducción. De donde puede seguirse que la tendencia á impedir el triunfo de los instintos en el hombre es antinatural. La virtud, pues, es un crimen contra natura.

Virtuoso debiera llamarse al hombre obediente á su naturaleza; obediente con sumisión y valor. En el fondo todos le obedecemos á la tirana, aun los que menos lo piensan.

La sociedad, constituída tal como está, con sus represiones y restricciones, tiende á hacer del hombre lo que hacen los chinos del pie: una cosa ridícula y deforme.

¡Que puedan crecer y desarrollarse los pies! ¡Que las pasiones crezcan y se desarrollen libremente!

Si es virtuoso por constitución orgánica y moral, el hombre obedece pasivamente á su naturaleza. Cuando gusta del dominio sobre sí, cuando tuerce el cuello á sus inclinaciones, el hom-

bre es víctima de cierto espíritu innato de dominación y de crueldad, que ejerce sobre sí mismo no habiendo podido ejercerlo en otros seres.

¿Por qué no obedecer franca, lealmente, á natura? La sodomía de los curas es lógica, lo mismo que el safismo de las monjas. Es la desviación del instinto por la imposibilidad de satisfacción natural.

En la novela de Manuel Díaz Rodríguez, *Idolos rotos*, corre un pasaje de hermosura mítica, pasaje que da nombre á la novela toda y que ese pagano de Díaz Rodríguez censura tácitamente, apesadumbrándose, en vez de cantarlo en su prosa adamantina.

Después de luenga campaña, las tropas de una revolución entran en Caracas. Los cuarteles no dan abasto. Instalan á los soldados por dondequiera, en los edificios públicos. La Academia Nacional de Bellas Artes se convierte en cuartel. Allí, los *Idolos rotos*.

Los soldados, como bestias en brama, á causa de la abstinencia, y deslumbrándose con la hermosura clásica de los dioses, vuelcan las estatuas y las violan. ¡Doblemente disculpable es la acción: satisfacían los soldados el clamor de la carne é idealizaron la cópula, prefiriendo á tristes mujerucas, la blanca y noble hermosura de las divinidades olímpicas.

VIII

FRASES HECHAS

a) *La sana Alemania.*

Para dar una idea del vigor germánico y de la salud moral del pueblo teutón, se repiten á menudo estas palabras: «la sana Alemania», ó bien: «la sana y fuerte Alemania». Estas palabras lisonjeras han venido á constituir lo que se llama una *frase hecha.*

Reciente escándalo de la Corte alemana acaba de dar un mentís, por lo menos en lo que á las altas clases sociales se refiere, á la tan decantada moralidad germánica. Me refiero al proceso Harden-Moltke.

A raíz de la fuga de la reina de Sajonia con el italiano Tosselli—fuga reincidente, por cuanto antes huyó esa reina de su coronado esposo con otro extranjero, el catedrático de sus hijos—; después de los escándalos de otras princesas, primas del Emperador, el proceso Harden-Moltke pone de manifiesto la corrupción de las clases dirigentes germánicas y enseña cómo la púrpura

cubre llagas, y que aquella salud aparente está florida de pústulas.

Se recuerdan los detalles. El publicista Harden, enemigo de la política del canciller von Bülow y de la camarilla que rodea al Kaiser é influye, *sotto voce*, en los destinos del imperio, acusó de homosexualidad al conde Kuno de Moltke, gobernador militar de Berlín, al príncipe de Eulembourg y á varios otros personajes civiles y militares de la camarilla imperial.

Como Harden adujo pruebas irrefragables de su aserto, y como se han depuesto testimonios de mucha valía contra Moltke y sus cómplices, la justicia les ha sido adversa, á pesar de los esfuerzos de la nobleza, de los militares, del clero y de todos los conservadores de Alemania. Aquí de Federico el Grande para exclamar: «Aun hay jueces en Berlín.»

Envalentonado por el éxito de Harden, que pisaba tierra firme, salió un ganapán, un malandrín, y á su turno acusó de homosexualidad al canciller von Bülow. El canciller supo defenderse, y como su acusador no aducía pruebas convincentes, sino que era un calumniador vulgar, fué condenado á varios años de presidio.

Siempre fué un ardid, aunque villano, el acusar á hombres eminentes de la más abyecta de las pasiones, como es la homoxesualidad. Ni Cécar, con ser un genio, ni Sócrates, con ser un justo, pudieron eximirse de tales acusaciones. A los

que nadá puede reprocharseles se les reprocha esa. Cuando se levanta una gran figura sin mancha ostensible, se le acusa de esa mancha oculta. Los envidiosos del valor ajeno, del talento ajeno, de la hermosura ajena; los mediocres, los obscuros, los nulos; los que no se atreven á alzar la voz, los que quieren que todo el mundo sea del tamaño de su pequeñez, los que odian cuanto ruge y se encrespa, como el mar, cuanto vuela de montaña en montaña inaccesible, como el águila, cuanto deslumbra en lo alto, como el sol: toda esa multitud anónima, toda esa gente sin voz y sin voto, todos esos corpúsculos de la sociedad, se juntan, se apandillan en contra del hombre superior, y no pudiendo injuriarlo cara á cara, lo calumnian.

No basta con acusar de viles costumbres unisexuales á un hombre, es necesario probar la acusación. No basta con decir: «Fulano es homoxesual», es necesario decir: «Fulano, tal día, á tal hora, en tal punto, hizo esto ó aquello».

El canciller Bülow, hombre de talento, freno de las fantasías cancillerescas ó internacionales del Déspota á quien sirve, ministro que prefiere gobernar de acuerdo con las Cámaras y no exclusivamente de acuerdo con los caprichos del amo, es, quizás, la mejor cabeza diplomática del Imperio. El kaiser apenas lo tolera. El día que lo pierda sabrá lo que ha perdido. ¡Bien está que el calumniador anónimo de ese hom-

bre hábil y talentudo haya ido á dar por varios años en la cárcel (1).

Pero todo esto prueba que un país en que se producen tales escándalos; en que los mayores generales, herederos de nombres ilustres, se prostituyen como meretrices, afrentando la dignidad varonil; en que los personajes más connotados é influyentes tienen vicios asiáticos; un país en que las reinas se fugan con el primero que pasa; un país en que dos princesas hermanas se aborrecen, por enamoradas ambas del

---

(1) La guerra de 1914 ha venido á sacar buenas estas palabras escritas y publicadas en 1907.—El sucesor de von Bülow y su amo han conducido á Alemania á la guerra. Jamás fuerza semejante á la potencia militar germánica estuvo en peores manos. Jamás diplomacia alguna fué mas ciega y mas torpe. ¡Que lección! La fuerza sola no basta: es necesario, para que sea fructífera, que esté dirigida por el talento.—El ex canciller Bülow anda haciendo en el conflicto actual papeles secundarios. Su misión á Italia para ofrecer á este país territorios austriacos, á trueque de apoyo, ó neutralidad, ha sido un fracaso, porque en Italia todo el mundo es von Bülow.

Pero con cuán triste satisfacción recordará el ex canciller algunos de sus consejos impresos, desoídos por Alemania. "No despreciemos á Francia,,, decía von Bülow. Tenía razón: no se debe despreciar á los enemigos, no; no se debe despreciar á ningún pueblo.—Despreciar á Francia, equivale á despreciar la inteligencia más vigilante de Europa. Ya se ven las consecuencias de esa política que despreció á Francia, que no contó con la eficacia rusa, que no supo en el momento de prueba, hacia dónde se inclinarían dos potencias decisivas como Inglaterra é Italia. Jamás cabezas tan pequeñas han dirigido un drama tan grande.

mismo cochero; un país en cuyas principales poblaciones, según las últimas estadísticas, y á imitación de lo que sucede en París, las madres evitan el concebir y tener hijos, no puede ser llamado sano, en el sentido moral de la palabra.

Los grandes centros alemanes, como todos los grandes centros imperiales, antiguos y modernos, desde Babilonia hasta Roma, y desde Bizancio hasta París, se corrompen con el triunfo de los histriones, de las cortesanas, de los cocineros, de los perfumistas, de los bañistas, y por cuanto de placeres y lujo se puede adquirir con millones acumulados y heredados.

b) *La apacible Holanda.*

Esto de «apacible Holanda» es otra frase muy repugnante, por impropia.

Si se trata de los campos verdes, cruzados de canales, con molinos aquí y allá, y gordas vacas holandesas que miran el tren con ojos idiotas; si se trata de paisajitos de Hobbema, en donde sale el humo del fogón doméstico de alguna alquería, y en donde un par de ovejas llaman balando, desde el obstáculo de un tranquero, á la muchacha de la casita vecina para que les abra la entrada del corral; si se trata de una gordísima y colorada señora que vende mantequilla y quesos de bola—menos redondos y

rubicundos que su cara, al punto de que al cliente le entran ganas, cuando compra un queso, de cargar con la cabeza de la señora—; si se trata de la mentida Holanda, del mentiroso Amicis, entonces convengo en que Neerlandia sea un país apacible y hasta delicioso.

Pero al que haya vivido varios años en los Países Bajos y conozca sus mortales luchas de clase, no le aparecerá tan apacible «la apacible Holanda.»

Aquí las clases sociales se detestan unas á otras. Como las comunas son libérrimas en este reino—que es una república hereditaria y una democracia magnífica—ha triunfado en algunas, en Amsterdam, por ejemplo, el colectivismo. Las autoridades locales, so pretexto de favorecer el proletariado y de no dejarlo explotar por capitalistas, se hacen ellas mismas explotadoras, monopolizadoras de muchas industrias, por donde la libertad consiste en ser esclavos de los Gobiernos.

De seguir así las cosas se llegará al generoso comunismo del Perú, país que los europeos del siglo XVI llamaron bárbaro y país cuya civilización destruyeron, en nombre de otra civilización que, cuatro siglos después, se decide á imitar la vida económica y fundamental de aquella barbarie.

Y si no al Perú de Uiracocha ó Huaina puede llegarse á la Florencia de Cosme de Medicis.

Cosme de Medicis, en efecto, instituyó el impuesto proporcional sobre la renta, aspiración de los socialistas modernos. El impuesto sobre la renta en Florencia variaba del 4 al 33 y medio por 100. Sólo que la injusticia reinaba en el cobro. La arbitrariedad era ley. Aquel pérfido y hábil político de Cosme no jugaba. El dinero de sus enemigos enriquecía á sus adeptos. El Estado cogía por el estómago á sus enemigos.

Los socialistas modernos, ¿han olvidado á Cosme de Medicis ó lo tienen demasiado presente?

El impuesto directo, en la práctica, y mientras no se encuentren fórmulas adecuadas ó mientras la gente no se acostumbre á las fórmulas que rigen, se presta á desazones por cuanto permite al Estado ó á la comuna ingerirse en las intimidades de vuestra vida.

He aquí parte del cuestionario á que tiene que someterse el contribuyente de Amsterdam:

«*¿A cuánto ascienden los ingresos de usted, según las fuentes especificadas?*

1.° De bienes inmuebles, *a)*, de alquileres, contratos y otros ingresos de inmuebles; *b)*, el valor del alquiler de la habitación, cochera, etcétera, de uso propio.

2.° De bienes muebles: rentas, dividendos, acciones y otros ingresos de fortuna.

3.° De trabajo, profesión, oficio, comercio,

industria ó empresa; de ganancias, capitales, depósitos, etc., calculando por término medio los tres últimos años económicos...

4.° Empleo, servicio, ocupación, pensión, renta vitalicia. Distribución: *a)*, los ingresos fijos hasta el 1.° de mayo de 1906; *b)*, los ingresos variables como participación ó porcentaje y gratificación ó gratificaciones de vacaciones.»

Y no es esto todo, mejor dicho, esto no es nada. Es sólo la primera pregunta de este género. Y las preguntas alcanzan á catorce, algunas muy curiosas, como, por ejemplo, ésta:

«¿Cómo se llama su esposa?»

O esta otra:

«¿Tiene usted hijos de diez y ocho años ó más que por enfermedades del cuerpo ó del alma no puedan proveer á su sostenimiento?»

O esta otra:

«¿Vive usted con otra persona?»

¿Lo que se trata es de sacar á las personas pudientes la mayor cantidad de dinero posible, con la mayor cantidad posible de fórmulas humillantes,—algo parecido á lo que ocurría en tiempos de Cósme el florentino? Los ricachos de Amsterdam fijan su residencia en otras ciudades, y se alejan de una capital en donde se les arranca, según ellos, lo suyo.

A esto ha contribuído en Amsterdam, por una parte, el socialismo, y por la otra, el régimen de

paz armada que impera en Europa y cuyo sostenimiento cuesta sumas enormes, aun á las pequeñas potencias.

Con todo, no hay que quejarse: es natural que quien posea más pague más. Esa fórmula usada en Holanda, no sé si será la mejor que pueda encontrarse; pero el espíritu que le dió sér ¿no es el de la justicia?

En esas preguntas ridículas va envuelto un noble sentimiento humanitario. Entre esas preguntas odiosas hay algo del porvenir. Nos quejamos por egoísmo, por aquella razón que dió Hobbes en forma de aforismo latino. Eres tú quien procede bien, eres tú la generosa, tú la justiciera, Holanda. Pero la justicia cuesta tantas desazones como la injusticia.

¡Que no te llamen la apacible Holanda, cuando luchas con tanto brío por el porvenir!

c) *La República modelo.*

Se ha convenido tácitamente en llamar á los Estados Unidos «la república modelo». Por supuesto, son los mismos yanquis tan amigos de la añagaza por el anuncio, tan amigos de darse bombo, y que poseen en tan alto grado el candoroso deseo de todos los *parvenus*, el deseo de deslumbrar; son los mismos yanquis los que han regado por el mundo que ellos son «la república modelo».

Estos yanquis no son tal «república modelo». La Prensa más venal del mundo es la de los yanquis. La justicia más corrompida del mundo es la de los yanquis. El comercio más pícaro del mundo es el de los yanquis. Las elecciones más arteras del mundo, las de los yanquis. Hay igualdad, sí, hay libertad: la igualdad de esclavitud delante del polizonte, que es el tirano de las ciudades de Norte América; la libertad de cazar negros á palos, á pedradas y á tiros; la libertad de tratar á esos ciudadanos de los Estados Unidos, á esos hombres cuya vida garantiza la constitución de «la república modelo», como bestias feroces que disputaran á hombres blancos la posesión de la tierra.

d) *La holgazanería española.*

«La holgazanería española», que es una de las frases hechas más injustas, labora minas en Bilbao, cultiva viñedos en la Mancha y Aragón, cría ganados en Andalucía y ejerce toda suertes de industrias en Cataluña y Valencia. ¿Y en América no se escarniza el español en el trabajo y el ahorro, virtudes que se le niegan en Europa? ¿Qué brazos cavan, qué frentes riegan con sudor el Canal de Panamá? No son brazos ni frentes yanquis.

En un momento de «holgazanería española»

echaron nuestros abuelos á los moros de la Península; descubrieron, conquistaron y colonizaron América; llevaron la bandera roja y gualda al Africa, al Asia, y abriendo los dos brazos en Europa, con ademán heroico y magnífico, pusieron una mano sobre Flandes y sobre Nápoles la otra.

Lo que haya de cierto en la frase, si comparamos á la española con pacientes razas del Norte, se debe á éso: á que no es una raza del Norte: tiene otras virtudes y otras deficiencias.

En el español histórico la virtud madre, la voluntad, brilló en tiempos propicios á empresas heroicas. Hoy actividades de otro orden llevan la palma y el español no es ducho para ellas Además, hace las cosas con lentitud, porque su atención se dispersa: para el español, *time is not money*.

e) *La loca Francia.*

«La loca Francia», también suele decirse. Esto es, sobre lugar común, tontería. Ningún pueblo más cuerdo en el fondo. El prototipo de la cordura, monsieur Prudhomme, nació en Francia. Si Francia hubiera sido un país loco no contaría como gran potencia después de 1870. Sin embargo, casi á raíz del desastre nacional, Francia se ha calzado las botas de siete leguas y ha recorrido el mundo. Sus huellas se encuentran en las

islas del Océano Pacífico y en las costas del Océano Indico. ¿Dónde, pues, la locura? Lo que sucede es que Francia tiene el talento de hacer las cosas sin solemnidad, más bien con una sonrisa en los labios. Por lo demás, esa «loca Francia» es el pueblo del ahorro, el pueblo rico por excelencia. En la crisis financiera de Europa el año 1907, reflejo de la crisis financiera de los Estados Unidos, fueron los Bancos franceses los únicos de toda Europa que no subieron su tipo de descuento.

¿Por qué, pues, se llama á Francia «la loca Francia»? Creo, al contrario, que está teniendo demasiado sentido común; y monsieur Prudhomme se multiplica que es un contento.

IX

MEGALOMANIA

¡Qué daño produce la riqueza repentina á ciertos hombres y á ciertos pueblos!

La Argentina, que tiene potencialidad para ser un gran pueblo, y que tarde ó temprano lo será, está pasando por una fiebre de crecimiento que parece atacarle el cerebro. ¡Cómo se reirán los argentinos todos hacia fines del siglo XX de ciertos argentinos de fines del siglo XIX!

Manuel Galvés, brillantísimo escritor del Plata, sueña ya en que el gobierno moral de su patria se extienda por todo el Continente; es decir, que los siete millones de argentinos dominen á ochenta ó cien millones de latino-americanos.

Un pobre microcéfalo, de nombre Aldao, recorre todas las repúblicas de Hispano-América y el Brasil con la exclusiva finalidad de encontrar microscópicas, grotescas á esas naciones en comparación de Argentina, y llegar á esta conclusión: *Sólo dos países existen en el Nuevo Mundo: los Estado Unidos y la República Argentina.*

Un historiador llamado Mitre asegura que la América conquistó su independencia «á la som-

bra de la bandera argentina», y que San Martín es el primer soldado—si no el primer hombre—del Continente.

El sociólogo Levillier, apoyándose en Mitre, va más lejos: desde las Cruzadas, el mundo no había visto nada semejante al esfuerzo de la Argentina en pro de la independencia sudamericana. Es bueno que se sepa respecto á tal esfuerzo, visto con ojos de aumento, que se redujo al modestísimo contingente argentino que pasó á Chile en 1817, porque eso era lo político, porque la solidaridad de todas las provincias fué cánon y práctica de la Revolución, en recompensa de otro aún más modesto contingente que años antes pasó de Chile á Argentina, y á dos mil argentinos, poco más ó menos, que fueron á Perú en la expedición que organizó el Gobierno de Chile el año de 1820 para emancipar, si se podía, que no se pudo, el antiguo imperio incaico, luego virreinato español.

En cualquiera de las campañas de Bolívar, á favor de tierras que no eran la de su nacimiento, morían cuarenta veces mayor número de soldados—de todo Sur-América—que el número de esos dos contingentes argentinos dignos de las Cruzadas. En cuanto á que la bandera argentina cobijó ajenas independencias, no es cierto, ni siquiera respecto á Chile. La mitad de los ejércitos de San Martín fué siempre chilena, y cuando San Martín se separó de Argentina para su em-

presa libertadora en Chile, cambió la bandera argentina por la chilena.

¿Ignora eso Mitre? No. Pero estamos ricos. Podemos rastacuerear un poco en historia. ¡Terminarán por creernos unos colosos!

En literatura ocurre lo que en política, sociología, estadística é historia. El admirable Ingenieros se consagra á descubrir genios en talentosos maestros de escuela.

Un crítico que se firma, acaso por ese mismo delirio de grandezas, con el nombre ilustre de San Martín, opina de un poeta lo que sigue:

«Muerto Hugo, muerto Nietzsche, muerto Ibsen, *no hay en toda la tierra* un genio más grande que este genio, *síntesis de razas,* desconocido, inexplorado y formidable...»

El mismo poeta formidable, inexplorado y desconocido, que se llama don Pedro B. Palacios y firma con el pseudónimo de *Almafuerte,* piensa y dice de sus poesías que «es lo más grande que ha producido la humanidad.»

También piensa y dice de sí, con relativa modestia, lo siguiente: «Yo soy mucho más grande que Dante. Porque soy más hombre.»

Después de tales juicios corrí á buscar y leer los versos de Dante. Y busqué y leí antes que todo *El misionero,* lo que el crítico San Martín señala como ápice en la obra del vate florentino del Plata.

Abrí el volumen y empecé á leer por donde se abrió:

Caridad, Compasión: palabras huecas,
Canto de cocodrilo plañidero...
¡Si una Santa mujer, si un jardinero
Abonan su jardín con hojas secas!

Felicidad total: maldito nombre,
Consigna del cobarde y del tirano...
¡La perfección en sí del cuadrumano,
Tal vez hubiese suprimido al hombre!

Ser algo es ser esclavo: no hay libertos...
Todo marcha en la lógica Suprema:
¡Desde el collar de soles de un sistema,
Hasta cualquier montón de insectos muertos!

En vano, Chusma sacra, en vano jipas...
¡Tienes que trasponer los Infinitos,
Como avanza el rocín bajo tus gritos,
Arrastrando al andar sus propias tripas!

En las olas que te alzan y voltean,
Ruedas al más allá, roja burbuja,
Sin saber la razón que te rempuja,
Como no sabe un buey por qué le arrean.

Ya con menos entusiasmo que al principio dejé errar los ojos á la ventura, aquí y allá, buscando la entrada á la mina de diamantes, ya que al pronto no di con el boquete.

Y leo:

Virtud no es solidez, feroz arraigo,
Que ninguna potencia desarraiga;
Y el puro ha de decir: caiga el que caiga,
Yo me quedo en mi torre y no me caigo.

No, no es ésa la boca de la mina. Adelante.

Yo deliré de hambre *sendos* días
Y no dormí de frío *sendas* noches,
Para salvar á Dios de los reproches
De su hambre humana y de sus noches frías.

Tampoco me pareció ésa la escalera del *Infierno*, ni siquiera la del *Paraíso*. Ya en desánimo, volví las hojas y me detuve en las dos estrofas finales, broche de oro ó tapa del poema.

«No hay Jordán que me lave de los rastros
De tu cáustico roce de vestiglo:
Pero yo rodaré de Siglo en Siglo
Proyectándote luz, como los astros.

Pulpa sin gratitud, no sabrás nunca
Que yo luché con Dios, que te moldea...»
Y se quedó de pie como una idea...

Creí que me había equivocado. ¿De pie como una idea? Volví á leer:

Y se quedó de pie como una idea
Que se va del cerebro y queda trunca.

La rectificación era peor: ¿quedarse de pie como una idea trunca?

No, el señor Palacios no me parecía más grande que Dante. Muerto Hugo, muerto Nietzsche—cuyo Zaratustra se disfrazó de *Misionero* en el Río de la Plata—y muerto Ibsen, tal vez existan, *en toda la tierra*, genios más grandes que ese genio de Buenos Aires.

X

LOS ADMIRADORES DE NAPOLEÓN

Muchos de los admiradores de Napoleón, ¿lo admirarían en igual grado si Napoleón fuese holandés, polaco, ruso, noruego ó alemán?

Tal vez no.

Al través de Napoleón, innúmeras personas lo que aplauden es la literatura francesa; lo que admiran es el talento de los escritores de Francia que en verso y en prosa, en drama y en novela, en historia y en leyenda han hecho, con ese maravilloso don de universalizar que poseen, un ídolo universal del ídolo francés.

XI

XENOFOBIA

Acabo de presenciar un espectáculo que hubiera deshonrado á los caníbales. ¡Y la cosa ocurre en Francia!

Un pobre diablo, uno de esos vendedores ambulantes de tapices de Persia falsificados y de mentidos objetos del Bazar de Oriente, uno de esos buhoneros medio negros que no sabemos si vienen de Turquía, Persia, la India ó bien de Egipto, Trípoli, Túnez, del fondo del Asia ó de las orillas africanas del mar de Ulises, discutía en la estación del ferrocarril, en Pornichet, con un empleado de aquella estación.

El empleado, simple cargador ó mozo de cuerda, cobraba no sé cuánto al extranjero por haberle ayudado á introducir hasta el andén un paquete de cachivaches. El buhonero, quejándose del precio, no quería ceder. El mozo de cuerda insultó al vendedor de bujerías, llamándolo «extranjero», como si el ser extranjero constituyese demérito ó como si el no haber nacido en Francia fuera un crimen ó pudiera lanzarse á la cara como una injuria.

Varios colegas del cargador, extremando el es-

píritu de solidaridad profesional, unieron sus insultos y amenazas contra el buhonero. El buhonero no se mordía la lengua y externaba su furia en ridículo guirigay de loro.

Hasta aquí la ocurrencia no pasaba de una mera disputa entre gentuza de escalera abajo. Pero hubo más.

La estación rebosaba en gente. Iba á llegar un tren. Grupos de caballeros peripuestos y de damas emperifolladas esperaban el tren. Aquehombres elegantes tomaron parte en la disputa y empezaron á apostrofar al pobre diablo negruzco, diciéndole que él venía á Francia para robar á los franceses, que podía largarse á su país con su mercancía, que los franceses no iban á tierras ajenas á robar á nadie, que se haría bien en echar á todo forastero más allá de las fronteras de la República.

Con semejante estímulo, sintiéndose apoyados por aquellos señoritos de veinticinco alfileres, los cargadores, encendidos en patriotismo, empezaron, unánimes y furibundos, á golpear al buhonero. Este se defendió y echó á rodar á pescozones y patadas á tres ó cuatro.

Entonces densa nube de ciudadanos de la República francesa, «el país más culto de Europa», hombres del pueblo, empleados de la estación y mundanos pulidos y empingorotados, rivalizando con las jaurías de Lynch en la cobarde Yanquilandia, le cayeron encima al mise-

rable exótico, lo molieron á palos y lo arrojaron á empellones de la estación para que perdiera el tren que estaba esperando.

Pero eso no fué todo. Hubo algo más vil, algo que no tiene nombre, algo que no tiene ejemplo.

Uno de los caballeros más apuestos y de más alfileres, que ni siquiera había tenido valor de mezclarse en la refriega, tomó un fardo de tapices del infeliz trashumante y arrojó aquellos tapices entre los rieles para que el tren, que estaba entrando en la estación, los volviese añicos.

¡Yo no pude ver impasible aquella escena! Grité, esgrimí el bastón, insulté al cobarde. Sólo que yo estaba fuera de la estación, sin poder acercarme al teatro de aquella proeza; entre éste y yo se interponía un andén, la vía férrea y sobre todo una barrera infranqueable.

Refiero este acontecimiento porque me ha producido hondísima impresión. No existe otro pueblo en el mundo donde se odie hoy tanto á los extranjeros como en Francia.

Un gran diario de París, *L'Action Francaise*, ¿no llega á pedir que se les expulse á todos? Urbain Gohier publica un día un panfleto, titulado *Les étrangers á la Sorbonne;* más tarde otro, que se llama *L'invasion des rastaquoeres.* Todo contra lo extranjero y los extranjeros, ya sean estudiantes, ya del comercio, ya científicos, ya turistas.

Parece que los *rastaquoeres*, es decir, los latino-americanos, hemos corrompido á París. El odio se manifiesta contra naciones, contra razas enteras. Decirle á uno «griego» en París es decirle un insulto. «Griego» equivale, en francés moderno, á fullero. (1)

(1) Y luego se extrañan en Francia que el actual Rey de Grecia, que se sabe de memoria á París, manifieste tan poca simpatía hacia los franceses, en momentos en que la simpatía de los helenos sería de mucha entidad. Esos polvos traen esos lodos. Solo los rastacueros tenemos costra hipopotámica. Hispano-América casi íntegra está, en la presente guerra, contra los tudescos. En una de nuestras capitales, Montevideo, el odio contra los alemanes, según el cable, va hasta destruir los comercios que pertenecen á súbditos del Kaiser. En todas partes, desde Caracas hasta Buenos Aires y desde Lima hasta México, la simpatía, en fórmulas múltiples se externa, no ya sólo á favor de la heroicísima Servia, el pueblo más viril de cuantos hoy combaten, ni de Bélgica, la mártir, sino de ingleses y franceses; principalmente á favor de los franceses.

Tienen razón nuestros pueblos en no recordar ahora antiguas heridas. Francia atraviesa una hora de dolor y de ese dolor, y de la heroicidad con que lo encara sale aureolada. Además, sus ideales - los ideales de independencia, de justicia, de derecho, que los aliados proclaman son y deben ser ideales americanos.—

En este instante llega á mis manos reproducida por *El Fígaro*, de la Habana, número correspondiente al 28 de Marzo de 1915, la opinión sobre la guerra europea, en relación con Hispano-América, de José Enrique Rodó, el más ilustre de los escritores vivos de Amériòa.

Transcribo algunas de sus palabras que se refieren á Francia;

"Mi razón serena aprueba y confirma los espontáneos impulsos de mi sentimiento, y sentimiento y razón me llevan, con toda la fuerza

Los brasileros son objeto de las más sangrientas sátiras, y uno de los temas favoritos del *vaudeville*. *Le truc du brésilien* es de los entremeses más regocijados.

Un hombre en ebriedad está borracho como

---

de mi alma, allí donde reconozco mis afectos de raza, mi concepción de los destinos humanos y la filiación de mis ideas.

„La conciencia latino-americana tendría que ser inconsecuente con sus fundamentales tradiciones de origen y de educación, tendría que perder el instinto de sus más altos intereses para no sentir magnificada, en estas horas inciertas, la solidaridad que la vincula á la gran nación de su raza y de su espíritu, que tiene para nosotros el triple prestigio de su latinidad dirigente, del magisterio intelectual que ha ejercido sobre nuestra cultura, y de la tradición de libertad encarnada en su gran revolución, madre de la nuestra, y en el triunfante arraigo de sus instituciones democráticas. Hemos reconocido en todo tiempo tal vinculación espiritual, y hemos devuelto á Francia, en simpatía vehementísima, esa inmensa irradiación de simpatía que constituye la esencia, la fuerza y el encanto del espíritu francés. Vemos en la tricolor de Valmy y de Jemmapes, el símbolo del más pujante ensayo de civilización humanitaria, liberal y generosa, que se haya aspirado á realizar en el mundo desde la Roma de los Antoninos, y del más perfecto florecimiento de cultura desinteresada, de delicadeza mental y de gusto exquisito, que haya iluminado el espíritu de una sociedad humana desde la Atenas de Pericles y la Florencia de los Médicis. ¡Cómo no hemos de estar con el pueblo que eso representa, cuando un golpe, que quiere ser de muerte, le amenaza; cuando una angustiada expectativa hace que se sucedan en nuestra memoria, de un lado los milagros de la Revolución, y del otro las pinturas siniestras con que nos trasmitió la imaginación de Víctor Hugo el dolor y la desesperación del «año terrible...»

„Si esa alianza de la Europa Occidental cayese vencida, no sa-

un polaco, *soul comme un polonais*. Por *capote anglaise* mencionan un objeto que no puede ser nombrado con decoro ni en latín, uniendo, por gala de oprobio, el patronímico de un país tan serio á un chismecillo que lo es bastante menos. Sólo que Inglaterra, devolviendo la pelota, llama al mismo útil carta francesa: *french letter*. También se acostumbra en París decir *los ingleses*, aludiendo á la incómoda visita que la mujer, *l'eternelle blessée*, recibe cada mes.

Hablar como una *vache espagnole* no significa sólo discurrir en guirigay intraducible, sino que los españoles jamás aprenden á hablar claro en lengua de Francia.

Y porque un príncipe alemán fué tildado de homosexualidad, hoy cuelgan ese vicio como sambenito á toda la nación tudesca, apellidándolo «el vicio alemán».

Pero nadie inspira más risa y más desprecio á este soberbio país de buen humor que los latinos-americanos, nosotros, á quienes engloba en el simpático y popular epíteto de *rastaquoeres*. Nos desprecia, y tiene razón. Sus puntapiés, ¿no

---

bría ahora precisarse por qué rumbos oscuros se orientarían los destinos del siglo que comienza, pero es indudable que sería en el sentido de normas y principios absolutamente divergentes de aquellos que la naturaleza y la historia señalan como ideal á las jóvenes naciones del Nuevo Mundo. Esto, por sí sólo, debería decidir nuestros votos,,.—(Nota de 1915.)

los pagamos con sonrisas? ¿No admiramos á los franceses en la forma más vil de la admiración: imitándolos? O mejor dicho, parodiando su talento con nuestra mediocridad, su gracia con nuestro amaneramiento, su ironía con nuestros chistes de cien kilos. Pero acaso exageran los que opinan que los rastacueros han corrompido á Francia disolviendo las antiguas y sanas costumbres de Luis XV y otros Luises.

El odio contra los extranjeros parece la última fórmula del patriotismo francés. Fruto de esa xenofobia tan difundida era la escena de Pornichet. Estoy acostumbrado á la propaganda contra los extranjeros de periódicos radicales como *La Lanterne,* de periódicos liberales como el *Matin,* de periódicos conservadores como *La Liberté,* de periódicos antisemitas, es decir, enemigos de toda una raza, como *La Libre Parole;* de periódicos monarquistas, como *L'Action Francaise;* pero nunca vi, hasta ahora, semejantes doctrinas convertidas en acto, traduciéndose en atropellos (1).

---

(1) Esta misma prensa enseña, abierta ó encubiertamente, que cuanto es bueno es francés, aunque no lo sea. Así el odioso *Matin* opina que el cinematógrafo, por ejemplo, no se debe á Edison, sino á un francés, «un certain Alexandre». Ya sabemos, pues: el cinematógrafo lo inventó un francés, *un tal Alejandro.* Con el teléfono ocurre, si no algo idéntico, algo parecido: lo descubrió un tal Bourseul. «La concepción tout au moins est française», dice el *Matin.*

La prédica de la xenofobia me producía desprecio. La xenofobia en práctica me ha causado horror.

El mundo no tiene la culpa de que la Francia

La concepción, por lo menos la concepción, es francesa. Y como nadie conoce á Bourseul, inventor francés del teléfono, el *Matin* nos informa. Bourseul, pero ¿no se acuerda todo el mundo de Bourseul? ¿Es posible? Bourseul era, sin embargo, «inspector de telégrafos en Auch.» Inspector de telégrafos, Bourseul, teléfono, el *Matin*... Bueno, no se nos olvidará. El mismo diario niega que Santos Dumont haya inventado «el dirigible». ¿Brasilero y se atreve á tanto? «El dirigible» fué descubierto dieciséis años antes por un coronel, como es natural, de Francia. ¿Por qué quedó en silencio tan maravillosa invención hasta que llegó el brasilero, dieciséis años después? Discreción, modestia, misterio. Y en cuanto al telégrafo, ¿quién habla de Morse? «Nous devons—concluye el *Matin*—nous devons avec un juste orgueil reivindiquer l'iniciative.»

El lunes 12 de Enero de 1914 quejábase uno de los más conocidos periodistas del bulevar, el señor Clemente Vautel, de que en el Faubourg Poissonière se oyera á menudo á hombres y mujeres hablando en lengua extranjera.

Al día siguiente, el martes 13 de Enero de 1914, otro periodista, hombre de más seso que el anterior, el señor Hugues Le Roux, publicaba un artículo contra los extranjeros en uno de los más grandes diarios de París y como editorial.

Copiemos:

«A la invasión de la Francia por los alemanes, los belgas, los italianos, los españoles, ha seguido la ola de los polacos. Estos eslavos nos llegan por cohortes. Traen con ellos sus clérigos.»

La osadía de que los polacos traigan sus clérigos es verdaderamente escandalosa. Los extranjeros son un peligro, según Le Roux. Que los franceses se crucen con gente de otros pueblos no hay ni

cayera en Sedán. Los rastacueros no han hecho degenerar á Francia, ni el mundo la ha corrompido. El mundo ama á este pueblo de virtudes brillantes. El mundo no cree que Francia sea un foco de infección moral, aunque muchos escritores de Francia lo divulguen, el teatro lo refleje, la novela lo pinte, el diarismo lo revele y el triunfo de los histriones y de las cortesanas y la disolución social lo decante.

Pero no... Este pueblo esconde una gran reserva de energías y de virtudes. Negarlo sería negar la luz del sol. Sólo que no son los periodistas de París, directores de opinión pública, los depositarios de esas virtudes y de esas energías de la raza.

La infame prédica de semejantes degenerados no levanta á un pueblo de la ignominia, ni lo libra de la amenaza, ni lo salva de la derrota, ni lo conduce al triunfo, ni le conquista la gloria. ¿De qué se quejan? En ninguna época de

---

qué pensarlo. «Nuestro carácter y nuestro temperamento perecerían», opina el gran diarista de París. Pero no haya temor: los extranjeros no vienen á mezclar su sangre impura con la sangre francesa: Francia no corre peligro de perder su carácter ni su temperamento. «Es necesario felicitarnos—exclama Le Roux—de que esas gentes vengan sólo á explotarnos...»

El patriota y eminente periodista llega en sus preocupaciones á preguntarse: «¿con qué calidad de extranjeros será necesario que aceptemos el contacto?» Su interesantísimo editorial ocupa columna y media.

su historia, ni bajo Luis XIV, ni bajo Napoleón, tuvo Francia tan sólido poder, tanta riqueza pública, tan potente ejército, tan formidable escuadra, tan vasto imperio colonial, tanta libertad interna, tan estable reposo. ¿De qué se quejan?

La infame xenofobia de los degenerados sólo culmina en acciones que mancillan á una sociedad, en escenas vergonzosas como la ocurrida en la estación de Pornichet.

XII

ZOLA EN EL PANTEON

Zola, como el Cid, gana batallas hasta después de muerto.

El último combate lo ha librado y ganado el ilustre novelador y gran ciudadano, contra los periódicos y diputados nacionalistas, en el Congreso y en la Prensa. El comienzo del ataque contra la memoria del hombre que temieron en vida, porque ese hombre no le tenía miedo á la verdad, lo dió en la Cámara de Diputados Mauricio Barrés, en discurso improvisado con una semana de antelación. Se trataba del crédito de 35.000 francos que debía votar la Cámara, y votó, para trasladar las cenizas de Emilio Zola al Panteón. Barrés, con su discurso escrito, la voz sorda, el ademán zurdo, quiso oponerse á la votación del crédito.

«El hombre que vais á *canonizar*—dijo—ha consagrado su carrera á describir, en vastos frescos, las diversas clases de nuestra sociedad.»

Este exordio es para insinuar que Zola ha atacado el ejército, lo que aquí se considera un crimen, ya que la tropa debe ser sagrada en los países donde impera el miedo. Todo el mundo

está contento de que haya alguien que lo defienda, incapaz de defenderse por sí mismo.

«En *La Terre*—prosigue Barrés—, Zola ha descrito al campesino; en *l'Assommoir*, al obrero; en *Bonheur des Dames*, al empleado de almacén; en *Pot-Bouille*, al burgués; en *La Débacle*, al soldado. *(Interrupciones de la izquierda.)*

»Sus vastos panoramas tienen la pretensión de ofreceros la verdad, cuando son, al contrario, por abuso de lo pintoresco, mentirosos y calumniosos. *(Ruido intenso á la izquierda; aplausos á la derecha.)*

»Es necesario haber pasado algún tiempo en el extranjero para saber con cuántas dificultades nuestros amigos tratan de restablecer un concepto exacto sobre la calidad de las costumbres francesas. La obra de Zola ha servido, en el mundo entero, á desacreditar las virtudes de nuestra sociedad. Por medio de vuestra manifestación, se diría que queréis poner vuestra firma oficial, vuestra firma nacional, al pie de esas calumnias.»

El debate se apasiona. La izquierda protesta. Los conservadores nacionalistas de la derecha aplauden. El presidente de la Cámara, Brisson, llama al orden á Barrés, que insulta á un diputado; entre este diputado, el Sr. Charles Dumont, y el autor del *Jardín de Berenice* se concierta un duelo.

Pero Zola triunfa. El crédito para trasladar sus

restos al Panteón queda votado por 356 «sí» contra 164 «no».

La Prensa ha tratado luego de envenenar el asunto, aunque en vano. Zola triunfa en la Prensa como en la Cámara. Ha habido, sin embargo, incidentes curiosos.

El más notable es éste.

El duque de Montebello, descendiente del general Lannes, mariscal de Francia, ha escrito una carta pública al ministro Clemenceau, diciéndole que si aceptan á Zola en el Panteón, él quiere sacar de allí á su abuelo. El Gobierno, por supuesto, le ha respondido, con mucha cortesía, que no sea mentecato. En efecto: un grande hombre no pertenece á ésta ó aquella familia, sino á la patria, y á veces á la Humanidad, si es hombre máximo, como Homero, como César, como Dante, como Newton, como Velázquez, como Pasteur.

Que los descendientes del hombre ilustre, á menudo indignos de él, se beneficien con el nombre que tienen derecho á llevar, lo que ya es mucho, y con los bienes materiales que tienen derecho á heredar, cuando existen. A lo demás no tienen derecho. Y menos que nadie los de Montebello, que han hecho de ese nombre de ciudad italiana, donde venciera Lannes, nombre otorgado por Napoleón á su general, un negocio, una marca de champaña.

¡Y estos miserables comerciantes se creen des-

honrados por Zola! ¡Canallas! Lo que han obtenido con su carta grotesca é inconveniente es que la Prensa liberal les caiga encima y que el exministro Pelletan publique un artículo examinando la historia del mariscal Lannes, á quien Bonaparte, á la sazón primer cónsul, exigió un día «la restitución al Tesoro público de algunas centenas de miles de francos», amenazándolo con un Consejo de guerra.

Pelletan termina su vengador artículo con estas frases amargas, que no sabrán, de seguro, al duque de Montebello tan sabrosas como su más seco y viejo champaña:

«Que el señor de Montebello arguya el que los restos de Zola cerca de los de su ilustre antecesor comprometen la marca comercial de la familia, pase; pero que no pretenda tener un derecho de propiedad sobre la gloria del soldado de la Revolución y del Imperio.»

XIII

EQUIDAD DE LOS POETAS

Los poetas carecen casi en absoluto del espíritu de justicia. De ellos es la pasión, no la ecuanimidad. Pero ponen, cuando son poetas de veras, y no simuladores, tal ímpetu, tal fuego, tal pasión en sus afectos, que lo que odian aparece casi siempre tan grande como lo que aman. Es decir, emplean tal cantidad de corazón y de hígado en amores y odios que lo que odian ó aman resultan cosas que les interesan y que nos interesan por igual.

Son, pues, equitativos á su modo.

En Homero los dioses combaten por los griegos; en Tasso los demonios ayudan á los árabes. Por lo demás, un Argante vale un Tancredo, como un Héctor vale un Aquiles.

XIV

LA CRISIS DEL MATRIMONIO

En Francia, como nadie quiere casarse, todo el mundo habla del matrimonio. Pero habla, por supuesto, de su forma evolutiva, es decir, del divorcio. Creo que es un personaje de Bernard Shaw, ó Shaw mismo, quien piensa que el matrimonio es institución inmoralísima, y por eso gusta tanto. En Inglaterra puede gustar todavía. En Francia, no. Por donde resulta Francia pueblo de alta moralidad.

En efecto; el divorcio está á la orden del día; no para tratar la cuestión del divorcio en sí, aceptado por las leyes y por las costumbres, sino para tratar de su amplificación.

En la ley francesa sobre divorcio había un artículo concebido en estos términos:

«Cuando la separación (de cuerpos) haya durado tres años, el juicio *podrá* ser convertido en juicio de divorcio al pedirlo cualquiera de ambos cónyuges.»

Este artículo acaba de ser modificado así:

«Cuando la separación de cuerpos haya durado tres años, el juicio será convertido *de dere*

cho en juicio de divorcio, al requerirlo cualquiera de ambos cónyuges.»

En otros términos: al cabo de tres años la separación será convertida de oficio en divorcio, sin que los jueces intervengan; sólo se limitarán á registrar esta «conversión automática».

Otras de las causas que han puesto de moda la cuestión del divorcio son: una comedia de Bourget, que se representa en el Vaudeville, y un libro de Marcel Prevost, que se populariza en el bulevar.

En la comedia de Bourget un joven que quiere casarse con su querida le dice á su madre, divorciada y vuelta á casar, que le reprocha el enlace:

—Mamá, tampoco usted era virgen cuando se casó con su actual esposo. Estaba, pues, en el mismo caso que la mujer á quien quiero.

La obra de Prevost, feminista de moda, es más amable. Prevost expone sus doctrinas en esta forma:

«Que haya actualmente, en el mundo entero, una especie de *crisis del matrimonio*, es difícil de negarlo. Al mismo tiempo que los legisladores, los escritores se preocupan. He aquí, á ese respecto, mis ideas:

»1.° El matrimonio existente es aceptable, aunque pueda perfeccionársele. Tal como existe, la mujer encuentra en él, á los comienzos del siglo XX, una protección que cruelmente le

faltaría fuera del matrimonio. Institución sólida y respetable, es á nosotros á quienes toca hacerla producir, en felicidad y en belleza, todo lo que la institución contiene realmente.

»2.° Para llegar á este fin, la joven moderna debe esperar menos de las leyes que de sí misma.

»3.° La joven señora no debe olvidar que, por causas étnicas é históricas, el marido moderno es todavía un *retardario* respecto á su mujer. Toca á la esposa el convertir á este retrógrado, persuadirlo de que es preferible desarrollar en su mujer la *personalidad* y la *alta moralidad*, que querer ser el todopoderoso, el tirano de antes.»

Pero lo curioso en Francia es que la mayoría de las mujeres abogan, no sólo por el divorcio, sino por el amor libre.

Judith Gautier, la célebre hija del célebre Teófilo, querida primero y luego esposa de Catulle Mendes, dice: «Yo soy víctima de esa institución. Después de veinte años de felicidad, en unión libérrima, fuí desgraciada en seis meses de matrimonio.»

La señora del ministro de Estado, Pierre Baudin, asegura que su esposo la ha hecho muy infeliz.

La señora A. Denau refiere un drama. Quiso divorciarse, y su esposo la encerró en un manicomio. En consecuencia, esta señora exige mayores facilidades para que las mujeres puedan divorciarse, y lo exige en beneficio de su sexo

Hay mujeres que hablan un alto lenguaje que criticarán mojigatos de pueblluchos, pero que Sócrates y Platón envidiarían.

«Es necesario—expresa una señora—, es necesario abolir el matrimonio para que el nombre que una mujer dé á su hijo no sea infamado y para que la mujer que cumple su deber levantando á su hijo sea respetada.»

La opinión de María de Regnier, esposa de Henri de Regnier, es un madrigal para el exquisito poeta, su marido: «No tengo opinión á ese respecto.»

¿Qué más puede exigir un hombre sino que su mujer, con sinceridad ó por coquetería inteligente, diga: no he pensado jamás en la separación, nunca he formado opinión en tal sentido?

Pero la deliciosa Lucía Delarue-Mardrus, deliciosa como mujer y como poetisa, encantadora por el cuerpo y por el espíritu, se expresa con su habitual desenfado:

«Creo que el divorcio es *un término medio* entre la unión libre y el matrimonio; una tendencia hacia el equilibrio. Esto, bien entendido, si consideramos las cosas desde el punto de vista de la vida lógica, racional y sincera. Pero es un *comienzo de ruina* si consideramos las cosas desde el punto de vista—muy poco lógico, aunque venerable—de tradiciones, creencias, prejuicios, sentimientos, todo lo que constituye, en una palabra, la sociedad tal como es al presente. El

divorcio me parece signo de un período de transición.»

No faltan, sin embargo, profetas de infelicidad, pájaros de mal agüero, que auguran el fin de la Humanidad si continúa el divorcio en las leyes ó la unión libre en las costumbres. Pero estas personas son los elementos retrógrados de todas las sociedades, en todas las épocas. Son de la misma familia, de la misma constitución anémica de los que censuraron á Copérnico porque propagó la teoría heliocéntrica, que persiguieron á Galileo porque advirtió el movimiento de la tierra, que quemaron á Giordano Bruno porque creyó en la pluralidad de los mundos.

Pero á estos conservadores les ha respondido triunfalmente Víctor Margueritte, hombre de probidad intelectual, de juicio y de fama:

«Estoy profundamente convencido de la necesidad del divorcio—mejor mientras más amplificado—en interés del matrimonio mismo. Es de asombrar que se pueda, veinticinco años después de promulgada la ley Naquet, dudar de la imperiosa urgencia de hacerla más amplia y más flexible. Es necesario, dicen los partidarios del pasado, que el matrimonio sea indisoluble. ¡Como si no se viviera en el dominio de los hechos! No se resucitará el pasado con decirle: «Tú eres el »porvenir.» Nadie en el mundo podría imponer de nuevo la indisolubilidad del matrimonio. Esa es la verdad. Esos son los hechos.

»¿Es esa razón bastante para no admitir desde ahora sino la unión libre? Es verdad que la unión libre representa un noble ideal, más noble acaso que el del matrimonio, por cuanto es un perpetuo consentimiento de la voluntad. Y es por un constante consentimiento y no por coerción de un lazo cualquiera que toda unión es plausible.

»Nos encontramos en esta situación.

»El matrimonio indisoluble ha muerto. La unión libre no puede vivir todavía. Queda el matrimonio, adaptado á nuestras costumbres, rigurosas y solubles, á nuestras leyes, que poco á poco se humanizan: queda el matrimonio libre »

Resta otra cosa todavía: el amor. Mientras el amor, que es el único lazo irrompible, el único dios inmortal, existe, ¿por qué pensar en alejamientos y divorcios? La cuestión es mantener viva la llama de amor, lo mismo veinticuatro horas antes de casarse que veinticuatro años después.

¿Imposible?

Pues lloremos sobre la fragilidad de nuestras ilusiones. Pero no pretendamos que para seres contingentes, como los hombres, pueda haber nada eterno.

XV

LA HONRADEZ DE EUROPA

A Venezuela la acriminaron en 1902 los europeos de mala pagadora, porque no se dejaba robar pagando lo que no debía.

Estos países de Europa asaltaron á nuestro pobre país, y porque éste se resistió á permitir que lo desvalijasen en silencio, Inglaterra, Alemania é Italia se presentaron con sus acorazados á cobrar sus cuentas.

¡Y sus periodistas nos llamaron ladrones!

¡Y sus Cancillerías nos hablaron de honor!

Apréndase como una lección, de memoria, lo que nos fueron á reclamar á cañonazos en 1902 Inglaterra, Alemania é Italia; lo que toda Europa y los infames yanquis querían arrebatarnos por la fuerza, y la suma que jueces árbitros europeos reconocieron, á pesar de su largueza, como única debida.

¡Qué muda y terrible elocuencia la de los números!

He aquí el cuadrito, digno de la caballeresca Europa y de los famosos Estados Unidos:

	Suma de reclamaciones. — *Bolívares.*	Suma reconocida: — *Bolívares.*
Alemania	7.376.885	2.091.908
Inglaterra	14.743.572	9.401.267
Italia	39.844.256	2.975.906
Estados Unidos	**81.410.952**	**2.182.253**
Holanda	5.242.519	544.301
España	5.307.626	1.974.718
Suecia y Noruega	1.017.701	174.350
TOTALES	154.943.311	19.344.703

¿Quiénes eran los bandidos?
¿Quiénes eran los ladrones?

XVI

EL ARTE EN YANQUILANDIA

Comœdia trae la noticia de que un cuadro de Rembrandt, *El peregrino en oración*, ha sido comprado en los Estados Unidos por cierto míster Willys en 1.250.000 francos.

Recuerdo, á propósito de tal noticia, que años atrás un *brocanteur* de París concibió la idea de vender un falso Rembrandt á los yanquis y lo obtuvo por medio ingenioso: sobre la falsificada firma del maestro puso hábil capa de pintura y suscribió un nombre cualquiera. Al mismo tiempo que su cuadro, expidió una letra anónima previniendo á las autoridades aduaneras de Nueva York que se trataba de introducir por fraude—para evitar los fuertes derechos que allí se cobran á las telas maestras—una obra de Rembrandt. La Aduana, por supuesto, descubrió el fraude y cobró sus derechos. La cosa se traslució, los repórteres y los *amateurs* de Yanquilandia reconocieron el genio y el estilo del maestro, y un *snob* adinerado é ignorante pagó lo que le pidieron por el cuadro.

La inteligencia de un pícaro había explotado una vez más la vanidad de los *parvenus* ultramarinos.

XVII

LAS HIPOCRITAS CONFERENCIAS DE PAZ

El proyecto de reducción de armamentos ha fracasado. Nadie se considera seguro en la tierra sino amparado por sus cañones. La Conferencia de la Paz, en su cuarta sesión plenaria, se confiesa impotente para legislar sobre el desarme.

Inglaterra, por boca de su delegado, Sir Edward Fry, pronuncia un voto romántico y remite al estudio de los Gobiernos la cuestión del desarmamento.

Alemania, el eterno obstáculo, triunfa.

Cuando la primera Conferencia de la Paz, en 1899, vivían las grandes potencias en relativa calma. Después, como para refirmar su *bona fide* pacifista, han realizado la guerra de Inglaterra contra los boers, la guerra de expedición á China y la ruso-japonesa.

Ha sido de otro continente, menospreciado por Europa, de donde han venido ejemplos de moderación y cordura. La diferencia entre Chile y Argentina, á propósito de fronteras y rivalidades nacionales, se dirimió por el arbitraje, no por las armas.

Cuando la primera Conferencia de Paz, en 1899,

gastaban las grandes potencias en armada y ejército 6.000.000.000 de francos por año. Ahora gastan 9.000.000.000; es decir, 3.000.000.000 de francos más, que debe pagar, en resumidas cuentas, el pueblo trabajador y contribuyente.

¿A cuánto ascenderán los gastos militares de la paz y cuántas guerras habrán de suscitarse como sigan los progresos del pacifismo?

La tercera Conferencia tendrá ocasión de constatarlo (1).

Los pueblos se quejan, los hombres de Estado se preocupan, los publicistas se alarman de lo caro que cuesta al mundo la paz. Y yo pregunto: ¿por qué esa alarma, por qué esa preocupación, por qué esa queja? La moral política la imponen los fuertes. ¿No han decidido ellos que la fuerza priva sobre el derecho? ¿Qué mucho, pues, que todos quieran ser poderosos? Además, *l'entente*, más ó menos cordial, de algunas grandes potencias, y las alianzas más ó menos sólidas de otras, ¿no es obra del recíproco pavor que se inspiran? ¿Cuánto más no costaría á uno de estos pueblos el ser vencido por el rival? Por mucho que les cueste la paz, les cuesta menos en humillación, en sangre, en dinero y en importancia mundial que el vencimiento.

---

(1) En efecto, tendrá ocasión cuando se reuna, si se reune, después de estas orgías canibalescas de 1914-1915 que nos están dando en espectáculo nuestros hermanos mayores, los europeos.

A la sombra de la paz, por costosa que sea, se han creado las industrias modernas; las ciencias han abierto horizontes nuevos al espíritu humano; las artes, más deslumbrantes y pródigas que nunca, han podido formar parte de nuestra vida cotidiana y sernos tan necesarias como la atmósfera. A la sombra de la paz el hombre ha sido más feliz. El hombre de garra se entiende: el que manda, el que legisla, el dueño de fincas, de valores, de fábricas.

Por eso el pueblo odia el régimen actual, tan defendido por la plutocracia y encomiado por la burguesía. Las Conferencias de Paz aparecen también, si se las considera con fijeza, como una concesión de los felices de la tierra al espíritu nuevo. Porque de entre la sombra salen puños furiosos y caras que gesticulan. Y los felices de la tierra, en el régimen actual, prestan oído por la primera vez á un intimidante, sordo tropel que surge del horizonte, negro de lástimas: es la Revolución Social...

* * *

Casi un siglo después de la muerte del Libertador de América es cuando llega á realizarse, aunque sólo en parte, uno de los más altos pensamientos del Héroe. No se dan cita las naciones del globo en aquella ideada capital de aquel ideado país que Bolívar quiso formar con todos

los pueblos hispánicos del Nuevo Mundo, país que sería—según las palabras del Genio—«la más grande nación de la tierra». Pero júntanse hoy los pueblos á tratar—como quería el Libertador en 1824—«de las grandes cuestiones de la paz y de la guerra»; y á proclamar, si se osa, como fundamento del Derecho público europeo, el arbitraje, que Bolívar innovó desde hace casi un siglo, y que desde hace casi un siglo forma parte del Derecho público americano.

En la puerta del futuro edificio de la Paz en La Haya debería erigirse una estatua al Libertador con esta inscripción:

Á SIMÓN BOLÍVAR,
Fundador del Arbitraje.

Los pueblos todos de la tierra—por lo menos los pueblos suzeranos—envían hoy á La Haya sus hombres más espectables y concienzudos en diplomacia y en jurisprudencia para tratar de grandes problemas de guerra y de paz. Y aunque el sentimiento unánime es pacifista—porque los hombres han abierto como de repente los ojos y convienen en que es mejor entenderse que matarse—, el militarismo ha entrado tan adentro en el corazón de los hombres, que en esta Conferencia de Paz no se oye hablar sino de guerra.

Aparte el arbitraje para casi todas las diferen-

cias internacionales, problema de interés universal, entre las cuestiones que están sobre la mesa de la Conferencia hay dos de capital importancia: la del desarme—relativo, por supuesto—de las potencias, que interesa principalmente á Europa, y la *Doctrina de Drago*, que nos interesa sobre todo á los americanos.

Respecto al desarme, de seguro no se llegará á un acuerdo. Pero mucho será si no sucede lo que después de la Conferencia de la Paz en 1899, en que sólo Inglaterra—para no citar sino un ejemplo—, Inglaterra, que abogaba por la reducción de armamentos, duplicó el montante anual de los gastos de su marina.

* * *

La otra cuestión capital, capital sobre todo para la América latina, es la proclamación de la *Doctrina de Drago*. El solo hecho de enunciarla ante las potencias del mundo reunidas en Asamblea es ya un triunfo. Porque es una doctrina sud-americana, una doctrina esencialmente nuestra, que nos da un sér y nos pone en un pie igualdad jurídica que no tenemos, dígase lo que se quiera, con estos viejos pueblos egoístas de Europa. El Norte podrá tener su Doctrina Monroe: nosotros proclamamos y debemos defender á todo trance nuestra Doctrina Drago.

Las potencias de Europa usan un derecho pú-

blico para sí y otro derecho público, tácito, pero evidente, para con las Repúblicas de América, La Doctrina de Drago, acéptese ó no, nos hace suministrar al derecho público universal una fórmula nuestra, por donde vendremos á gozar de una prerrogativa que no teníamos. Lo mismo puede decirse respecto del arbitraje internacional.

Los Estados Unidos comprenden esto. Y como no desean perder su audazmente abrogado y torpemente consentido papel de tutores de Hispano-América, han tergiversado la Doctrina de Drago.

Se sabe en qué consiste esa doctrina. El doctor Luis Drago en persona acaba de exponerla ante la Conferencia de La Haya. En lenguaje de periodista se resume así: «La América Latina no acepta, y está dispuesta á impedir, que se le cobren deudas á cañonazos.»

Los Estados Unidos, por boca de uno de sus delegados, el general Porter, y con apoyo, por supuesto, de las grandes potencias, propone, en síntesis, que la diferencia por deudas se refiera á un arbitraje, y que si el árbitro decide en contra del país deudor, la potencia ó las potencias acreedoras puedan ir á cobrarse con artillería, infantería y marina.

Los Estados Unidos no olvidan que ellos pasaron á Venezuela, en 1902, una cuentecita por

valor de más de 80.000.000 de francos, cuando apenas se les debían alrededor de 2.000.000.

Además, el juego de los Estados Unidos es claro. La Doctrina de Drago les quita uno de los pretextos de intervención. La proposición de Porter, como ya lo quería Roosevelt años atrás, permite ir á Hispano-América con cuentas de capricho en una mano y la otra mano en el timón del acorazado.

¿Es esto atentar á la elástica Doctrina de Monroe? De ninguna manera. Ya lo explicó Roosevelt. ¿Qué quieren, pues, los Estados Unidos? Quieren que cuando uno de nuestros pueblos se encuentre en embarazo, con el dogal de uno ó más pueblos de Europa al cuello, el pobre pueblo estrangulado lo llame á él, al país de los yanquis, que hará todo lo necesario por el amenazado, hasta pagará por él si es necesario, para luego cobrarse, eso sí, como á bien tenga la «República Modelo».

Esta política de los yanquis es tan clara y tan maligna, que se valen de todo para obtener su triunfo. Por medio del cable, gran aliado, tratan de despistar la opinión de algunos países hispano-americanos. En *El Constitucional*, de Caracas, fecha 15 de julio, leo un cable de La Habana, obra de la intrigante política yanqui, y que dice así:

«El doctor Drago ha propuesto la siguiente modificación á su doctrina: que se autorice el

cobro de acreencias por medio de la fuerza cuando una nación rechace la sentencia de sus mismos Tribunales ó se niegue á aceptar el resultado de una apelación en última instancia á La Haya.»

El doctor Drago no leyó el discurso, donde enunciaba ante la Conferencia la doctrina que lleva su ya famoso nombre, sino el 18 de julio, y este discurso no fué publicado *in extenso* hasta el 19 del mismo mes.

Los comentarios huelgan (1).

---

(1) Hace muchos años, los Estados Unidos, por medio del cable y con informaciones tendenciosas, hacen una política eficaz de embrollo y descrédito respecto á la América Latina. Las opiniones erróneas y hasta injuriosas que existen en Europa, respecto á muchos países de América, se deben á la política cablegráfica de los Estados Unidos, empeñados en desacreditarnos con doble intento: para que no vayan gente ni capitales europeos á la América Latina y para justificar, de antemano, toda posible agresión yanqui contra alguna débil República.

Respecto á la América del Sur, la política informativa de Yanquilandia en aquellos países obedece al mismo antiguo interés que tenía España y realiza idéntico ideal: dividir para reinar. ¡Y esos tristes pueblos no abren los ojos! Para cuándo lo dejan. Los yanquis y los europeos harán con ellos lo que con las tribus de Africa: apoyándose en unas, — cuando menos en la indiferencia de algunas, — combatirán á las otras hasta dominarlas á todas. En tal sentido, el ex-ministro, el sonrosado miñón, Estanislao Zeballos, personaje en Buenos Aires, que para adular á Roosevelt y á los yanquis aplaude el despojo de Panamá á Colombia, es un negro de Africa. Su mentalidad, la de un hotentote. Y perdonen los hotentotes decentes, que

Por lo que respecta al arbitraje, nadie, ni siquiera Alemania, se opone abiertamente. Pero se oponen con fórmulas diplomáticas.

Y estos retardarios se vanaglorían de su *Kultura*.

---

no tengan los vicios infames de Zeballos, tan deprimente comparación.

Con razón se ha dicho que si los caballos poseyesen espíritu de asociación no se dejarían esclavizar del hombre. Sáenz Peña, el Presidente de la República Argentina, estuvo en lo justo cuando dijo: "en punto á política americana debemos volver á los ideales de Bolívar,,. A esos ideales de solidaridad americana otro argentino eminente, Manuel Ugarte, ha consagrado su vida.

XVIII

EL IDOLO PURULENTO

Acaba de pasar en tren expreso para Caracas el general Cipriano Castro, enfermo desde hace ocho meses, que buscaba la salud, de algún tiempo á la fecha en el balneario de Macuto.

En países como el nuestro, donde por costumbres tradicionales el primer magistrado ejerce un poder efectivo más vasto del que señalan las instituciones, es á veces mayor freno para ambiciones en juego la persona del magistrado que el libro de la ley, y á veces depende de la salud del presidente la salud de la patria. Esta es una de las múltiples miserias de los pueblos personalistas.

Castro va macilento, flaco, rojo el cerco de los ojos, caídos los párpados, haciendo visible esfuerzo por mantenerse firme en el asiento á la contemplación de las curiosas multitudes que se apiñan en los andenes y á lo largo de la vía para verlo. Y en ese vagón de ferrocarril, junto con ese hombre extenuado y en demacración, va también, canijo y maltrecho, el destino de Venezuela.

Y esa piltrafa humana ha sido adulada, poderosa, feliz. Dió guerra á pueblos de am-

bos continentes, y una actitud suya ó una opinión se tomaba en cuenta lo mismo en Caracas que en Wáshington, y casi tanto en París ó en Berlín como en Bogotá. Porque dentro de esa lámpara, hoy desportillada, ardía una gran luz: la voluntad luz que amenazó varias veces con una extensa conflagración, ya que, dados los enclavijamientos de odios é intereses por las condiciones de actual vida internacional, y á pesar del egoísmo nacional de cada pueblo, un grano de arena puede bastar para detener el engranaje y la complicada maquinaria de la política universal (1).

Y ese hombre, cuyo ceño encapotado causó miedo, estupor ó silencio; ese hombre que se vió siempre adulado hasta en sus vicios, obedecido hasta en sus caprichos, celebrado hasta en sus errores; ese hombre que se vió aplaudido en el menor de sus gestos como un histrión, cantado por sicofantas en el menor de sus rescriptos como un emperador de Bizancio, cantado por el romancero del servilismo en la menor de sus hazañas, como un conquistador; ese hombre, ayer cifra de esperanza para tantos, y á quien adulones de alquiler—como el antiguo sastre y mulato puertorriqueño Gumersindo

(1) Ultimamente, en 1914, se ha visto, sacando buena mi observación, cómo por motivo de la pequeña Servia, ha ocurrido la conflagración de casi toda Europa.

Rivas—besaban las plantas con orgullo, ese hombre es hoy objeto de un solo deseo: el deseo de que muera.

Sus enemigos desean que muera porque Cipriano Castro fué duro con sus adversarios, y ese deseo es, cuando no justo, explicable. Pero hay algo inexplicable: que sus amigos, que sus tenientes, que sus aduladores de ayer atisben por las cortinas del lecho la agonía del ídolo expirante. ¡Qué gran enseñanza! El general Juan Vicente Gómez, el más íntimo de Castro, su primer teniente y vicepresidente de la República, desea que prestamente fallezca para sucederlo. El general José Antonio Velutini, segundo vicepresidente, enriquecido por los favores de Castro, desea que muera, porque en río revuelto, ganancia de pescadores; el general Alcántara, hijo mimado de Castro, presidente del Estado Aragua, espera, so pretexto de fidelidad á las ideas políticas del magistrado expirante, ocupar la capital y alzarse con el Poder; el doctor J. R. Revenga, su primer médico y secretario general, tiembla de que Castro se incorpore y pida cuentas del Tesoro nacional; el doctor Eduardo Celis, ministro de Hacienda, está en el mismo caso que Revenga; los demás ministros que ya han dado pasos acercándose á los probables futuros sucesores de Castro, desean que termine este paréntesis, á objeto de afirmarse en el Poder, y Gumersindo Rivas, sobre ha-

ber abusado del nombre de Castro para robar un dinero en Nueva York, se proclama gomecista por los días en que era más precaria la salud del presidente y se esperó su muerte.

¡Qué grande enseñanza! ¡A veces imagina uno que Salomón y Tomás de Kempis están en lo cierto!

XIX

DESLUMBRADOS POR LA APARIENCIA

Viene á visitarnos Sarmiento, nieto del educador liberal, fogoso polígrafo y Presidente de la República Argentina. Este nieto tiene algo de su testarudo abuelo: tiene la fuerza, la pasión, la garrulería, el cuerpo atlético, la sonrisa de elefante, y el á todo decir: yo quiero. ¡Qué diferencia á simple vista entre un hombre de nuestra raza que sabe conversar, contar, exagerar, mentir, distraer, y los bátavos, tan zurdos, tan cazurros!

La raza latina, en general, ama la exterioridad, la forma. Nosotros, hispano-americanos, hemos corregido y aumentado esta virtud hasta convertirla, por exageración, en defecto; nosotros, no preocupándonos del fondo de las cosas, hemos llegado á contentarnos no ya con la forma, como franceses, italianos y españoles, sino con la Vana Apariencia.

XX

EL CABLE FRANCES Y NOSOTROS

La debatida cuestión del cable francés, que tanto ha dado que hablar á la Prensa de Europa y de las tres Américas, entra en su período agudo.

La alta Corte Federal y de Casación declara disuelto el contrato entre los Estados Unidos de Venezuela y la Compañía francesa de cables submarinos, de acuerdo con nuestras leyes, y según cláusula del mismo contrato, por incumplimiento de obligaciones de parte de la Compañía.

No lo hubiera hecho, como no lo intentó antes—cerrando los ojos á deficiencias del servicio cablegráfico—, á no haber coadyuvado la Compañía—según documentos ya públicos—á la revolución última que devastó á nuestro país.

La Compañía de cables, en esa contienda fratricida, debió permanecer neutra, cuando no adscrita al Gobierno legal, no sólo en atención á su carácter extranjero, que la incapacitaba para terciar en nuestros disturbios intestinos; no sólo por fidelidad á la letra y al espíritu de su contrato; no sólo porque debió comprender angustiosa la situación de la República—en guerra in-

terna y bloqueados sus puertos por tres potencias europeas—, sino por razones máximas de interés. Una Compañía que con mero capital de 16 millones de francos ó bolívares realiza beneficios anuales de 1.000.000 de pesetas, ¿á qué más podía aspirar? ¿No debiera mantenerse dentro de la ley? ¿No estaba en su conveniencia ser fiel á la República que la enriquecía?

Ya resignada la Compañía con la suerte que ella misma, por torpeza ó por avilantez, se labró; ya en vías de acordarse con el Gobierno de la República para proseguir el servicio calográfico, pautándose por nuevo contrato, tercia la Legación de Francia en el asunto. En vez de resolverse más pronto la cuestión, se agria por aquella intromisión intempestiva, ordenada acaso, inconsultamente, de París, para complacer la gritería de la Prensa parisiense, movida por el siniestro Bunau Varilla, aquel hijo de alegre cambuja panameña, y otros agitadores sin responsabilidad, que ignoran, entre otras cosas, el carácter de nuestro pueblo, y que nos imaginan y nos desearían tratar como á negros del Somalis ó del Sudán.

¡Cuánto daño le han hecho á la influencia de Francia en Sur-América los periódicos y los diplomáticos franceses!

Venezuela responde á la actitud del ministro francés en Caracas con la publicación de documentos donde consta la complicidad de ciertos

agentes oficiales de Francia con la revolución venezolana de 1902. Crúzanse notas, más ó menos desafinadas, entre nuestra Cancillería y la Legación. Francia juzga ofensiva cierta nota de Venezuela. Venezuela ofrece retirarla siempre que Francia, primero, retire á su representante en Caracas, M. Taigny, que se ha hecho persona ingrata.

En vísperas de arreglo, M. Taigny toma el tren un día y se va á La Guaira. Quiere pasar á bordo de un buque mercante francés surto en la rada. Uno de los celadores del puerto le notifica la imposibilidad de hacerlo sin antes llenar los requisitos establecidos, es decir, sin permiso de la Prefectura. Pero para el furibundo Taigny no existe nada imposible. Violando la consigna, desatendiendo, empujando al celador, se abre campo y pasa.

—Bueno, dice el Gobierno de Venezuela, ya que usted se embarcó, navegue. Lo que es tierra de Venezuela no vuelve usted á pisar por ahora.

El ministro rabió cuanto quiso; pero no se le permitió desembarcar.

La carcajada que lanzó el mundo entero, burlándose de la imbecilidad de aquel pobre señor Taigny, diplomático chirle, y de su viaje obligatorio, repercute aún.

Debe advertirse, entre paréntesis, que ya Venezuela no lo reconocía en su carácter diplomá-

tico. ¡No importa! El Gobierno francés monta en cólera y hace votar un crédito para la guerra. Pero no creyéndose suficientemente fuerte contra el formidable enemigo, y en rapto, más de buena memoria que de coraje, invita á las demás naciones europeas «para infligir un castigo á Venezuela». ¡Oh, recuerdos de Méjico y de Sedán!

¿Por qué volvéis á la memoria mía?

Nadie quiso acceder á su invitación y Francia se contentó con denigrarnos por medio de sus periódicos. Eso fué todo.

Y uno se pregunta: ¿para qué tanta arrogancia y tan poca diplomacia, si todo se reducirá á insultos de prensa, que serán contestados en el mismo tono?

Francia deseó «infligir un castigo» á Venezuela é invitó á las grandes potencias á coadyuvar con ella.

¡Cuánta enseñanza en esa actitud!

Esa discreta actitud demuestra la hidalguía, ya tradicional, de los europeos, y el épico valor del mercantilismo moderno; virtudes que evidenciaron dos veces más recientemente: cuando la última campaña de China, y en la intentona italo-anglo-tudesca de 1902 contra Venezuela.

Ningún pueblo de Europa se atreve hoy, singularmente, á volver por el honor de su bandera, ni á defender sus quijotescas vanidades.

¿Será porque los pueblos del viejo mundo no sostienen ejércitos, ni se arruinan en fabricar y mantener barcos de guerra? ¡Pobrecitas las grandes potencias! ¡Cómo aventurarse ninguna de ellas, sola, contra la China armada hasta los dientes... de budismo, ó contra la formidable República de Venezuela!

Ese apandillamiento de Europa contra pueblos no europeos data de las cruzadas. ¡Y á menudo con resultado idéntico al de entonces! Y á menudo, con pretexto de justicia, si no semejante, análoga.

¿No movería á Europa en su reciente guerra de China, por ejemplo, el mismo viejo instinto que movió á los cruzados? Acaso, por evolución del sentimiento, de religioso en político y mercantil, se disfrace la misma vieja rapiña, invariable de esencia, con nombres más prestigiosos, y se aduzcan nuevos pretextos, más eficaces, á mover turbas para la depredación y la aventura.

Nos enseña asimismo esa actitud de Francia que Kidd servía de vocero á la Europa entera cuando asentó en su obra *Te Control of the tropics*, que las riquezas de países equinoccionales, no deben permanecer en las manos en que se encuentran. ¿Las razones de Kidd, es decir, de Europa? Que no se puede considerar á la gente de esos territorios como á raza competamente civilizada, como á blancos puros, sino como á razas inferiores ó de color. Opina Kidd—

y por boca ó pluma de Kidd, Europa—que no se piense en establecer colonias en tales regiones, mortíferas para caucásicos *pursang*, sino que bastan estaciones navales y militares para dominarlas, y convirtiéndolas en factorías, agentes que las exploten.

Lo cierto es que Europa tiene un derecho internacional para sí y otro derecho internacional para la América de habla española. La moral camaleónica de los europeos también cambia según el pueblo con quien trate.

¿Bloquearían tres grandes potencias de Europa, en nombre de la moral ó del derecho, á Holanda, á Bélgica, ó á cualquier otro pequeño Estado europeo, como hicieron Alemania, Inglaterra é Italia contra Venezuela en 1902, so pretexto de cobrar acreencias? (1) ¿Bombardearían cañones europeos puertos indefensos de Europa, como hizo España en Chile á promedios del siglo pasado? ¿Es el lenguaje diplomático y el de la Prensa de Europa, el mismo cuando se trata con ó de naciones del viejo mundo, que cuan-

(1) Esta pregunta, que á la fecha (1915) resulta un poco cándida, se explica por haber tenido fe en las bases fundamentales del Derecho europeo. Alemania, que ha invadido á Bélgica, violando la neutralidad y el derecho á la paz de esta industriosa y respetable nación, que llama con desprecio á los Tratados "hojas de papel,, retrotrae la civilización europea á épocas pretéritas. Si los compromisos internacionales no se respetan, ¿qué impera sino la barbarie?

do se trata con ó de las Repúblicas americanas? ¡Han olvidado los viejomundanos la lección de Querétaro! Ya se secaron sus lágrimas por la muerte de aquella larva de emperador que nos enviaron á Méjico apoyado en las bayonetas de una coalición de potencias. Europa nos mira con la malquerencia que mira á cuantos no son europeos, y con orgullo pedantesco, parecido al de los griegos respecto de Asia, nos llama bárbaros, englobándonos en este mote de desdén con pueblos ya no bárbaros, sino salvajes (1).

(1) No debe extrañarnos el que nos califique Europa de bárbaros. Hoy mismo (1915), no llama Francia á Alemania *¡bárbara!* Y Alemania es la cuna del pensamiento filosófico contemporáneo, dígase lo que se quiera. En los estudios de biología, de química, la luz viene á Europa del Este. El código civil alemán está sirviendo de modelo en el mundo, lo mismo que su organización militar. Su técnica industrial no es inferior á la de Francia. Su comercio supera en riqueza y actividad multiforme al de este último país. Su legislación del trabajo no envidia á la de pueblos más liberales. Por último, los mejores músicos vivos de Francia no han hecho sino seguir, de lejos, las corrientes de la música alemana, sin rival en el mundo. Entre la kultura con k de que se ensoberbece Alemania y la barbarie de que la acusan hay términos conciliables. Alemania, uno de los pueblos que estaba ayer no más á la cabeza de la civilización moderna, se ha colocado, con todos los caracteres aparentes de una regresión colectiva, rara en la historia, á la cabeza de la barbarie europea.

Francia, de tan vieja y auténtica civilización, pueblo generoso y soñador, que siempre coloca por delante los ideales por que se sacrifica, pueblo que se hace amar cuando se lo propone, llama con razón

Nosotros somos, sin embargo, prolongación de Europa, y, como depositarios del porvenir, los futuros salvadores del arte, de la

---

bárbara á la brusca y pesada Germania, tierra, sin embargo, de un Kant, de un Goethe!

En cierto sentido, en el sentido de anular las normas morales ó supeditarlas á apetitos feroces y á los medios agresivos de realizarlos, Alemania merece el que Francia la llame bárbara, puesto que comete barbaridades. "Guillermo el turco,, como lo apellidó Vargas Vila, se aviene á poner por obra los sueños monstruosos de apóstoles y teorizantes de la fuerza, ya no bruta, sino bestial, desde Bismarck hasta Von Treitschka, hasta Bernhardi, que los resume á todos, y que es el doctor de la cachiporra, el filósofo del hacha de silex, el cainesco apologista de la quijada de asno.

¡Y si los desmanes tudescos no afectasen sino á Germania! Pero dado el engranaje de las relaciones internacionales bastaría con que triunfase ella—imponiendo su tipo de civilización á otros pueblos—para que triunfase ese aspecto de barbarie que ella representa hoy y para que la civilización, en alguno de sus soportes más esenciales, hiciera fiasco.

Como los dirigentes germanos han despreciado el pensamiento, el pensamiento se venga de ellos. Alemania posee una gran fuerza. Pero no la cabeza que la dirija. Veremos si con Bernhardi, con Guillermo y con el agresivo Heredero basta. Veremos si convenía haber supeditado las fuerzas vivas de la nación, la obra paciente de varias generaciones,—la cultura germana, obra de todos,—á los intereses y ambiciones de una clase sin escrúpulos. La historia dirá si fué discreto sacrificar la nación á una oligarquía; si debió colocarse por encima de la cultura á la soldadesca.

Francia, sin hacer estos distingos, envolviendo á toda la nación, á toda la raza tudesca, en un solo epíteto de desdén la llama bárbara.

¡Cómo extrañarnos, pues, de que la prensa de París, mal contenta con nosotros, nos tildase ayer de bárbaros!

ciencia, de la civilización aria, occidental. ¿No deriva nuestra civilización de la europea? ¿No hablamos una de las más antiguas, cultas, extendidas y hermosas lenguas de Europa, el romance latino que España impuso un día en Asia, en Africa, en América, en Europa? ¿Nuestras leyes, que se originan en el viejo derecho romano; nuestra religión, que sale de las parábolas de Jesús; nuestras costumbres, que son trasunto—con matices locales característicos—de las practicadas desde Escandinavia al Mediterráneo y desde las columnas de Hércules hasta el lindero de la tartárica Moscovia; nuestro arte, que, aunque autóctono, es hijo del arte greco-latino; nuestra raza misma, compuesto de cien razas en donde predomina la vieja savia ibérica, toda nuestra civilización, no es originaria de Europa, aunque tenga y deba conservar caracteres propios?

Y sépase: nuestra obra de cien años como

Es de lamentarse, con todo, el que diplomáticos y periodistas de Francia se empeñen, ó se hayan empeñado hasta ahora, en que Hispano-América pierda el afecto que profesa al gran pueblo de la Revolución, de esa Revolución francesa y humana en cuya escuela aprendieron y de cuyos ideales proceden nuestras Repúblicas de América.

Por lo demás, yo no deseo escoger este momento angustioso de Francia para enrostrarle errores ni arrojar acres censuras sobre las lágrimas de un pueblo á quien admiro, al que debo los más eficaces gérmenes de arte y de pensamiento.

países, nuestra contribución al progreso, á la civilización universal, no son en definitiva tan inferiores á la de otros pueblos. Y cuenta que no se debe comprar la obra de un siglo de vida con la labor centenaria de los pueblos viejos.

Esa minoridad menesterosa de tutela que nos achacan yanquis y europeos, esa inferioridad de que nos tildan es, por parte de ellos, ya ignorancia, ya vanidad, ya disculpa de sus pasadas, presentes y futuras tropelías.

Con aquellos que no son nuestros iguales nos creemos autorizados á proceder con desenvoltura. El mero cambio de medio social y físico obra en el sentido de transformar nuestros hábitos: el metódico burgués de Franckfurt se vuelve fácilmente un sátiro en París; el honrado mercachifle de Manchester se imaginó que puede robar, sin faltar al decoro ni á la Biblia, al indio guarauno del Paraguay ó al chino de Hong-Kong.

En política sucede lo propio. La conciencia se hace elástica cuando se trata de seres que juzgamos inferiores. De ahí las distintas fórmulas de derecho internacional *sui generis* que Europa pugna por aplicar á todos los no aborígenes de aquel rinconcito del mundo. La paliza del Japón á Rusia ha sido una sorpresa mayor que la de los Estados Unidos á España. Pero la gran sorpresa de la historia contempo-

ránea se la reserva á Europa la América latina. Nosotros no somos los boers.

En todo caso los americanos del Centro, del Sur y de Méjico, que es América del Norte, debemos convencernos de que los europeos se odian entre sí: franceses con alemanes, alemanes con ingleses, ingleses con moscovitas, moscovitas con turcos, etc. Pero que todos se apandillan cuando se trata de calumniar, odiar y sacrificar á pueblos no europeos, y en particular, á la América latina, que es la tierra del mañana.

Si olvidados un día de nuestra guerrera y altiva tradición sucumbiéramos á la ignominia del coloniaje, ¡no importa! El futuro siempre pertenecerá á la América, á la América de Miranda, de Nariño, de Bonifacio, de Sucre, de San Martín, de Artigas, de O'Higgins, de Benito Juárez, de Morazan. Que nos conquisten si tanto pueden. ¡No importa! Pueblen nuestros desiertos, surquen nuestros ríos, cultiven nuestras montañas, laboren nuestras minas y vendan nuestros productos. ¡No importa! De entre los hijos de esos filibusteros surgirá un nuevo Libertador. Y los hijos de esos filibusteros serán americanos, y no de Yanquilandia ni de Europa: americanos siempre; siempre libres y americanos.

XXI

ESCANDALOS DE MILLONARIOS YANQUIS

La fama, no nada envidiable, de las mujeres yanquis ha corrido el mundo. Los escándalos constantes de las millonarias de Nueva York dejan atrás á los que se producen en las cortes europeas; los dejan atrás en número y por el grito de vulgaridad invencible y de plebeyismo chocante, que no vela, como en Europa, con cierto velo de gracia y de amor, las debilidades femeninas.

Las reinas del salchichón y del tocino, la nobleza yanqui embarrada de mantequilla y olorosa á sebo de Flandes, los millonarios y las millonarias casi todos, no teniendo ya qué comprar en su tierra, suelen pasar á Europa—como todos sabemos—á comprar coronas baratas. Y con sus coronas en la cabeza, contoneándose y orondas, pasan de nuevo el mar y se entregan en Chicago, Nueva York ó Filadelfia, al agradable *sport* de engañar á sus maridos con los criados, con los dependientes, con los socios de sus padres, los reyes del ácido fénico y del petróleo.

Los maridos, nobles señores europeos que casándose con ellas han cedido al amor, al amor de vivir sin trabajar, habituados de tiempos atrás

á llevar en su frente la corona, se hallan muy á su sabor con las nuevas diademas que les ponen sus mujeres.

Esta simpatía é inclinación de cuanto existe de más corrompido en los Estados Unidos, que son las princesas de Longa-niza y otras infantas doradas, hacia cuanto hay de más corrompido en Europa, que es la nobleza, suministrará de seguro un comentario interesante á la Historia.

No hace muchas semanas se dieron una paliza en las calles de París el príncipe de Sagan y el conde de Castellane. Precio del combate: Ana Gould, deliciosa mujer que tiene treinta y dos años, seis hijos, los dientes postizos y un ojo más grande que otro. Como tiene tantas cosas, inspira amor, sin que debamos creer que sus millones entren por algo en el amor que inspira.

Después de la paliza, Ana Gould partió á tierra de yanquis, ó sea Yanquilandia. Sagan, que fué el apaleado, como antes fué Castellane el corneado, Sagan, el príncipe, el mignon de Sagan, se embarcó detrás de Ana; y como toda mujer gusta de que los hombres les anden por detrás, y aun por delante, Ana Gould promete su blanca mano y su portamonedas al señor de Sagan.

En la familia Gould se arma un escándalo. No quieren al príncipe. En eso estaban cuando estalla otro escándalo en la misma honorable familia de la República modelo. Howard Gould,

hermano de Ana, acusa ante los Tribunales á su esposa de que le hace la vida intolerable, y por tanto, pide divorcio.

—Mi esposa, dice Howard, bebe *wisky* como un caballo bebe agua. Los escándalos, por consiguiente, son ininterrumpidos. Un día le cayó á mordiscos á una señora en cuya casa comía. Otro día interrumpió una boda á gritos.

Y el buen Howard agrega que su evangélica mujer no ama solamente el *wisky*. Parece que ama también á Buffalo Bill y á un actor llamado Farman.

Entretanto, Sagan prepara su matrimonio, esperando su turno de divorciar cuando Ana se fastidie de él y lo separe de sí. Con una pensión, por supuesto.

XXII

FIN DE LA CONFERENCIA DE LA HAYA

El viernes 18 de Octubre de 1907 cerró sus sesiones, entre discursos de adiós y votos por la universal concordia, la Conferencia de la Paz. Su presidente, el ruso Nelidoff, despide á los embajadores ó apóstoles de la armonía con un discurso melancólico. A propósito de la esterilidad de la Conferencia, Nelidoff exclama: «Somos mandatarios de nuestros gobiernos y obramos en virtud de instrucciones especiales, basadas ante todo en el interés de nuestros países respectivos... Y los intereses directos de los diferentes países son á menudo diametralmente opuestos.» Conclusión de sagacidad un poco tardía, y que probablemente apesadumbra al buen señor Nelidoff, quien, á pesar de ser un viejo burócrata, y un viejo burócrata cesarista, acariciaría la ilusión de que desde el sillón de su presidencia iba él á pronunciar un *sésamo ábrete*, á cuyo encanto surgirían, no las antiguas Victorias de alas resplandecientes, sino las compungidas figuras de la Bondad y el Amor.

Desgraciadamente no fué así, ¡oh, buen Nelidoff de las barbas blancas! Y ¡oh, Nelidoff preparado para pronunciar desde tu alta curul

tan lindos y vulgares discursos!, has tenido que reducirte á este voto nada gárrulo: «Los pueblos deben ser educados de manera que, si bien guardando cada uno sus particularidades y las tradiciones que les son queridas, puedan aprender á estimarse y á amarse.»

¡Oh, Nelidoff, que pudiste ser tan elocuente en tu discurso de cierre! Comprendo tu desolación, y permíteme manifestarte mi simpatía saludándote como en las canciones de Gesta se saluda á Carlomagno.

Nelidoff á la barbe fleurie!

Pero donde es necesario aplaudir sin reservas al presidente de la Coferencia es allí donde exclama, en voces conscientes y experimentadas:

«Ojalá que los esfuerzos de los amigos de la paz puedan alcanzar á detener los desbordamientos de cierto género de publicaciones que no tiende sino á excitar, con objeto interesado, unas contra otras á las naciones. Esa Prensa sopla odio, envenena adrede los menores incidentes políticos y crea ó agrava peligros que pueden amenazar la paz del mundo.»

Nada más cierto. La Prensa influye poderosamente en el reinante odio internacional. A la Prensa pueden llegar, y llegan de diario, hombres turbulentos é ignorantes que se imaginan que servir á su patria es denigrar de los otros

pueblos. Como estos hombres de Prensa influyen en la opinión hasta crearla, en veces, y como los periodistas son irresponsables, por cuanto no rinden cuanta del daño que producen sus ideas ó sus pasiones, la Prensa viene á ser, en el estado presente de la civilización, uno de los mayores peligros sociales.

¡Y son tan ciegos á veces los periódicos! ¿No se ríen hoy mismo todos los diarios de Europa de la Conferencia de la Paz? ¿No es una carcajada homérica, unánime, la marcha fúnebre que se toca en las exequias de este Parlamento de las naciones?

El *Times*, de Londres, ensaya una campaña de desaliento y se ríe con su más secular sonrisa; la *Independence*, de Bruselas, la pequeña *Independence* de la pequeña y amenazada Bélgica, da risueños consejos extemporáneos; el *Temps*, de París, que expresa la opinión reinante en Europa, exclama alegremente: «Los plenipotenciarios se engañan cuando se imaginan haber hecho algo por el progreso de la paz. La paz no encuentra garantías reales sino en la fuerza. La paz no está asegurada sino solamente para aquellos que sean temibles en la guerra.»

Respecto de los diarios alemanes sería excusado hablar; ellos son los campeones del fusil y del cañón, los propagandistas de un ideal que puede traducirse en estas palabras: ¡Viva Alemania, una más grande Alemania, una Alema-

nia sobre todos, por el hierro y por el fuego! Por el hierro y por el fuego, *Deutschland über Alles*, como cantó Hoffman von Fallersleben.

Desde nuestro punto de vista hispano-americano, es un enorme adelanto la Conferencia. Esta es la primera vez que los grandes pueblos del mundo cuentan con nosotros, en cuanto á entidades soberanas apreciables, para universales cuestiones de universal interés; no para un caso concreto de importancia relativa, como alguna Convención postal, por ejemplo, en que nuestra soberanía no se refirma por el hecho mismo de ser consultada, sino la primera ocasión en que nuestro voto decide en pro ó en contra cuestiones mundiales de capital interés, aceptándosenos en pie de igualdad con los grandes y antiguos acaparadores del mundo.

Para nosotros, pues, tiene que haber sido de importancia la segunda Conferencia de La Haya. Y de nuestro punto de vista, su mismo fracaso es un triunfo.

Fracaso escribo para emplear el término de uso; pero en justicia no hay tal fracaso. ¡Qué se quería! ¿Que las montañas se allanasen de repente? ¿Que en cuatro meses desaparecieran de sobre la tierra odios de razas, antagonismos de religiones, oposiciones de sistemas políticos, luchas de intereses, rivalidades entre naciones? ¿Se esperaba que de la Sala de los Caballeros saldría la paz, en figura coercible, á vivir sobre la tierra?

¿Se esperaba que los hombres cambiasen, merced á varias docenas de discursos? Y entonces, si no se esperaba ni podían esperarse tales prodigios, si de memoria se sabe que la evolución de las ideas toma tiempo, ¿por qué extrañarse de que los hombres no cambiaran con varias docenas de discursos, ni de que la paz no saliera volando de la Ridderzaal en figura coercible, como una blanca paloma, á posarse en el campanario de la vecina torre, ni de que desaparecieran como por ensalmo rivalidades entre naciones, lucha de los intereses, oposición de sistemas políticos, adversidad de religiones y odios de razas?

Tanto hemos adelantado hacia la paz, que podemos llegar á una gran guerra.

Los pueblos lacertosos y buscarruidos como Alemania verán el arribo de la próxima Conferencia de Paz con desconfianza, pues ya pavimentada la vía y cumplido en cierto modo el proceso de la idea pacifista, es presumible que á la postrera Conferencia toque en suerte sancionar acuerdos importantes, como el de arbitraje obligatorio y el de limitación de armamentos.

Así los pueblos lacertosos y buscarruidos como Alemania tratarán de aprovechar el tiempo, de ensayar las zarpas antes de que se las corten y de poner en acción la potencialidad que tanto dinero y tanto sacrificio les cuesta, en la esperanza de que una gran victoria les permita dictar

la ley á la futura Conferencia, desvanecer ó retardar los sueños del pacifismo y ser todavía por muchos años los imperantes, los felices déspotas de la tierra, aquellos por cuyo ceño encapotado tiemblan islas y continentes.

En estos siete años que ahora comienzan, hasta la próxima reunión de los delegados á la tercera Conferencia de La Haya, corre peligro mayor que nunca la paz en toda la redondez del planeta. No lo olviden los pequeños países de Europa y América, sobre todos los pequeños países de América, y que mientras se acuerde el universal desarme, que cada uno viva, como los bandidos de teatro, armado hasta los dientes (1).

---

(1) Esto se publicó hace ocho años. Se reproduce sin borrar ni añadir una sola tilde. No parece extemporánea, hoy, esa croniquilla antañona.

XXIII

SAGANES Y CASTELLANES

Hace poco se han dado de palos en la iglesia Saint-Pierre de Chaillot, mientras celebrábanse oficios religiosos por el alma de una gran dama, el conde Boni de Castellane y el príncipe de Sagan, ambos truhanes y caballeros de industria. Se acogotan por los dólares embadurnados en manteca de la yanqui Ana Gould, divorciada de Castellane, y á cuyos millones corteja Sagan.

El espectáculo fué de lo más pintoresco, tanto por el sitio como por la concurrencia de princesas, duquesas, marquesas, archiduques, condes y hasta algunos barones. Sólo que la policía de la República, ignorante de la historia, y burda en achaques de *sport*, no sabe que los torneos paladinescos fueron regocijo de la Francia de antaño, y que esos nobles señores de bastones enarbolados, resucitando costumbres medioevales, se batían por una blanca mano...

¡Ah, República bárbara! Cuando el puño brutal de la policía cayó sobre esas frentes coronadas—¡y no sólo, ¡ay!, de frágiles coronas heráldicas!—, las duquesas y las marquesas presea-

ciales de la ocurrencia debieron gemir como el poeta Jorge Manrique:

cualquier tiempo pasado fué mejor.

La escena merece conservarse. Así verán un día, llenos de orgullo, los descendientes de tan nobles señores que, si en el primer cuarto del siglo XX los Sagan y los Castellane no ilustraron los cuarteles de sus escudos, ilustraron, por lo menos, los cuarteles de policía.

XXIV

LA BARBAROCRACIA TRIUNFANTE

Desearía que mi obra *Judas Capitolino* conquistase para el jifero y bestial Juan Vicente Gómez, traidor á su antiguo amo y traidor á la República, Judas en el Capitolio, *Judas Capitolino*, la única celebridad que merece: la celebridad del oprobio.

He aquí la Introducción de la obra:

«Este es un libro de pasión, pero es también un libro de verdad. El ardor de la lucha y el resentimiento de persecuciones inmerecidas pudieron influir en el autor que, sin sustraerse á aquellos estímulos pasionales, dió el tono cálido del odio á sus palabras y convirtió en arena de púgil estas páginas. Pero la verdad resplandece aquí. No será en la calma que me impongo para escribir en ecuánime disposición de espíritu este prefacio aclaratorio cuando falte á ella.

»Ninguna de las historias que relato en el cuerpo de la obra, ninguno de los hechos que afronto, ninguna de las acusaciones que lanzo, ninguno de los banquillos que erijo, ninguna de las

ejecuciones que llevo á cabo, son cosa de especulación ó de mentira. No. La verdad trasciende, como perfume intenso, de estas páginas.

»Nada me ha puesto la pluma en la mano, sino la indignación. Nada me ha movido sino el patriotismo. Nada me ha inspirado sino la justicia—no aquella cómplice de pillos y tiranos que se disfraza de clemencia, sino la justicia de que el árbol sea conocido por sus frutos, de que los aduladores oficiales no logren tergiversar con patrañas que se cobran en dinero la opinión pública en el día y la historia mañana.

»Pero no es sin un sentimiento melancólico, nacido de convicciones profundas, y las cuales hasta el presente nadie comparte en mi país, que comprendo la inutilidad del esfuerzo patriótico en esta forma de luchas parciales contra la tiranía y la barbarocracia, porque le barbarocracia y la tiranía no son esporádicas en Venezuela, sino constante y forzosa consecuencia de las condiciones étnicas y sociales de la nación. Mientras éstas no cambien, la barbarocracia y el desbarajuste imperarán, en formas más ó menos atenuadas á veces, por obra exclusiva y transitoria de algún factor determinado; pero imperarán siempre. A idénticos sumandos, idéntico total. Gómez puede pasar, los andinos pueden perder su influencia pernicosa; pero á Gómez lo sucederá probablemente otro bárbaro, y alguna sección de la República, no menos

rudimentaria que los Andes, llegará al Capitolio representada en un soldado. Ese soldado, por patriotismo local ó por interés político propio, se apoyará en sus comprovincianos y entregará lentamente la nación al dominio de otros bárbaros. No fueron mejores los llaneros de Páez ni los corianos de Falcón que los andinos de Castro.

»Este dominio sucesivo de las provincias sobre la nación, si no fuera tan exclusivo, si no asumiera casi el aspecto de conquista y no lo pareciera á veces por sus consecuencias, ejercería un influjo benéfico. Ese dominio aprieta los lazos federales, estrecha los nexos de los Estados con la República y levanta el patriotismo *nacional* en cada provincia, con el orgullo de haber dado á la República un presidente y otros altos funcionarios, y por los beneficios de toda suerte que ello le reporta. Por tanto, no es bueno que una sola provincia perpetúe su dominio: necesitamos que provincias como Guayana y Maracaibo den un presidente á la nación. Todo en el caso, por supuesto, de que no se crea lo más lógico y beneficioso que, por reacción, salgan los presidentes del centro de la República y, con preferencia, de aquellas ciudades, focos de la civilización del país, donde viven los hombres más eminentes y que, careciendo de todo patriotismo local, no poseen más interés que el interés de la patria.

»Pero éstas son teorías. El hecho seguirá siendo otro.

»Como en nuestro país no ha habido jamás elecciones libres, lo que se llama elecciones libres, no diremos que el presidente será electo por las mayorías, sea de donde sea. Diremos que, en tiempos relativamente normales, el presidente ascensor será el cortesano más sumiso, el que sepa inspirar más afecto al presidente imperante, que lo impondrá, ó el que por nulo y servil le inspire menos recelos: éste fué el caso de Andrade, impuesto por el general Crespo, y el caso de Gómez, impuesto en la vicepresidencia, de que abusó, con detrimento de su antiguo amo, por el general Castro. En tiempos anormales el presidente tampoco será la expresión de la voluntad popular: será el general que sepa imponerse, sea de donde sea, el macho más fuerte de la tribu; Páez, en 1826 y 1830; Falcón, por muerte de aquel admirable Zamora, en 1864; Crespo, en 1892; Castro, en 1899.

»El presidente así arribado al Poder no reconocerá otro apoyo que el de la fuerza armada, base del Gobierno, y despreciando la opinión pública, le impedirá manifestarse ó la desoirá cuando se manifieste. Si, en el caso de ser impuesto, carece de prestigio personal cuando arriba al Gobierno, lo obtendrá bien pronto apoyándose en el cacique más fuerte de cada provincia, quien á su turno se apoya en el cacique más

fuerte de cada distrito. De manera que el compadrazgo más cínico y el caciquismo más rudimentario imperan en la República, sea quien sea el que gobierne y llámese como se llame el presidente.

»Las revoluciones no son tampoco expresión genuina de la opinión pública, sino ruptura, por cualquier motivo, del equilibro entre caciques mayores y menores. Una minoría gobierna, una minoría legisla, una minoría tiraniza, una minoría revoluciona.

Al pueblo se le engaña miserablemente de varios modos: dictando las leyes más avanzadas, que se invocan y jamás se aplican; y hablándole con una mentira política, que ha ido más allá de toda suposición, de ideas y partidos liberales, de soberanía, de democracia y federación, cuando, en realidad, no impera sino el rebenque de un capataz, el centralismo de un autócrata, la camarilla de un dictador.

»La falacia de eunucos y de esclavos rodea al pretor, interponiéndose entre el mandarín y los gobernados; impide al uno conocer las necesidades y aspiraciones públicas, y derrama sobre los demás, por medio de una prensa vendida y documentos públicos, la mentira oficial.

»Como la libertad de prensa, lo mismo que las demás libertades, no existe, nadie contradice á los falsarios y no se escucha en el país sino el monólogo de cada áulico. En medio de tal mutismo

de la opinión que no puede expresarse, constreñida al silencio por las persecuciones, se cometen peculados, se encarcela, se veja y se mata en las prisiones, se establecen monopolios á favor de los gobernantes, y hasta se llega al descaro de aceptar, como lo ha hecho Gómez, intromisiones de los yanquis, ó de convenir en ceder porciones de la República al extranjero, como ha querido Gómez, por dinero, practicarlo en Guayana con los ingleses. Es más: en los últimos años se ha encarnizado la persecución contra las dos cosas que más importan al hombre, la vida y la propiedad.

»No sintiéndose feliz la mayoría, víctimas muchos ciudadanos de la barbarocracia, comprendiéndose otros distanciados de la tranquilidad á que aspiran ó expuestos á no poder gozar el fruto de sus esfuerzos, confunden en el mismo sentimiento de repugnancia el Gobierno que los persigue y la nación en que sufren. Así, el patriotismo desaparece y emigran del país con sus capitales; ó apunta en tales venezolanos la suicida, la absurda esperanza, de que un conquistador extranjero libre á la tierra de vampiros que la desangran y establezca la calma social.

»Tal es el cuadro. Tales son las «conquistas »políticas» de que hablan en su jerigonza los periodistas de venalidad y los empleados públicos, desde el primer magistrado hasta el último.

* * *

»¿Debemos renunciar á toda esperanza de salud patria? No. Pero es menester convencerse de que el país necesita regenerarse ó perece por descomposición y en manos de esa conquista extranjera que ya ruge á nuestras puertas.

»Lo primero que ha menester es un cambio, tan completo como sea posible, en el personal gubernativo que lo explota hace años y que lo ha conducido á la orilla del sepulcro. Y con el personal que concluyan los procedimientos: nuevos hombres, nuevas ideas, nuevos procedimientos.

»Después necesita Venezuela que se la desbarbarice, multiplicando al infinito las escuelas, acortando sus fabulosas distancias por medio del ferrocarril, llamando á los europeos á que nos enseñen lo que saben, enviando nuestros jóvenes á Europa á que aprendan cuanto nuestro pueblo ignora; en una palabra: Venezuela necesita que se le imponga el progreso, entendiendo que el progreso no es sino obra del esfuerzo inteligente.

»Por último, necesita Venezuela—punto capital sin el cual lo demás es precario y, en nuestro caso, inútil—resolverse á ser un país de raza blanca. Sí, señor; Venezuela no tiene salvación si no se resuelve cuanto antes á ser un país de raza caucásica. Esa es la clave de su porvenir. En sus embrollos étnicos reside, principalmente—me atrevo á afirmar exclusivamente—, la causa de sus desórdenes y el secreto de sus desgracias.

»El llegar á ser un país de raza caucásica antes de un siglo está en su mano. Hasta el día presente, por desgracia, ninguno de los llamados hombres de Estado, con la sola excepción de Bolívar, ha comprendido que el problema étnico es el gran problema nacional. Bolívar, por las circunstancias en que se hallaba y por su muerte prematura, nada pudo hacer en sentido de traer á nuestras venas mestizas torrentes de sangre europea. Demasiado hizo con diagnosticar el daño é indicar el remedio.

»Cuanto á los demás pseudo-estadistas, han creído que el progreso consiste en erigir templos, fabricar acueductos, tender puentes y satisfacer á otras necesidades públicas de menor cuantía.

»Es menester llevar á toda carrera y á todo trance inmigración europea: no centenares de familias, como se practicó más de una vez, sino miles y miles y miles, ininterrumpidamente, ha-

ciendo cuantos sacrificios de toda suerte sea necesario y sin temer las complicaciones externas é internas que pudieran sobrevenir. Nada sino valor, patriotismo, inteligencia y perseverancia son necesarios para realizar esta obra de salvación; nada sino que los gobiernos que se sucedan prosigan el impulso iniciador y que la corriente de inmigración artificial, forzosa, no cese, cueste lo que nos cueste. Es menester que la aldehuela Caracas se transforme en una gran ciudad: ese foco de luz en el pórtico de la casa debe iluminar todo el contorno.

»Estamos á dos pasos de la selva por nuestros negros y por nuestros indios; alejémonos de la selva. Gran porción de nuestro país es mulata, es mestiza, es zamba, con todos los defectos que desde Spencer se reconocen al hibridismo; transfundamos en sus venas la sangre regeneradora. No se trata de acabar por destrucción con los indios y negros del país, que son nuestros hermanos, sino de blanquearlos por constantes cruzamientos. En resumen: se trata de que una población blanca, numerosa, absorba la población de color.

»Nuestra población blanca es gente anémica, palúdica, sifilítica, escrofulosa, roída de enfermedades y de vicios, débil de carácter, sin ambición, sin ideales, sin talento, sin valor, que vegeta en la inercia de los tórridos campos, dejándose robar por el comerciante extranje-

ro, ó que bala en las ciudades, como rebaño de ovejas, bajo el látigo de Gobiernos arbitrarios, á quienes unas veces ataca, otras veces sostiene y otras veces traiciona.

»Es necesario que nos cambiemos á nosotros mismos y que nos multipliquemos, si aspiramos á vivir como nación. De lo contrario, *finis patriae*.

* * *

»Semejantes opiniones no son las más adecuadas para excitar la de Venezuela y producir una conflagración nacional donde perezcan Gómez y la caterva de gandules que lo dirige y rodea, no porque esas opiniones tengan viso de pesimistas—que no lo tienen—, sino por la mera circunstancia de ser ideas. Las multitudes no son movidas por ideas, sino por sentimientos. Es cuando se traducen en pasiones, cuando las ideas descienden á la multitud, entran en su corazón y revolucionan una sociedad.

»Los ciudadanos influyentes de la política nacional no piensan de la propia suerte que yo, en punto á etiología de nuestros trastornos venezolanos. Creen, algunos de la mejor fe y con una perseverancia en sus pareceres que no entibia ni descalabra un siglo de fracasos, que basta una revolución para derrocar el Gobierno, remontar con nuevas piezas la máquina burocrática, y que

la República sea el más libre y feliz de los pueblos, en el mejor de los mundos imaginables.

»Multitud de oportunistas, aunque tal no piense, suscribe á semejantes pareceres, por estrecha ambición personal y para abrirse camino acogiéndose al reflejo de alguna espada victoriosa. Otros, cegados por la pasión, obtemperan á la política de cortar el nudo gordiano. Para algo, se imaginan, ha de servir el acero de Alejandro.

»La rutina de nuestros conciudadanos no quiere iniciar nuevos derroteros. Una y otra vez enfilamos la tortuosa y obscura vereda de las guerras civiles, á cuyo término, muchas veces, tras abismos rebosantes de sangre y montañas de huesos que blanquean, no se alcanza otra meta sino la desesperanza y el vencimiento que afianzan al malo en su maldad y remachan sobre las carnes laceradas de la patria los grillos que anhelamos romper. En la mejor de las suposiciones, en la suposición del triunfo, no vale esa victoria de las guerras civiles los sacrificios morales y materiales que cuesta á la nación.

Sin tomar en cuenta la injusticia y arbitrariedad de ese juicio de Dios de las armas á que libran la República en cada guerra civil, advertimos que las revoluciones se emprenden con dos objetivos primordiales, casi siempre incoercibles: el de castigar al tirano ó usurpador y sus secuaces y el de mejorar la suerte de la República. Respecto á lo primero, sabemos cómo escapan

los tiranos y usurpadores de Venezuela: millonarios, impunes, felices, aléjanse momentáneamente del país á gozar de sus tesoros mal habidos, mientras se presenta el instante de que retornen á representar un papel de primer orden, limpios de toda culpa. El ejemplo de Andueza Palacio es de ayer y está fresco en la memoria de todos. Los secuaces de los déspotas son, naturalmente, los ciudadanos más viles; pronto rodean y adulan al nuevo gobernante, y el nuevo gobernante pronto los condecora con las mejores posiciones del Estado, al punto de que en Venezuela haber recorrido el escalafón de los honores oficiales y perdurado en las poltronas de la burocracia es una patente de servilismo.

»Tal es la sanción.

»Cuanto á mejorar la suerte de la República, con el triunfo de la guerra civil—ó como dicen allá, mal dicho, revolución—, sabemos que á menudo, para no afirmar siempre, las revoluciones ó guerras internas, después de prometer villas y castillas, después de tronchar las vidas más preciosas de la República, por ser las de los más valientes; después de costarnos millones y millones—tanto por pérdidas sufridas como por inicuas reclamaciones extranjeras que se pagan sin chistar, faltos de una Marina de guerra imponente cuyos almirantes revisaran las cuentas—; después del descrédito que nos granjean, después de la muerte y la ruina que nos legan, se

reducen á mero cambio de las principales figuras decorativas, no quedándole á la nación más herencia sino la de sus lágrimas, más beneficio sino el de sus campos yermos y sus tesoros exhaustos, más ejemplo sino el de una arbitrariedad que se derrumba y de nueva arbitrariedad que se levanta. Los apósitos cambian; pero la incurable úlcera permanece la misma.

»No soy ni fuí jamás partidario de las guerras civiles, que burlan la sanción, dejando impunes á los malvados; que desacreditan, que arruinan, y que, por último, entronizan sobre los escombros de una barbarie otra barbarie. ¿Quiere decir que debemos cruzarnos de brazos ante los desbordamientos del despotismo ó llorar como mujeres la infausta suerte? No. Quiere decir que debemos abandonar los viejos métodos, que debemos ser de nuestro tiempo, que debemos darnos cuenta de que la dinamita existe. El tiranicidio debe sustituir á la revolución.

»Los déspotas burlan la opinión, traicionan la confianza del pueblo, violan las leyes que juraron obedecer, saquean el tesoro, persiguen la altivez, premian la vileza, prostituyen la nación y quedan impunes. Por eso se perpetúa esa prole de malos hijos de la patria, como si el vientre de Venezuela, estéril para frutos de bien y de virtud, no produjera sino déspotas y esclavos: tigres y culebras.

»Que se concrete, que se personifique el casti-

go en los culpables. Esa es la equidad. Prender la guerra civil para derrocar á un dictador vale como pegar fuego á un palacio para matar un ratón.

»Los hombres que abusaron del Poder rindan, si no estrecha cuenta de su conducta, esa vida que no supieron emplear mejor. Los que desafiaron al país, en la ebriedad de la fuerza, sepan que pueden tropezarse un día con el puñal justiciero, con la bala vengadora ó con la bomba de las reivindicaciones populares. Los que no temieron á nadie, teman la muerte.

»Es el único medio de que cese en Venezuela el desprecio por las leyes y por los hombres que manifiesta sin rubor el primer homúnculo, á quien el acaso arroja dentro del Capitolio.

»Para curar nuestras dolencias, ya seculares, necesitamos de remedios heroicos. El preconizarlo, enajenándose de antemano, á sabiendas, la opinión de los imbéciles—que son la mayoría—, es ya alta virtud de patriotismo y de abnegación que la posteridad reconocerá. El dar cima á la obra de la vindicta es más prócera y meritoria virtud social. Feliz aquel patriota que, sin equivocarse ni temblar, ajeno á todo vil interés, escriba en la historia su nombre con la sangre de un tirano.»

VII

CONFESIONES

I

EL AMOR Y LA MORGUE

Dos cosas me ponen de excelente humor: el sol y una mujer bonita que ríe. Hace dos tardes, pues, yo era feliz. Un bello y radiante sol, anticipo de primavera, flotaba sobre París, dorando y calentando la tierra, y una mujercita adorable aceptaba un primer *rendez-vous* en la plaza de Saint-Michel. No sabiendo adónde ir, entramos en Nuestra Señora, y luego subimos á la torre á gozar de la soledad, del amor y del sol.

¡Oh, París, París bello, París galante, que te insinúas en nuestro corazón en la forma de una mujer!

Cuando bajamos, ya era tarde. El vuelo de las horas es tan rápido en una torre de iglesia, ante el panorama de París doradito de sol, junto á la mújer que la vecina primavera nos hace amar.

¿A quién se le ocurrió la idea? Lo cierto es que juntos visitamos *La Morgue*. Curiosidades malsanas se agolpaban á la vidriera, tras la cual, en actitudes de durmientes, los rostros inexpre-

sivos ó con muecas de máscaras pavoridas, yacían los cadáveres. Un viejo, sobre todo, me impresionó. Mientras viva contemplaré su boca torcida, por donde destilaba pus ó baba; sus ojos abiertos; su frente como partida por un golpe; sus harapos y aquel sombrero de bandido ó de mendicante, aquel apabullado sombrero que yo he visto en alguna parte, no sé dónde, en el cuadro de *Los Borrachos*, de Velázquez, quizás.

Que no había mal olor me juraba mi amiga. Sin embargo, yo lo sentía. Las náuseas me torcieron el estómago y me puse á vomitar.

Después, en la noche, no pude ¡qué iba á poder! dormir. El viejo estático, con sus ojos abiertos, con su boca llena de baba, con su frente llena de golpes, con sus harapos, con su sombrero de Velázquez, me hizo varias visitas, en sueño. Y próximo á mis narices—produciéndome bascas—, obligándome á vomitar, ha estado, y aun está, aquel olor de gusanera, aquel olor de humedad y de muerte, aquel olor que no existía, que yo tal vez no sentí.

II

LA VICTORIA

Entre todas las ciudades y pueblos de Venezuela, la villa de mi preferencia, por quien tengo más simpatía y amor, después de Caracas, es La Victoria.

Aquí corrieron años felices de mi infancia. Las haciendas, los ríos, las quebradas, todos los rincones de estos campos, en otro tiempo familiares para mis traviesos abrile, despiertan ecos, memorias de tempraneros días.

He visitado la casa donde vivimos, donde nació mi hermana Isabel. He visto, no sin melancolía, el viejo salón de recibo, el comedor, el patio donde se ordeñaban las vacas, el cuarto donde mi pobre padre dormía, en un chinchorro, su diaria siesta, la tabla donde tenía libros de una exigua biblioteca. De esa tabla sustraje una vez—bien me acuerdo—cierto novelón: *Martín el Expósito*, de Eugenio Sué. ¡Cómo se emocionaron mis noches con aquella lectura! Mi madre escondió el libraco antes de que terminase de leerlo. Pero di con el volumen á fuerza de buscarlo, y lo devoré de nuevo hasta el fin, con la misma emoción virginal y profunda. . . . .

¿Y Ana Luisa? Oh, rosada y frágil criatura de cabello á la espalda, obscuros ojos adormilados, falda corta y sombrerito de paja. Me alegro de no haberme tropezado contigo, Ana Luisa. Así he podido verte como te encuentro en mis recuerdos: con tu sombrerito de paja, tu falda corta, tus obscuros ojos dormidos y tu cabellera sobre la espalda.

Candores de mi infancia; mis padres, de adorable ingenuidad; novelón emocionante; primera novia; vieja casa del pueblo, ¡cómo os recuerdo y cómo me hacéis ahora, al través de tantos años, suspirar de melancolía!

III

LA PASCUA DEL PRESO

Enfrente de la reja, adonde me asomo por la tarde, en esta cárcel de Ciudad Bolívar, contemplo todos los días, en un balcón frontero, tres caritas risueñas de mujeres jóvenes. Ese, y el crepúsculo, son mis grandes espectáculos. Fuera del saludo, y algunas insistentes miradas de simpatía, no tenemos otra relación.

Ayer en la tarde recibí un regalo de Pascua, envío de mis graciosas vecinitas: una botella de vino, jamón, hallacas, dulce de lechoza, pan y hielo, presentes de Pascua tradicionales en Venezuela. Me conmovió profundamente aquel regalo de las piadosas y generosas vecinitas. El preso, á quien todos olvidan, es más sensible que nadie á cuaquiera atención que se le dispense. Les escribí una carta de gratitud, muy patética y muy sincera.

Después de enviada la carta tuve una duda. Me puse á pensar que bien pudo ser chuscada de algún amigo el mandarme ese regalo en nombre de mis vecinas. Pero hoy se presenta Allegrett y me refiere cómo, en efecto, el regalo

venía del balcón de enfrente, y que las cabecitas amables se congregaron en torno de mi epístola y lloraron mi infortunio.

¡Pobres muchachas generosas, á quien no olvidaré!

IV

LA NATURALEZA

Desde el 1.º de octubre estoy en París. ¿Qué he hecho, en qué, cómo he empleado mi tiempo desde entonces? No sabría responderme. Esto es lo malo de París: es un gran robador de tiempo. En Amsterdam trabajo más. Lo que yo necesito es un rincón obscuro y solitario, donde haya una casita blanca, mucho verde y una cristalina corriente de agua. Me iré á buscarlo. ¿Adónde? Acaso á Niza; quizás al sur de España.

París es un maelstrong: actividad, salud, dinero, todo lo devora este vórtice. Aquí me falta, además, una ventana abierta sobre el campo. Adoro la Naturaleza. Bien sé que es moda abominar y maldecir de ella, y que es prueba de tontería, ó casi, casi, confesar que se ama una rosada aurora, un canto de pájaro, la música del viento en la copa de un tamarindo. Oscar Wilde, hábil paradojo, contorsionista de ideas, pone de oro y azul á la Naturaleza en su *Decay of Lying;* el admirable y malogrado Julián del Casal, en preciosos tercetos monorrimos, prefiere los suntuosos cortinajes de seda á las cortinas del alba; una pestaña de pecadora,

donde tiembla una lágrima fingida, á una flor diademada por el rocío; un coche, al carro del sol; todo el artificialismo de la ciudad, á la ingenua Naturaleza. Otros la llaman «la enemiga». Todos parecen repetir, recriminándola, el verso de Leopardi:

«so che Natura è sorda
che miserar non sa»...

Yo no. Yo no la recrimino; la amo con amor infantil, con aquel amor ingenuo del santo y poeta Francisco de Asís: benditas sean las hermanas estrellas.

Un modesto hilo de agua á la orilla de la acera, que miro de diario en esta severa plaza Vendome, me pone pensativo... Esta agua urbana, esta agua de aseo público, como es clara y riente, me gusta más que la orgullosa columna coronada por la estatua del orgulloso Emperador.

V

LAS ESCALERITAS

Casi un mes llevo aquí en este campo nuestro, con mis hermanos Augusto y Oscar. ¿Cómo he podido permanecer por tanto tiempo en estas montañas? Acaso por fastidio de Caracas—esa capital del hastío—; acaso por el hallazgo de una campesinita no mayor de quince años, á quien he cerciorado de lo conveniente que era el venirse, como se ha venido, á vivir conmigo. Recorro con mis hermanos, ya á caballo, ya á pie, todos los vericuetos de la sierra; bebo leche fresca al pie de la vaca; me acuesto y me levanto temprano; cazo; trabajo de peón; hago, en fin, una vida nueva, una vida arcádica. Pero ya estoy cansándome. La torpeza de los campesinos me exaspera. Siempre están en el error, é imposible que se rediman jamás de su triste condición de seres inferiores. No comprendo cómo Augusto y Oscar pueden parlotear con semejantes animales horas enteras. Yo no puedo hablar con ninguno de ellos cinco minutos. No encuentro qué decirles. Me hacen la impresión de que su idioma es otro que el mío y que nada

les digo, no porque nada tengo que decirles, sino porque ignoro su lengua. Mi muchachita no es menos bestia que los otros. Antes pudiera decirse lo contrario. ¡Pero, en fin, para lo que yo la necesito!

VI

DES ETRES DE VOLUPTE

En sueño ó adormitado, á la siesta, con el código medioeval de *Las Siete Partidas* sobre las rodillas, he creído conversar con una mujer, que me decía en francés:

—*Mais ils sont toujours pressés: nous sommes beaucoup plus que les hommes des etres de volupté. Décidément, l'homme n'es pas fait pour le plaisir autant que la femme.*

UNIVERSITY OF OKLAHOMA

VII

COMO SE HACEN LOS VERSOS POR SI MISMOS

Después de la comida, ayer tarde, concluyo las *Merry wives of Windsor*, lectura empezada al mediodía. Me echo sobre la amaca, que empiezo á mecer suavemente.

Desde mi flotante yacija miro, por la ventana abierta, la colina del Observatorio astronómico, detrás de la cual surge, en el azul diademado de estrellas, una hermosa luna de oro.

Los árboles descuelgan, por encima de las tapias fronteras á mi prisión, sus cabelleras verdes. Y las verdes cabelleras, movidas por una suave brisa, abanican los techos rojos, casi negros á la distancia, en la vaga palidez nocturna. En el jardín de enfrente, á la claridad lunar, se divisa una silueta de mujer.

Me parece que otras veces he visto esa misma silueta femenina, esa misma luna de oro, esos mismos árboles que se mecen en la noche, ese mismo jardín, lleno de luna, y que la sensación de este momento no es sino recuerdo de una sensación presente.

Acércome al escritorio, y de una sola pluma-da escribo estos versos:

LA VISION EN EL JARDIN Y DENTRO DEL ALMA

¿Cómo pudo pasar? ¿Es un recuerdo,
un sueño, una ilusión? Pero, ¡ay!, en vano
—ilaciones quiméricas—me pierdo
en desflecar las brumas con la mano.
La vi del mirador, y ya fué esclava
mi paz. Y la visión junto á la puerta
del jardín se detuvo. Penetraba
no en el jardín, sino en mi alma abierta.
¡Oh, clara noche azul, rubia de estrellas!
¡Oh, jardinito de gladiolas rojas!
Arena blanca do imprimir sus huellas
la viera Diana, entre las verdes hojas.
¿Fué un bien? ¿Acaso un mal? Sentí que dijo
elocuente la sangre de mis venas
cuando me vió meditabundo, rijo:
«Cómo es dulce el tañer de las avenas,
la flor de lujo, el vino y el vagueo,
y de las horas ignorar la huída...
echa una brasa más á tu deseo,
riega de amor el árbol de la vida.»

VIII

FLOR DE LIS, ENCLAUSTRADA

La campiña holandesa, nevada, florece de blancura; las torres góticas se aljofaran de escarcha; los *grachts* relucen, acolchados de nieve. Toda Holanda, cubierta del blanco polvo del cielo, parece un país de ensueño y de encanto, hundido en alguna estepa. Piensa uno en aquel pueblo de leyenda bretona que, sepulto en el mar, echa á la costa de Armórica, por sobre el tumulto de las ondas, las voces de sus campanas.

Apenas suenan las cuatro, y ya Amsterdam, envuelto en sombras, prende las estrellitas de oro de sus faroles. Desde mi puerta, aprovechando la obscuridad, parloteo con Flor de Lys.

Las chicas de la casa donde habito, Margot y Johanne—quince y diez y seis años, *pulchras virgunculas*—vienen de la escuela en medio de una parvada de condiscípulas. Las cabecitas rubias cuchichean, y de pronto, una lluvia de terrones de nieve me cae encima. Yo me defiendo, corro, acometo: aerolitos de nieve cruzan el aire; nuestro desierto *gracht* se llena de risas, de carreras, de animación. Me revuelco y las revuelco en la nieve; les introduzco terrones

gélidos en las espaldas; las hago llorar de risa. Me parece tener catorce años. Mi cuello se ha roto, mi corbata se ha perdido, mis puños son una sopa.

Desde su balcón, melancólica la sonrisa de enclaustrada, Flor de Lys miraba la escena. Pobrecita paloma, en garras de gavilanes. Pobrecita prisionera, que no ha tenido infancia, que no tendrá juventud!

IX

TRISTISSIMA NOX

Estoy en un estado de ánimo lamentable y en acceso de nervosismo agudo. Es noche del domingo. Los presos cantan al son de guitarras Sus cantos, y sus músicas, y sus risotadas, y su olor, y su vista me hacen sufrir horriblemente. No puedo exigir que se callen, ni que se hundan bajo tierra para no oirlos ni verlos. Pero esa alegría y esa gente, á la puerta de mi calabozo, en medio de mi desesperación, es la más cruel de las torturas.

¡Cuán refinados mis verdugos! Haberme sumido en esta sociedad, negarme la concesión de un calabozo aparte, condenarme á este mundo, á este olor, á esta grita, á esta perpetua y salvaje alegría, es un martirio inédito, que no le va en zaga á los más tremendos martirios morales.

Rasgo el papel, se rompe la pluma. No puedo seguir escribiendo. Además, ¿cómo vaciar el chorro de dolor y de rabia? ¿Cómo verter mi alma por medio de vil pluma, en vil papel, en este instante el más vil de mi vida?

X

CARTA DE CARRILLO

Por conducto de un amigo me llega la carta que transcribo. Siempre fué Gómez Carrillo para conmigo tolerante, benevolente, fraternal y de una generosidad de corazón sin límites. Este Gómez Carrillo tendrá grandes defectos; pero tiene también grandes virtudes. En el cómputo, las virtudes suyas pesan á veces más que las deficiencias. ¿Qué más puede pedírsele? Es de carne y hueso. Su carta me emociona, porque, con su exquisito tacto habitual, me manifiesta afecto cuando más lo necesito. ¡Que Carrillo dice ó diría otro tanto á cualquiera! ¡Puede suceder! ¿Que me engaña? ¡No importa! Todos deseamos que nos engañen siempre así. Hoy, más que nunca, tengo yo necesidad de que me quieran y de que me lo demuestren ó digan. Esta carta es como frescura deliciosa para mi corazón, ardido de rencores.

»Mi muy querido Rufino:

»No sé si me ha causado alegría ó tristeza su carta. Yo le creía á usted aún en una cárcel de un pueblo lejano, y al verle en Caracas me he alegrado; pero me he entristecido al pensar que

aun habiendo llegado á la capital, no le han soltado á usted.

»Yo, que le conozco á usted como si fuera un hermano mío y hasta más que á mi hermano, le se incapaz de nada que no sea caballeresco. Sin duda, es usted violento, loco, todo lo que quiéran; pero es usted leal, es usted leal, y en su pleito, que yo no conozco sino vagamente, juro que usted tuvo razón.

»Cuando vino la primera noticia yo pensé en hacer una solicitud en su favor, firmada por cien literatos franceses, y españoles, y americanos; pero Pimentel Coronel, que aun vivía, me dijo que si le mandábamos eso á Castro podíamos hacerle daño á usted, y que más valía dejar que sus parientes de usted, ó usted mismo, le hablaran. Y agregó: «Dentro de ocho días está suelto y le »nombran cónsul.» Pero veo que pasan días y meses, querido Rufino, y si usted quiere, aun se puede hacer la solicitud.

»Ahora es cuando más podría usted servir aquí á su país y á su Gobierno. Esta Prensa de París es innoble al hablar de Venezuela, y un hombre como usted, sin miedo y con prestigio, podría contestar de un modo fuerte y útil. Sus compatriotas que por estas tierras viven carecen no sé si de energía ó de patriotismo, pues se oyen llamar negros, esclavos, etc., sin protestar. A Maubourguet, el antiguo representante diplomático de Venezuela, lo han puesto

como un suelo, y no chista. Debe de ser el hombre más vil del mundo. Franceses é hispanoamericanos, aquí todos le desprecian mucho.

»¡Cuánto me gustaría que cuando esta carta llegara á Caracas ya estuviera usted en camino de Europa! Aquí podrá usted trabajar en lo único que usted sabe bien, y que es la literatura, querido Rufino. Este ambiente de paz se presta, mejor que nuestros agitados países, á cultivar las bellas frases.

»Todo el mundo habla de usted con verdadera y honda simpatía. El buen Midelaire, cada vez que me encuentra, me dice que lo quiere mucho. Los literatos, no se diga. Ha dejado usted, de verdad, muchos amigos sinceros. Pero entre todos hay uno que es más que un amigo, que es un hermano, y cuyo cariño no puede ni compararse con el de los demás. Este ya sabe usted cómo se llama.

»¡Mi pobre Rufino! ¡Lo que debe usted de haber sufrido en estos meses! ¡No me extraña que haya tenido ideas de suicidio! ¡Y decir que cuando se fué usted llevaba el alma llena de ideas de fortuna, de triunfo, de gloria! Así es la vida, y en el fondo no hay que espantarse uno de nada, puesto que todo es natural y todo sucede.

»De allí donde está usted es probable que subirá á los mayores encumbramientos. Todo lo que se necesita para vencer lo tiene usted: valor, prestancia, talento, juventud y el amor de las

mujeres, que es buena escalera. De lo que se trata es de salir de la cárcel, y, según me dice Pietri Daudet, ya debe usted de haber salido.

»Escríbame en cuanto reciba ésta. Háblame de su vida íntima, deme detalles sobre las causas de su proceso. Todo lo de usted me interesa profundamente. Usted es en el mundo el amigo á quien más he querido, y la distancia no ha disminuído un ápice á mi cariño.

»Lo abrazo, Rufino, desde lejos, con el corazón fraternal de siempre.

GÓMEZ CARRILLO.»

XI

CREPUSCULO

Me conceden permiso de asomarme de tarde á una reja que cae al Orinoco, hacia el Poniente. He contemplado crepúsculos imposibles de fantasear.

¡Qué pintor, qué poeta puede intentar reproducir tanta hermosura! El sol no se descubre; pero desde la mitad del cielo hasta la raya del horizonte es todo el azul divina fiesta de luces: nácares, conchas rosadas, surtidores de gualdos fuegos; nubes carmesíes, dragones de oro, flamencos de rosa. Otras veces la decoración del Poniente la constituyen arquitecturas de grises y pizarrosos castillos por cuyos ventanales y boquetes surgen llamas de incendio; torres, pilares, graderías de mármol; cúpulas de cornalina. Otras veces no se columbran motivos arquitectónicos de capricho, sino fuentes de topacio, lagos de ópalo, cascadas de pálidas esmeraldas; níveos paisajes del polo, vegetaciones marinas, por donde, al través del agua azul, navegan plateados peces; madréporas en bancos de coral, ninfeas asomadas á la superficie de un agua mortecina; ánsares albicantes, torna-

solados cuellos de paloma. En ocasiones no faltan curiosidades de floricultura y joyería: narcisos, petunias, heliotropos de los jardines celestes, y toda la prendería asiática del crepúculo con sus crisólitos, crisoberilos y topacios. Y por debajo de aquel cielo maravilloso, el solemne, el soberbio, el espejante río, el Orinoco de plata y de oro.

XII

RINCONETE Y CORTADILLO

Me informan que la última hojita volante contra mí, como las anteriores, son escritas, de encargo oficial, por un señor Gonzalo Granado.

Este señor Granado, de Valencia, es un jovencito que vive aquí, en Ciudad Bolívar, con una pobre prostituta. No se limita á vivir con la meretriz; vive también de ella. Cuando llegan extranjeros, Granado los solicita y conduce á lupanares, de preferencia al de su hogar. Cuando se necesita de un testimonio falso, allí está Granado. Cuando se quiere mancillar el honor de alguno por medio del anónimo ó de la delación, Granado es el instrumento. Y como le pagan poco, y como la vendedora de caricias no coloca su mercancía con pingües proventos, el triste señor vive mal, como un perro.

Apenas llegó Víctor Aldana, prófugo del Territorio, Granado se le presentó, y desde entonces, entre el viejo tigre sanguinario y el can hambriento se estableció una fraternidad muy lógica, ó más bien, muy zoológica.

Fué Granado, á sueldo de Aldana, el único, sin embargo, que encontró á propósito el Gobierno de Ciudad Bolívar para conducir mi ex-

pediente, el expediente de Aldana y mío, al Territorio. De allá habrá venido ese papel, como es fácil de suponer. ¡Sabe tanto Granado! ¡Es tan diestro en punto á falsos testimonios y falsificaciones de firmas!

Lo único que pudo turbar un instante la fraternidad entre Aldana y Granado fué la cuestión de intereses. ¡Pero Granado es tan complaciente!

Cuando regresó del Atabapo, de llevar y traer el expediente, cobró al señor don Víctor Aldana mil pesos (1.000) por su viaje al Alto Orinoco y por su terceo y acuciosidad en componer á favor del patrón el expediente que llevó y las declaraciones que fué á tomar. Pero el viejo tigre, en vez de pagar, le dió de indelicado y abusivo, pues Granado, en el Territorio, hizo uso del crédito de Aldana para regalarse como príncipe y matar aquellas viejas hambres almacenadas en su estómago.

Granado se ofendió y quiso demandar á Aldana, para lo cual trató nada menos que con el doctor Godoy Fonseca, mi abogado, que me ha referido el caso muerto de risa.

Afortunadamente, no hubo pleito.

Aldana dió 50 pesos (cincuenta pesos), en vez de los 1.000 (mil) exigidos, y Gonzalo Granado quedó satisfecho.

La fraternidad del viejo tigre sanguinario y del can sarnoso continúa.

De hoy más, cuando yo quiera insultar á alguien, le echaré al rostro esta tremenda injuria: ¡Gonzalo Granado! Que equivale, en un solo salivazo, á escupir estas afrentas: pícaro, cicatero, falsario, rufián y muerto de hambre.

XIII

SUEÑO

Acalorado por el ajetreo de un baile, cometí la imprudencia de asomarme á un balcón. Y ya me cuesta esa estupidez seis días de enfermedad. Como el tiempo es detestable, aun no salgo, ó salgo apenas; mis nervios se resienten.

A la fluxión de pecho se ha unido una insistente y desesperante neuralgia. Bien venido seas mal, si vienes solo. Paso noches en claro, sin dormir. Como anoche no pude conciliar el sueyo, me quedo adormilado á mediodía en el diván de mi habitación, á pesar de la neuralgia y á pesar de la tos. He soñado un sueño que más que sueño me parecía un recuerdo muy vago.

En realidad, lo que ha pasado es que vi una sucesión de mujeres; pero de mujeres que más bien parecían retratos que mujeres: las bocas agudas, torcidas, rojas de pintura; las manos finas, largas, blanquísimas, con uñas trasparentes que parecían querer clavarse en carnes de varón; el cuerpo en una contorsión de espasmo, y los ojos entornados, llenos de felicidad y de lujuria—las mismas contorsiones, los mismos

ojos que tienen alguna mujeres en el instante supremo de amor. Ah, recuerdo los zapatos: color de rosa, estrechísimos, puntiagudos, ágiles. Parecían lenguas, rosadas lenguas de mujer. Más que con personas de carne y hueso creería que he soñado con retratos de Antonio de la Gándara.

XIV

LA IGUALDAD DE LA ERGÁSTULA

¿Cuándo creer en la igualdad ante la ley, si de lo contrario soy ejemplo viviente? En esta misma cárcel hay personas que conllevan su prisión con alegría y comen, engordan, se ríen, cantan, son felices. ¡Cuántos quizá deploren el día de la libertad, que será también para ellos el día del deber y del trabajo!

En cambio yo...

Me desespero ante todo por la idea de haber descendido al estado de cosa, que es el estado de preso, á quien se permite ó no se permite la menor de las propias acciones. Me desespera la comunidad, y mientras los demás tocan guitarra y cantan, yo apenas salgo un instante diariamente á bañarme y á cumplir necesidades de bruto, y vuelvo por el resto del tiempo á recluirme en el fondo obscuro de mi calabozo.

La misma pena por la misma falta para personas radicalmente distintas no es equitable, aunque asiente lo contrario la canallocracia.

XV

CARTA DE COLOMBIA

Llega de Colombia una carta que me produce fuerte impresión, por cuanto me recuerda las horas angustiosas de mi martirio en la cárcel de Caracas (1909-1910). ¡Y yo que, iluminado por un rayo de amor, me creía á quinientos años de aquella tiniebla de ayer! Pero no. Mi corazón no puede olvidar. Ese dolor inmerecido y prolongado, esa persecución sañuda y odiosa, este destierro que parte en dos mi vida, todo este drama de barbarocracia desencadenada en mi contra, ha entenebrecido mi carácter, emponzoñado mi alma. Pierdo la confianza en mí mismo. Observo que me torno tímido y huraño. Soy otro.

Escribe la carta uno de mis compañeros de infortunio, colombiano de nacimiento; uno de los contados, si no el único, con quien yo me placía en conversar, por ser ese recluso hombre de espíritu cultivado, de charla agradable, palabra apasionada, abundosa é incisiva y nobilísimo corazón.

Voy á transcribir íntegra su carta:

«Barranquilla, Colombia, junio 22 de 1912.

»Señor don Rufino Blanco-Fombona.

»París.

»*Mon cher ami,*

¡Qué días tan largos!
¡Qué noches tan lentas!
El tiempo no corre,
¡y dicen que vuela!

»Cada vez que pienso en nuestra dantesca prisión, cada vez que recuerdo cuando estábamos en la Rotunda de Caracas, veo escrita con sangre en la blanca pared de aquella celda la célebre cuarteta de usted, que transcribo al comenzar esta carta.

»¡Qué pocos conocen la suprema amargura, la desolación de un selecto espíritu que pudo condensar en una estrofita su estado psicológico de mártir! ¿Recuerda usted el día en que me recitó todo el poema? ¡No sé cómo pude contener mis lágrimas! (1)

---

(1) He aquí el poema á que se refiere Saturio González:

EL MADRIGAL DE LAS LAGRIMAS

¡Qué días tan largos!
¡Qué noches tan lentas!
El tiempo no corre,
¡y dicen que vuela!

»¡Cuántos recuerdos de aquellos ocho siglos, que pasé tan cerca de usted en la prisión! Estábamos en Siberia: por el crimen de amar el derecho y la libertad, y la justicia, y el progreso,

---

Sábanas mordidas,
violáceas ojeras,
lapicero roto,
cales de la celda,

pedid á los pájaros
de antiguas leyendas,
la voz encantada,
las alas de flecha.

Volad y decidla
¡cuán mi vida es tétrica,
que si apuro, es lágrimas,
si devoro, penas;

que sin sus amores
y en cárcel, comprenda,
cuántas penas caben
en tan chica celda!

La hallaréis, si es día,
regando macetas,
ó al piano ó que borda
petunias de seda;

Si la prima noche,
junto á la candela,
en torno á la madre,
la vista al poema.

en esa tierra que vió nacer á los primeros capitanes y redentores de América!

»Estas cosas salen ahora de la memoria á la pluma porque acabo de leer su valiente libro de combate *Judas Capitolino*, y porque he querido, yo, que fuí testigo de muchas de las escenas que relata, recordarlas al escribirle y escribirle para significarle la impresión que me ha producido su obra.

Mas... tened el ímpetu,
silenciad mis penas;
lágrimas no empañen
sus pupilas negras.

Decidla que pasa
mi vida risueña;
que las ilusiones
doradas me alientan;

que mi negra noche
no es noche ni es negra,
porque en mi covacha
su imagen destella.

No quiero que el llanto
moje su poema,
ó la partitura,
ó la flor de seda.

Aunque preso, triste,
sus lágrimas fueran,
bálsamo á mis úlceras
y á mi noche estrellas.

»No encuentro en ella, por lo que respecta
la vida de la prisión, exageración alguna y
enos mentiras. Todo es rigurosamente histó-
co. Pero es usted demasiado modesto y no
inta el pánico de políticos y criminales la ma-
ana cuando usted rugió como un león herido,
alió de la ergástula armado de un palo de es-
oba y arremetió al bandido. Yo vi temblar á
s cobardes, correr á los soldados y todo un
atallón pertrecharse como para librar una ba-
lla.

»Por la noche usted movía los grillos ó andaba
on ellos. Ni usted podía dormir, ni yo. Los
illos de usted estaban en sus piernas, yo los
nía en mi alma, demasiado sensible al ajeno
olor.

»¡Cuánto he lamentado la pérdida de aquellos
anuscritos que le arrebató el alcaide! Recuerdo
ue usted me leyó un fragmento de las *Erinnias*,
me preguntó si conocía á estas *terribles seño-*
as, que personifican el remordimiento y el cas-
go. Hablamos un rato del teatro griego: de
gamenón, de las *Céforas*, de las *Euménides*.
or fortuna, ese fragmento de usted no se per-
ó, porque creo haberlo visto en sus *Cantos de*
prisión y del destierro; pero ¡qué lástima que
aya usted perdido todos aquellos cuentos tan
acionales, su novelita, las páginas de historia, y
obre todo, aquel irreemplazable *Diario de la*
risión!

»El libro de usted entraña una revolución. *Judas Capitolino* debe ser repartido profusamente dentro de Venezuela. Ya la anarquía llegó a hogar de «la mulera». La hora de las represalias y de los castigos llegó. No hay que perder tiempo. Lo escrito escrito está, y perdura. La propaganda está hecha.

»¿Dónde está nuestro Solano López, aquel rebelde paraguayo cuya epopeya no se ha escrito todavía? ¿Dónde está el resuelto caudillo que sepa encadenar la victoria al filo de su espada y ser para Venezuela un segundo Libertador? El jayán Gómez es capaz de hipotecar la república á los yanquis.

»Gracias por el recuerdo de mi nombre en las páginas de su libro. Sabrá usted que tuve el valor cívico de rendir una declaración de alguna importancia en aquellos días ulteriores al 19 de abril, cuando todos salimos y quedó usted solo en la cárcel.

»Yo también tuve la honra de ser expulsado entre esbirros.

»Aquí me tiene usted esperando la hora de los castigos.

»Su afmo. amigo,

SATURIO GONZÁLEZ.»

XVI

HISTORIA DE LIBROS

El alma de los libros.

¿Historia de libros? ¿Por qué no?

Nacer, morir... Esa es la historia de muchos hombres. También es la de muchos libros.

Nacer, morir un hombre: historia bien común y, generalmente, destituída de interés para el público; asunto máximo, sin embargo, para el actor de la tragedia.

Aunque los libros no se ensoberbecen ni se lamentan de su suerte como nosotros, ni se creen, como cada uno de nosotros, el centro del mundo, tienen un alma, un anímula. Bastaría á probarlo, si no hubiese otras razones, el silencio filosófico, el ejemplar silencio con que suelen desaparecer cuando ya no interesan á nadie.

Esa anímula de cada obra sale del alma de cada autor como las llamas salen del fuego. Que psicólogos y analistas estudien el alma de los libros. Se concretarán las siguientes líneas á narrar, si no la vida entera de los libritos que ha publicado hasta la fecha el que las trazas, si no el destino que les cupo en suerte antes de

morir, por lo menos las circunstancias del nacimiento. Se referirán asimismo, si á cuento vienen, que vendrán, ocurrencias que se vinculen á tal ó cual obrilla y la caractericen en los recuerdos del autor.

Patria (poema).

La generación á que yo pertenezco nació á la vida literaria hacia 1893. Cien botones del rosal se abrieron á la misma aurora. Para 1893 vivía yo en Filadelfia. Y en Filadelfia, donde estudiaba, donde hasta escribía en secreto, envié á un certamen, promovido en Coro (1894) con motivo del Centenario de Sucre, un poema *Patria*, llameante de juventud y de entusiasmo lírico-épico.

El concurrir á certámenes acredita lo corto de mi edad entonces: sólo tenía, en efecto, veinte años. El poema cumplió como pudo, ganó el premio y me dió á conocer... en Coro.

Trovadores y trovas.

Mi primer libro, *Trovadores y trovas*, se publicó en 1899.

El haberlo formado mitad con versos, mitad con prosas, está diciendo á las claras que no era mío el cuerno de la abundancia. Esa cornucopia la poseía uno de mis compañeros, Andrés Mata, á quien tocaron después otras abundancias y más buídas cornucopias.

Recuerdo aquel tiempo de frescura y locos sueños juveniles con melancolía y con placer. Ese placer melancólico, al mirar hacia atrás, me convence de que el tren marcha, de que á la espalda quedaron los tibios valles, las laderas floridas, los sonoros ríos de plata.

¡Adiós los ranchos matinales con su latir de perros vigilantes, el cocoricó de sus gallos, el humo de su cocina, el aroma de sus tiestos de albahaca, el alegre relincho de sus potros, y su lucia vaca de nieve, en cuyo lomo trina, al sol que apunta, la paraulata gris!

Hizo la edición de *Trovadores y trovas* el señor Herrera Irigoyen, director y propietario de *El Cojo Ilustrado*, revista caraqueña de buena intención y nombre absurdo.

En el cómodo saloncito de *El Cojo* nos juntábamos los escritores jóvenes, entre las once y las doce, todas las mañanas. En la tarde monopolizaban el mismo saloncito los académicos. Sólo el terrible parlanchín Núñez de Cáceres, de intención y lengua corrosivas, solía concurrir de mañana á entreverar con las nuestras sus flechas enherboladas. Los demás escritores provectos, académicos ó no, evitaban el ir. Tenían razón. En la tertulia de *El Cojo* conocí una mañana de no recuerdo qué año—1899, tal vez, ó 1898—al ilustre Hostos, de paso en Caracas. Todos nosotros, muy jóvenes aun, ignorábamos—yo el primero—lo que aquel hombre valía, lo que representaba

para América. Estábamos acostumbrados á considerar las cabezas blancas, cabezas vacías. Irreverencia comprensible en Caracas. Pero Hostos...

A aquel saloncito de *El Cojo*, lleno de retratos de personajes literarios de casi todo el mundo—incluso, naturalmente, venezolanos, es decir, celebridades de menor cuantía—concurríamos de diario, entre otros, Pedro Emilio Coll, Díaz Rodríguez, Racamonde, Eloy González, A. C. Rivas, Fernández García, los colombianos Ismael E. Arciniegas y J. Y. Vargas Vila, el dominicano Tulio M. Cestero y yo.

La mañana que debían terminar la impresión de *Trovadores y trovas*, yo estaba en espera, impaciente, como es fácil suponer. Se trataba del primer libro.

Por fin se presentó un empleado trayendo un ejemplar. La edición era preciosa. Todas las cabezas se inclinaron sobre el volumen.

Y de todas aquellas cabezas atentas partió una carcajada unánime y estrepitosa. A Herrera Irigoyen se le había ocurrido jugar al novel autor una mala pasada. Sobre la cubierta, de un amarillo pálido, destacábase en negro, como retrato de autor, la enorme figura de un borrico.

Como yo pasaba entonces por tener el horaciano genio irritable de los poetas, el Sr. Herrera Irigyen había mandado, con antelación, á quitar de por allí sus jarrones de porcelana, sus estatuitas de mármol y su tintero de cristal.

Precauciones inútiles: yo me reí más que nadie de la ocurrencia.

Cuentos de poeta, Contes américains, Cuentos americanos.

Cuentos de poeta se publicó en Maracaibo el año de 1900. Una tragedia que no es del caso referir—de la que yo salí con vida y uno de mis adversarios no—me llevó por entonces á la cárcel. El libro estuvo preso con el autor. Libre éste poco después, pudo entonces el volumen ver la luz pública. Se lo dediqué á Fabio Fiallo, á quien aprendí á querer en Santo Domingo. Porque debe saberse que apenas apareció *Trovadores y trovas* hube de abandonar á Venezuela, huyéndole á aquel enano presidente Andrade, á aquel Cacaseno reilón que no tiene de grande sino los dientes, á aquel homúnculo de inteligencia corta y colmillos largos.

En el prólogo del volumen, que es una carta á Fiallo, se contiene pormenorizada la historia de ese libro.

Unamuno aplaudió el volumen con la mejor intención del mundo. Recuerdo estas palmas académicas de España, porque el aplauso de Unamuno me satisfizo mucho. «He visto pocos libros con más frases felices», decía. «Marca, á mi juicio muy bien, *(la lengua de esos cuentos)* el derrotero que nuestro romance tiene que seguir, desprendiéndose de cierta pesadez,

del período oratorio y el decir ligado, para hacerse más suelto, más nervioso, más analítico.»

Hoy nadie se acuerda de ese libro, ni yo quiero que se acuerde. Reniego de tales cuentos, los desconozco, no los quiero, no los considero por míos. Los únicos de entre ellos que prohijo los recogí ya, después de someterlos á la poda y á la ortopedia, en *Cuentos americanos*, edición de Madrid (1904) y edición aumentada y definitiva de Garnier (1913).

Los *Cuentos de poeta* aparecieron en francés disfrazados de *Contes américains*. Reniego de los franceses como de los castellanos, y sólo me quedo de la edición de París con uno que otro cuentecillo—los mismos que en castellano—y con el título, si bien traducido.

Me acuerdo en este momento de algo que se relaciona con ese libro.

En la edición francesa de los tales cuentos (1903) insertóse un *Cuento parisién*. Rachilde, que no leyó, seguramente, de mi volumen sino ese cuentecito de París, y que, sin embargo, dió su opinión sobre el libro en el *Mercure de France*, amargóse con aquel sencillo relato. No me extraña. La verdad es de áloe. Engañada por el título del volumen, creyó Rachilde que el autor era yanqui. En Francia no existen más americanos que los yanquis, aunque no sea sino para sacar buena la punta de Bismarck: «el francés es un señor condecorado que ignora la geo-

grafía». Como las mujeres yanquis—*easy virtue's girls*—gozan en todo el mundo de una fama de ligereza que han sabido conquistar y merecer, Rachilde, iracunda, clavó un puño de alfileres en las carnes sonrosadas y la reputación no nada blanca, no nada impoluta, de las señoñas de los Estados Unidos—ó estadunidenses, como debiera decirse.

Me reí de lo lindo. Y la escribí que sentía ignorase mi nacionalidad. ¿No me privaba esa ignorancia, en efecto, del placer de saborear alguna deliciosa frase sobre los rastacueros?

Pequeña ópera lírica.

Pequeña ópera lírica se publicó en Madrid en 1904. La edición es preciosa. La debo al eficaz compañerismo de Gregorio Martínez Sierra. Creo con sinceridad que ésta es una de las cosas buenas que Martínez Sierra ha hecho en literatura.

Me veía entonces casi diariamente en París con Rubén Darío. Yo gastaba á la sazón setenta mil francos anuales. Rubén Darío era uno de mis más constantes y fieles amigos... Le admiraba entonces y le quería mucho. Ahora también le admiro, y le admiraré siempre, porque es un maravilloso rimador; pero le estimo y quiero menos desde que le conozco más.

Ya para 1904 tenía yo conciencia propia del arte y había encontrado mi camino, que es el

de la sencillez en la expresión, el de la verdad en el sentimiento, el de la sinceridad literaria; el de la vida vivida, en suma, sin arrequives retóricos ni perendengues verbales.

Pero como en *Pequeña ópera lírica* se contienen, no sólo poesías de 1899 hasta 1904, sino alguna que otra composición de juventud—hay hasta un poemita de 1893—, no es extraño que tal cual ráfaga de exotismo sople por aquellas frondas líricas, aunque yo fuera, repito, ó tratase de ser, para 1904, un poeta personalísimo y adversario acérrimo de todo exotismo y fingimiento, de cuanto no fuera muy personal ó muy nacional, es decir, traducción de mis pensares ó sentires íntimos, ó de los sentires y pensares de mi pueblo y de mi raza.

Pertenece á este linaje de poesía no americana ni personal el poemita que transcribo:

DEL SIGLO XVIII

La linda, amorosa,
la grácil duquesa,
de cutis de rosa
y boca de fresa;

Con la sierva linda,
de menudo paso
y boca de guinda
y cutis de raso;

Ante uno de rosa,
feliz tocador,
compara amorosa
sus senos en flor.

Escuchan un breve
y lánguido paso
que va al tocador;
se abrochan el leve
corpiño de raso,
y llenas de amor,

Muerden, la duquesa
y la sierva linda:
la esclava, la fresa;
la noble, la guinda.

Pero insisto: para 1904, fecha de la aparición de *Pequeña ópera lírica*, yo sabía y preconizaba que la poesía encuéntrase en la vida más á menudo que en los versos, en la acción más que en la retórica.

Más poesía en verdad producen, con sólo vivir, un Benvenuto Cellini que un Hugo Fóscolo, un Hernán Cortés que un Núñez de Arce, un Díaz Mirón que un Darío. Fluye más armonía de existencias de aventura y romanticismo que de poemas mentirosos, aunque sean bellos, trabajados con solo esfuerzo imaginativo por sujetos metódicos, adocenados, filistinos, egoístas, indiferentes burgueses, odiosos.

La mayoría de poetas sólo es poeta en verso, y no ha vivido, ni por el amor, ni por el dolor, ni por el peligro, ni por la maldad, ni por la bondad, ni por el odio, ni por la audacia, ni por la locura, una hora de verdadera poesía. Todo hombre cuya vida no preste materia á la leyenda y al poema es hombre secundario, aunque lo invista Naturaleza con las dignidades de orfebre fabuloso y encantador retórico.

Darío resulta prototipo de este cautivante poeta de imaginación; prosaico, sin embargo, en la existencia, incoloro, aborregado, calculista, insignificante, nulo. Pero Darío no es único. Toda una caterva de metrificadores se prolonga hacia ambas extremidades del tiempo—pasado y porvenir—, toda una caterva que siente el arte más que la vida.

Otra cáfila sin término amará más la vida y verá en ella la fuente no sólo de lo bello, sino del bien y del mal, que son materia de arte en manos de artista. A este número pertenezco yo.

Y eso quise expresar en aquel poemita de *Pequeña ópera lírica* que voy á copiar.

EXPLICACION

No busques, poeta, collares de rimas
en casas de orfebre. Cinceles y limas
repujan ni nielan los cantos mejores:
los cantos mejores son nuestros amores,
son nuestros amores y nuestros dolores;

las dulces quimeras, los casos de angustia,
idilio que enflora, pasión que se mustia;
visiones de encanto
al vuelo de un tren,
y cosas de llanto
y cosas de bien.

El mejor poema es el de la vida:
de un piano en la noche la nota perdida;
la estela de un barco; la ruta de flores
que lleva á ciudades ignotas; dolores
pueriles; mañanas de riñas; sabor
de besos no dados, y amor sin amor.

¡Qué alegre es la casa del titiritero!
La casa qué pasa por todo sendero
y exhibe á los bordes de tantos poblachos
sus damas, sus hércules y sus mamarrachos.
Qué libre es la vida de todo bohemio,
poetas, gitanos. Por único premio
de su rebeldía y su libertad
los saluda el cielo de cada ciudad;
y son sus amigos las cosas viajeras:
las brisas, las nubes y las primaveras.

Adoro la gente que adora la errante
vida. La bohemia libre y trashumante.
Seguí sus pendones, eché á caminar,
y en burgos y villas me puse á cantar.

¡Oh, amores y rutas y alarmas! ¡Oh, acciones!
Bardo, la poesía no está en las canciones.

Pequeña ópera lírica lleva prólogo de Darío. Allí refiere él, en página maravillosa, nuestra vida de París por aquellos años, aunque por medio de una sagaz transposición de tiempo y lugar púsola como transcurrida en Roma y Florencia en la época del Renacimiento. Los críticos se acuerdan para opinar que ésa es una de las más felices páginas de Darío. Lo es, en efecto. Y yo no olvidaré jamás el que haya esculpido en mi honor, tan admirable artista, semejante busto de mármol.

Leed párrafos del prólogo:

«Tenía las más suaves y amables maneras y las más inesperadas y agresivas sonrisas. Una noche, en una hostería, apaleó á un mozo, se armó camorra, sacó la espada, llegó la justicia. Yo me escurrí.»

Nada más cierto. Sino que la escena ocurrió en París, no en Florencia; en el Grand Café, no en una hostería; la espada que salió á relucir fué un bastón, y Rubén se escurrió cuando me vió en compromiso, aunque no tan presto que escapase á la policía. Ambos fuimos excitados á confesar nuestro nombre y calidad, y sólo después de cumplido tal requisito, luego de convencerse de que no éramos, aunque lo parecíamos, unos pieles rojas, nos dejaron partir en paz.

Más allá de los horizontes.

Más allá de los horizontes, publicado en Madrid, es una copia de impresiones de viaje y de vida al través de Francia, Holanda, España, Rusia, Venezuela y los simpáticos Estados Unidos.

Entregué este volumen al editor Bernardo Rodríguez, que en paz descanse, si puede, á principios de 1902. Se publicó á promedios de 1903, si la memoria no me traiciona. Sólo año y medio necesitó para confeccionar el volumen aquel diligente editor. El mismo quedóse maravillado de su presteza, y decía á todo el mundo que, respecto á su diligencia, me consultasen á mí. Pero nadie me consultó. Yo estaba dispuesto á confesar la verdad: el más rápido y puntual editor madrileño era por entonces, en mi concepto, don Bernardo Rodríguez.

Carrillo cuenta en el prólogo de *Más allá de los horizontes*, en prosa de fantasía, cómo nos conocimos, disfrazados: él de Antonelo de Messina, yo de Francisco I, en casa de Liana de Retz, en un baile de trajes, donde las mujeres lo que menos tenían era trajes. Allí se juntaron esa noche, refiere Carrillo, «mujeres de todos los países del mundo: pálidas con ojos casi blancos, hijas del sol de media noche; rubias de cien matices, rubias de jerez, rubias de oro, rubias de sol, y morenas, morenas con cutis de nácar, morenas artificiales, morenas ambarinas,

morenas de bronce, en fin. El pueblo entero de Citerea estaba allí. Y era, después de algunas horas de baile y muchas botellas de *champagne*, la locura y las locuras, desde las más inocentes hasta las más increíbles».

Dejamos de vernos Carrillo y yo. Una noche toqué á su puerta. Que cuente para qué: «Se trataba de dos duelos.—Dos, por lo menos, me dijo. Al día siguiente, en efecto, se batió primero con el eminente novelista Binet-Valmer, director de *La Reinaissance Latine*, y luego con el joven escritor Albert Erlande. Al entregarle la espada, ya en el terreno, le dije:

—Es la del *condotiere* que saludó á Francisco I.

El sonrió...»

¡Ah, tiempo de volar más allá de los horizontes, tiempo del vino, del placer y de los duelos sin odio, eres también el mejor tiempo de mi vida, el tiempo florido de mi juventud!

Au—delà des horizons...

En el verano de 1904, una mañana, recibí en Amsterdam, donde residía como cónsul que era de mi país en la capital neerlandesa, una carta en francés de persona á quien no conocía. Debo de conservar la carta entre mis papeles. Era de Frederic Raisin, poeta y gran señor de Ginebra, maestro en rimas de Francia y docto en lengua de Castilla.

Raisin había traducido, por placer ó pasatiempo, un poemín, dos estrofas de *Pequeña ópera lírica*. Coquetería de pulidor ó conciencia de literato, Raisin me enviaba los borradores de su traducción. Aquellas dos estrofitas debieron quitarle muchas horas antes de ceder á la presión y plasmarse á contentamiento del artista. Varias cuartillas de papel con múltiples ensayos de versión, deshechos y recomenzados, acreditaban, más que la dificultad de encajar las rimas castellanas en las francesas, lo exigente consigo mismo de aquel poeta de los Alpes.

Raisin supo, con gracia y maestría, unir bajo el mismo yugo de arte, Elegancia y Fidelidad, hermanas gemelas y enemigas, que los traductores desconocen á menudo.

Léase el poemita castellano escogido por Raisin:

AL PARTIR

Estreché sus quince años,
besé la boca de flor
y los cabellos castaños,
junto al viejo mar cantor.

—Piensa, amada, en el amante;
no me quieras olvidar...
Y cayó una estrella errante
en la copa azul del mar.

Léase también la versión:

LE DEPART

Elle a ses quinze ans a peine;
j'ai baisé sa bouche en fleur,
et ses longs cheveaux d'ébene,
pres de l'Océan chanteur.

«Oh! Pense a moi, mon amante!
L'oubli serait trop amer!»...
Lors tombe une étoile errante
Dans la coupe de la mer.

Después de esa traducción hizo otra, después otra. Por fin tradujo toda la *Pequeña ópera lírica*. Cuatro años había durado la labor concienzuda, benedictina, genitora, del mosaísta Raisin.

Y no tuvo el poeta en aquellos cuatro años de labor más interés que el del arte ni más estímulo que el de producir la hermosura. Me complace que haya venido por sí misma, aunque algo tarde, la ocasión de manifestar públicamente al poeta de Ginebra mi gratitud por su obra y mi admiración por su talento.

El editor Messein acogió en su *Bibliotheque d'auteurs étrangers* la versión de Raisin (1).

(1) Una vez más anuncio que las deficiencias ortográficas en al lengua extranjera se deben á la imprenta.

A última hora me pidieron un título. A Raisin no le gustaba el de *Pequeña ópera lírica*. Yo no encontraba uno apropiado. Me acordé de *Más allá de los horizontes*, título vago y sugestivo, y *Pequeña ópera lírica* apareció en francés, el año de 1908, con el nombre de *Au-dela des horizons*...

Tal es la historia de este volumen.

El Hombre de Hierro.

A promedios de 1904 renuncié el Consulado de Venezuela en Amsterdam y regresé á mi convulsiva tierruca. A principios de 1905 fuí nombrado gobernador del Territorio Amazonas, una región bárbara y desierta al fondo de Guayana, en los confines con Brasil. Aquella comarca, de riqueza fabulosa es un imperio realengo y se conserva en el mismo estado que cuando las carabelas de Colón aproaron al mundo ignoto. Es un fragmento de la América de los conquistadores. Indios, plagas, piraguas, ríos, bosques, soledades, vida, muerte, todo, todo lo mismo. Puedo decir que he vivido un poco la vida de Almagro, de Belalcázar, de Valdivia, de Ojeda, de Garci-Gonzáles de Silva.

La tradición en Territorio Amazonas es que asesinen á los gobernadores. Yo fuí un paréntesis entre dos muertes: á mi predecesor, llamado Díaz, lo envenenaron; á mi sucesor, de nombre Maldonado, lo mataron á tiros.

Cierta noche una tromba humana cayó sobre el edificio de la Gobernación. Yo me defendí. Hubo muertos, heridos. Hubo también chismes. Los que no pudieron verme ni muerto ni en fuga, quisieron verme preso. Por lo menos preso. No era posible que se rompiese la tradición. El Gobierno de la República abrió un juicio. Quedé, en tal virtud, detenido en Ciudad Bolívar durante meses.

Terminado el proceso, y por obra de justicia, quedé al poco tiempo inculpado, libre.

En la prisión de Ciudad Bolívar escribí entonces, en dos meses, *El Hombre de Hierro*. Aquella tragedia de que escapé con vida, porque la fortuna me conserva para escarmiento de bandidos, hízome pensar que un día cualquiera, cuando menos lo esperara, podía presentarse la muerte reclamándome el debido tributo. La idea de desaparecer sin dejar otro rastro que el de un pájaro en el viento, cuando me sentía con fuerzas para abrir surco y sembrar granos de hermosura, me puso la pluma en la mano, movió mi diestra y mi espíritu. Ocho semanas después había escrito *El Hombre de Hierro*. Nacía en la cárcel. No importa: ¡nacía! Era un hijo, un heredero de mi nombre, un vocero de mi amor al arte y de mi fe en la fructuosidad del esfuerzo.

El Hombre de Hierro ha corrido con suerte. La primera edición se hizo en diciembre de 1907 en Caracas.

Otras ediciones se ha hecho en España *(Valencia, 1909)* y en París *(Garnier, 1914-1915)*.

El florentino Gilberto Beccari deseó traducir *El Hombre de Hierro* al italiano, á condición de que yo pagase la edición. Me negué. Charles Barthez la tradujo en lengua francesa. Como no he tenido ocasión de revisar con detenimiento el manuscrito francés, lo conservo hace ya años entre mis papeles inéditos.

Es *El Hombre de Hierro*, junto con *Pequeña ópera lírica*, aquel de mis libros que granjeó más aplausos de la crítica.

El Hombre de Oro.

El Hombre de Oro (Renacimiento, 1915) es hermano de *El Hombre de Hierro*. Empecé esta segunda novela el verano de 1913 en una playita bretona: Porchinet. Interrumpida luego, la he terminado en Madrid, en el invierno 1914-1915. Tal vez sea, hasta ahora, mi mejor libro. Su historia sería, en cierto modo, la historia de la guerra europea, en lo que esta guerra me concierne personalmente. En el fondo, es una pintura que recordarán los que deseen estudiar costumbres políticas y sociales de Venezuela, en la época de Castro. Hay muchos retratos del natural.

El «hombre de hierro», un hombre de gelatina, un hombre honrado, pero sin malicia ni

voluntad es víctima de la vida. El «hombre de oro», un avaro, un enérgico, una voluntad berroqueña con absoluta carencia de escrúpulos, triunfa. Al primero le falta lo que se necesita en el medio en que vivió, lo que tiene su pueblo: pillería. Por eso sucumbe. Al segundo le sobran espíritu de ahorro y constancia en el esfuerzo: virtudes de que carece su patria. Por eso se mete á todo el mundo en el bolsillo. En resumen, el primero carece de elementos personales de combate, necesarios en la sociedad donde vive,—y fracasa; el segundo posee condiciones que la sociedad donde vive no posee,—y se impone.

En *El Hombre de Oro*, además, se pinta la disolución en el siglo XX de una familia, de origen español, establecida en la República desde el siglo XVIII. ¡La democracia, nuestra democracia, qué disolvente!

Letras y letrados de Hispano-América.

Letras y letrados de Hispano-América versa, como su nombre indica, sobre literatura y literatos de las Repúblicas novomundanas. La Casa Ollendorff, ó con más propiedad, Gibbes, me pidió un volumen para su colección americana. Le di ése en 1908.

Referiré una ocurrencia relativa á *Letras y letrados*. Un día, en viaje de París á Madrid, el

año 1913, se presentó en el compartimento donde yo iba un joven médico de España á quien la víspera conocí en el vagón. Venía á participarme el joven médico que un viajero alemán deseaba conocerme. Estoy escamado de estas relaciones de lance y les huyo como á la peste. Pero el joven insistió. Tratábase, me dijo, de un escritor tudesco, un crítico literario, un hombre serio. Lo ha leído á usted, lo estima por por sus obras y quiere conocerlo personalmente.

¡Tengo más miedo al ridículo que á la muerte...!

—¿No será á otro Fombona escritor á quien conoce?, pregunté. Un tío, un primo, un hermano mío, escriben.

El galenito me sacó de dudas. Se trataba de mí, en efecto.

El caballero alemán á quien tuve el honor de estrechar la mano era el doctor José Froberger, moralista á raja tabla, persona de autoridad, crítico respetable y combativo, hombre de peso hasta por el volumen y persona, que sabe tanto que sabe hasta español. Un día cayó en sus manos *Letras y letrados*. Tanto le interesó aquella ventana abierta sobre horizontes para él desconocidos ó lo que por esa ventana contemplaba, que se ha propuesto estudiar á los autores de América.

Si *Letras y letrados* no alcanzare, en su buena intención, otro laurel sino ése, santo y bueno.

El pobre libro es modesto. Conténtase con servir de puente para que tan alto señor de letras como don José Froberger entre en nuestros predios literarios de América.

Vaya don José con espíritu desprevenido, eso sí; deje sus ínfulas europeas antes de pasar, y que Lutero no lo acompañe. ¿Qué haría Lutero, además, entre católicos y paganos?

Cantos de la prisión y del destierro.

Ningún libro quiero como *Cantos de la prisión y del destierro*. No hay allí un verso, uno sólo, que no sea verdad, amargura, odio, amor, vida vivida. Cada estrofa es un momento de existencia durante los terribles días de mi última prisión entre 1909 y 1910, ó en las primeras horas de mi destierro, que fueron las más amargas de este ya larguísimo exilio.

Las circunstancias en que fuí preso, las razones por que la barbarie me mantuvo en prisión—por mis opiniones políticas ó, mejor dicho, patrióticas—y los medios de que se valía para quebrantar mi altivez, sin conseguirlo, todo lo he referido en la Introducción que puse á los *Cantos de la prisión y del destierro*. También expongo allí las triquiñuelas de que me serví para escribir aquellos versos, sin papel, sin pluma, rodeado de espías, con un par de grillos, en la obscuridad é incomunicación de un calabozo.

Esos versos me vengarán. Confío en ellos. Mientras exista un hombre de honor, un espíritu varonil, una víctima de verdugos y una mujer enamorada, se leerán mis versos; no por bellos, sino porque fueron escritos con sangre, con llanto, con hiel, porque son de carne y hueso, porque son los gritos humanos de un hombre que ha sufrido.

Yo no tengo, respecto á *Cantos de la prisión y del destierro*, vanidad de autor. Si deseo que perduren es para afrenta de mis enemigos; si espero que vivan es porque tengo confianza, porque aun tengo confianza en el influjo de la verdad sobre el corazón de los hombres.

¿Por qué se apandillaron los viles contra mí? Lo dije como lo pensaba en versos que transcribo:

LA GAVILLA

Fué unánime conjura. Les parecía fiero;
les parecía muy audaz.
El penacho era altivo, temerario el acero,
la franca lengua era mordaz.

Descuidado y cantante, como el agua corriente,
se deslizaba su vivir.
Mediocridad, Envidia, juraron esa frente
demasiado erguida abatir.

¡Y á conciencia cumplieron aquel pacto nocturno!
Por tierra yace el infanzón,
el acero en astillas, el aire taciturno,
alirroto, mustio el airón.

Mi cuerpo era esclavo por fuerza; mi alma, no. Sentía en medio de la ergástula el placer de ser libre en mi alma. Con esta idea compuse:

EL VUELO DE PSIQUIS

Me abruma el calabozo. Cruzan mi alma inquieta
pensamientos obscuros;
y rómpense, al abrirse, mis alas de poeta
contra los cuatro muros.

En sepulcro ¡y viviente! ¡Son eternos los días
y las noches eternas!
Las Penas me acompañan. En mi torno hay espías
y grillos en mis piernas.

Pero al cerrar los ojos: (luz, campo, cielo) miro
romperse las cadenas;
y al brazo de mi novia en el jardín respiro
magnolias y verbenas.

Gozo el aire, las nubes, y el chorro del estanque,
frescor como mi amada...
Alguna cosa es bueno que el Déspota no arranque
ni tenga encadenada.

Cuando sentí la inutilidad de mis alas, escribí:

LAS ALAS INUTILES

Caído en la nasa,
devoro sin tasa
amargura.
Mi alma, ¿qué pasa?;
alumbra tu casa,
obscura.

Me privan de cielo;
me espían... Recelo,—
y en tanto...
¡sentir ese anhelo
de vuelo,
de canto!

Y ni un momento dejé de pensar en la venganza homérica. Dígalo, si no:

NEMESIS

De viles inclementes
me acosa la jauría
y me clava los dientes.
¡No importa! Que algún día,

parando sus quehaceres,
transidas de quebranto,
la almohada sus mujeres
empaparán en llanto.

Tampoco dejé ni un instante de creer que el viento, al soplar, pasa, y que el mal no es eterno. Aquel desastre moral y físico, aquella tragedia, iba á desvanecerse como la sombra de una pesadilla. Dentro de mi propio corazón florecerían nuevos rosales. ¿Por qué no? ¿Por qué declararse irremisiblemente vencido? Este pensamiento me hizo componer en las tinieblas el siguiente poemita de esperanza, que es prueba de confiar en la aurora:

NUEVAS ILUSIONES

Mi alma... ¡Y qué visiones! El tifón de la guerra
dejó su huella carmesí.
Entre arbustos chafados y casucas por tierra,
salpicaduras de rubí.

El acequia sin agua, sin frutales el huerto;
y al pie de florido balcón,
esparcida la crencha, desnudo, blanco, yerto,
el cadáver de una Ilusión.

Y dos buitres de ébano sobre la ebúrnea presa
que yace, los brazos en cruz,
pican la flor del labio, los pezones de fresa,
y las pupilas de abenuz.

Sangrisalpican todo. Y mientras que su hambre
sacian, en cuerpo de azahar,
de las gotas de púrpura rompe fúlgido enjambre
de mariposas, á volar.

Los cantos de la prisión y del destierro salieron á luz en Casa de Ollendorff en 1911.

Judas capitoliano.

Judas Capitolino (Garnier, 1912) es un libro de verdad y de justicia. También es obra de saneamiento moral y de patriotismo. Allí queda consignada la historia de la barbarocracia andina, imperante hoy en Venezuela. La escoba tenía que hacer en los establos de Augias.

La evolución política y social de Hispano-América.

Monsieur Jean Finot, director de la *Revue des Revues*, con quien hablaba un día, me insinuó que escribiese algo para su revista sobre *La evolución política y social de Hispano-América*. Lo hice. Quiso luego recortarme el trabajo para amoldarlo á su periódico. Mandé á paseo á don Juan y le quité mis cuartillas. Después, en vez de reducirlas, las aumenté. Y sirvió ese trabajito, ya mejorado, para las conferencias que se me invitó á dar en Madrid el mes de junio de 1911. Con las confetencias, como las di, sin añadir ni quitar una coma, se hizo el volumen.

El carácter de la obra se descubre en el título.

Allí se discurre, en primer término, sobre la semejanza de población y colonización en la América española, formación de castas, ideas y procedimientos económicos, carácter de la revolución emancipadora, proceso de las ideas liberales y fin de la guerra.

Después se estudian otros temas: plan de República ó Monarquía al empezar á organizarse los nuevos Estados, el aspecto social de América en aquella época, el Congreso internacional de Panamá y la unidad política de América, la desaparición de Bolívar, los contrapuestos principios de centralismo y federación, las guerras civiles americanas durante el siglo XIX, las

relaciones exteriores, la solidaridad de las Repúblicas ante el Extranjero. Se termina por el balance de aquellas naciones al cerrarse la primera centuria de su establecimiento.

La obra se publicó en Madrid, en 1911.

Judas Capitolino.

Judas Capitolino (Garnier, 1912) es un libro de verdad y de justicia. También es obra de saneamiento moral y de patriotismo. Allí queda consignada la historia de la barbarocracia andina, imperante hoy en Venezuela. La escoba tenía que hacer en los establos de Augias.

Cartas de Bolívar.

Aunque esta obra no es mía, sino del Libertador, representa un cúmulo de esfuerzos veinte veces mayor que el de cualquier otro libro publicado por mí hasta ahora.

Cuatro años de estudio me cuesta la preparación del primer tomo, que vió la luz en 1913, editado en París por la Casa Louis-Michaud.

Procuré anotar las cartas que lo merecían lo mejor que pude. Acláranse respecto á la correspondencia de Bolívar, puntos obscuros; se expone el método de trabajo del Libertador; se analiza su carácter; se subsanan errores de historiógrafos; se desmienten, con la documentación

en la mano, malévolas insinuaciones de enemigos, cuando tales insinuaciones malévolas perduran.

Las epístolas se dividen por año. Al frente de cada división anual se expone someramente el estado de la revolución durante ese año y lo que durante ese año hizo Bolívar. Así, el lector inteligente comprenderá el estado de ánimo en que fueron escritas las epístolas que va á leer ó está leyendo. E inteligente ó no, el que las recorra tendrá un esquema sucinto de la existencia combativa, pensadora y trashumante del Libertador de América.

Figuras y Figurones.

El estallido de barbarie ocurrido en Europa á promedios de 1914 hizo detener la publicación de esta obra, cuyo título se anunció desde el primer trimestre del año. No me quejo. Así le podré cambiar el título y dejaré íntegro el usufructo de éste al joven caricaturista de Caracas que lo adoptó, con una ligera variante. Que sus *Figuras y Figurines* le den honra y provecho.

No tengo fortuna, ó tengo demasiada fortuna con ciertos títulos. El año de 1904, en la edición madrileña de *Pequeña ópera lírica*, anuncié un libro que iba á llamarse: *Viéndome vivir*. Poco después, es decir, poco después del año 1904, apareció un volumen de *Fray Candil*. ¿Cómo se bautizó á ese volumen?—*Sintiéndo-*

me vivir. Villaespesa hizo también un libro con *Las joyas de Margarita.* A *El balcón de Julieta* creo que igualmente debo renunciar. Pero, en fin, eso de títulos no vale nada. Los títulos han caído en desprestigio, aun los de España. No nos iremos á las greñas por quítame allá esos pergaminos; digo, esas cubiertas. Peor es que le birlen ó caricaturen á uno lo que bajo de los nombres se contiene, como me ha ocurrido más de una vez: con Georges Maurevert, por ejemplo, á quien gustó demasiado *El Canalla San Antonio,* al punto de vestirlo á la francesa, como si tal cosa, ó con el señor Ricardo J. Catarineu, á quien no gustó menos *La novia por venir,* y autor éste á quien llaman en Madrid «nuestro insigne Catarineu».

La lámpara de Aladino.

Con este título de cuento oriental se reúne buena copia de notículas muy occidentales. *(Renacimiento, 1915.)*

Sensaciones de viaje, nótulas de arte, aspectos de vida, críticas sociales (no de salones, Dios me libre, sino de sociedades); evocaciones, lecturas, amores, dolores, sueños utópicos, terribles realidades de lágrimas y sangre; pasiones, injusticias, dicterios, ¿qué no hay en este bazar de letras, en esta quincallería de viejo? Se codean una noche de Toledo, toda alegría, y una noche toledana

de los desiertos orinocenses, toda inquietudes; amores con una monja italiana en los mares del trópico ó con una guaricha en las noches de la hacienda y el *flirt* inocentón en un *gracht* holandés, acolchado de nieve, ó la parisiense tarde amorosa sobre los techos de Notre-Dame. Se codean horas lúgubres de la prisión y una primavera italiana, llena de nobles sensaciones de arte. Se codean Maeterlinck y Dostoyesky, Rusiñol y Anatole France, Ricardo Straus y Oscar Wilde, Ibsen y Benvenuto Cellini. Junto á la historia de mis libros la interpretación de libros ajenos; y después de un mordisco á Francia dos ó tres arañazos á mi tierra nativa, sin dejar por ello de amar ni á mi tierruca ni á Francia.

Aunque no hablara de autores moscovitas, aun sin María Baskirttseff, Dostoyeski y Gogol, ¡qué ensalada rusa!

Y todo sin concierto, á veces con contradicciones, á menudo con errores de hace once años—como el de llamar á Rusiñol, cuando lo conocía menos, primo de Maeterlinck—errores que no se corrigen, de exprofeso, por odio á los retoques y para dejar á cada cosa su fe de bautismo.

Estos fragmentos son de hoy, de ayer, de antes de ayer, de hace cinco, de hace diez, de hace quince años. Se puede decir que ni á un único autor pertenecen, como que no se es á los cuarenta

años, ya maduro, el mismo de los veinte ó veinticinco, aun con la ceguera, el ímpetu y la frescura del doncel.

No gusto de acoplar mosaicos ni dar á la estampación, para luego expender, estos volúmenes de retazos. Sin embargo, la necesidad tiene cara de hereje. Y si me complazco en escribir notículas, ¿por qué ha de chocarme el recogerlas en libro? No soy el primero que engarza cuentas de abalorio y las anuncia como sartas de diamantes. Yo, sin embargo, grito con honradez, á la puerta de mi barraca:

«Señores, entrad: no cuesta el billete sino tres pesetas cincuenta. No veréis dentro, en la exposición de joyas, collares de diamantes ni hilos de perlas. Veréis otra cosa: hilos de lágrimas, diamantes de emoción, encendidos rubíes de cólera, ágatas de odio, obscuros y recios carbunclos apasionados. El que ame la limpidez de las verdaderas joyas, el que prefiera lo pulcro, lo peinado, lo ecuánime, lo literario, lo señoril,—las pedrerías, en suma, no entre.

En cambio, el que se complazca más bien con las jaulas de fieras, con las mesas de disección, con los sótanos del tormento, y también con las claras mañanas de abril, los paisajes del trópico, las gráciles curvas de Venus, la noble hermosura de Antinoo, las puertas de Ghiberti, las róseas carnaciones sensuales del Corregio, la luz omnipresente de Rembrandt, el genio vital de

Velázquez, las piedras talladas de Sansovino, los patios floridos de Sevilla y las callejas vetustas de las vetustas ciudades de Castilla; el que ame la vida, con sus horas dulces y sus noches de insomnio, el que ame la verdad—la que destila el áloe y la que encierran los panales—, la verdad cambiante y única, la verdad ciega y señora, ése entre, ése puede entrar. No se quejará de escasez. Y no cuesta el largo espectáculo sino tres pesetas cincuenta.»

—¿Y el título ó subtítulo? ¿Qué es eso de *Notículas*?—me preguntaréis, si sois un señor cualquiera.

Y si sois un gramático, un retórico, un académico, uno de estos españoles antañones, un español chapado á la antigua, un literato español de tuerca y tornillo, un erudito español de horca y cuchillo, entonces formularéis vuestra extrañeza con este apóstrofe de desdén:

—Ese vocablo es un barbarismo.

Y el erudito de horca y cuchillo, el gramático de tuerca y tornillo, el retórico, el académico, tendrá razón. Ese vocablo es un barbarismo.

Pero ese barbarismo que el autor de estas líneas introdujo adrede hace veinte años—ahora dirá por qué—lleva trazas de arraigar en lengua de Castilla. Dió el autor nombre de *Noticulas* á apuntaciones breves sobre cosas de arte, de literatura, de pensamiento, de sensación, de vida.

Bien pronto un periódico americano se apropió el barbarismo y publicó una sección con el título de *Notas y Noticulas*. Hoy, en la patria de quien esto escribe, el remoquete supradicho se emplea para sucintos pareceres ó juicios literarios; y se dice: *Noticulas de literatura*. También se emplea ya en otros países de América. Es más: el Sr. Leopoldo Lugones, eminente poeta, continuador en Argentina del francés Jules Laforgue y del uruguayo Herrera Reissig, empezó á publicar nótulas muy interesantes con el título de *Filosofículas*. Varias leí: una, la más medulosa, era paráfrasis, en cortas líneas, de un pensamiento de Ben Johnson. En resumen, las *Filosofículas* del célebre poeta rioplatense parecen, por lo que respecta á la substancia, *Noticulas*, más jugosas de seguro, y en cuanto al título una mera variante.

—Bueno. Y *noticulas*, ¿por qué?—se preguntará—. Notícula no existe en castellano. Existe, sí, notilla.

De notilla á natilla no hay más que una vocal. Dejémonos de postres. *Notita* es algo, si no también de caramelo, diminutivo y dulzón. Existe, además, una razón potísima para que no la emplease: no me gusta.

Nótula no se conoce en español; tampoco existe en italiano. Es voz latina que los franceses, con mejor acuerdo que italianos y españoles han adoptado: *notule*.

El que esto escribe usa muy á menudo nótula, lindo y útil vocablo, y espera que pronto se divulgará. Pero si la hubiese escojido como título genérico de sus breves apuntaciones, se habría dicho que ahijaba un galicismo.

Marginales, apostillas, acotaciones, glosas, apuntes, etc., significan otra cosa: pasemos.

El latín tampoco tiene *notícula*.

Lo mejor hubiera sido tal vez emplear *nota*, que, de por sí, da idea de apunte sumario y que, además, entre sus acepciones castellanas tiene, según la Academia Española, que copia á Barcia y á otros, la siguiente: «reparo que se hace á un libro ó escrito que *(sic)* por lo regular se suele poner en las márgenes». (Así escribe la Academia Española: «*un libro ó escrito que por lo regular se suele poner á las márgenes.*») Mi intención, con todo, no ha sido ésa; yo quería exprimir sensaciones de lectura (y de vida y de arte, etc.), no oponer reparos, no censurar.

Por lo demás, la *nota* castiza como los caballos de carrera, y los aristócratas es de buena cepa.

La *Nota* latina, la nota abuela como quien dice, viene, según todos saben, de *nosco*, conocer, y significa, entre otras muchas cosas: marca, tacha, manera, suerte, género, especie. En plural tiene otras varias acepciones. De *nota, notatio*,—reparo, observación, examen, juicio, investigación.

Notatio significa también cierto castigo impuesto por los Censores de Roma. En español y en italiano conserva *nota* esta acepción de estigma. *Notoso* quiere decir manchado en lengua del Dante. En castellano sabemos lo que indica *mala nota* y *notado de infamia.*

Notaculum expresa señal, marca: no se podía derivar de ahí, con el significado que se le da, notícula, ni con otro significado tampoco. La palabra que se pudiera derivar de *notaculum* puede hasta no oler bien; en todo caso, inelegante.

No existiendo, pues, aparte *notula*, la palabra latina de donde formar la que sirviese para expresar mi idea, ni queriendo emplear la *notule* francesa, la *notina* italiana, ni la *notilla* española, había que inventar un barbarismo, y nació *Notícula*, palabreja mal formada, pero viable.

Por el mundo anda. Dios le dé larga vida. Tan larga vida como á *socio-logía* y otros mestizos verbales que corren por ahí vendiendo salud.

En cuanto á *La lámpara de Aladino*, ¿qué es sino la Imaginación? Uno frota su lámpara, cuando la tiene, y ya cielo y tierra son suyos. Con la lámpara de Aladino al alcance, uno revive las horas pasadas. La lámpara de Aladino no es enemiga de la Verdad. ¿No recordáis á Shakespeare? «La realidad es el hilo con que se tejen los sueños.»

Fin.

Consigno volanderas nótulas informativas sobre lo que he recogido ó publicado en volumen y nada más. Se me ha pedido la historia de mis libros, no la de mis ideas, ó para ser más verídico y modesto, no la de mis opiniones (1). Sólo añadiré que á los veinte años era muy revolucionario en literatura, en política, en todo. Creí haber descubierto la clave de la vida por haberme encontrado á mí.

No he sido en este punto excepción. «Solos y contra las reglas, como Sigfredo, descubrimos nuestra vida interior á los veinte años, y el alma saluda á las cosas, apenas despierta, con los maravillados gritos de Brunilda.» Pero ha corrido el tiempo. He visto cara á cara á la vida, que impone más respeto que la muerte, porque es maestra muy seria y muy pertinaz, porque nos acompaña siempre en este mundo, mientras que á la muerte no la topamos sino una vez. Aunque creo á pie juntillas que para las personas—como para los pueblos—es imperioso el dilema de renovarse ó morir; aunque sé de memoria que en la estagnación no brotan sino limos y miasmas; aunque sé que las tempestades purifican la atmósfera, también sé que la Naturaleza no da

(1) *La Revista de América*, de París, dirigida por los hermanos García Calderón y el uruguayo Hugo D. Barbagelata.

saltos, que los saltos de las sociedades suelen llamarse revolución, que en literatura no hay más que tener gusto y sinceridad y que, en definitiva, *nihil novum sub sole*.

Tampoco soy una excepción en este viaje de retorno de los entusiasmos. Con la edad, «la personalidad más libre se amansa y domestica», enseña el sabio y brillante Ingenieros, tal vez por propia experiencia. La observación de este eminente americano es, como él expone, corolario de verdades biológicas. El organismo humano obedece á una acción incesante: «evoluciona é involuciona, crece y se amengua, se intensifica y se agota». ¿Cuándo empieza el agotamiento? En el terreno intelectual se descubre ese principio del fin, según Ingenieros, cuando uno se mediocriza; es decir, cuando al ideal, á la osadía, á la personalidad, sucede la rutina; cuando á los relampagueos del yo reemplaza el moderado término medio.

Con todo, hay hombres que nunca pasan de los veinte años, acaso porque no pueden, así alcancen la vida de los patriarcas. No pertenezco á ese número. ¿Debo sentirlo? ¿Debo sentir no amodorrarme en verdes horas de ilusión? No. La razón tiene sus encantos. «Viva la juventud, pero con tal que no dure toda la vida», expuso con sobra de juicio D. Alfonso de Lamartine.

XVII

NECROLOGIA

Much ado about nothing.

Quisiera, al morir, poder inspirar una pequeña necrología por el estilo de la siguiente:

Este hombre, como amado de los dioses, murió joven. Supo querer y odiar con todo su corazón. Amó campos, ríos, fuentes; amó el buen vino, amó el mármol, el acero, el oro; amó las núbiles mujeres y los bellos versos. Despreció á los timoratos, á los presuntuosos y á los mediocres. Odió á los pérfidos, á los hipócritas, á los calumniadores, á los venales, á los eunucos y á los serviles. Se contentó con jamás leer á los fabricantes de literaturas tontas. En medio de su injusticia era justo. Prodigó aplausos á quien creyó que los merecía; admiraba á cuantos reconoció por superiores á él y tuvo en estima á sus pares. Aunque á menudo celebró el triunfo de la garra y el ímpetu del ala, sintió piedad del infortunio, hasta en los tigres. No atacó sino á los fuertes. Tuvo ideales, y luchó y se sacrificó por ellos. Llevó el desinterés hasta el ridículo. Sólo una cosa nunca dió: consejos. Ni en sus horas más tétricas le faltaron, de cerca ó

de lejos, la voz amiga y el corazón de alguna mujer. No se sabe si fué moral, ó inmoral, ó amoral; pero puso la belleza y la verdad, su verdad, por encima de todo. Gozó y sufrió mucho espiritual y físicamente. Conoció el mundo todo y deseaba que todo el mundo lo conociera á él. Ni anarquista ni acrático, pensaba que la inteligencia debía gobernar los pueblos. Cuanto al arte, creyó siempre que se podía y se debía ser original, sin olvidarse del *nihil novum sub sole*. Su vivir fué ilógico. Su pensar fué contradictorio. Lo único perenne que tuvo parece ser la sinceridad, ya en la emoción, ya en el juicio. Jamás la mentira mancilló ni sus labios ni su pluma. No le temió nunca á la verdad, ni á las consecuencias que acarrea. Por eso afrontó puñales homicidas; por eso sufrió cárceles largas y larguísimos destierros. Predicó la libertad con el ejemplo: fué libre. Era un alma del siglo XVI y un hombre del siglo XX.

Descanse en paz por la primera vez. La tierra, que amó, le sea propicia.

ÍNDICE

	Páginas.
LA LAMPARA DE ALADINO	5
I.—NOMBRES	13
I.—Maurice Maeterlink	15
II.—Pierre Loti	19
III.—Oscar Wilde	22
IV.—Bernelot Moens	26
V.—Lamartine	29
VI.—Isadora Duncan	32
VII.—Gogol	39
VIII.—Ricardo Strauss	43
IX.—Ibsen	48
X.—Colozza.—Garófalo	53
XI.—Dostoyeski.—María Baskirtseff	56
XII.—César Zumeta	58
XIII.—F. Loraine Petre	63
XIV.—Anatole France	68
XV.—Santiago Rusiñol	71
XVI.—Reveillere	74
XVII.—Juan Vicente González	84
XVIII.—Mr. Cunningham Graham	93
XIX.—Paul Bourget	96
XX.—Cecilio Acosta	97
XXI.—Mat. Arnold	102
XXII.—Max Nordau	103
XXIII.—Marcel Prevost	107
XXIV.—Don Felipe Larrazabal	109
XXV.—Juan Ramón Jiménez	111

Páginas.

XXVI.—Don Antonio, Purista 113
XXVII.—Unamuno, poeta 115
II.—PENSARES Y SENTIRES 119
I.—La vida que pasa 121
II.—El eunuco literario 122
III.—Valores de relación 123
IV.—La ciencia de imaginación 124
V.—El alma de los hombres y el sol 126
VI.—Ateísmo 128
VII.—Los vicios 130
VIII.—Los árboles sobre el monte 131
IX.—La mejor definición del hombre 133
X.—Miguel Angel y Rafael 134
XI.—Pueblo feliz 135
XII.—Cristo no pudo ser Dios 136
XIII.—Dolor de mujer y dolor de hombre 138
XIV.—Feminismo 139
XV.—Policía de letras 141
XVI.—Salvemos las águilas 142
XVII.—Lección de esgrima 144
XVIII.—El código, enemigo del bello vivir 145
XIX.—La seriedad de los hombres 147
XX.—Progreso de la maldad 148
XXI.—La crítica gramatical 150
XXII.—La pérdida del tiempo 151
XXIII.—El aporte de América á la literatura 153
XXIV.—Aristo-democracia 155
XXV.—Los libertadores 157
III.—CIUDADES Y PANORAMAS 177
I.—Aquisgram 179
II.—Guerande 182
III.—Scheveningue 186
IV.—Sensaciones de España 194
V.—Delf 231

Páginas.

VI.—Macuto 232
VII.—Tours 237
VIII.—Pornichet 241
IX.—Pisa 243
X.—Sorrento 244
XI.—Roma 245
XII.—Cárcel de Ciudad Bolívar 246
XIII.—La Guayra 250
XIV.—Angers 252
XV.—París 254
XVI.—En el mar 257
XVII.—Santa Cruz de Tenerife 259
XVIII.—Sobre las olas, como Juventino Rosas 261
IV.—ITALIA, 1903 267
V. —VIAJE AL ALTO ORINOCO, 1905 329
VI.—COMENTARIOS 395
I.—Gorki en los Estados Unidos 397
II.—La justicia inmanente 398
III.—Doctrina Castro 400
IV.—Los anarquistas 402
V.—El duelo 406
VI.—La misa de la cárcel 408
VII.—Ídolos rotos 410
VIII.—Frases hechas 412
IX.—Megalomanía 424
X.—Los admiradores de Napoleón 430
XI.—Xenofobia 431
XII.—Zola en el panteón 441
XIII.—Equidad de los poetas 445
XIV.—La crisis del matrimonio 446
XV.—La honradez de Europa 452
XVI.—El arte en Yanquilandia 454
XVII.—Las hipócritas conferencias de paz 455
XVIII.—El ídolo purulento 464

Páginas.

XIX.—Deslumbrados por la apariencia 468
XX.—El cable francés y nosotros 469
XXI.—Escándalos de millonarios yanquis 480
XXII.—Fin de la conferencia de La Haya 483
XXIII.—Seganes y Castellanes 489
XXIV.—La barbarocracia triunfante 491
VII.—CONFESIONES 505
I.—El amor y La Morgue 507
II.—La victoria 509
III.—La Pascua del preso 511
IV.—La Naturaleza 513
V.—Las escaleritas 515
VI.—*Des êtres de volupté* 517
VII.—Cómo se hacen los versos por sí mismos 518
VIII.—Flor de Lys, enclaustrada 520
IX.—Tristissima nox 522
X.—Carta de Carrillo 523
XI.—Crepúsculo 527
XII.—Rinconete y Cortadillo 529
XIII.—Sueño 532
XIV.—La igualdad de la ergástula 534
XV.—Carta de Colombia 535
XVI.—Historia de libros 541
XVII.—Necrología 579

PRINCIPALES ERRATAS

QUE OCURREN EN ESTE LIBRO

Página.	Donde dice	Debe decir
7	mas divertida que *los* cejijuntos filósofos,	mas divertida que cejijuntos filósofos,
8	la Imaginación, á la que no pedimos *todo*	la Imaginación, á la que no pedimos todos
9	sonrisas, besos *y* lágrimas.	sonrisas, besos, lágrimas.
11	*tléndose*, y el viejo mercader	tiéndese, y el viejo mercader
23	que ha *pesado* por las lágrimas,	que ha pasado por las lágrimas,
29	Combate *con* un héroe en el castillo de San Angel;	Combate como un héroe en el Castillo de San Angel;
31	soñar cosas de guerra y *aventuras.*	soñar cosas de guerra y aventura.
39	escrita por un hombre raro: *por* Gogol.	escrita por un hombre raro: Gogol.
40	*amabilidal*	amabilidad
40	se deja sobornar por *los buenos empleados* publicos.	se deja sobornar por los buenos de empleados públicos.
44	sabia, incomprensible, en el prifner momento, rara.	sabia, incomprensible en el primer momento, rara.
45	*Mallermé*	Mallarmé
47	nos libramos á la sensación animal que nos produce la música y *los sueños* que nos provoca,	nos libramos á la sensación animal que nos produce la música y á los sueños que nos provoca,
49	cierre las puertas *el* matrimonio	cierre las puertas del matrimonio

Páginas.	Donde dice	Debe decir
50	como *socio* de vida.	como socia de vida.
54	La pasión ó *el* fuego de la raza,	La pasión ó fuego de la raza,
58	es hombre *raro*, entusiasta y *excéptico*, idealista y ateo,	es hombre raro: entusiasta y escéptico, idealista y ateo,
72	*Herman* y *Dorotea*, de Goethe; *Evangelina*, de Longfellow, y *María*, de Jorge Isaac.	*Herman y Dorotea*, de Goethe, *Evangelina*, de Longfelllon, y *María* de Jorge Isacc.
77	funesta para el genio militar, el más ágil que jamas existió.	funesta para el genio militar el más ágil que jamás existió.
99	*El* la sirvió con su talento. *El* redactó sus Códigos:	La sirvió con su talento. Redactó sus Códigos:
111	Pedro de Répide. Villaespesa,	Pedro de Répide, Villaespesa,
112	Sus versos me parecen llenos de silencio y como forrados en *algodón: enamorado* de Hécate,	Sus versos me parecen llenos de silencio y como forrados en algodón. Enamorado de Hécate,
112	*coventos*	conventos
113	*medula*	médula
124	siempre vale por ser *cosa psiquis*.	siempre vale por ser cosa de psíquis.
140	¿*Podía* decirse al presente	¿Podría decirse al presente
141	debemos gritar: *al ladrón;* de lo contrario,	debemos gritar: *al ladrón*. De lo contrario,
170	al través de *los* obstaculos inimaginables	al través de obstáculos inimaginables
171	"*Servir* á un Estado	"Servid á un Estado
171	á vivir *en calma de sus posesiones* agrícolas.	á vivir en la calma de sus posesiones agrícolas.

Página.	Donde dice	Debe decir
186	Son las correrías más dulces *esas* escapadas	Son las correrías más dulces tales escapadas
191	pero la *gran* virtud por donde el mundo entero se descubre ante los bátavos es la gran virtud,	pero la virtud por donde el mundo entero se descubre ante los bátavos es la gran virtud,
192	Sólo el medio físico, *el* que no puede sustraerse,	Sólo el medio físico, al que no puede sustraerse,
194	rue *La Fayatte*,	rue Lafayette,
202	Su arte es más trascendental más noble	Su arte es más trascendental, más noble
222 (En nota)	la crítica española desde *Clarín* hasta Rafael Altamira y desde Gómez de Baquero hasta Andrés González Blanco SE HAYAN ocupado	la crítica española, desde *Clarín* hasta Rafael Altamira y desde Gómez de Baquero hasta Andrés González Blanco, SE HAYA OCUPADO
227	*Casas de Américas*	*Casas de América*
235	Hasta los *policastros*	Hasta los politicastros
235	Cínicos *é hijócritas*	Cínicos ó hipócritas
239	¡Qué imaginación va á encenderse *con* esos témpanos de hielo	¡Qué imaginación va á encenderse en esos témpanos de hielo
247	Si yo dijera á ese *hombre*	Si yo dijera á ese palurdo
252	la mayor parte de *esas* vaciadas en yeso.	la mayor parte de ellas vaciadas en yeso.
258	á pesar del *cosmopolitismo, del comercio* y de toda suerte de intereses comunes.	á pesar del cosmopolitismo, á pesar del comercio y de toda suerte de intereses comunes.
270	*publecitos*,	pueblecitos,
283	suelen burlar el espíritu de *aprehensión*	suelen burlar el espíritu de aprensión
290	Pensadores ilusos é interesados	Pensadores ilusos ó interesados

Páginas.	Donde dice	Debe decir
293	El *cuerpo* mismo de las diosas,	El torso mismo de las diosas,
307	historia *sagada*.	historia sagrada.
307	La vida, más que los estudios, me HICIERON aprender	La vida, más que los estudios, me HIZO aprender
310	á Caín y Abel, á Isaac y Jacob, á Moisés, á *David y á Salomón;*	á Caín y Abel, á Isaac y Jacob, á Moisés, á David, á Salomón;
313	la belleza, ¿no tiene *algo sagrado?*	la belleza, ¿no tiene algo de sagrado?
323	alguna partícula, del alma	alguna partícula del alma
326	XVII CONCLUSION	CONCLUSION
340	torpeza hija de mi *inexperticia*	torpeza, hija de mi inexperiencia
344	CREEMOS los encerrados que la gabarra encallaba. Hasta supusimos que pudiera irse á pique. QUEREMOS SALIR. ALVARADO empuja las tapas	Creímos los encerrados que la gabarra encallaba. Hasta supusimos que pudiera irse á pique. QUERIENDO SALIR, ALVARADO empuja las tapas
345	el *peligro* es fértil en hipótesis.	el miedo es fértil en hipótesis.
348	Augusto, Alvarado, el *baqueano, José* y yo.	Augusto, Alvarado, el baqueano José y yo.
353	desnudos de la cinta *á* abajo,	desnudos de la cinta abajo,
373	Las aguas del gran río son turbias; las del Guaviare *no son* muy claras tampoco, amarillentas.	Las aguas del gran río son turbias; las del Guaviare, no muy claras tampoco, amarillentas.
385	diferentes grupos	distintas ramas
386	*defución.*	defunción.
386	"¿Cómo determina	"¿Cómo determinar

Páginas.	Donde dice	Debe decir
387	al través de bosques, desiertos, *de* ríos y caños	al través bosques, desiertos, ríos y caños
390	celebran *los indígenas* una fiesta	celébrase una fiesta
392	Expresan, con razón, que *siendo el Todopoderoso* la Suprema Bondad, no puede querer mal para sus criaturas,	Expresan, con razón, que la Suprema Bondad no puede querer mal para sus criaturas,
398	cada vez que se PONEN en contacto... comete Europa,	Cada vez que se PONE en contacto... comete Europa,
400	uno tras *otros*,	uno tras otro,
400	*entidad* en cuanto nación;	soberanía en cuanto nación;
400	*Fortouf*	Fortoul
401	El derecho no vale nada sin apoyarlo en la fuerza cuando se le *quiere* y en el talento cuando se le quiere exponer.	El derecho no vale nada sin apoyarlo en la fuerza cuando se le QUIERE DEFENDER y en el talento cuando se le quiere exponer.
401	Castro, después de haberse burlado de media Europa y *el* pedantesco y mediocre Roosevelt	Castro, después de haberse burlado de media Europa y del pedantesco y mediocre Roosevelt
431	mentidos objetos *del* Bazar de Oriente,	mentidos objetos de Bazar de Oriente,
431	Turquía, Persia, la India	Turquía, Persia, India
432	*Aque* hombres	Aquellos hombres
437	"*La* CONCEPCION *tout au moins est française*,,,	"*La conception tout au moins, est française*,,,
449	mojigatos de *pueblochos*,	mojigatos de pueblucho,
465	la voluntad luz	la voluntad, luz
465	*cantado por sicofantas* en el menor de sus rescriptos	interpretado por seides y sicofantas en el menor de sus rescriptos
474	*pursang*	*pur sang*

Páginas.	Donde dice	Debe decir
474 (En nota)	Alemania, que ha invadido á Bélgica, violando la neutralidad y el derecho á la paz de esta industriosa y respetable *nación, que llama* con desprecio á los Tratados "hojas de papel,,	Alemania, que ha invadido á Bélgica, violando la neutralidad y el derecho á la paz de esta industriosa y respetable *nación,* ALEMANIA *que llama* con desprecio á los Tratados "hojas de papel,,
478	nuestra contribución al progreso, á la civilización universal, no *son* en definitiva tan *inferiores* á la de otros pueblos.	nuestra contribución al progreso, á la civilización universal no *es* en definitiva tan inferior á la de otros pueblos.
478	no se debe *comprar* la obra de un siglo	no se debe comparar la obra de un siglo
478	el honrado mercachifle de Manchester *se imaginó*	el honrado mercachifle de Manchester se imagina
481	los hombres *les* anden	los hombres *le* anden
486	¿Se esperaba que de la Sala de los Caballeros *saldría* la paz,	¿Se esperaba que de la Sala de los Caballeros saliera la paz,
487	*ni de que desaparecieran*	ni de que no desaparecieran
509	abrile,	abriles,
518	amaca,	hamaca,
518	La sensación de este momento no es sino recuerdo de una sensación PRESENTE.	La sensación de este momento no es sino recuerdo de una sensación PRETÉRITA.
541	el que las trazas,	el que las traza,
544	Irigyen	Irigoyen

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Cuatro cuentos y un cabo..... 2,00
Historia cómica de España. Dos tomos..... 5,00
Amantes célebres. Con veinte ilustraciones en color..... 3,50
El chápiro verde. Novela..... 3,50

JACINTO OCTAVIO PICÓN

De la Real Academia Española

OBRAS COMPLETAS

I. *Dulce y sabrosa*. Novela..... 4,00
II. *La honrada*. Novela..... 4,00
III. *Juanita Tenorio*. Novela..... 4,00
IV. *Mujeres*. Novelas..... 3,50

SALVADOR RUEDA

Poesías escogidas..... 3,50

SANTIAGO RUSIÑOL

El pueblo gris..... 3,50
Un viaje al Plata..... 3,50
La isla de la calma..... 3,50

JOSÉ M. SALAVERRÍA

Las sombras de Loyola..... 2,00

R. SÁNCHEZ DÍAZ

Jesús en la fábrica. Novela..... 3,50

ALEJANDRO SAWA

Iluminaciones en la sombra..... 3,50

FELIPE TRIGO

NOVELAS

Las ingénuas. Dos tomos..... 7,00
La sed de amar..... 3,50
Alma en los labios..... 3,50
Del frío al fuego..... 3,50
La altísima..... 3,50
La bruta..... 3,50
La de los ojos color de uva..... 3,50
Sor demonio..... 3,50
En la carrera..... 3,50
Cuentos ingénuos..... 2,00
La clave..... 3,50
Las Evas del Paraíso..... 3,50
Las posadas del amor..... 3,50
El médico rural..... 3,50
Los abismos..... 3,50

ESTUDIOS

Socialismo individualista..... 3,50
El amor en la vida y en los libros..... 3,50

MIGUEL DE UNAMUNO

Mi religión y otros ensayos..... 3
Por tierras de Portugal y España..... 3
Soliloquios y conversaciones..... 3
Contra esto y aquello..... 3
Del sentimiento trágico de la vida..... 3
Vida de D. Quijote y Sancho..... 3

UNAMUNO Y GANIVET

El porvenir de España..... 2

FRANCISCO VILLAESPESA

El espejo encantado..... 3
El alcázar de las perlas..... 3

A. VIVERO Y A. DE LA VILL

Cómo cae un trono. La revolución en Portugal..... 3

EDUARDO ZAMACOIS

El otro. Novela..... 3
La opinión ajena. Novela..... 3

BIBLIOTECA POPULA

Á una peseta cada tomo en rústica y 1,50 encuadernado en tela.

PÍO BAROJA, *La casa de Aizgor* novela.
FELIPE TRIGO, *Así paga el diab* novelas.
ALBERTO INSÚA, *En tierra de s tos*, novela.
S. y J. ÁLVAREZ QUINTER *Drama, comedia y sainete*.
JOAQUÍN DICENTA, *Galerna*, n velas.
R. LÓPEZ DE HARO, *La imposib* novela.
SANTIAGO RUSIÑOL, *El indian*
E. GÓMEZ CARRILLO, *El Jap heroico y galante*.
CONDESA DE PARDO BAZA *Cuentos trágicos*.
JOSÉ FRANCÉS, *La débil fortalez* novela.
EDUARDO MARQUINA, *Elegi*
ALBERTO INSÚA, *La hora trá ca*, novela.
JACINTO BENAVENTE, *La noc del sábado*, novela escénica.
PÍO BAROJA, *Camino de perfecció* novela.
PEDRO DE RÉPIDE, *Noche p dida*, novelas.
J. PÉREZ ZÚÑIGA, *La Soledad El Cocodrilo*, novelas.
MIGUEL DE UNAMUNO, *El esp de la muerte*.